

JULIA LONDON

LAS DEBUTANTES

Los riesgos de perseguir a un príncipe



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Echa una mirada furtiva a «Los peligros de mentir a un vizconde»	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

SINOPSIS

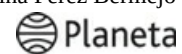
Lady Greer Fairchild emprende un peligroso viaje en busca de Rhoderick Glendower, príncipe de Powys, guardián de una suculenta herencia que la prima de las Fairchild quiere reclamar. El príncipe tiene fama de ser rudo y agresivo, pero lo que Greer no se podía imaginar es que el príncipe la encerraría en su castillo hasta obtener alguna prueba que demuestre que ella es la heredera legítima de la fortuna que ha custodiado durante años. A lo largo de su cautiverio, la joven descubre que en realidad ese oscuro príncipe es un hombre tremendamente apasionado, viril y sensual. Cuanto más cae Greer bajo el hechizo de Rhodrick, más decidida está a terminar con los misterios que rodean al hombre que pretende convertirla en su esposa. ¿Lo conseguirá?

Julia London

Los riesgos de perseguir a un príncipe

Las debutantes 2

Traducción de Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo



Para Klo, Nagno y Sanman.
No podría haber tenido mejores hermanos. Gracias
Wrth gicio a brathu, mae cariad yn magu.
Proverbio galés
(Mientras muerde y patalea, el amor se desarrolla)

Llanmair, Gales, 1820

Por alguna inexplicable razón, lo primero que se le ocurrió a Greer Fairchild cuando tres hombres —al parecer ladrones— detuvieron el coche en el que viajaba junto al señor Percy, fue que el fallecimiento de la señora Smithington, a quien Greer acompañaba en su viaje, había sido no sólo trágico, sino además, extremadamente inoportuno.

Casi habían llegado a Llanmair, después de recorrer un camino lleno de baches durante casi toda la tarde, y la luz del sol todavía no se había ocultado tanto como para que Greer no pudiera distinguir el antiguo castillo grisáceo elevándose sobre el risco sobre el cual estaba asentado, por encima de los bosques y montañas que lo rodeaban.

Era un edificio grandioso, de cuatro pisos de altura, construido con piedra gris y coronado por un torreón en cada una de sus cuatro esquinas. ¡Estaban tan cerca de él! ¡Tan cerca del final de los problemas de Greer, y ahora sucedía aquello!

—Quédese aquí —dijo el señor Percy con expresión muy seria, cuando el carruaje se detuvo con una sacudida al acercarse los tres jinetes—. Hablaré con ellos.

Se bajó del vehículo, cerró la puerta con firmeza, y se dirigió a los tres hombres que en ese momento se interponían entre Greer y el señor del castillo que tenía su herencia en su poder.

—Esto no está pasando —refunfuñó ella por lo bajo.

No después de todo lo que había soportado el año anterior. No después del fallecimiento de su tía, que la había acogido, y después de las interminables horas que se había pasado viajando junto a la señora Smithington, montando en transportes públicos con gente a la que no se le ocurría otra cosa que llevar a sus pollos y perros consigo. No después de haber saltado con cada bache y surco mientras cruzaban los páramos desolados, o de haber perdido de vista el sol al atravesar bosques tan frondosos que la luz no era capaz de abrirse paso entre las copas de los árboles. Estaba a medio kilómetro de distancia de lo que esperaba que fuera el final de su viaje, y se veía obligada a detenerse.

Un verdadero fastidio.

Greer se asomó a la ventanilla para ver cómo el señor Percy se enfrentaba a los tres hombres, con las piernas separadas y los brazos en jarras. Emitió un gemido de desesperación y apoyó la cabeza en uno de los ajados asientos. Supuso que debería estar asustada por la presencia de unos desconocidos, estando, como estaba, tan lejos de la civilización, pero lo único que sentía era el agotamiento y la mugre del duro viaje pegada a su cuerpo. Por no mencionar el disgusto de haber viajado durante tres días con la misma ropa, pero en Gales hacía un frío de mil demonios, y aquel cálido vestido era la prenda más abrigada que tenía.

—Asombrosamente inoportuno —dijo en voz alta.

Si la señora Smithington no hubiera fallecido donde y cuando lo hizo, Greer podría haber realizado ese viaje por Gales en verano, cuando brillaba el sol, en vez de hacerlo entonces, a finales de otoño, cuando el tiempo era horrorosamente frío y húmedo. Podría haber llegado ya a

Llanmair, donde se suponía que vivía el Príncipe de los Ladrones —como le llamaba en secreto—, en la mitad de tiempo que había empleado en recorrer aquellos empinados caminos cubiertos de bruma.

Pero la desdichada señora Smithington se fue a echar la siesta precisamente el día en que Greer llegaba a la destartada y largamente buscada propiedad de su tío. La anciana se durmió para no volver a despertar. Era una forma horrible de morir: sola y sin familia. No le quedaba más que un sobrino lejano que vivía en Londres, su heredero. A pesar de que la señora Smithington era un verdadero incordio, Greer había llegado a cogerle un cierto cariño y deseaba que no hubiera muerto tan sola.

Ese trágico fallecimiento era, por encima de todo, lo que hacía que Greer no deseara volver nunca más a Gales. De no ser por el bueno del señor Percy, lo más probable era que se hubiera vuelto a Londres con los efectos personales de la señora Smithington. Pero el hombre la animó a continuar su viaje.

Dicho periplo había comenzado un año antes, cuando la tutora legal de Greer, su tía Cassandra, lady Downey, falleció de repente. Su segundo marido, lord Downey, no tenía ningún deseo de mantener a Greer y a sus primas, Ava y Phoebe, y les anunció con decisión y firmeza que estaba dispuesto a entregar su mano al primero que se la pidiera sin tener en cuenta su nivel social, su fortuna ni los deseos de ellas.

Era algo intolerable, pero como Greer era tan sólo la pupila de lady Downey, era quien estaba en inferioridad de condiciones, pues carecía de familia o de la herencia necesaria para atraer a un pretendiente apropiado, aun en el caso de que lord Downey hubiera querido verla bien casada. Lo único que conservaba de su pasado era una antigua carta, algunos objetos sin importancia que habían pertenecido a su madre, a la que apenas recordaba, y algunos retazos de memoria sobre un anciano tío, un padre distante y ningún hermano.

Desesperada por salvar a sus primas y a ella misma del destino al que las condenaba lord Downey, y sabiendo que su padre había muerto años atrás sin haber engendrado un heredero, Greer emprendió un accidentado viaje para buscar a su tío y preguntarle por una herencia que ni siquiera estaba segura de que existiera. No sabía nada de la fortuna de su padre, ni si la tenía, pero estaba segura de que algo había dejado. Y si así había sido, seguro que se lo habría legado a su hermano, el tío de Greer.

Era una débil esperanza, pero esperanza al fin y al cabo.

Por desgracia, la única forma en que había podido permitirse ir a Gales había sido como acompañante de la anciana y gruñona señora Smithington, quien deseaba conocer «los salvajes rincones de Inglaterra».

Después de viajar durante varios meses en compañía de la mujer, Greer llegó por fin a Bredwardine, un pueblo inglés en la frontera con Gales, donde encontró la propiedad de su tío en un estado lamentable. Los vagos recuerdos que tenía de una magnífica mansión con hermosos jardines y fuentes eran mera fantasía. El lugar era poco más que una casa solariega, no una mansión, y no estaba rodeada de jardines, sino sólo de un exiguo patio con un viejo cerdo vagando sin rumbo por él.

Los únicos habitantes eran un guarda anciano y su esposa. Además, los muebles de la mayor parte de las habitaciones habían desaparecido hacía tiempo; no quedaba ningún lugar donde sentarse ni ninguno donde descansar, excepto dos habitaciones de la escalera, que, por motivos

que Greer prefería no saber, todavía contaban con dos vetustos colchones de plumas llenos de bultos. Esa misma tarde, mientras Greer se preguntaba qué iba a hacer a continuación, la señora Smithington empezó a quejarse de que no se sentía demasiado bien.

La joven no le dio importancia, ya que la mujer llevaba quejándose sin parar desde que salieron de Londres. Apenas habían abandonado los límites de la ciudad y ya empezó a criticar el tiempo (demasiado lluvioso), el estado de los caminos (demasiados baches), y que no había mucho que ver después de recorrer tantos kilómetros (demasiados árboles, demasiado lejos de Londres).

Al principio, en cierto modo, a Greer la divertían esas quejas, pero pronto se le hicieron pesadas, sobre todo cuando era ella quien se veía obligada a llevar en el regazo sombrereras y pequeños baúles, mientras ambas viajaban apretujadas en coches públicos.

Pero luego, en Ledbury, el señor Percy subió a la diligencia y empezó a elogiar la juvenil sonrisa de la señora Smithington, y manifestó gran asombro al enterarse de su avanzada edad. El querido y joven señor Percy, alto y atractivo, de oscuras pestañas y luminosos ojos color avellana, capaz de encandilar la canosa cabeza de la señora Smithington de haberlo deseado.

Cuando llegaron a Herefordshire, la señora Smithington convenció al señor Percy para que las acompañara a Gales con la excusa de que «nadie se aprovechará de dos pobres mujeres solteras si van en compañía de un caballero».

Greer se imaginaba que las constantes quejas de la anciana ahuyentarían al más depravado de los villanos, pero cuando el señor Percy accedió a la petición, se sintió muy aliviada.

No sólo era un hombre encantador, sino también un acompañante excelente, que se preocupaba mucho de ellas.

Lo cierto era que, debido a la especial atención que el señor Percy le dedicaba a ella, Greer se enteró de lo que había sido de su tío. En varias ocasiones, cuando la señora Smithington se retiraba temprano, la joven y el señor Percy se sentaban junto al fuego, en la posada de turno, y charlaban. Él siempre la elogiaba: sus ojos eran tan azules como el mar, su pelo tan negro como la tinta de la India... A ella le encantaban sus elogios, pero después de haber pasado dos Temporadas en Londres, apenas la divertían ya tales conversaciones.

Al final, le tomó suficiente confianza como para contarle cómo un caballero de su obvia categoría había acabado subiéndose a un carruaje público. Iba de regreso a Gales para intentar razonar con un despiadado pariente que le había robado su legítima herencia echándolo de su mansión familiar, y todo por haber cometido el delito de tener un padre inglés. Era una historia terrible y, aunque el señor Percy mantenía una expresión de valentía al contarla, Greer pensó que el pariente en cuestión era un deplorable delincuente.

La historia era tan triste que la llevó a explicar que ella estaba buscando a su tío paterno, el último pariente varón conocido de la familia de su padre, quien procedía de Bredwardine. Cuando mencionó el nombre de su tío, el señor Percy la miró con una extraña expresión.

—¿Randolph Vaughan? —repitió con incredulidad. Se echó hacia adelante con un movimiento brusco, cogió la mano de Greer entre las suyas, la miró con ojos llenos de compasión y dijo—: Señorita Fairchild, tengo el triste deber de informarla de que el señor Randolph Vaughan está... muerto.

—¿Muerto? —jadeó Greer.

—A consecuencia de la cox que le dio un caballo al que estaba castrando. El pobre hombre permaneció postrado en cama varios días, pero nunca se recuperó.

—¡Oh! —exclamó Greer, bastante perpleja ante la inesperada noticia—. ¡Dios mío!

—Pero no se preocupe —añadió el señor Percy, apretándole la mano para tranquilizarla—, me consta que tiene otros familiares en Gales.

—¿Otros? —preguntó ella confundida—. Creía que mi tío Vaughan era el último.

—Quizá de su familia directa. Pero la familia de su esposa era gente bastante importante.

Greer se mostró muy sorprendida.

—Si no le molesta que se lo pregunte... ¿cómo es que sabe usted tanto sobre la familia Vaughan? —se atrevió a preguntar.

—Es muy simple —respondió él con una encantadora sonrisa que la tranquilizó al instante—. Gales es como un pequeño pueblo, todos los galeses se conocen.

Galeses.

Greer volvió a prestar atención a lo que sucedía fuera del coche y vio cómo uno de los hombres se bajaba súbitamente del caballo y se llevaba una mano a la cintura, revelando una arma. Se quedó boquiabierta cuando el señor Percy se quitó el sombrero, se pasó una mano por el cabello y, a continuación, volvió a ponerse el sombrero, sin mostrar aparentemente ningún temor.

Claro que no era de los que se acobardan con facilidad. El día que Greer encontró a la señora Smithington fría y rígida en aquella cama del primer piso, en Bredwardine, sucumbió a la desesperación. Cayó en la cuenta de que disponía de muy poco dinero, se encontraba lejos de cualquier indicio de civilización, y no estaba más cerca de lograr su objetivo de lo que lo estaba cuando salió de Londres. Pero el señor Percy acudió inmediatamente a su lado, la consoló, la ayudó a decidir lo que debía hacer y, por fortuna, se encargó de todas las disposiciones necesarias.

Y después de que la señora Smithington fuera enterrada en el cementerio de la iglesia y se hicieran las gestiones necesarias para enviar sus efectos personales de regreso a Londres, el señor Percy preguntó:

—Continuará su viaje, ¿verdad?

—¿Continuar? —gritó Greer—. ¿Y adónde puedo ir? Mi compañera está muerta, mi tío está muerto y su propiedad se está desmoronando. No tengo ningún sitio adonde ir aparte de volver a Londres, y apenas me queda dinero para hacerlo.

—La escoltaré hasta cualquier lugar que desee, por supuesto —se ofreció de inmediato el señor Percy—. Estoy a su servicio, señorita Fairchild.

—No puedo imponerle tal cosa.

Tampoco podía arriesgarse al escándalo que suponía viajar con un hombre que no era de su familia. Su situación ya era lo bastante delicada en lo que respectaba a vivir en la casa de lord Downey. Además, a Ava y a Phoebe seguro que les daría un ataque si se enteraban de que la señora Smithington había muerto y ella proseguía viaje con un hombre al que apenas conocía.

Pero de nuevo, el señor Percy fue muy persuasivo.

—Le aseguro que no es ninguna imposición. No tengo ningún programa fijo. Además, conozco a un abogado que podrá informarle de quién es la persona que se ha hecho cargo de los asuntos de su tío. —Al ver la expresión de desconcierto de Greer, añadió—: Su tío ha muerto, pero es posible que usted tenga derecho a heredar algo.

Greer empezó a poner objeciones, pero él continuó con tono resuelto:

—¡Vamos, señorita Fairchild! Ha hecho usted todo este viaje para buscar su herencia. No puede abandonar sin hablar al menos con ese hombre. Si él no tiene novedades para usted, entonces la ayudaré a coger la primera diligencia que salga para Londres. No se pierde nada por preguntar, ¿verdad?

Eso era indiscutible.

El señor Davies, el abogado, era un anciano cuya oficina estaba situada en un antiguo edificio con combados suelos de madera. Después de que el señor Percy sacudiera galantemente con su pañuelo el polvo de la silla, Greer se sentó y explicó su situación al diminuto abogado: que suponía que era la única heredera de su padre, pero que, teniendo en cuenta que la habían separado de él a muy temprana edad, no estaba segura de ello.

El señor Davies no dijo nada mientras ella hablaba. Cuando terminó de hacerlo se puso las gafas, se pasó las manos por las tiesas greñas de pelo gris y rebuscó entre un montón de papeles y carpetas. Al fin encontró una grande, de cuero, de la cual sacó un manojo de documentos. Los extendió sobre el atestado escritorio y comenzó a estudiarlos, murmurando para sí, mientras Greer permanecía sentada frente a la mesa con el señor Percy de pie a su lado.

Pasado un rato, el señor Davies se quitó las gafas y contempló a Greer con atención.

—No cabe duda de que es usted la única heredera con vida de su padre —afirmó con rotundidad.

Greer lanzó una exclamación de sorpresa y alegría, el señor Percy le apoyó una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Por desgracia, como no se hizo nada para buscarla y estaba usted en paradero desconocido, la herencia de su padre, Yorath Vaughan, pasó a su hermano, Randolph Vaughan, su fallecido tío, quien a su vez carecía de herederos vivos, por lo que, a su muerte, todas sus propiedades, que naturalmente incluían las de su padre, pasaron al marido de la difunta hermana de su difunta esposa: su señoría Rhodrick Glendower.

Greer parpadeó tratando de seguirle. El señor Davies volvió a ponerse los anteojos y cruzó las manos sobre el escritorio.

—En Inglaterra, e incluso en Bredwardine, es el conde de Radnor. Pero a cinco kilómetros de aquí, en Gales, se lo conoce con otro nombre.

La mano del señor Percy apretó más el hombro de Greer.

—Disculpe, pero usted no puede estar diciendo que...

—¡No tengo ninguna duda, señor Percy! —exclamó el abogado con grandilocuencia, muy contento de sí mismo—. ¡La herencia de la señorita Fairchild, en caso de existir, ha pasado, junto con las propiedades de su tío, a pertenecer nada menos que al príncipe de Powys!

—¿A quién? —preguntó Greer mientras la mano del señor Percy se apartaba de su hombro.

—Al príncipe de Powys —repitió Davis, despacio—. Puede que bajo el punto de vista de los ingleses ése sea un título hereditario, pero en Gales se lo conoce tan sólo como «el Príncipe». No es alguien a quien tomarse a la ligera.

En realidad, a ella le traía sin cuidado si era el maldito rey de Inglaterra; se había apropiado de su herencia.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Davies cerró de golpe la carpeta de cuero, de la cual se levantó una nube de polvo tan grande que Greer tuvo que abanicarse para apartarlo de su cara.

—En Llanmair, por supuesto, donde siempre han residido los príncipes de Powys anteriores a él y donde seguirán haciéndolo mucho después de que el actual haya desaparecido.

—¿Y dónde está exactamente Llanmair? —insistió ella.

El abogado se rió por lo bajo y señaló un sucio ventanuco.

—Al oeste. Al pie de los montes Cambrianos, en un espeso bosque de caza.

Greer miró al anciano con los ojos entrecerrados. Él sostuvo su mirada, desafiándola a cuestionar sus poéticas pero poco útiles indicaciones. Como no parecía que el hombre fuese a añadir nada más, Greer se levantó, sacó una corona de su pequeña bolsa y se la ofreció a Davies.

—Muchas gracias, señor. Me ha sido usted de mucha ayuda.

El señor Davies extendió su huesuda mano y cogió la moneda.

—Buena suerte, señorita Fairchild —dijo riendo por lo bajo de una forma que a ella le causó un estremecimiento.

Naturalmente, el señor Percy la convenció para que continuara su viaje y alquilara un carruaje privado. Greer estaba muy poco dispuesta a hacerlo, teniendo en cuenta sus menguantes fondos, pero el señor Percy opinaba que era absolutamente necesario para adentrarse en Gales.

—Tal como usted se temía, señorita Fairchild, había algo extraño en relación con la propiedad de su padre. ¡Claro que debe continuar! Pero es un viaje difícil, y creo que habrá menos especulaciones sobre su identidad si lo hace en un coche privado.

Era una forma educada de recordarle que era la manera de evitar el escándalo. Aun así, discutió con él, tenía el dinero justo para volver a Londres y, con un poco de suerte, reclamar su herencia. Luego pensó que el señor Percy tenía razón. Había llegado ya muy lejos, de modo que muy bien podía terminar el viaje. De manera que, en contra de lo que le indicaban el sentido común, el decoro y cada una de las benditas cosas que había aprendido sentada en las rodillas de su tía Cassandra, Greer partió en dirección a Llanmair junto con el señor Percy.

En un carruaje privado que pagó *ella*.

Cuando estuvieron lejos de cualquier pueblo o lugar civilizado, el señor Percy le confesó que el príncipe de Powys no era otro que su despreciable tío, el hombre que lo había dejado en la ruina.

—¡No puede ser verdad! —exclamó Greer, consternada.

—No debería usted sorprenderse —replicó él—, ese hombre ejerce una considerable influencia por esta zona. ¿Cómo si no es capaz...? —Se interrumpió y, después de mirar a Greer de reojo, apretó la mandíbula y se dedicó a mirar por la ventana.

—Disculpe... ¿Cómo es capaz de qué?

—No puedo decírselo, señorita Fairchild. Es demasiado... inocente como para conocer la vil naturaleza de ese hombre.

Greer resopló al oírle. Dado que estaba recorriendo Gales con un hombre que no era su marido ni tenía relación de parentesco alguna con ella, le parecía que tal consideración era superflua.

—Ya he tomado una decisión, e insisto en que me diga todo lo que sepa sobre ese hombre, ya que ahora tiene mi herencia además de la de usted.

—Si, desde luego, debe usted luchar por lo que le corresponde —se mostró él de acuerdo de inmediato—. Su valentía es digna de elogio, señorita Fairchild.

Greer no era valiente en absoluto, lo que estaba era desesperada.

—Entonces, por favor, cuénteme lo que debo saber.

Él unió las palmas de las manos y suspiró.

—Además de apoderarse de mis tierras, tal como le conté, el muy sinvergüenza comprometió además a la hija de un abogado de Rhayader, y luego se negó en redondo a hacer lo más honorable.

Greer parpadeó, el señor Percy se echó de repente hacia adelante, le puso una mano en la rodilla y continuó en voz baja:

—Pero eso no fue lo peor. Al poco tiempo de haber sido rechazada, la joven huyó. Todo el condado la buscó... por todas partes, pero no la encontraron en ningún sitio.

—¡Santo Dios! —exclamó Greer, imaginando la cantidad de cosas terribles que podían sucederle a una mujer en una tierra tan remota como Gales.

—Pero entonces, como por un milagro, él la encontró en medio de un bosque enorme, que abarca miles de hectáreas. —Se echó hacia atrás, apartando la mano de la rodilla de ella—. Por supuesto estaba muerta. Tenía el cuello roto.

—¡Cielo Santo, no!

—Él se limitó a llevar su cuerpo a las autoridades, a kilómetros de distancia de Llanmair.

—¡Qué tragedia!

El señor Percy entrecerró los ojos y se volvió a inclinar hacia adelante.

—Creo que no me ha entendido, señorita Fairchild. Llanmair está rodeado por ocho mil hectáreas de tierra virgen y bosques. Es imposible cruzar toda su extensión, pero sin embargo él consiguió hallarla en un remoto barranco.

El significado de sus palabras penetró en el cerebro de Greer.

—¿Se refiere a un... asesinato? —susurró.

El señor Percy se encogió de hombros.

—Hay mucha gente que lo cree así. La depravación de ese hombre no tiene límites.

Ahora, varios días después, mientras Greer miraba el inmenso castillo y a los tres misteriosos hombres, un estremecimiento la recorrió entera. Necesitaba estar cerca del señor Percy, abrió la portezuela y se apresuró a salir, al tiempo que veía un jinete aproximarse a ellos. También lo vio el señor Percy, pues se dio la vuelta de inmediato y cogió la mano de la joven.

—Permanezca en el coche, señorita Fairchild.

Greer no se movió, estaba paralizada mirando al jinete que se aproximaba.

Se dirigía hacia ellos cabalgando a una velocidad vertiginosa. Su capa ondeaba tras él como las alas de un pájaro gigantesco, e iba inclinado sobre el cuello de un enorme corcel negro que levantaba a su paso grandes terrones de tierra con los cascos. Parecía como si el jinete no los viese, como si tuviera intención de pasar por encima de ellos con el caballo. Greer lanzó un grito,

guareciéndose tras el señor Percy, y entonces el hombre hizo que el animal se detuviera en seco con un relincho. Las enormes patas del semental golpearon el aire al encabritarse, y el jinete lo condujo hacia la derecha, con decisión, alejándolo del resto de los caballos. Cuando lo hubo dominado, los miró a todos con furia, y cuando Greer salió de detrás del señor Percy, volvió hacia ella sus helados ojos verdes.

Nunca había estado tan asustada en toda su vida.

El hombre era mayor que ella, diez años quizá. Una cicatriz le cruzaba un lado de la cara, desde la comisura del ojo hasta la mitad de la mejilla, desapareciendo bajo la sombra de la barba. Apretaba la mandíbula y, por debajo del sombrero, vislumbró el característico pelo negro de los galeses, con algunos mechones grises en las sienes. No era un hombre apuesto, ni siquiera era agradable, de hecho, su aspecto parecía bastante feroz. Y furioso.

El señor Percy se puso de inmediato delante de Greer y empezó a hablar en galés. Fuera lo que fuese lo que dijo, el desconocido hizo avanzar su caballo unos pasos para poder mirar a Greer con aquellos terribles y fríos ojos verdes.

Al mismo tiempo, una gruesa gota de agua cayó sobre el sombrero de Greer, asustándola. A esa gota le siguió otra y luego varias más, entonces, sin pensarlo dos veces, se dirigió al hombre del cual no era capaz de apartar la mirada.

—Con su permiso, nos gustaría pasar. Queremos llegar...

El señor Percy la cogió del brazo y dijo algo en galés. El jinete siguió callado, pero miró a Greer.

—Perdone —le susurró ella al señor Percy—, pero creo que deberíamos explicarle quiénes somos.

—¿Qué cree que he estado intentando hacer en el último cuarto de hora? —respondió él por lo bajo, de manera cortante—. Si me lo permite...

—Pero está empezando a llover —indicó Greer, consciente de la desesperación de su voz. Volvió a dirigirse al hombre vestido de negro—: No quisiera molestarle, señor, pero me temo que nos va a pillar la lluvia.

El aludido no contestó. Greer estaba cada vez más mojada y avanzó un paso.

—Tenemos que tratar un asunto importante con el conde de Radnor... es decir... el príncipe... de modo que, por favor, sea usted tan amable de dejarnos pasar.

Su súplica volvió a toparse con el frío silencio. Greer echó una nerviosa mirada al señor Percy.

—¿Cree que me entiende? —susurró.

—Estoy seguro de que sí —contestó él sin dudarlo.

Tanto si entendía como si no, se negó a demostrarlo, de modo que el miedo de ella empezó a convertirse en ira ante semejante grosería. Levantó la barbilla mientras miraba su rostro áspero y sus impasibles ojos. Para su sorpresa, el jinete les dijo algo en galés a los tres hombres que permanecían de pie entre ellos. Luego hizo que el caballo diera media vuelta y se alejó cabalgando tan rápidamente como había llegado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Greer, sorprendida por su abrupta partida.

El señor Percy suspiró y le indicó que subiera al carruaje.

—Nos ha dado permiso para pasar —masculló, y cogiéndola con firmeza del brazo, la llevó hasta el coche. Lanzó una ojeada al cochero—. Continúe —ordenó antes de subir detrás de Greer.

Cuando el carruaje empezó a moverse, la joven se sacudió el agua de la capa.

—Puede que su señoría sea un asesino, pero tengo la intención de decirle lo insoportablemente grosero que ha sido.

—¡Señorita Fairchild, ese hombre tan insoportablemente grosero era el príncipe de Powys!
—suspiró el señor Percy exasperado.

—¡Oh, Cielos!

Los tres jinetes escoltaron el coche durante el resto del trayecto hasta las puertas del castillo. El carruaje se detuvo en un patio lo bastante grande como para albergar más de una docena de carros al mismo tiempo.

Llanmair era un edificio enorme, parecía más un palacio que un castillo; desde lejos, su tamaño engañaba. Árboles centenarios cubrían con sus ramas una gran extensión de césped. Era una visión incongruente. Después de atravesar bosques salvajes, Greer esperaba encontrarse con campesinos y animales de granja, no con un lugar civilizado. Pero mientras se bajaba del coche, levantó la mirada y vio nidos de pájaros en varios rincones, así como en hendiduras de los muros del castillo. En dichos nidos había unos pájaros enormes.

Algunos eran negros, otros rojos; unos se estaban limpiando el plumaje mientras otros descansaban y el resto se limitaba a mirar.

A Greer le vino a la mente un verso de *Macbeth*: «Está ronco el cuervo que anuncia con graznidos la fatal llegada de Duncan...»

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando dos lacayos, vestidos con librea negra, aparecieron en las puertas principales del castillo y se apresuraron a acercarse al carruaje. Los seguía otro hombre, vestido con el uniforme negro y gris de los mayordomos.

Cuando llegó a su altura hizo una profunda reverencia y los saludó.

—*Bonjour*.

—*Bonjour* —respondió Greer con educación.

Percy, sin embargo, habló en galés.

El mayordomo contestó en ese idioma y Percy, asintiendo a lo que le dijo, le ofreció el brazo a Greer.

—Tenemos que entrar.

Una punzada de temor le aconsejó hacer lo contrario; la incomodaba no entender el idioma y estaba en la casa de un asesino donde anidaban pájaros depredadores; pero el señor Percy le oprimió la mano para tranquilizarla y la persuadió una vez más.

Una vez dentro le pareció estar en otro siglo. El interior tenía un aspecto medieval, era oscuro y opresivo, y las paredes rezumaban humedad. Cruzaron una angosta entrada que daba a un gran vestíbulo, cuyas paredes estaban adornadas por una asombrosa colección de espadas y armaduras; las había en tal cantidad, que con ellas podría haberse equipado a todo un regimiento. También se veían varias banderas y estandartes con divisas galesas y el símbolo de un dragón rojo volador que Greer recordaba vagamente de su infancia, así como un inmenso espejo que reflejaba la poca luz que entraba.

El mayordomo continuó andando seguido por Greer y Percy, a través del oscuro pasillo de una de las torretas y luego por otro pasillo lleno de sombríos cuadros y más enseres de guerra.

Al final de este último, el mayordomo abrió dos puertas de roble y dijo algo en galés.

Percy la condujo a través de ellas.

La estancia hubiera sido magnífica de haber estado bien amueblada. Estaba pintada con un cálido tono amarillo, las cortinas eran de algodón, con un estampado de flores, y en el techo se veía una escena de un hombre que se elevaba hacia el cielo montado en las alas de los ángeles. En el otro extremo del enorme salón había un grupo de muebles tapizados, alrededor de una chimenea tallada en mármol, de casi dos metros de altura. Y nada más. No había más sillas, consolas o cómodas, y ni una sola obra de arte.

Greer echó la cabeza hacia atrás para contemplar el techo mientras Percy intercambiaba unas breves palabras con el mayordomo. Cuando éste abandonó la estancia, Percy miró lo que ella miraba.

—El artista es sir Thomas Lawrence —la informó. Se acercó a una ventana y contempló el exterior—. Pintó varios de los retratos que hay entre estas paredes.

¡Sir Thomas Lawrence! Se trataba de un famoso artista británico y su nombre fascinó a Greer. Era una gran admiradora de las buenas obras de arte y, con el sombrero en la mano, describió un círculo dos veces, examinando todos los detalles de la pintura. Era maravillosa, mucho más impresionante que cualquiera de las que había visto en Londres.

Cuando acabó su contemplación, se encaminó hacia el lugar donde estaba Percy y miró hacia abajo, lanzando una exclamación de placer al ver los jardines que se extendían a sus pies. Aun a la débil luz del crepúsculo se percibía su extensión, hileras y más hileras de arbustos formando perfectos círculos, arcos y ochos, arriates de rosas, cenadores y elaboradas fuentes por todas partes. El césped descendía por una suave pendiente que acababa en la linde del bosque, formando un perfecto contraste con la fría entrada a Llanmair.

—Pocas veces he visto tanta belleza —declaró sobrecogida.

—El príncipe es famoso por sus jardines —la informó Percy—. Bastante raro, dado su carácter, ¿no le parece?

En verdad era difícil de entender que un asesino y ladrón fuera capaz de mantener tan bien cuidado un jardín. Greer se lo imaginaba más bien torturando animalillos y asustando a los niños para divertirse.

Percy debió de presentir su aprensión, porque le dirigió una sonrisa.

—No se preocupe, señorita Fairchild —dijo—, le doy mi palabra de que la protegeré; le aseguro que no va a poder hacerle daño.

—Gracias —replicó ella. No le apetecía encontrarse con el ogro de Powys bajo ninguna circunstancia, y prefirió no preguntarse cómo iba Percy a detener a un monstruo decidido a hacer cualquier cosa—. Pero cuanto antes le exijamos que nos devuelva lo que nos pertenece por derecho, antes podremos irnos de aquí —añadió.

—Si —corroboró él, pensativo. Echó un vistazo al exterior a través de la ventana, y luego se volvió de repente—. Si me lo permite... —continuó cogiéndole la mano. Apartó la vista un instante y luego la miró con expresión muy tierna—. Señorita Fairchild, si me permite el atrevimiento, he estado dándole vueltas a nuestra extraordinaria situación, y me gustaría hacerle saber que yo...

La puerta se abrió de golpe, con tanta fuerza que Percy se interrumpió, soltó la mano de Greer y se alejó de ella mientras el ogro entraba en la sala con la capa todavía puesta y dos enormes perros lobo a su lado. Su expresión era sombría y llevaba el pelo negro, en el que se veían algunas hebras grises, peinado hacia atrás y cayéndole sobre los hombros. Cruzó la

estancia de una zancada con una cojera casi imperceptible, y se detuvo en el centro, con las piernas separadas. Los contempló a ambos con una fría mirada de sus brillantes ojos verdes, un poco sesgada, y murmuró algo en galés. Los dos perros reaccionaron al instante, sentándose cada uno a un lado de su amo.

Aquellos ojos hicieron que Greer se echara a temblar por segunda vez en ese día.

Sin embargo, él apenas le echó una ojeada, dirigiéndose en cambio a Percy en galés con un tono de voz profundo y grave. A Greer le dio la impresión de que nunca levantaba la voz porque no debía de tener necesidad de hacerlo. Estaba convencida de que era capaz de apresar el corazón de cualquiera con los largos tentáculos del miedo, hablando con toda tranquilidad.

Fuera lo que fuese lo que dijo, hizo que Percy se ruborizara un poco. Entonces, éste extendió una mano hacia ella y dijo:

—¿Me permite que le presente a la señorita Greer Fairchild?

Ella hizo una profunda reverencia de manera instintiva.

El hombre la miró, con descaro, de arriba abajo y de abajo arriba, con fría mirada.

Greer se vio incapaz de moverse, tan impresionada por él como intrigado se mostraba él con ella. La estancia parecía empequeñecida con su presencia; demasiado hombre para un lugar tan exquisito. Se le ocurrió pensar entonces que estaba contemplando a alguien que ostentaba tanto poder que nadie se atrevía a cuestionarlo, y empezaron a debilitársele las rodillas ante la perspectiva de reclamarle la devolución de su herencia.

Pero tenía que hacerlo. No podía sucumbir a la cobardía a esas alturas. Estaba deseando acabar con aquel desagradable asunto cuanto antes para poder largarse de aquel horrible lugar y no volver nunca más. Viéndose ya en la seguridad del carruaje que había alquilado y alejándose de allí, se obligó a hablar.

—Alteza —empezó.

Él levantó una ceja. Daba la sensación de que estuviese escogiendo con cuidado lo que iba a decir.

—Soy un conde, señorita Fairchild, no un rey.

Greer no supo qué fue lo que la atemorizó más, si su perfecto inglés o la forma en que sus ojos la miraron.

—M... milord —empezó de nuevo—, por favor, disculpe nuestra intromisión... pero era necesario que viniéramos.

Él asintió, cortante, y se alejó de ella con la misma actitud que un gato apartándose de una insignificante presa; se dirigió hacia una consola cojeando levemente, se sirvió una copa de una de las varias botellas que allí había, y luego miró a Percy de reojo.

—¿Whisky?

—Por favor —respondió éste.

Radnor, Powys o como quiera que se llamara, indicó con desgana el contenido del mueble y se apartó, dejando que Percy se sirviera a sí mismo.

¡Qué maleducado! ¿Qué motivo había para ese horrible comportamiento que no fuera humillar a Percy?

Pero el individuo estaba ya mirando de nuevo a Greer, recorriendo con descaro su cuerpo con los ojos mientras se bebía el whisky de un trago.

—Es usted galesa —observó, dejando el vaso a un lado.

Greer no sabía si eso era una pregunta o una afirmación.

—Lo soy —respondió cogiéndose las manos detrás de la espalda con nerviosismo—. Mis padres eran galeses, pero vivían en Bredwardine. Su apellido era Vaughan.

—¿Y cómo ha acabado llevando un apellido inglés como Fairchild?

Recordó lo que se había visto obligado a soportar Percy a manos de ese hombre sólo por ser medio inglés.

—Mi madre murió siendo yo muy niña, milord. Mi padre, Yorath Vaughan, no tenía ningún deseo de criar a una hija, de modo que permitió que la hermanastra de mi madre, lady Bingley, me acogiera en su casa. Ella vivía en Inglaterra y, cuando mi padre murió, lord Bingley me dio su apellido: Fairchild.

El príncipe asintió, pensativo, mientras la miraba con atención, deteniendo los ojos en su escote, al tiempo que rascaba a uno de los perros detrás de la oreja.

—¿Y cuál es ese asunto que tiene que tratar conmigo? —preguntó con su voz suave y fría.

Greer no hubiera podido explicar lo que le sucedió en ese momento, puede que tan sólo fuera el nerviosismo que había ido acumulando a lo largo de los días, o tal vez el tono de voz de él, como si ella no tuviera derecho alguno a estar allí. Fuera lo que fuese, eliminó sus temores, alejó la fatiga y la frustración y la llenó de indignación.

—«Ese asunto» es algo muy sencillo —respondió con una voz más tranquila y firme de lo que había esperado—. Usted posee algo que me pertenece.

Le pareció que él estaba a punto de sonreír, pero Percy se apresuró a decirle algo en galés. El ogro no lo miró, sino que mantuvo sus ojos en Greer con una expresión impasible y enigmática que la enfureció más que todos sus presuntos crímenes juntos.

—¿Y qué se supone que tengo yo que sea suyo? —preguntó él.

Percy volvió a intervenir hablando en galés, pero el príncipe levantó una mano para que se callara y miró fijamente a la joven, esperando su respuesta.

—Tiene usted...

—¡Señorita Fairchild!

La sonora exclamación de Percy la sobresaltó; lo miró, y éste empezó a hablar en galés con el príncipe, en un tono de voz que parecía casi frenético. Greer no sabía lo que estaba diciendo, pero fuera lo que fuese, pareció molestar al otro, ya que su mirada se transformó en una de profundo desdén. Cuando contestó a Percy, lo hizo de tal modo que Greer supo que sus palabras resumaban rencor.

Percy respondió en el mismo tono, y ambos continuaron discutiendo en ese horrible idioma, Percy elevando cada vez más la voz y el príncipe con mayor frialdad.

Entonces, Percy dijo algo que debió de tocar un punto débil, ya que el diabólico príncipe la miró a ella con furia.

Greer retrocedió un paso.

—Se ha hecho muy tarde para que puedan volver con seguridad a Rhayader. Ordenaré que les preparen una habitación aquí.

—¿Aquí? —repitió ella, mirando a Percy con preocupación—. Estoy segura de que podemos volver, todavía no ha anochecido y la lluvia...

—Imposible —negó el príncipe con tono brusco—. En cuanto a su «asunto»..., me ocuparé de él mañana.

Chasqueó los dedos y los dos animales se acercaron de inmediato a su lado. Se dirigió con paso rápido hacia la puerta, con los perros trotando tras él, antes de que Greer pudiera explicarle por qué había ido hasta allí, ni pronunciar otra palabra.

Cuando la puerta se cerró con estruendo tras él, impidiéndole de momento plantear su reclamación, se volvió hacia Percy.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Le he explicado que hemos venido a buscar nuestras herencias —respondió él, acercándosele—. Por supuesto, no va a renunciar sin presentar batalla.

Greer gimió. Estaba demasiado enfadada y agotada. Quería habérselo pedido ella misma, quería haberle reclamado a aquel malvado hombre lo que le pertenecía por derecho, con sus propias palabras, y ni siquiera había entendido que su caso estaba siendo debatido.

—Señor Percy, me veo obligada a insistir...

—Señorita Fairchild... Greer —la interrumpió él—, usted no le conoce tan bien como yo. Este hombre carece por completo de escrúpulos, no va a tener piedad alguna con una joven indefensa.

Al percibir su expresión de escepticismo, se apresuró a acortar la distancia que les separaba y cogió las manos de ella entre las suyas.

—Deseo ayudarla, protegerla. Señorita Fairchild... Greer... me temo que lo que voy a decir pueda parecerle inadecuado pero... llevo algún tiempo pensándolo.

La intensidad de su mirada y la gravedad de su voz despertaron sus sospechas haciéndole intuir al instante lo que el hombre iba a decir y llenándola de pánico. ¿Iba a proponérselo ahora?

—¡Señor Percy! —gritó, intentando liberar las manos—. Le suplico que no lo haga, por favor.

—Seguro que sabe que he acabado por sentir hacia usted el mayor de los respetos —prosiguió él con obstinación—. Hubiera preferido un noviazgo como es debido, no se merece usted menos, pero en vista de que el destino se ha encargado de unirnos, no puedo seguir aplazando la honesta declaración de mis sentimientos. Es importante que se lo diga ahora, pues creo que estaremos mejor unidos que separados.

Ella intentó asimilar la repentina declaración. Por supuesto, había notado sus atenciones, pero jamás había llegado a sospechar que sus sentimientos fueran tan profundos. Y aunque le parecía un hombre encantador, y le caía bien —después de todo le había sido de gran ayuda durante el viaje—, no se le había ocurrido ni remotamente considerarlo como un posible marido.

¡Además, era un momento de lo más inoportuno para pedir su mano! ¡Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera el maldito príncipe! Era una situación tan absurda que casi parecía un sueño; ella estaba en medio de un castillo medieval, nada menos que en Gales, invitada por un asesino y ladrón, y oyendo una oferta de matrimonio que ni deseaba ni esperaba.

—Señor Percy, no puedo...

—No me responda todavía —le pidió él, besándole la mano muy serio—, pero por favor, hágame el honor de considerar al menos mi ofrecimiento. Y, mientras lo hace, reflexione sobre la profundidad del aprecio que siento por usted. Me ha cautivado y hechizado, Greer, y ruego que corresponda a la buena opinión que tengo de usted consintiendo en ser mi esposa.

—¡Señor Percy, por favor! —gritó ella liberando la mano—. ¡Es un momento muy inoportuno para hacer tal proposición!

—Reconozco que así debe de parecérselo, pero dada su forma de ser, puede que sea la mejor ocasión. ¡Piense tan sólo en lo que eso significaría, Greer! Ambos, juntos con nuestras herencias, disfrutando de una vida cómoda. Podríamos instalarnos en una casa en el campo y criar a nuestros hijos...

—¡Está usted dando por hechas muchas cosas, señor!

Él sonrió con dulzura y le acarició la sien con los nudillos.

—Lo único que le pido es que lo piense.

Era demasiado como para soportarlo sola. ¡Ojalá estuvieran allí Ava y Phoebe! Seguro que una de ellas se habría percatado con antelación de las intenciones de Percy y al menos la hubiera advertido; pero Greer no lo había visto llegar. Estaba demasiado absorta en su objetivo, demasiado obsesionada con recuperar su herencia y volver a Londres como para pensar...

—Es obvio que la he entristecido —dijo Percy—, pero seguro que no ha podido sorprenderse demasiado. Seguro que sabía...

La puerta se abrió a sus espaldas y Percy se volvió con el aspecto de un jovencito al que hubieran pillado levantándole las faldas a su amante.

Era el mayordomo. Cuando terminó de decirle algo a Percy, éste suspiró, se llevó las manos a la cintura y miró a Greer.

—Han preparado una habitación para usted —la informó irritado, pero en seguida sonrió—. Prométame que pensará en lo que le he dicho.

—Lo pensaré —dijo ella, evitando su mirada mientras pasaba a su lado y se apresuraba a seguir al mayordomo, quien todavía no había pronunciado ni una sola palabra en inglés.

El sirviente condujo a Greer por un pasillo en penumbra, hasta una pequeña y austera habitación con una cama, una alfombra y una mesa que hacía las veces de tocador. Había una sola ventana que daba al redil de las ovejas. El mayordomo, un hombrecillo pequeño, de pelo negro y expresión hierática, le anunció, en francés, que más tarde le serviría un refrigerio en su dormitorio.

—*Merci* —respondió ella. Y aunque su francés no era demasiado bueno, le preguntó si había alguien allí que hablara inglés—: *Y a t'il quelqu'un qui parle anglais ici?*

—Yo hablo inglés —contestó él muy serio.

Aquel lugar se iba volviendo más raro a cada minuto que pasaba.

—Gracias —dijo ella, mirándolo con curiosidad—. ¿Sería posible encender la chimenea?

—Un lacayo la atenderá en breve. —Se despidió con una inclinación y abandonó la habitación.

Greer lanzó el sombrero sobre la cama con un suspiro, y se acercó a la ventana desde donde observó los corrales llenos de barro y a las ovejas, que a pesar del frío y de la lluvia rumiaban contentas. Lamentaba no ser como ellas, no tener otra cosa de que preocuparse más que de ser devueltas a la libertad de los pastos. Desafortunadamente, su carga le parecía insoportable en aquellos momentos. Se había metido en un verdadero lío.

Permaneció frente a la ventana, abrazándose con fuerza, sin saber qué hacer, hasta que un golpe en la puerta la hizo volver a la realidad. Se trataba del lacayo que llegaba para encender el fuego.

—Perdone, ¿el señor Percy está alojado cerca de aquí? —le preguntó mientras él llenaba la chimenea de leña.

El joven la miró de forma extraña.

—*Saesneg*, no adecuado —respondió.

—¡Oh! —sonrió ella levemente volviéndose de nuevo a la ventana.

Estaba oscureciendo, y el viento arreciaba cada vez más, provocando extraños gemidos en el castillo. Cuando el lacayo se marchó, a Greer le pareció que el sonido del viento era similar a un lamento fúnebre en la distancia. Se puso nerviosa. Casi esperaba ver a las brujas de *Macbeth* aparecer tras la única cortina entonando:

*¿Cuándo habremos de vernos con el trueno, otra vez,
con el rayo o la lluvia reunidos los tres?
Cuando el caos acabe,
el fin de la batalla, bien se pierda o se gane.*

Se alejó de la ventana y se acercó a la chimenea con la esperanza de que los crujidos y los silbidos de la madera al arder acallaran los horribles gemidos del viento.

Pensó en Ava y en Phoebe, en su hogar en Londres, en las fiestas y bailes a los que habían asistido desde que fueron presentadas en sociedad, en sus vidas desprovistas de preocupaciones, cuyo mayor problema consistía en decidir con cuál de los muchos jóvenes caballeros presentes se iban a casar algún día. Las echaba muchísimo de menos, añoraba sus consejos y confidencias. Recordó a su tía Cassandra, siempre risueña y prometiéndoles grandes cosas.

Recordó Bingley Hall, donde las tres habían vivido de niñas, y los bailes que celebraban sus tíos. En esas veladas especiales, la tía Cassandra iba a darles las buenas noches al dormitorio infantil vestida con todas sus galas. A Greer siempre le parecía que tenía el aspecto de una reina.

En una de esas ocasiones Phoebe soltó petulante:

—Mamá, quiero ir.

—Esta noche no, cariño, pero algún día asistirás a todos los bailes —la tranquilizó la tía Cassandra, cogiéndola con una mano y a Greer con la otra e indicándole con la cabeza a Ava que hiciera lo mismo, completando así el círculo—. ¿Recordáis cómo se baila el reel* que os enseñé? —preguntó mientras las hacía girar—. Algún día bailaréis todos los reel, minuetos y vales que queráis.

—¿Dónde? —preguntó Phoebe con desconfianza.

—¿Dónde? —repitió la tía Cassandra divertida—. Pues en casa de Ava, por descontado, porque Ava será la dueña de una casa muy distinguida y se celebrarán en ella bailes y veladas, y sus elegantes cenas serán la envidia de todo Londres.

—¿Con quién voy a casarme, mamá? —preguntó Ava, que era un año mayor que Greer.

—Con un lord. Un lord muy guapo y rico que te adorará, cariño.

—¿Y yo? —inquirió Phoebe, la menor de las tres, frunciendo el cejo.

—Tú eres una niña muy especial, Phoebe —respondió su madre con una cálida sonrisa mientras giraban despacio—. Cuando crezcas, serás tan hermosa que todos los hombres de Gran Bretaña desearán que seas su esposa. Pero debes tener cuidado y pensarlo bien antes de otorgar tu afecto a cualquiera de ellos, porque vas a tener un importante secreto. Deberá ser un hombre muy especial para entender ese secreto y lo importante que es para ti.

—¿Qué secreto es? —gritó Phoebe, feliz de ser ella quien tuviera algo importante que ocultar.

—¿Y cómo quieres que lo sepa, querida? —preguntó la tía Cassandra con alegría—. Es un secreto. Pero va a ser algo valioso, y lo compartirás con un hombre que te amará por encima de todo.

—¿Y Greer? —quiso saber Ava.

—¡Greer! —Tía Cassandra se rió y oprimió con cariño la mano de su sobrina—. Muy fácil. Greer es inteligente e ingeniosa, y estará muy solicitada en todos los acontecimientos sociales más importantes, porque es el alma de cualquier fiesta que merezca la pena. Todos los caballeros la adorarán, pero nuestra Greer es tan lista que jugará con ellos como si fueran ratones y ella el gato.

—¿Yo no me voy a casar? —preguntó Greer, decepcionada ante la perspectiva de jugar con hombres adultos.

—¡Claro que sí, querida! Pero no con cualquiera. Lo harás con uno que sea, por lo menos, tan inteligente como tú y que sabrá reconocer al instante la joya que eres.

El carro redujo la velocidad mientras las tres niñas se miraban entre sí, intentando con todas sus fuerzas verse como mujeres adultas.

—No quiero casarme —declaró Phoebe por fin—. Quiero quedarme con Ava y con Greer.

Tía Cassandra se rió y se agachó para besar la rubia cabeza de Phoebe.

—Los hombres entrarán y saldrán de vuestras vidas, queridas, pero vosotras permaneceréis unidas para siempre. Seréis como una hermandad de caballeros, defendiéndolos y protegiéndolos las unas a las otras en cada instante de vuestras vidas. Compartiréis vuestras penas y esperanzas, las alegrías y las tragedias, y vuestros hijos crecerán juntos. No olvidéis nunca que, por mucho que améis a vuestros maridos e hijos, nadie estará nunca tan unido a vosotras como vuestras hermanas.

—Greer no es hermana nuestra, mamá, es nuestra prima —aclaró Phoebe.

—Gracias cariño. Sé muy bien que, sobre el papel, es vuestra prima, pero en el corazón es vuestra hermana.

Luego las besó, deseándoles buenas noches y las dejó en manos de la niñera. Al salir de la habitación, su vestido lanzaba destellos al moverse.

Greer no había olvidado esa noche. La tía Cassandra acertó en muchas de las cosas que dijo; la invitaron a todos los acontecimientos sociales y la buscaban como pareja para juegos, bailes y cenas. Parecería caerles bien a los hombres, pero todavía no había encontrado a ninguno en Londres que retuviera su interés durante mucho tiempo. Esa circunstancia la entristecía, ya que deseaba la vida que tía Cassandra había descrito para ella aquella noche. Quería tener hijos y vivir cerca de Ava y de Phoebe, inmersas en la vorágine social. Y quería casarse con un hombre inteligente y amable al que no le asustara en absoluto que ella estuviera al tanto de las últimas noticias del Parlamento, como parecía sucederles a algunos de sus pretendientes.

Greer añoraba desesperadamente a tía Cassandra, en especial en aquellos momentos. Ella hubiera sabido qué hacer con todo: con la herencia, con Percy y con aquel horrible castillo.

Y también pensó en su madre, una mujer cuyo rostro estaba congelado para siempre en el diminuto retrato que Greer llevaba consigo. No tenía ninguno de su padre, y no recordaba su aspecto. Lo cierto era que no se acordaba de él en absoluto. Pero de su madre —hermanastra de la tía Cassandra—, tenía vívidas imágenes.

Pero estaba persiguiendo un fantasma, pensó taciturna. Retazos de memoria, un diminuto retrato y, en los últimos años, un sueño recurrente. En ese sueño, su madre estaba ante las puertas de una mansión blanca, bañada por la luz del sol, llamando a Greer para que entrara. Ésta corría hacia ella, intentando alcanzarla antes de que desapareciera, pero nunca lo conseguía.

Sólo un sueño la había llevado hasta allí, hasta un remoto y sombrío castillo, lo mas alejado posible del Gales de sus recuerdos.

Era irónico, ya que ella siempre había sido muy práctica. Destacaba en sus estudios y ansiaba ampliar sus conocimientos sobre matemáticas, ciencias y literatura. No era el tipo de persona que dejara volar la imaginación, de modo que, ¿cómo se le había ocurrido arriesgar la vida y la virtud en una búsqueda tan inútil?

A pesar del fuego de la chimenea, en la habitación empezó a hacer más frío. Por suerte, apareció otro lacayo con su baúl. Greer encendió una vela y lo abrió, sacó un cómodo vestido de tarde y un chal de Cachemira, que se puso para entrar en calor, y se aseó con el agua helada del

lavamanos. Algún tiempo después, apareció un tercer lacayo con la comida. Mientras él atizaba el fuego, ella levantó la tapa de plata y miró los alimentos. Al parecer, un guiso de pescado. Volvió a poner la tapa en su sitio; sin hambre.

Cuando el criado se marchó, intentó mantener la mente y las manos ocupadas soltándose el pelo y cepillándose. El viento arreció y la lluvia golpeó con violencia los pequeños cristales de la ventana, como si alguien estuviera lanzando piedrecillas contra ellos. Era demasiado espeluznante para soportarlo, de modo que se recogió el pelo en la nuca y empezó a pasear arriba y abajo.

La luz de la vela parpadeó con fuerza en uno de los giros, y entonces Greer recordó una novela que les había leído Phoebe en una oscura noche de invierno, sobre una joven atrapada en un castillo con un fantasma. La historia hizo que las tres durmieran varias noches en la misma cama.

Otra ráfaga de viento agitó con fuerza la ventana y la ansiedad de Greer aumentó hasta el punto de ponerle piel de gallina.

No podía soportarlo, se sintió impelida a abandonar aquella terrorífica habitación antes de que apareciera una bruja o un fantasma. Echó un vistazo al pequeño reloj que llevaba prendido en el pecho. Eran las diez menos cuarto. Seguro que a aquellas horas podía vagar por los pasillos del castillo sin molestar a nadie; el lugar parecía enorme y desprovisto de vida humana. Tan sólo una rápida incursión para ir en busca del señor Percy, quien seguro que le haría compañía hasta que pasara la tormenta.

Un trueno la llevó a precipitarse hacia la puerta. La abrió con cuidado y echó una ojeada. En el otro extremo del pasillo se veía una luz que parpadeaba tanto que parecía a punto de extinguirse. Pero era luz, y donde había luz podía haber una persona, una persona viva y respirando.

Cogió su candelabro y se apresuró a salir al pasillo, recorriendo en sentido inverso el camino que había hecho en compañía del mayordomo cuando éste la había acompañado a su dormitorio. Sin embargo, cuando llegó al final, no pudo recordar si habían venido por la derecha o por la izquierda.

Giró a la derecha.

Después de caminar por espacio de varios minutos con el corazón golpeando con fuerza en sus oídos, llegó a otro corredor, largo y estrecho, iluminado por velas de cera de abeja, colocadas en candelabros fijados a la pared. Era un lujo que pocos podían permitirse, pero Greer se alegró al verlas. Apagó su vela y dejó el candelabro, luego anduvo en silencio, mirando al mismo tiempo las pinturas.

Le pareció muy interesante que el diabólico príncipe, a pesar de sus pecados, tuviera una impresionante colección de arte en ese pasillo, pero poco más en el resto del castillo que ella había visto.

Cuando llegó al final, vio el retrato de una mujer sentada bajo las ramas de un árbol. Reconoció el característico trabajo de Thomas Gainsborough y se detuvo para admirarlo. La mujer llevaba un vestido blanco con una cinta azul a la cintura sobre un miriñaque. En la cabeza, un sombrero de verano de ala ancha, y debajo del dobladillo del vestido se veían asomar unas

zapatillas adornadas con piedras preciosas. A sus pies, con la vista fija en su dueña, había un perrito negro. Greer avanzó un paso para admirar el retrato más de cerca; en eso estaba cuando oyó cómo el suelo de madera crujía a su espalda.

Se volvió con una exclamación, cosa que hizo que los perros que tenía detrás empezaran a ladrar con furia, enseñando los colmillos, que centellearon bajo la luz de la vela.

Justo detrás de ellos apareció un hombre que ocupaba todo el marco de una puerta, y el corazón de Greer dejó de latir. Él les dio una brusca orden a los animales, que al momento se tumbaron sobre el vientre.

Greer jadeó, atemorizada, se llevó la mano a la garganta y miró al príncipe. Éste se había desprendido de la capa, así como también de la chaqueta, el chaleco y el pañuelo del cuello. De hecho, sólo llevaba puestos un par de pantalones y una camisa de lino con los faldones medio colgando. Tenía la camisa abierta a la altura del cuello, de modo que ella pudo vislumbrar el vello negro que cubría un musculoso pecho. Su cabellera negra estaba revuelta, iba descalzo, y se apoyaba contra el marco de la puerta sosteniendo una botella en una mano. Parecía medio salvaje y la miraba con el cejo fruncido.

—Le pido que me disculpe —dijo Greer al instante, haciendo ademán de irse.

—*I ble rydych chi'n mynd?* —preguntó él con voz áspera.

Greer contuvo un estremecimiento y tragó saliva con dificultad antes de mirarlo con cautela por el rabillo del ojo.

Él volvió a decirles algo a los perros, los cuales obedecieron de inmediato la orden y desaparecieron en la habitación que tenía detrás. Sin embargo, el príncipe no se movió, sino que la miró de arriba abajo, mientras bebía, tomando nota de su vestido, del chal que se le había deslizado desde el hombro hasta el brazo, de sus zapatillas y de su pelo. Cuando bajó la botella, la miró a los ojos.

—Sé quién es usted, y usted lo sabe —comentó incongruentemente—. ¿Qué anda buscando?

—Yo estaba... —Se lo pensó mejor antes de confesar que estaba nerviosa y que tenía miedo, y que había tenido que abandonar aquella pequeña habitación antes de volverse loca—. Me he perdido —mintió.

—Perdido —repitió él mirándola con morosidad, acariciando su cuerpo—. Usted nunca ha estado perdida.

Su respuesta la desconcertó.

—Yo, eh... —Echó un vistazo hacia el pasillo que acababa de recorrer—. Quería beber agua —se justificó, diciendo lo primero que le vino a la cabeza—. Estaba buscando al mayordomo, debo de haberme equivocado de camino.

El príncipe se separó del marco de la puerta, con la mirada fija en su pecho y con las piernas no muy firmes.

—¿No se le ha ocurrido usar su magia? —preguntó, agitando los dedos ante ella—. ¿O al menos tirar del cordón de la campanilla?

El cordón de la campanilla. Ni siquiera se había fijado en si había alguno en su cuarto. No respondió, se limitó a mirar cómo se acercaba a ella con su leve cojera. Era evidente que había bebido demasiado, y sólo Dios sabía de lo que era capaz bajo los efectos del alcohol. La embargó una oleada de pánico; echó de nuevo un vistazo hacia el pasillo, angustiada, y consideró la posibilidad de salir corriendo.

Pero él ya estaba a su altura, de modo que Greer se tragó el miedo y dio un paso atrás por instinto, pegándose a los paneles de madera de la pared.

Cuando percibió su mirada, dura y hambrienta, un montón de cosas se le pasaron por la mente. Pudo oler el whisky mezclado con el aroma especiado de una colonia, y distinguir la sombra de la barba en su mandíbula cuadrada.

Él bajó la mirada hacia ella, deteniéndose en sus labios.

—*Beth ydy'ch enw chi?*

Greer parpadeó y contuvo el aliento.

Él levantó la mirada.

—¿No es usted galesa?

Ella no se atrevió a contestar.

El príncipe deslizó otra vez la mirada hacia su pecho, y en el interior de Greer prendió una hoguera que fue irradiando poco a poco hacia sus miembros.

Élladeó un poco la cabeza y suspiró.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. Me refiero a su nombre de pila —aclaró, volviendo a llevar la vista hacia sus ojos.

Ella estaba fascinada. No se había percatado de cuán intensamente verdes eran los de él; exactamente del mismo color que la primavera.

Pero aquella mirada escrutaba cada uno de sus movimientos, como si pudieran ver a través de ella. El corazón empezó a palparle a toda velocidad debido al temor. ¿Qué estaba mirando? ¿Qué planeaba hacer con ella?

El hombre levantó una espesa ceja, esperando su respuesta.

—Greer —balbuceó con un hilo de voz.

—Greer —repitió él con suavidad.

Continuó mirándola con atención —la cabeza, el pelo recogido en la nuca y cayendo sobre su hombro—, levantó la mano como si quisiera acariciárselo y Greer cerró los ojos, apartando la cabeza instintivamente.

Pero el príncipe no le tocó el pelo como parecía que fuera a hacer; la tocó a ella. El muy insolente, deslizó los dedos por la piel de su pecho.

—¡Milord! —protestó con firmeza.

Él la ignoró. En la mano, sostenía el colgante que ella llevaba al cuello, y lo estaba estudiando con detenimiento. Se trataba de un regalo que le había hecho la tía Cassandra años atrás, una cruz rodeada por tres círculos. Greer intentó alejarse de él deslizando la espalda por la pared, pero él sacudió la cabeza, advirtiéndole en silencio que no lo hiciera. Sostuvo la cruz en su gran mano, cuyos gruesos y morenos dedos contrastaban con la pálida y suave piel del pecho de ella.

Le costaba respirar, el pánico la mantenía inmóvil y amenazaba con convertirse en histeria. Con desesperación, pensó en golpearlo, apartarse de él, pedir ayuda a voces. Pero estaba paralizada; era incapaz de gritar ni de encontrar su voz. Se veía incapaz de hacer nada salvo permanecer allí, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y la cabeza vuelta mientras él estudiaba la cruz.

—Es galés —dijo él—. Un amuleto.

Lo soltó, el roce de sus dedos en su piel fue como fuego. Greer tapó el colgante con la mano.

—No creo —lo contradijo con voz ronca—. Fue comprado en Londres.

—Es galés —insistió él—. Te conozco. Sé que quieres atormentarme —jadeó con ojos llameantes.

Ella no era capaz de mirar esos ojos sin sumergirse en ellos. Volvió a girar la cabeza, pero él le puso una mano en la mandíbula haciendo caso omiso de su gemido de terror, y la obligó a mirarlo.

Permanecieron así, casi pegados, mirándose a los ojos, Greer con la cara levantada y con la respiración agitada, él tranquilo.

—Sé lo que quieres... pero no lo conseguirás —murmuró, y luego, para horror de ella, la besó.

Sus labios eran calientes y húmedos, y se movían seductoramente sobre los suyos. Con la mano le tocó el cuello, y la joven tuvo la sensación de que, de haberlo deseado, hubiera podido estrangularla.

Él era, de manera incongruente, suave y a la vez exigente en su beso, saboreándola, mordisqueándola; extraordinariamente erótico. Su cuerpo estaba reaccionando de un modo que la sorprendía, ardiendo bajo su tacto y vibrando de deseo.

Justo cuando creía que iba a desmayarse, el hombre se apartó de ella de repente y se echó hacia atrás tambaleándose. Se le curvó la boca en una peligrosa sonrisa, bebió otro trago y luego la apuntó con el cuello de la botella.

—No ganarás —le dijo.

Paseó la mirada por su cuerpo una vez más, bebió otro buen trago de la botella, y, trastabillando se volvió, regresó cojeando a la habitación de la que había salido.

Cuando desapareció en el interior, Greer exhaló el aliento que había estado conteniendo, se llevó una mano a la boca y se deslizó por la pared hasta el suelo, exhausta. Pasaron varios minutos hasta que pudo ponerse en pie. Sujetó el chal con una mano y se volvió por donde había venido, recogiendo el candelabro que había abandonado al final del pasillo y encendiendo la vela para poder alejarse lo más rápido posible de aquel príncipe loco que vivía en medio de la nada.

Una vez en su despacho, el conde bebió otro trago de la botella hasta vaciarla y volvió a sentarse en el sofá. Dejó el envase vacío, le rascó la cabeza a uno de los perros, que se había despertado, y luego se llevó una mano a la rodilla. Empezó a masajearse en vano para calmar el dolor, rindiéndose en seguida y desplomándose contra el brazo del sofá. Se tapó los ojos con un brazo y esperó a que el sueño lo librara de la agonía, sabiendo que no iba a conseguirlo.

Greer apenas pudo dormir. Se despertó a cada sonido y con el estruendo de la tormenta, temiendo que el príncipe apareciera en la puerta de su dormitorio con esa aura salvaje que lo envolvía. Y temía su propia reacción si lo hacía. Se había sentido impresionada, asustada y excitada, y eso la trastornaba más que todo lo que le había sucedido hasta entonces.

Se percató con sobresalto de que era de día, cuando alguien le tocó los dedos de los pies. Se incorporó, se apartó el pelo de la cara y miró boquiabierta a la muchacha que estaba a los pies de su cama.

—¿Quién eres? —preguntó.

La chica, muy menuda, la miró con unos ojos oscuros, tan grandes como canicas.

—Soy Lucy, ma'am. Pero casi todos me llaman Lulu. Me han enviado para atenderla.

El inglés común de la chica sorprendió a Greer, quien la miró con desconfianza, apartó los pies del alcance de los dedos de la muchacha y se rodeó las piernas con los brazos.

—¿De dónde eres? No pareces galesa.

—¡Oh, no, ma'am! No lo soy. Soy de Shrewsbury.

Shrewsbury estaba al menos en el lado correcto de la frontera, de modo que Greer bajó un poco la guardia mientras sacaba las piernas por un lado de la cama.

—¿Y cómo viniste a parar a Llanmair? —preguntó con ironía—. ¿En un coche de alquiler?

—¡Oh, no señorita! Me trajo mi padre para trabajar aquí. —Señaló hacia el baño—. Le he traído agua. Su señoría dice que desayune en el comedor principal, y que vaya a su estudio cuando haya terminado.

Greer se ruborizó un poco al oír mencionar al príncipe, y evitó la mirada de la joven mientras se levantaba y se dirigía al lavamanos. Se lavó la cara con el agua helada para despejarse. Cuando se dio la vuelta, Lulu había abierto las cortinas y la luz del sol entraba por la ventana.

—Ha dejado de llover —murmuró más para sí que para la chica.

—Sí, así es —respondió Lulu con una alegría que parecía fuera de lugar en aquel lúgubre cuartucho—. Hace un día precioso. ¿La ayudo a vestirse? —preguntó, cogiendo una bata de color ámbar que Phoebe había creado para ella a partir de uno de los vestidos desechados de tía Cassandra.

—Gracias. Necesitaré ropa de viaje —dijo Greer—. Hoy me marcho de Llanmair.

Lulu asintió y volvió al baúl. Encontró un vestido rosa de viaje, cuyo tejido era demasiado fino para aquella tierra, pero era el único que Greer tenía. Lo depositó con cuidado en el brazo de un sillón, llena de admiración.

Greer se sentó ante el tocador y empezó a cepillarse el pelo. Observó a Lulu mientras ésta limpiaba la habitación, preguntándose cómo alguien tan frágil podía vivir en Llanmair. Cuanto más lo pensaba, más curiosidad sentía.

—¿Dices que fue tu padre quien te trajo aquí para trabajar? —preguntó dejando el cepillo.

—Así es, ma'am. A finales de noviembre hará dos años.

¿Cómo era posible? Tal vez el padre no sabía nada de la reputación del príncipe. Pobre Lulu, debía de haber pasado mucho miedo al verse abandonada en la casa de un hombre cuyo carácter era tan negro como la noche.

—Eres una chica muy valiente, Lulu. Estoy segura de que estabas muy asustada.

La joven se rió, sorprendida.

—¿Asustada? Nada de eso, ma'am. Si una tiene que trabajar para ganarse el pan, no hay mejor sitio para hacerlo que Llanmair. Me consideré muy afortunada de poder venir aquí.

Las oportunidades de ganarse el pan, como decía Lulu, debían de ser verdaderamente pocas en aquel rincón del mundo, si ser condenada a hacerlo en Llanmair, con aquel diablo de hombre, se consideraba una suerte. Pero Greer no hizo más comentarios y terminó de asearse. Lulu la ayudó con el vestido, pero tuvo problemas para hacer algo con el pelo de Greer. Al final, le hizo una trenza y se la ató con una cinta.

—Estoy segura de que no resulta tan elegante como los peinados londinenses, pero es adecuado para Gales.

Greer sonrió y se abstuvo de contestar. Se preguntó —como había hecho varias veces desde que cruzó la frontera de aquel territorio— cómo era posible que ella misma fuera galesa. Todo en aquel país le parecía extraño. De acuerdo, acababa de cumplir ocho años cuando salió de allí, y de eso hacía ya catorce, pero aun así, pensó que algo le resultaría familiar.

Lulu la acompañó hasta el comedor principal, donde Greer se animó al encontrar a Percy. Éste se levantó al verla entrar y le ofreció la mano.

—¿Qué tal ha dormido? —le preguntó, mientras ella estrechaba su mano—. ¡Vaya, querida! Al parecer no demasiado bien. Parece bastante cansada.

—¿Tan mal se me ve? —preguntó Greer con una sardónica sonrisa. Estaba exhausta y de mal humor, y el día sólo acababa de empezar—. La verdad es que apenas he dormido nada —añadió. «Pensando en el beso del príncipe»—. Entre la tormenta y los ruidos...

—Fantasmas —intervino Percy muy serio.

—¿Qué? —gritó Greer.

Él se rió y le besó el dorso de la mano.

—Le pido que me disculpe. Estaba bromeando. Yo apenas me he enterado de la tormenta, he dormido como un niño —explicó guiñando un ojo—. Vamos, siéntese, siéntese —le indicó en serio—, le serviré algo para desayunar.

Greer se sentó. Después de haber renunciado al guiso de pescado de la noche anterior, estaba hambrienta. Percy le sirvió gachas de avena, huevos, tostadas y café. Mientras ella comía, él se sentó enfrente, mirándola. Cuando ella le dirigió una mirada inquisitiva, él esbozó una tensa sonrisa.

—Después de desayunar tenemos que ir a ver al príncipe.

Ella asintió con la cabeza.

Percy miró de repente a su alrededor, como si temiera que alguien estuviera escuchando, aunque Greer y él eran los únicos que estaban en el comedor.

—Debí advertirla de que es un hombre que sabe conseguir lo que quiere, y por lo general con métodos convincentes. Estoy seguro de que intentará volverla contra mí acusándome de cosas horribles. Pero todo será mentira Greer, invenciones para que usted modifique la buena opinión

que tiene de mí. Procurará dividirnos para negarse a acceder a nuestras demandas. Recuerde lo que le digo.

—No veo cómo puede acusarle de nada después de todo lo que él ha hecho.

—En realidad es muy simple: se cree que está por encima de la ley. He visto cómo lo hacía en otras ocasiones —continuó él en voz baja—. No se detendrá ante nada con tal de conseguir que usted renuncie a lo que por derecho le corresponde. Intentará intimidarla.

Greer echó una ojeada a sus gachas a medio comer, recordando la noche pasada, la mano del príncipe contra su piel y su intensa y ardiente mirada, y no consiguió imaginarse de qué manera podía llegar a intimidarla más que en esa ocasión. Pero ¡intentar decir algo en contra de Percy era absurdo! ¿Cómo podía creer que ella fuera a dar crédito a sus calumnias? ¿Cómo iba a pensar que ella desconociera el buen carácter de Percy, después de haber viajado tanto tiempo con él?

—No tiene usted de qué preocuparse, señor Percy —dijo con firmeza—. No va a poder convencerme de que no es usted un buen hombre, decente y honorable.

Él sonrió con calidez.

—Querida Greer, quiero que sepa que aprecio la buena opinión que tiene de mí. ¿Me permite preguntarle si... ha considerado usted mi petición?

Ella perdió al instante el interés por el desayuno.

—Desde luego, le debo una respuesta —contestó, pensando a toda velocidad en una forma de rechazarle con educación—. Lo he meditado a fondo, pero... pero confieso que resulta que no tengo...

—¡Claro que no! —la cortó él de inmediato—. No debería presionarla hasta que haya tenido la oportunidad de resolver el asunto que la ha traído hasta aquí. —Estiró el brazo por encima de la mesa para apresar su mano antes de que a ella le diera tiempo de apartarla—. Pero no puedo dejar pasar la ocasión de decirle lo mucho que ansío que su respuesta sea afirmativa. —Se llevó la mano a los labios, le besó los nudillos con pasión y luego la soltó.

Greer pensaba en efecto que el señor Percy era encantador, pero ahora, con la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza, y la persistente sensación de los labios de aquel diablo, no podía pararse a pensar en su proposición.

Por suerte, en ese momento entró el mayordomo evitando cualquier tipo de conversación. Dijo algo en galés que borró la sonrisa de Percy y le hizo fruncir el cejo.

—Nos está esperando —tradujo mirando a Greer—. ¿Terminamos de una vez con este desagradable asunto?

Greer se tocó la cruz que colgaba de su cuello y asintió.

—Estoy lista.

Rhodrick Glendower, conde de Radnor, se sentía mucho más en forma esa mañana, a pesar de tener un leve dolor de cabeza, resultado de la cantidad de whisky que había bebido la noche anterior. Pero el dolor de su rodilla —que, lo mismo que la cicatriz del rostro, era consecuencia de haberse caído del caballo años atrás, y tan familiar para él como sus perros desde entonces— era consecuencia de la lluvia.

El dolor era sordo y constante, en particular durante los meses húmedos, y se negaba a seguir los consejos del médico, quien le recomendaba que tomara láudano para aliviarlo; le desagradaba la sensación de letargo que le provocaba la droga y que persistía al día siguiente. No es que el

whisky fuera mucho mejor, pero por lo general sus efectos desaparecían por la mañana.

Ese día, sin embargo, se sentía más descansado de lo que lo había estado en varios días y quería poner en orden sus asuntos, varios de los cuales tenía pendientes. Por desgracia, antes tenía que cumplir con la desagradable tarea de entrevistarse con Owen Percy.

Un golpe en la puerta lo hizo alejarse del banco de la ventana, desde la que se veía el bosque que rodeaba la mayor parte de su castillo. Se cogió las manos tras la espalda y, sin pensarlo, ladeó levemente la cabeza; como había aprendido a hacer mucho tiempo atrás, para ocultar la cicatriz. Miró cómo entraban sus dos indeseados huéspedes, siguiendo a Ifan, el mayordomo.

El primero en hacerlo fue Percy, hinchado como un pavo real. Rhodrick estaba sorprendido por su indumentaria; ni siquiera él poseía ropa tan elegante, y hasta pocos días antes, no había recibido dos trajes nuevos de un sastre de Aberystwyth.

La levita de Percy era de paño fino, y su corte era perfecto. La camisa y el chaleco a rayas eran de seda. A Rhodrick le resultó evidente que, durante los años de destierro, Percy había encontrado una benefactora, con seguridad una mujer mayor y rica que, merced a un poco de adulación, habría puesto su bolsa a disposición del sinvergüenza.

Detrás de Percy entró la mujer, y también esta vez lo impresionó su aspecto. No estaba seguro de por qué, era bonita, pero no extraordinariamente hermosa. Le parecía que el vestido que llevaba puesto era rojo o naranja, aunque no podía decirlo con certeza; el color azul de sus ojos era como el del cielo antes de que saliera el sol: oscuro y acuoso, con la promesa de una brillante luz. El azul era uno de los pocos colores que podía ver, y el de los iris de ella era tan intenso que parecía un faro en medio de los tonos difusos y desvaídos que veía a su alrededor, en el cuarto.

Su brillante y negro pelo —un cabello galés— le colgaba por la espalda en una trenza. Sus labios eran carnosos y rojos y se le formaban hoyuelos en las mejillas. El recuerdo de esos labios bajo los suyos le provocó un estremecimiento.

Sí, era encantadora.

Una opinión que, pensó para sí, era consecuencia de haber pasado demasiado tiempo sin compañía de mujeres, salvo la de algunas buenas amigas que eran para él casi como hermanas. Hacía mucho que se había olvidado de lo delicada que podía llegar a ser una mujer, de cómo respondía el cuerpo de un hombre a esa delicada belleza, y del sabor de los labios femeninos.

La muchacha poseía esa clase de elegancia que inspiraba cuadros y, en otras circunstancias, que estuviese allí le habría causado ansiedad, ya que nunca se había sentido cómodo en compañía de mujeres hermosas. Giró un poco más la cara, con timidez, incómodo por su dentada cicatriz.

Por suerte, ella se iría pronto; su presencia le resultaba insoportable.

—¡Buenos días, milord! —saludó Percy, inclinándose.

A su espalda, la mujer hizo una reverencia, pero mantuvo sus profundos ojos azules fijos en él, mirándolo con cautela, como si esperara que hiciera alguna atrocidad. Como besarla, por ejemplo.

—Percy —dijo, dirigiendo la atención hacia el hijo de su primo, entrecerrando los ojos con fastidio—. ¿Qué rayos te ha traído hasta la puerta de mi casa?

—Su señoría —respondió Percy con fingida educación—, creo que lo sabe de sobra.

Claro que lo sabía. El canalla había ido allí para intentar sacarle dinero.

—Supón que me lo dices para que ambos lo sepamos con claridad.

Percy echó un breve vistazo a la mujer, y luego volvió a dirigir su atención a Rhodrick, hablándole en galés.

—He venido para ayudar a la señorita Fairchild a recuperar la herencia que le has robado y a informarte de que no tardaré en obtener la mía.

Rhodrick enarcó una ceja, divertido por el cambio de Percy a un idioma que era evidente que la mujer no entendía. Estuvo a punto de echarse a reír; estaba convencido de que el canalla se dedicaba a estafar a la gente.

—¿Qué pasa, Percy? —preguntó, a su vez en galés—. ¿Tu cómplice no se ha dado cuenta de que quieres estafarnos tanto a ella como a mí?

—No vas a conseguir que caiga en la trampa —le informó Percy con una sonrisa confiada—. Es evidente que te gusta hacer acusaciones falsas contra mí, pero me da igual. La señorita Fairchild va a convertirse en algo más que una amiga. Es mi novia.

Al oír que se mencionaba su nombre, Greer miró a Percy con curiosidad, uniendo sus cejas en un bonito ceño.

—¡Ajá! —asintió Rhodrick con la cabeza—. Claro, eso lo explica todo. Recibirás tu herencia cuando cumplas treinta años o cuando te cases, lo que suceda antes. Y como todavía no has cumplido los veintiocho, has buscado a alguien con quien compartir el botín.

Percy conservó la sonrisa.

Rhodrick volvió a mirar a la mujer.

—Te lo ruego, explícamelo, ¿cómo he llegado a poseer la herencia de ella?

—Es la hija de Yorath Vaughan, hermano de Randolph Vaughan, a quien estoy seguro de que conocías.

Era cierto, lo conocía pero no demasiado bien. Mucho tiempo atrás, cuando Rhodrick contrajo matrimonio, su joven esposa, Eira, tenía una hermana llamada Mary, que estaba casada con Randolph Vaughan. Cuando ambas mujeres murieron de parto, Rhodrick perdió todo contacto con el tal Vaughan.

Sin embargo, se abstuvo de decírselo a Percy, y permaneció en silencio, esperando con calma a que siguiera hablando. La experiencia le decía que cuando un hombre no podía soportar el silencio, por lo general lo llenaba dando más información de la que pretendía.

Percy no lo decepcionó.

—Yorath Vaughan murió sin descendientes varones, y todas sus posesiones pasaron a su hermano Randolph —continuó en galés—. Cuando este último también falleció sin herederos supervivientes, todo fue a parar a ti.

Eso era verdad; la propiedad de Vaughan estaba ahora en poder de Rhodrick, que era el pariente más cercano que se había podido encontrar.

—¿Y? —lo apremió, impaciente por llegar al plan que habían urdido aquel par de estafadores.

—Yorath Vaughan murió sin herederos varones, pero se olvidó de que tenía una hija, que es quien está ahora ante ti.

Rhodrick miró a la mujer por debajo del mechón de pelo que le caía sobre los ojos. Ella le devolvió la mirada, luego miró a Percy y de nuevo a Glendower.

Ahora ya estaba claro que entre los dos habían trazado un plan según el cual Percy se casaría y así obtendría su herencia. Después, añadieron una falsa historia con la esperanza de obtener otra herencia, una que nadie había reclamado. Es más, Rhodrick supuso que tales maquinaciones significaban que Percy había perdido a su benefactora, quienquiera que hubiera sido ésta.

—Qué oportuno para ti haber encontrado una heredera con quien casarte —comentó.

Percy sonrió satisfecho.

—Tú posees lo que es suyo por derecho, del mismo modo que tienes lo que me pertenece a mí. La ley te obligará a devolver ambas cosas en cuanto estemos casados.

Radnor dirigió su atención a la señorita Fairchild y se preguntó cómo era posible que una mujer tan joven y hermosa como ella estuviera tan desesperada como para ser cómplice de Percy en algo tan desagradable.

Su mirada cayó en el amuleto que le colgaba del cuello, y recordó el calor de su sedosa piel la noche pasada.

¡Ah, sí, una indiscreción! No podía alegar nada en su defensa, excepto que había bebido demasiado whisky y el pequeño amuleto le había llamado la atención. En su estado de embriaguez, el objeto lo había llevado a creer que Greer era «ella». A su modo de ver, era la mejor prueba de que quizá se estuviera volviendo loco.

En ese momento, notó que su cuerpo se excitaba ante la cercanía de la joven, y se movió de modo que quedó medio de espaldas a ella.

—Si tengo algo suyo, no va a necesitar de las leyes para obtenerlo —le dijo en galés—. Se lo entregaré con mucho gusto. En cuanto a tu herencia —continuó, dirigiéndose de nuevo a Percy—, la recibirás cuando cumplas los treinta años o te cases. Ni un segundo antes.

La sonrisa de Percy empezó a borrarse.

—Entonces, alivia por lo menos los problemas de la señorita Fairchild devolviéndole su herencia.

Rhodrick se rió por lo bajo.

—Antes de que sigas adelante con tus planes con tanta alegría, podrías preguntarle a tu... novia... qué es lo que andaba buscando anoche cuando vagaba por los pasillos.

Owen apenas parpadeó, pero miró a Greer.

—Pregúntaselo —repitió Rhodrick, mirándola de reojo.

Percy se aclaró la garganta y dijo en inglés:

—Su señoría me comenta que ayer por la noche estaba usted deambulando por el castillo.

La señorita Fairchild se ruborizó un poco.

—Sí, me perdí. —Miró a Rhodrick con nerviosismo y luego le preguntó a Percy—: Disculpe ¿qué le ha dicho? —Al ver que ninguno de los dos respondía, enrojeció más—. Tenía mucha sed —aclaró quizá con demasiada convicción—. Estaba buscando al mayordomo para pedirle que me llevaran agua a la habitación.

—Es una pena que su novio no estuviera disponible para atender sus necesidades —masculló Rhodrick mientras se dirigía a su escritorio para sentarse.

—¿Perdón? —exclamó ella, abriendo los ojos sorprendida.

Vaya, aquello era interesante.

—Su novio —repitió Rhodrick antes de que Owen pudiera intervenir—. Espero que no le importe que Percy me haya dado la feliz noticia.

Pero la señorita Fairchild parecía molesta, y Rhodrick se alegró de no ser el destinatario de la mirada de irritación que dirigió al joven. Estuvo a punto de echarse a reír al imaginárselos a los dos planeando su fechoría mientras, a espaldas de ella, Percy hacía sus propios planes para quedarse con todo el dinero que lograran sacar con su estafa. Estaba claro que eso era lo que pretendía, porque, al casarse, todo el dinero que consiguieran sería sólo suyo por ley.

—Disculpe, milord, pero no es mi novio —se apresuró a aclarar la señorita Fairchild.

Pensó que ella estaba siendo imprudente, y que hablaba sin pensar. Se encogió de hombros.

—Se me ocurre que, si cuando emprendió el viaje no estaba usted comprometida, o mejor aún, casada, debería usted acabar estándolo. A no ser, claro, que a él no le importe nada su reputación.

La señorita Fairchild se puso bastante colorada. A él le dio la sensación de que le hubiera dado de patadas en las espinillas de haber tenido los pies lo bastante cerca. En lugar de eso, apretó los labios con fuerza y miró hacia el suelo durante un momento.

—El señor Percy me lo ha pedido, milord, pero todavía no le he dado una respuesta —confesó en voz baja—. Yo soy la única responsable de mi comportamiento.

—No pretendía sugerir otra cosa.

Ella entrecerró los ojos, pero fuera lo que fuese lo que iba a decir, se perdió cuando Owen intervino de repente, hablando en galés.

—¡Déjala en paz! ¡Nuestra relación no es asunto tuyo! ¡Limítate a devolvernos nuestras herencias para que podamos irnos de Llanmair y no volver jamás!

—Siento mucho no poder creer lo que dices —contestó Rhodrick en el mismo idioma, arrastrando las palabras—, pero me parece una promesa vacía. La verdad, debería haber permitido que te ahorcaran cuando tuve la oportunidad.

El joven palideció.

—Tan sólo entréguenos lo que nos debes y nos marcharemos —dijo en voz bastante alta.

—¿Lo que os debo? Vaya, vaya, Owen, ya estás contando su dinero y ni siquiera te la has llevado a la cama.

Ahora, Percy enrojeció de ira, pero Rhodrick se limitó a mirar de nuevo a la señorita Fairchild, y dijo en inglés:

—Tengo en mi poder todo lo que quedó del legado de los Vaughan, señorita Fairchild. Ambas herencias unidas, la de su padre y la de su tío, ascienden a unas cuatro mil libras aproximadamente. Si puede usted demostrarme que es quien asegura ser, suyas son.

Ella se quedó sin aliento, y miró a Percy con una evidente expresión de sorpresa en el rostro.

—Antes de que la excitación por ir a obtener dicha suma la haga enfermar, debe entender que necesito pruebas de que es usted quien dice ser. Y con eso me refiero a que alguien aparte de este... hombre —logró decir a pesar de lo que estaba pensando— tiene que responder por usted.

—Tengo una carta —anunció ella al instante, abriendo la bolsita que colgaba de su muñeca. Sacó un papel amarillento y cruzó la estancia para dejarla sobre el escritorio.

Rhodrick la cogió y miró la fecha. Había sido escrita unos veinte años antes. La leyó por encima; iba dirigida a la señora de Randolph Vaughan y la remitía la señora de Yorath Vaughan, quien le hablaba con detalle de su querida hija Greer, haciendo varias referencias a su reciente visita a sus tíos, Randolph y Mary.

Cuando terminó de leerla, el conde la empujó por el escritorio y negó con la cabeza.

—Muy conmovedora, pero no es la prueba que estoy pidiendo.

La señorita Fairchild pareció confusa, recuperó la carta y lo miró con el cejo fruncido.

—Pero... pero esto lo escribió mi madre.

—Por lo que a mí respecta, podría haberse hecho con esta carta de mil maneras. Incluso podría haberla escrito usted misma. Voy a necesitar algo más definitivo que eso; una carta dirigida a mí será suficiente.

Todavía con el cejo fruncido, la señorita Fairchild dobló con cuidado la carta y la guardó en su pequeña bolsa. Levantó hacia él sus azules ojos, cargados de odio.

—Me encantaría que mi madre pudiese escribirle directamente, pero como lleva muerta catorce años, me va a resultar difícil pedírselo.

El temor que sentía por él parecía haberse tornado en una furia abrasadora.

—No, supongo que no podrá —respondió él con tranquilidad—, pero seguro que hay alguien en este mundo que sepa quién es usted.

—Lord Middleton —le susurró Percy desde atrás.

¿Middleton? Qué interesante. Rhodrick sabía que Middleton era un poderoso marqués, heredero de un ducado muy importante. Seguro que ella no iba a ser tan estúpida como para decir que lo conocía. Era una joven muy imprudente.

—¿Tiene usted alguna relación con lord Middleton?

—Hace poco que se ha casado con mi prima, lady Ava Fairchild. Ava es la hija de lady Bingley, mi difunta tía.

—Entonces debe conseguir como sea que lord Middleton dé fe de su identidad —sugirió él, divertido por su osadía—, o bien puede obtener las pruebas en los archivos de la parroquia. Cualquiera de las dos formas será suficiente para que le entregue las cuatro mil libras que obtuve de las propiedades Vaughan.

—Pero... pero eso podría tardar semanas —empezó a protestar ella, antes de que la mano de Owen en su brazo la hiciera callar.

—Le entregaremos la prueba que necesita, milord.

—Pero... —empezó otra vez la señorita Fairchild; sin embargo, Percy le apretó más el brazo y la obligó a callar con una incisiva mirada.

—¿Podemos disponer de unos minutos para hablar a solas? —preguntó con cortesía.

Rhodrick ya se había hartado del juego de Percy y de aquella reunión, de modo que se levantó de repente.

—Dispón de todos los minutos que quieras —respondió con tono cortante. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y se volvió hacia Percy—. Pero hazlo fuera de mi casa.

El joven entrecerró los ojos.

—No le quepa duda de que nos iremos en cuanto podamos, milord, pero antes me gustaría intercambiar unas palabras con la señorita Fairchild.

—Como quieras —dijo Rhodrick manteniendo la puerta abierta para que salieran.

Percy posó su mano en la espalda de Greer para que ésta lo precediera. Ella miró al príncipe al pasar y él pudo ver en sus ojos que recordaba el beso. Sin embargo apartó la mirada, sin duda asqueada, y salió de la estancia. Él cerró la puerta detrás de ellos y se dispuso a volver a su escritorio, pero entonces descubrió algo blanco sobre la alfombra. Miró a ver qué era.

Se trataba de un pañuelo. Debía de habersele caído de la bolsita al sacar su estúpida carta. Lo recogió. Estaba hecho del fino lino irlandés, con un excelente bordado de vides verdes cuyos zarcillos se enroscaban en una letra «v» con una «a» y una «b» más pequeñas a ambos lados de la «v».

Desprendía un aroma que hacía años que no tenía el placer de aspirar. Lo olió una vez y luego se metió el pañuelo de encaje en el bolsillo y continuó hacia su escritorio y su trabajo.

Owen llevó a Greer a una salita de espera contigua a la entrada principal. Una vez allí cerró la puerta y se apoyó en ella, intentando tranquilizarse. Sin embargo, sus esfuerzos fueron vanos, y miró a Greer enfadado.

—¿Qué demonios hacía usted deambulando por los pasillos anoche? —exigió saber.

—¿Perdón? —respondió ella con expresión culpable.

—¿Intentó verlo sin mí? —le preguntó sin rodeos.

Greer emitió un sonido que indicaba que se sentía ofendida.

—¡No hice tal cosa! —exclamó con vehemencia—. Ya se lo he dicho, me perdí. —Entonces se le endureció la mirada y se cruzó de brazos—. ¿Qué está insinuando exactamente, señor?

Owen se controló.

—Nada en absoluto —se apresuró a decir—, pero no entiendo...

—No hay nada que entender —espetó ella con brusquedad—. ¿Y puedo preguntarle por qué le ha dicho que estábamos comprometidos?

—¿Acaso no es evidente? Intentaba proteger su reputación.

Eso pareció desconcertarla.

—No debe usted olvidar que lo conozco, Greer. Ese hombre no siente respeto por nadie, en especial por las mujeres. Seguro que, después de todo lo que le he contado y lo que ha visto por sí misma, sabe que es cierto.

El leve estremecimiento que recorrió su cuerpo le confirmó que había dado en el clavo, de modo que acortó con rapidez la distancia entre ambos y le puso las manos sobre los hombros.

—Querida, si quiere ver las cuatro mil libras que en justicia le pertenecen, tiene que fingir al menos que es mi prometida. Él jamás le va a entregar tal cantidad de dinero a una mujer.

—Pero ha dicho...

—Ya sé lo que ha dicho —la interrumpió—. Pero, como ya le he contado, el príncipe no es un hombre de honor. Le dirá lo que cree que quiere usted oír sin la menor intención de cumplir su palabra.

Ella lo miró boquiabierta, un sinfín de ideas velaron sus ojos azules, pero luego sacudió la cabeza con firmeza.

—Puede que tenga usted razón, señor Percy, pero yo no digo lo que la gente quiere oír, y sí cumplo con mi palabra. No puedo mentir y decir que estamos comprometidos cuando eso no es cierto.

Caramba, la jovencita se lo estaba poniendo difícil.

—Greer, querida —dijo, obligándose a esbozar una sonrisa comprensiva—, no puedo ni siquiera imaginar lo difícil que resulta esto para usted. Me he limitado a decir lo que debía para protegerla.

Ella lo miró escéptica. Owen le puso una mano en la mejilla y volvió a sonreír. Greer parpadeó un segundo, y luego le devolvió la sonrisa, aunque menos ancha que la de él.

—Confieso —continuó el joven— que quizá he hablado de más movido por la sincera esperanza de que accedería usted a casarse conmigo.

Su sonrisa se hizo aún más amplia, y Greer intentó apartar la mirada, pero él se acercó, le sujetó la cara con la mano, y la miró a los ojos.

—¿Va a decirme que no ha pensado en ello aunque sólo haya sido un poco?

—Lo he hecho —respondió ella quedamente.

Él pudo notar cómo se debilitaba su resolución.

—Imagínese una casa —susurró, besándola en el puente de la nariz—. Y niños —añadió, mientras la besaba en la suave mejilla—. Un robusto niño que perpetúe mi nombre —dijo, moviéndose para besar la otra mejilla—, y una niña con la belleza de su madre.

Entonces la besó en los labios, con cuidado y ternura, y sin exigencias. Greer no se resistió, levantó la cabeza y se lo permitió. Sin embargo, no era muy buena besando, cosa que a él le iba a encantar poner remedio.

Se apartó soltándole la cara.

—Perdóname —se disculpó a continuación muy serio—, pero no puedo resistirme a ti.

Ella esbozó una sonrisa y se llevó una mano a la mejilla.

—Te sugiero —prosiguió él con cautela—, que me dejes tratar a mí con el príncipe mientras tú piensas en nuestra vida juntos, en una mansión en el campo.

Ella asintió, insegura, y luego frunció el cejo.

—Pero... pero yo no puedo permitirme alquilar una habitación durante varias semanas, que es lo que tardará en llegarle una carta a Ava y recibir su respuesta —objetó mirándolo—. Tenemos que encontrar los documentos parroquiales.

—Buscar esos documentos también nos podría costar semanas. —Le acarició los labios con la yema del pulgar—. No te preocupes, hablaré con él. Tranquilízate y puedes estar segura de que hago todo esto por ti.

—Percy, de verdad, no debes...

—Haría cualquier cosa por ti —volvió a interrumpirla y, deslizando un brazo alrededor de su cintura, la atrajo hacia sí para besarla de nuevo. Sólo que, en esta ocasión, lo hizo con mucha más pasión.

Pareció surtir efecto. Ella pareció olvidarse del maldito príncipe durante un momento.

Sin embargo, Greer no se olvidó del hombre durante mucho rato. ¿Cómo iba a hacerlo, aguardando en aquella horrible salita a que Percy volviera de su reunión en privado con él? Empezó a dar vueltas por la estancia, nerviosa, acercándose con frecuencia a la ventana y mirando los jardines del castillo y el brillante cielo azul.

Cuando por fin regresó Owen, dedujo por su expresión que las cosas no habían ido bien.

—Es inamovible —fue lo único que comentó el joven mientras la acompañaba a un sofá y se sentaba a su lado.

Ella intentó no demostrar el pánico que sentía.

—¿Qué vamos a hacer?

Percy se encogió de hombros.

—Nos ha dado permiso para que nos quedemos otra noche. Mañana por la mañana le informaré de que no veo otra solución que hacer que intervengan las autoridades. Llegados a ese punto, creo que deberíamos ir a Rhayader y hablar con un abogado.

Dios Santo. No debería haber ido allí, no debería haber permitido que Owen la convenciera.

—Pero... pero yo no tengo dinero para contratar a un abogado —le recordó con preocupación.

Después de la insistencia de Percy durante el viaje en que pernoctaran en las posadas y comieran más de una vez al día, le quedaban poco más de cuatro libras. Estaba varada allí, sin ayuda, sin soluciones.

—¿Y qué pasa con el carruaje? —continuó Greer—. El cochero querrá cobrar por la espera.

—Me tomé la libertad de despedirle —la informó Percy con despreocupación.

A ella se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba ahora a poder irse de aquel lugar?

—¿Que lo... lo despediste?

—Ya alquilaremos otro en Rhayader —contestó él sonriendo.

Pero Greer no le devolvió la sonrisa. Tenía un inquietante presentimiento. Sin embargo, no le dijo nada a Percy, le permitió que siguiera hablando de ponerse en contacto con las autoridades de Rhayader y de alquilar allí unas habitaciones. Sugirió que a lo mejor podían buscar una casita, olvidando, pensó ella, que ni siquiera estaban comprometidos, y mucho menos casados.

Le dejó hablar, pero apenas le prestó atención; estaba discuriendo el modo de hablar personalmente con el príncipe. Le parecía una estupidez permitir que Percy expusiera su caso en galés cuando ella no hablaba ese idioma. A lo mejor se perdía algo al traducirlo. Quizá el príncipe no entendía bien lo que Percy le decía. De hecho, no iba a quedarse tranquila hasta que no fuera ella quien hablara con él, ya que le resultaba imposible quedarse en Gales por tiempo indefinido. No en aquellas condiciones. No con Percy. No con cuatro libras; una situación que la dejaba a merced de un hombre tan sombrío.

Esa noche, Greer y Owen cenaron en un pequeño comedor que parecía estar en el rincón más alejado de la parte principal del castillo. Entre el fuego que ardía en la chimenea y los viejos tapices que colgaban de las paredes, el ambiente estaba bastante caliente y cargado, lo que pareció incrementar el mal humor de Percy.

—Nos ha relegado como si fuéramos criados —se quejó con amargura, mientras esperaban a que les sirvieran—. No nos trata mejor que a animales.

Cuando llegó una de las criadas de las cocinas, colocó delante de cada uno de ellos una escudilla sin demasiadas ceremonias y levantó las tapas que protegían la comida.

Percy arrugó la nariz, asqueado.

—Cordero —refunfuñó—. ¡Él cena como un rey y a nosotros nos sirve un simple guiso de cordero, como si fuéramos campesinos!

Greer no se sentía insultada en lo más mínimo, desde que le había llegado el aroma del tradicional plato irlandés, un montón de recuerdos asaltaron su memoria. Se vio sentada en un taburete, ante una larga mesa de madera, en una gran cocina, con los pies colgando por encima del suelo. Y recordó a su abuela, una anciana encantadora de abundante pelo gris recogido en un moño, y un pecho acogedor y suave, mojándole pan a Greer en el guiso de cordero.

Mientras Percy insistía una y otra vez sobre lo mal que el príncipe los estaba tratando, así como de todo lo que se temía que iba a decir de él en cualquier momento —en especial que Percy era un libertino y un sinvergüenza—, Greer se dio un festín con lo que, a su entender, era el guiso más delicioso que había comido en su vida.

Después de la cena, les mostraron una biblioteca. Greer empezó a inspeccionar los estantes más bajos, mientras Percy se sentaba, indignadísimo, en un sofá.

La impresionó la cantidad de temas que recogían los libros que allí había. Desde historia hasta técnicas de agricultura, pasando por las grandes obras de la literatura, tanto en inglés como en francés y, por supuesto, toda una sección dedicada a títulos galeses.

—Al parecer, es una persona instruida —comentó.

—Eso es lo que le gustaría que creyeras —se burló Percy, tapándose los ojos con el brazo y suspirando con exasperación.

Greer escogió un libro escrito por Theophilus Evans: *Selección de viajes galeses y memorias de Gales*. Se sentó frente a Percy y comenzó a leer. Media hora más tarde, la respiración del joven se hizo más pesada; Greer lo miró por encima del libro y observó cómo su pecho subía y bajaba. Estaba dormido.

Dudó sobre si debería aprovechar la oportunidad que se le presentaba. Por un lado, no quería arriesgarse a un incidente como el de la noche anterior, por otro, no sabía cuándo iba a tener otra ocasión para hablar con el príncipe sin que Percy estuviera presente. Dejó con cuidado el libro a un lado, se levantó y salió de la biblioteca sin hacer ruido.

Suspiró y echó a andar por el pasillo iluminado.

Esta vez no miró los retratos, su cerebro estaba concentrado en lo que iba a hacer, y a cada paso que daba intentaba hacer acopio de todo su valor para enfrentarse al hombre. Cuando llegó ante su estudio, permaneció inmóvil, debatiéndose consigo misma, con el pulso acelerado y las manos temblorosas.

Después de respirar hondo varias veces, encontró la valentía suficiente para levantar la mano y llamar a la puerta. Su golpe fue respondido al instante por una serie de furiosos ladridos y ella retrocedió con un grito de sorpresa. Lo oyó dar una brusca orden a los perros para que se callaran. Pasado un segundo, la puerta se abrió de golpe.

Él llenaba todo el hueco, pero a diferencia de la noche anterior, cuando apenas llevaba ropa encima, ahora tenía puesta una levita, un chaleco y un pañuelo blanco de seda a modo de corbata. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido en una coleta, y su rostro parecía recién afeitado. Se dio cuenta de que volvía la cara con rapidez para que ella no viera la cicatriz.

Era evidente que el príncipe de las tinieblas se disponía a salir esa noche, y eso la puso todavía más nerviosa. Se preguntó adónde iría y con quién. ¿Sería un hombre o una mujer?

—¿Sí? —inquirió él secamente, frunciendo el cejo para demostrar su desagrado.

—Yo... —«¡Habla!»—. Si no le resulta inoportuno, milord, me gustaría hablar con usted, si no le importa.

—No es el momento oportuno.

—Sólo le robaré un poco de su tiempo —le aseguró ella con rapidez.

Él suspiró —o gruñó, no estaba segura del todo—, se sacó el reloj del bolsillo y le echó un vistazo. Levantó la vista y fijó en ella sus verdes ojos.

—Tiene un minuto. —Se dio media vuelta y desapareció en el interior del despacho.

Greer titubeó antes de cruzar el umbral. En cuanto lo hizo, salieron a recibirla los dos enormes perros lobo, los cuales se dedicaron a olisquearla hasta quedar satisfechos, para luego volver corriendo al hogar.

Una vez dentro, ella permaneció de pie, con las manos unidas delante. Hasta entonces, no se había dado cuenta de la sencillez con que estaba decorada la estancia. Había un gran escritorio y un único sillón de cuero ante la chimenea. Era obvio que el príncipe era un hombre solitario, puesto que no necesitaba un segundo sillón. Excepto sus perros, nadie lo acompañaba en aquel lugar.

Él se quedó a su vez de pie en medio del cuarto, descansando su peso sobre una cadera con una mano en la cintura, demostrando impaciencia. Era muy diferente al hombre salvaje y desgredado de la noche anterior. Greer se percató de que los perros se habían tumbado ante el fuego y parecían estar completamente relajados.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Milord..., no voy a entretenerle...

—Ya lo está haciendo.

Ofendida por su falta de cortesía, Greer perdió el valor.

—¿Decía usted? —dijo él señalándola con impaciencia para que continuara, al tiempo que se alejaba.

Realmente era el hombre más grosero que había conocido jamás.

—Decía —contestó con toda deliberación—, que entiendo que necesite pruebas de que soy quien digo ser... pero no puedo quedarme en Gales indefinidamente. No sólo me necesitan en Londres, sino que, además, no dispongo de ningún sitio donde alojarme.

—Eso, señorita Fairchild, debería haberlo pensado antes de abusar de mi hospitalidad.

¡Ah, cómo lo despreciaba!

—Tiene razón, por supuesto —consiguió decir entre dientes—. Le pido disculpas por ello, pero cuando vine, lo hice creyendo que cualquier hombre de honor me devolvería de inmediato lo que en justicia me pertenece.

—Una mujer de honor habría traído consigo la prueba de que es quien dice ser, para que ese hombre pudiera hacer precisamente eso. Por lo que a mí respecta, creo que es usted una farsante. En cualquier caso, quien la acompaña lo es, y ya sabe lo que se dice: «Dime con quién andas...»

La furia hizo desaparecer los últimos restos de miedo. Intentó respirar con normalidad, tratando de no quedarse sin aliento al oír cada una de las palabras que él pronunciaba.

—No soy una farsante señor, y tampoco lo es el señor Percy.

Él respondió con un desdeñoso bufido.

—¿Qué sabe usted del señor Percy? —le espetó mirando la alfombra por un instante—. Representa usted un dilema para mí, señorita Fairchild. No consigo decidir si está confabulada con él o si tan sólo es la joven más ingenua que he conocido en mi vida.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Eso indica que es una ingenua.

—No pretendo saber cómo es su relación con el señor Percy, milord, pero por lo que yo sé de él, es un hombre agradable. Ha sido muy amable conmigo y con mi fallecida compañera de viaje, la señora Smithington.

—Hablando de eso —preguntó el príncipe con una penetrante mirada—, ¿su amiga era una mujer anciana y rica?

—¿Cómo? —se extrañó ella, cogida por sorpresa.

—Su compañera de viaje, ¿era vieja?, ¿era rica?, ¿estaba sola en el mundo?

—Sí —respondió ella insegura.

Él sonrió con satisfacción y volvió a mirar a lo lejos.

—Eso es porque a su señor Percy le gustan mucho las mujeres ancianas y ricas. Vive de ellas. Y sospecho que usted también.

Ella se indignó ante tal acusación, y en esta ocasión la furia se apoderó de su lengua.

—¿Cómo puede ser usted tan vil?

—¿Me toma por tonto, señorita Fairchild?

—Creo que es usted cruel —respondió ella—. Le ha robado la herencia a un buen hombre por el único delito de ser medio inglés y...

—Permítame contarle algo sobre el bueno del señor Percy —la interrumpió con desdén—. Llevo años recogiendo sus destrozos.

Greer puso los ojos en blanco, mirando al techo, y se cruzó de brazos antes de volver a mirarlo muy enfadada.

—Tal como me dijo el señor Percy. Ya me advirtió de que usted intentaría calumniarlo.

—¿En serio? —inquirió él, enarcando una ceja, al tiempo que se colocaba los puños de la camisa con despreocupación—. ¿Y le dijo también que había engendrado un hijo bastardo y que abandonó a su amante para que se enfrentara sola al escándalo y la censura? ¿O que contrajo tantas deudas de juego que casi acabó con la fortuna que mi tío, su padre, le había legado, por lo que fue necesario ponerla fuera de su alcance para que no la dilapidase toda antes de cumplir los treinta años? ¿O le contó por casualidad que casi lo mata el marido cornudo de otra de sus amantes casadas, y que me costó quinientas libras salvar su maldito cuello?

—¡No le creo!

—Ahora vive de ricas ancianas a las que les encantan sus falsos halagos. Pero lo que no entiendo qué pinta usted en esto, señorita Fairchild. Debo suponer por tanto que es usted su cómplice en esta estafa, y que juntos pretenden apoderarse de la pequeña fortuna que dejó un hombre que carecía de descendientes.

—¿Cómo se atreve usted a insultarme así, señor? —exclamó ella—. ¡Yo no soy una ladrona!

La miró con tanto desprecio que Greer lo sintió hasta en la punta de los pies. El hombre cruzó de repente el estudio dirigiéndose a ella como un toro, provocando que diera un grito y trastabillara hacia atrás para alejarse de él y de su dura mirada.

—¿Qué otra cosa quiere que piense, señorita Fairchild, después de ver su estúpida carta y oír sus reclamaciones? —preguntó con vehemencia—. ¿Cómo puedo creer que es usted de Gales? ¡Si ni siquiera habla galés!

—¡Porque crecí en Inglaterra!

—¡Como si creció en China! ¡Es usted hija de galeses que vivían a cinco kilómetros de Gales!

Ella lo miró boquiabierta.

—Está claro que no me cree y que no hay nada que yo pueda hacer hasta que le haya proporcionado la prueba que necesita. Pero ¡no me puedo permitir quedarme en Gales para conseguirla! Esperaba que pudiéramos llegar a un acuerdo.

—No —negó él, moviendo la cabeza con decisión—. No. No hay término medio, señorita Fairchild. Le sugiero que le escriba una carta a su supuesto contacto.

¡Dios Santo, cómo lo odiaba!

—¡De acuerdo! —estalló—. Muy bien. Hágame el favor de proporcionarme papel y pluma. Él frunció el cejo.

—¿Ahora?

—¡Ahora! —insistió ella.

La estudió durante un momento antes de acercarse al escritorio. Abrió un cajón y sacó una hoja de papel, que dejó sobre la mesa con tal fuerza que los perros levantaron la cabeza. Le indicó con un gesto la silla y el tintero, se apartó y le hizo una reverencia.

Greer esta vez no vaciló; atravesó el estudio con rapidez, pasando por delante de él, y tomó asiento ante el escritorio. Mojó la pluma en el tintero con furia.

—¡Juro por lo más sagrado que es usted un grosero! ¡Nunca nadie me había tratado tan mal y con tan poco respeto!

—Ahórreme sus protestas, señorita Fairchild. Es la tercera vez que viene a buscarme.

—¡Ja! —soltó ella, fulminándolo con la mirada— ¡No estaba buscándolo! ¡Estaba perdida! ¡Y usted, un hombre que es evidente que está familiarizado con el whisky, se aprovechó de mí!

—¿En serio? —preguntó él, inclinándose hacia ella y rozándole el brazo con el suyo al corregir la posición del tintero, que estaba a punto de caerse—. Por lo que recuerdo, no pareció molestarla demasiado. Ahora, por favor, señorita Fairchild, escriba esa carta. Me está usted haciendo llegar tarde a una cita.

—Su comportamiento es inconcebible.

—No se merece usted otra cosa.

Ella volvió a mojar la pluma en el tintero, apretó los dientes y empezó a escribir.

Queridas Ava y Phoebe:

Espero que cuando recibáis esta carta os encontréis bien...

Se detuvo y echó un vistazo al príncipe. Él la miraba fijamente, con unos ojos tan duros como el jade y la mandíbula apretada. Por una vez, parecía haberse olvidado de su cicatriz.

Greer volvió a mojar la pluma.

¡Tengo desafortunadas noticias! He encontrado al hombre que tiene mi herencia, pero resulta que es el hombre más odioso y desagradable que he tenido la desgracia de conocer.

Esperaba algo mejor de Gales, pero su comportamiento y su aspecto dejan bastante que desear, y espero con gran anhelo el día en que ya no tenga nada que ver con él. Por desgracia, se niega a soltar mi dinero sin tener una prueba de quién soy. La carta de mi madre no le ha parecido suficiente, y esta bestia desgraciada, este ogro, exige que lord Middleton le escriba dando fe de mi identidad.

Querida Ava, sé que es pedirle demasiado a tu reciente esposo, en especial cuando sólo me ha visto una vez, pero ¿podrías convencerlo de que escriba para que pueda volver a casa cuanto antes? ¡Tengo miedo de lo que pueda sucederme si no haces algo pronto! Por favor, dirige la respuesta directamente al Honorable conde de Radnor, príncipe de Powys, en Llanmair. Y te ruego que no te preocupes demasiado por mí, porque el señor Percy se enfrenta con valentía a este monstruo y me protege de sus groserías.

Vuestra, G.

Levantó los ojos hacia el príncipe, quien, a juzgar por cómo seguía mirando el reloj, estaba impaciente. Cogió un papel secante y absorbió el exceso de tinta, luego dobló con cuidado la carta y escribió en el dorso a toda velocidad el nombre de sus primas y la dirección de Downey House, en Londres, donde estaría Phoebe. Por lo que sabía y temía, era posible que Ava se encontrara en el campo.

La levantó y la agitó con violencia para que se secara pronto, y luego la selló con un poco de cera. Cuando terminó, se levantó y se la entregó al príncipe.

Él la cogió y la dejó en una bandeja de madera.

—¿Puedo al menos saber cuándo viene el correo? —preguntó ella con impertinencia.

—Pasado mañana. —Y le hizo una seña impaciente para que saliera del estudio.

—¡Santo Dios! —murmuró ella.

—No se desespere, señorita Fairchild. Puede que piense que soy un salvaje, pero no voy a enviarla al bosque. Usted y Percy pueden quedarse en Llanmair. No quisiera que anduvieran vagando por Gales.

Eso no la tranquilizó lo más mínimo. Sacudió la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—¿Cuándo van a casarse? —preguntó él.

Ella se detuvo en seco y lo miró furiosa.

—No soy su prometida.

Él resopló.

—Espero, por su propio bien, que no me esté mintiendo, señorita Fairchild. Porque si resulta ser verdad que es usted Greer Vaughan, en cuanto pronuncie los votos, su herencia pasará a ser de él por ley. Y recuerde mis palabras: ese canalla la dejará en la más completa miseria.

—Acaba de volverme a demostrar que lo que Percy dice es cierto —replicó ella con frialdad—. Me avisó de que diría cosas horribles de él, a pesar de los delitos que usted mismo ha cometido.

Por un instante, el príncipe pareció a punto de estallar de rabia. Pero apretó la mandíbula, lo cual tuvo el efecto de hacerle parecer más perverso, y señaló la puerta.

—Si ha terminado, señorita Fairchild...

—He terminado —respondió ella, airada, saliendo por la puerta.

Margaret Awbrey, la mejor y más antigua amiga de Rhodrick, miró a su invitado y luego a su marido con una súplica silenciosa. Thomas se encogió de hombros.

Rhodrick no estaba siendo demasiado buena compañía esa noche; apenas había abierto la boca. Aunque Margaret estaba acostumbrada, por lo general se lo podía convencer para que participara en la conversación.

Sin embargo, aquella noche mantenía los ojos fijos en el plato y apretaba con tanta fuerza el pie de la copa que Margaret temía que la rompiera. Algo lo tenía muy preocupado.

—No puedo soportarlo ni un minuto más —dijo ella cuando les sirvieron el *bara brith*, un pastel de frutas, en una vajilla de porcelana con ribete dorado—. Tienes que decirnos en qué estás pensando, Rhodi. Parece que tienes la cabeza en otra parte.

—Perdón —se disculpó él—. No debería haber venido. Esta noche no soy una buena compañía.

—Bobadas —respondió Margaret con una tranquilizadora sonrisa. Siempre es un placer tenerte aquí, pero en serio, ¿qué es lo que te tiene tan preocupado?

Él levantó unos ojos brillantes de ira.

—Owen Percy ha vuelto a Llanmair para reclamar su herencia.

Ella se quedó boquiabierta a causa de la sorpresa y Thomas, enarcando sus espesas cejas, exclamó:

—Acabas de nombrar al demonio. Pensaba que no volveríamos a verlo en mucho tiempo.

—Al parecer, eso era únicamente lo que deseábamos —dijo Rhodrick enfadado—. Apareció ayer delante de mi puerta. Es evidente que ha perdido el favor de quienquiera a quien estuviera desplumando, y que necesita dinero.

—¡Por Dios! —se indignó Thomas.

Mientras éste le hacía preguntas a Rhodrick sobre la llegada de Owen, Margaret escuchaba la conversación a medias.

Se le partía el corazón por su amigo, que ya había sufrido bastante durante años. Cuando era niño, siempre se burlaban de él porque era alto y desgarbado, y no tan guapo como su hermana o sus padres. Su padre, a pesar de ser él mismo un hombre enorme y robusto, se divertía llamando Goliat a su hijo cada dos por tres. Poco después, todos los niños de la parroquia también lo llamaban así, de modo que Rhodi se convirtió en un joven melancólico y sombrío, con un carácter terrible; siempre peleando, siempre repartiendo golpes.

A Margaret nunca le pareció que fuera feo, como decía tanta gente, pero una caída del caballo justo antes de cumplir los diecinueve años, le rompió la pierna y le dejó una cicatriz en la cara, dándole un aspecto siniestro que sólo sirvió para empeorar las cosas.

Al parecer, esa opinión era compartida por varias personas, ya que, cuando tuvo edad para casarse y engendrar herederos, como era el deber de cualquier varón de la aristocracia, nadie lo aceptó. A pesar de su fortuna, más de una joven debutante se acobardaba por su aspecto hosco.

Entonces, su padre encontró a Eira, cuyo padre se mostró de acuerdo en casarla con Rhodi antes de que la pobre chica tuviera oportunidad de conocerlo. Sin embargo, a Eira nunca pareció importarle su aspecto. Quizá, como Margaret, lo encontraba más atractivo que feo. Con independencia de lo que pensara, su cariño logró apaciguar a la bestia que había en Rhodi. En el transcurso de los cortos años que duró su matrimonio, él se amansó, y sus rudos modales desaparecieron. Se convirtió en uno de los hombres más amables, atentos y considerados que Margaret había conocido.

¡Oh, cuánto amaba a Eira! Su muerte lo dejó destrozado, devolviéndole toda su rudeza. Se refugió en sí mismo, apartándose de la sociedad y encerrándose en Llanmair. Y entonces Owen Percy apareció en su vida, trayendo con él constantes problemas.

Desde entonces, Margaret había intentado por todos los medios volver a llevar la luz al mundo de Rhodi. Le presentó a varias amigas, pero él no quería a ninguna. Jamás fue descortés con ella, pero su deseo de que lo dejaran solo era bastante firme, y se convirtió en un ser solitario que cabalgaba por el bosque con su enorme caballo negro; en alguien casi siniestro, según pensaban los supersticiosos galeses.

Y ahora se veía obligado a soportar a Owen Percy otra vez.

—Siento mucho oír eso —dijo Margaret consternada cuando él terminó de contárselo todo sobre la llegada de Percy—. ¿Podemos ayudar en algo?

Él negó con la cabeza.

—Espero poder librarme pronto de él.

Margaret tuvo el tacto de no decir nada más, pero deseaba fervientemente que lo que había dicho su amigo se cumpliera cuanto antes; por su propio bien. Pero era evidente que Rhodi no podía quitarse a Owen Percy de la cabeza; no estaba de humor para conversar y, durante el resto de la velada, dijo poco más. Margaret se sintió obligada a contar su reciente viaje a la playa de Aberystwyth, que comenzó un día de intenso sol y acabó con una lluvia torrencial, como a menudo sucedía en Gales.

Sin embargo, mientras hablaba, no se le pasó por alto la mandíbula apretada de Rhodrick y la dura expresión de sus ojos. Le preocupó que la ira, que tenía tan profundamente arraigada, volviera a hacer su aparición. Nadie sabía tan bien como ella lo rápida que podía descender la oscuridad sobre él.

Consciente de que era una mala compañía, Rhodrick dejó pronto a los Awbrey. A la mañana siguiente se levantó temprano para mediar en una discusión entre dos de sus arrendatarios. Tardó más de lo que esperaba, ya que los dos hombres estaban emparentados por matrimonio y, al parecer, la disputa tenía más que ver con la esposa de uno de ellos que con los pastos en cuestión.

Fingió escucharlos con atención, asintiendo en los momentos adecuados, pero en realidad sólo parecía capaz de pensar en los tormentosos ojos azules de la señorita Fairchild, o en cómo se curvaban sus caderas al llegar a la cintura, o en la elegancia de sus largos dedos y la esbelta columna de su cuello.

Y eso no era todo. Tenía unas tremendas y decadentes visiones de ella; se la imaginaba desnuda, con su flexible cuerpo sobre el escritorio y la espalda arqueada de placer mientras la poseía.

Desde luego, era ella quien lo inquietaba, quien había llevado a su mundo descolorido una conmoción azul. En un arroyo en el que dejó beber al caballo se sacó del bolsillo el pañuelo que había recogido del suelo y se lo llevó a la nariz durante un instante, luego volvió a guardarlo y cerró los ojos, con todos los sentidos llenos de aquel aroma femenino.

Esos pensamientos lo molestaban lo indecible; era un hombre adulto, no un adolescente, pero no podía evitarlos. Ella hacía que algo se moviera en su interior. Al principio, pensó que se trataba de ira y rabia, pero empezaba a comprender que era algo más profundo y elemental. Aquel beso había despertado a la bestia que había permanecido dormida en su interior durante años: el deseo.

El repentino cambio operado en ella, que había pasado de temerle a desafiarle, había estimulado a esa bestia. Ella no lo miraba con compasión o asco, sino con un impertinente escrutinio, sin miedo a juzgarlo y sin disimulo.

Tal circunstancia despertó en él una extraña curiosidad, lo obligó a dejar de pensar sólo en el lado práctico de la vida y, de hecho, acabó por obsesionarlo. Regresó al castillo por la tarde, y cuando lo hizo, el jardinero le pidió que examinara un punto débil en uno de los muros de contención.

En el transcurso de los veinte años anteriores, Rhodrick había construido con sus propias manos muchas de las terrazas que albergaban sus vastos jardines. Estaba orgulloso de ellos y de que fueran famosos en todo Gales. No podía ver su belleza, del mismo modo que era incapaz de distinguir la mayor parte de los colores, pero sabía que eran espectaculares.

Entre el jardinero jefe y él decidieron que el muro podía apuntalarse y, como hacía a menudo, se quitó la chaqueta y el chaleco sin pensar, se subió las mangas, cogió la pala de uno de los trabajadores, y empezó a cavar una zanja para clavar unos postes de refuerzo.

Estaba metido en el barro hasta las rodillas cuando se detuvo para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano, y entonces descubrió a Owen Percy y a la señorita Fairchild en la barandilla de la terraza, encima de él. Estaban inclinados mirando lo que estaba haciendo.

Verlos lo pilló desprevenido. Percy estaba sonriendo, satisfecho, pero no fue eso lo que lo hizo sentirse tan ridículo, sino la expresión del rostro de la señorita Fairchild. En su cara no había antipatía, sino asombro; como si su cerebro fuera incapaz de entender cómo a un caballero podía gustarle un trabajo como ése.

Él mismo se lo preguntó por un instante, y de repente se sintió como un vulgar peón. Le entregó la pala a uno de los mozos y se apresuró a salir del agujero que había excavado —la rodilla herida le cedió un poco al hacerlo—, y a continuación se bajó las mangas. Volvió a echar una ojeada a la terraza y vio que Percy estaba diciéndole algo a la joven al oído.

La señorita Fairchild seguía mirando a Rhodrick y lo único que pudo hacer él fue fruncir el cejo. Aun así, ella continuó sin apartar los ojos, hasta que Percy le puso una mano en el codo y la obligó a darse la vuelta. Pero incluso entonces, la muchacha giró la cabeza para seguir con la vista fija en él, como atónita después de ver algo grotesco.

Rhodrick recogió la chaqueta y el chaleco, se los echó al hombro y se alejó a grandes zancadas, dejando que sus hombres terminaran el trabajo. Deambuló por la planta baja del castillo y por las despensas con la esperanza de evitar a sus indeseados invitados. Ese trayecto lo llevó hasta el piso principal y la entrada oficial, donde había un enorme espejo dorado.

Nunca perdía el tiempo en mirarse en ese espejo, pero lo hizo en esa ocasión, incapaz de evitarlo. Su imagen le repugnó. No era de extrañar que la señorita Fairchild lo hubiera mirado de aquel modo. Estaba cubierto de barro y su pelo, que por la mañana había llevado debidamente recogido, estaba ahora en completo desorden. La camisa, desabrochada en el cuello, dejaba ver su pecho cubierto de sudor. Seguro que a la señorita Fairchild le había parecido un vulgar sepulturero.

Lo que más le enfurecía era que le importara algo lo que ella pudiera opinar de él.

Tiró del cordón de la campanilla con furia y soltó la chaqueta y el chaleco. Casi al momento, apareció Ifan. Rhodrick le ordenó que le llevaran de inmediato agua caliente para bañarse. Subió la escalera de dos en dos, haciendo caso omiso del dolor y sin pensar para nada en su maldita rodilla.

Después del paseo por los jardines —los cuales eran asombrosos y sorprendentes, teniendo en cuenta que el aspecto del castillo era tan lúgubre y frío—, Owen acompañó a Greer de regreso al salón del que apenas habían salido en el transcurso de su corta estancia en ese lugar.

—Ya le has visto —comentó el joven Percy mientras Greer tomaba asiento en un sofá—. Tan vulgar —añadió con la misma sonrisa de satisfacción que llevaba exhibiendo todo el día—. Cavando la tierra como si fuera un peón.

Ella no sabía si el príncipe era vulgar o no, pero de lo que sí estaba segura era de que nunca había visto un hombre tan... fuerte. La verdad era que la había sorprendido ver a un príncipe cubierto de barro y sin temor al trabajo; nunca había visto a un caballero esforzarse de esa manera. No tenía ni idea de que pudiera ser tan... impresionante. No podía olvidar la visión de los músculos de sus gruesos brazos y su ancha espalda, que se apreciaba con claridad a través de la camisa de lino, la cual se pegaba a su cuerpo a causa del sudor producido por el trabajo. Sacaba cada palada de barro sin esfuerzo, trabajando con la misma rapidez y estoicismo que los hombres que habían nacido para ello.

Por supuesto, verlo despertó algo en ella, una especie de conocimiento innato sobre los hombres que la hacía sentirse extraña y salvajemente femenina.

—Nunca ha sabido cuáles son los límites de la decencia —continuó Owen mientras se acercaba a la ventana, sin un solo pelo fuera de su sitio, y apoyaba el brazo en el marco, de forma que no se le tensara la chaqueta.

A Greer se le ocurrió que era posible que Percy nunca llegara a averiguar dónde estaba la frontera del trabajo honrado, pensamiento por el cual se reprendió a sí misma de inmediato. Él era su protector. Su enemigo era el príncipe.

Al ver que ella no decía nada, el joven la miró por encima del hombro.

—Pareces estar muy cansada, querida. Toda esta dura prueba debe de ser agotadora para ti. Insisto en que deberíamos ir a Rhayader para contratar a un abogado que lleve el asunto ante los tribunales competentes. Me da miedo que tu salud pueda resentirse si no lo hacemos.

Eso era a todas luces ridículo. ¿Por qué daba siempre por sentado que iba a marchitarse como una frágil florecilla?

—Me encuentro perfectamente —le aseguró—. Y, como ya te he explicado, no puedo permitirme pagar un abogado.

Se lo había dicho un montón de veces, pero él seguía en sus trece. Desde luego, entendía que Percy estuviera deseoso de proseguir su camino y salir de aquel horrible castillo, con sus extraños ruidos, su frialdad y el desagradable olor a moho que parecía impregnar algunas de sus dependencias. Pero seguro que era capaz de entender que, sin tener siquiera un billete de cinco libras entre los dos, era imposible contratar a un abogado o alquilar unas habitaciones en el pueblo más cercano.

—Entonces volveré a hablar con él —afirmó Percy, apartándose de la ventana.

Se acercó al lugar donde estaba ella sentada, se levantó los faldones de la levita de un manotazo y se sentó a su lado, estirando el brazo sobre el respaldo del sofá.

—No sabes cuánto admiro tu valor —dijo con dulzura, inclinándose para besarla.

Los brazos de él eran dulces y sus labios suaves, y, aunque Greer sabía que era un error alentarla, se lo permitió. Sentía una cierta comodidad entre sus brazos, y necesitaba con desesperación que alguien la confortara.

Esa noche cayó una lluvia helada que hizo que en el dormitorio de Greer hiciera todavía más frío, si es que eso era posible. Para empeorar las cosas, el fuego de la chimenea se apagó en algún momento de la noche. Ella se tapó la cabeza con las mantas e intentó dormir, pero tiritaba demasiado como para poder conciliar el sueño.

Mientras se sumergía en una duermevela, se sentía muy desdichada. Le parecía que acababa de quedarse dormida cuando algo la despertó. Creyó que se trataba de Lulu, pero cuando se destapó la cabeza se quedó estupefacta al ver a su madre en la puerta, con su largo pelo negro recogido en la nuca y llevando un vestido rojo pasado de moda. Sonreía, y su sonrisa era tan cálida y afectuosa como Greer la recordaba; era casi como si nunca se hubiera ido.

La sobresaltó un ruido en la ventana y se dio la vuelta. Había sido el viento, de modo que volvió a mirar hacia la puerta, pero su madre ya no estaba y la puerta había desaparecido. En su lugar había una mansión blanca protegida por los árboles, y en la entrada de la misma estaba el príncipe, con la mitad del rostro entre las sombras. Sus ojos eran tan duros, verdes y fríos que Greer no pudo evitar echarse a temblar de modo incontrolable.

Se despertó sobresaltada y se incorporó. Estaba temblando de frío, no de miedo. Allí no había nadie, ni su madre ni el príncipe y, además, ya estaba amaneciendo. Los primeros débiles rayos de luz penetraban por la ventana.

Sin embargo, el sueño había sido tan real como si hubiera podido tocarlo con sólo extender la mano.

—¡Santo Cielo! —masculló, intentando todavía recuperar el aliento.

Se echó una manta sobre los hombros; se estremeció de frío en cuanto puso los pies en el suelo, y se apresuró a acercarse a la chimenea para intentar reavivar el fuego.

Pero sus esfuerzos fueron en vano y un cuarto de hora más tarde todavía seguía intentándolo cuando llamaron a la puerta y entró en la habitación una mujer de pelo gris, que miró primero a Greer y luego a la chimenea.

—¡Ay querida! Debe de tener mucho frío. —Con una sonrisa, se acercó para ayudarla a reanimar las brasas.

—Gracias —dijo Greer mirándola con curiosidad.

—Soy la señora Bowen, el ama de llaves —se presentó la mujer en respuesta a la mirada de Greer—. Esta mañana Lulu está trabajando en otra parte del castillo, de modo que he venido a atenderla yo.

—¡Ah! —exclamó la joven, agradeciendo que la mujer hablara en inglés aunque con un fuerte acento.

Observó que la señora Bowen utilizaba un fuelle para atizar el fuego, gruñendo por el esfuerzo que representaba apretarlo una y otra vez. Cuando empezó a arder de nuevo, la mujer se levantó, se limpió la ceniza de las manos en el vestido gris y sonrió a Greer una vez más.

—Espero que no haya estado demasiado incómoda o... que haya recibido la visita de algún fantasma.

Greer se quedó paralizada.

—¿Fantasmas?

—Bueno, es una vieja leyenda galesa —explicó la señora Bowen mientras se acercaba a la cama para hacerla—. Ya sabe, se dice que los espíritus humedecen los fuegos para que no se los vea y así poder moverse entre nosotros con libertad. Por eso es mejor no hablar nunca mal de los muertos.

—Pero yo no lo he hecho —indicó Greer cada vez más inquieta.

—¡Claro que no, señorita! —exclamó la señora Bowen con una cálida sonrisa—. Hablaba en general. Sólo es un cuento de viejas, nada más.

Puede que lo fuera, pero hizo que Greer se vistiera a toda velocidad.

Se reunió con Percy en la sala de desayuno, y también él se quejó de haber pasado la noche en vela. Volvió a presionar a Greer para que fueran a Rhayader en busca de ayuda. Pero ella insistió con firmeza en que no podía. De las treinta libras que poseía cuando salió de Londres, le quedaban menos de cuatro. No eran siquiera suficientes para volver a Londres, contando con que tendría que pagar el coste de un carruaje y de las posadas del camino. No deseaba quedarse allí, pero, a pesar de los espíritus, el frío y las pesadillas, en ese momento le parecía el menor de los males.

Percy y ella pasaron el resto de la mañana paseando por los jardines —con las manos unidas, ya que, al parecer, él parecía incapaz de dejar su mano en paz—, y cuando se cansaron, volvieron al salón para pasar lo que Greer preveía que sería otro interminable día.

Se acercó a la ventana que daba a los jardines intentando calcular el tiempo que tardaría su carta en llegarles a Phoebe y a Ava en Londres. Decidió que, debido al mal tiempo y los accidentados caminos, tardaría al menos tres semanas. Una vez que llegara, puede que transcurriera otra semana antes de que ellas pudieran disponerlo todo e ir a buscarla. Si contestaban en seguida, la respuesta se demoraría otras tres semanas. Eso suponiendo que Ava estuviera en Londres y no en el campo, con el marqués.

Siete semanas en total si tenía suerte.

Siete semanas y muy poco dinero. Decidió que podía buscar una habitación pequeña y arreglárselas para vivir con sus tres o cuatro míseras libras más de siete semanas. Pero lo que no podía era mantener también a Owen.

Le pareció extraño tener que pensar en mantenerlo, en especial teniendo en cuenta su terrible situación. Desde luego, él no se lo había pedido, pero ella tenía la extraña sensación de que era lo que se esperaba que hiciera; como si hubieran llegado a un tácito acuerdo.

Pero no era así, ¿verdad? ¿Le había dicho ella que fueran a seguir juntos una vez que se solucionara la cuestión de su herencia? Estaba reflexionando sobre eso cuando el joven la sobresaltó agarrándola por los hombros.

—¡Ahhh! —gritó Greer.

Él se rió por lo bajo, la rodeó con los brazos, apoyó la barbilla sobre su hombro y la estrechó mientras ambos miraban por la ventana.

—¿Qué hay ahí fuera que tanto te fascina, Greer?

Ella fijó la mirada en el jardín, donde ese día volvían a trabajar dos hombres en el muro, y la asaltó el recuerdo del príncipe, con el cuerpo brillante a causa del sudor.

—Los jardines —respondió.

Él se rió con suavidad junto a su oído, su aliento era cálido y le provocó un leve temblor por todo el cuerpo.

—¿Nada más? —preguntó él.

—¿Acaso hay algo más?

—El horizonte. ¿Lo ves? —contestó él—. Y más allá se encuentra Rhayader. Si me gustara jugar, apostaría a que un día más en esta triste casa y estarás de acuerdo conmigo en que tenemos que irnos al pueblo antes de que nos volvamos completamente locos.

Greer no estaba segura de que no lo estuvieran ya.

—Y si digo que sí, ¿cómo sugieres que paguemos el alojamiento?

Notó cómo él se encogía de hombros a su espalda.

—¿No posees nada de valor, querida? ¿Alguna baratija que puedas vender, quizá?

—¿La tienes tú?

Percy no dijo nada al principio, pero luego la sujetó con firmeza por los hombros y la obligó a darse la vuelta hacia él. Sus ojos color avellana brillaban con intensidad, lo cual la hizo acordarse del príncipe. Ambos hombres tenían las mismas espesas pestañas y la misma mirada penetrante.

Percy la miró con comprensión.

—Queridísima Greer, cuando hayamos acabado con este desafortunado asunto con el príncipe, te devolveré la baratija multiplicada por mil. Debes tener fe, ganaremos porque la ley está de nuestra parte. —Se agachó para que sus ojos quedaran al mismo nivel que los de ella—. Confías en mí, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Y te das cuenta de que si aceptas casarte conmigo no va a poder rechazar tu reclamación?

—¿No? —preguntó ella sin acabar de entender cómo casarse con Percy iba a modificar la decisión del príncipe sobre su herencia.

—No podrá.

—Pero... Yo no...

—Además, si me rechazas no voy a ser capaz de soportarlo —continuó él. Le dio un beso en la frente y se incorporó—. No puedo permanecer alejado de ti ni siquiera un día, mucho menos toda una vida —añadió, besándola en los hombros.

Greer fue a decirle que todavía no había decidido nada —ni dónde iba a estar de inmediato y mucho menos el resto de su vida—, pero el contacto de los labios de Percy la hizo callar. Lo que un hombre provocaba era muy... reconfortante. Le hacía sentir mariposas por dentro, y la sensación de estar a salvo. Mucho más a salvo que cuando se estremecía bajo las sábanas, en aquel horrible dormitorio.

Cuando la mano de Percy le acarició con audacia el pecho, se quedó sorprendida por la sensual excitación de la caricia.

Sinceramente, no habría sabido explicar cómo habían acabado ambos en el diván, con los brazos de ella rodeando el cuello de Owen en su pecho y su boca contra su cuello. Sólo recordaba haberse movido un poco y luego una sensación de vértigo con el duro cuerpo de un hombre pegado al suyo. No es que todo eso fuera completamente nuevo para ella —a fin de cuentas, había alternado durante dos años con los mejores solteros de Londres—, pero rara vez había llegado a tal punto de atrevimiento.

Se debatió entre su conciencia y el deseo de seguir con el placer que estaba experimentando. Puede que lo que la estimulara fuera distraerse en medio del enorme aburrimiento que llevaba dos semanas padeciendo, pero fuera cual fuese la causa, se le olvidó por completo y, por lo tanto, su humillación fue absoluta cuando Percy levantó la cabeza, le dedicó una amplia sonrisa y luego dirigió esa misma sonrisa hacia algo o alguien situado al otro lado del diván.

Greer giró la cabeza, todavía trastornada, y echó un vistazo alrededor; el príncipe estaba de pie en medio de la habitación, con los brazos cruzados y una expresión de furia en el rostro.

Al verlo, se quedó sin aliento y, durante un aterrador momento, fue incapaz de respirar o de moverse. Luego, la vergüenza tiñó su cara de rojo, y entonces empujó con todas sus fuerzas a Percy, que seguía exhibiendo una impertinente sonrisa y que estaba tardando demasiado en levantarse.

—¡Apártate! —le gritó, obligándolo a ponerse en pie.

Greer saltó del diván y, de espaldas al príncipe, se colocó bien a toda prisa la falda y se ajustó el corpiño. Nunca en su vida se había sentido peor que en aquel momento. No era mejor que una vulgar prostituta, tumbada sin ningún pudor en el propio sofá de aquel hombre, cosa que contribuía a su mortificación.

Entonces, el príncipe echó a andar por la estancia y ella cometió el error de mirarlo. Su expresión de repugnancia la hizo encogerse.

Luego, él desvió esa mirada de aversión hacia Percy.

—Me dais asco —escupió—. ¡De no haber entrado yo, habríais ensuciado mi casa fornicando!

Esa observación estuvo a punto de hacer que a Greer se le doblaran las rodillas.

Owen sin embargo se limitó a soltar un bufido.

—No seas absurdo.

Sin embargo, el tono de su voz no estaba en consonancia con la expresión de su rostro. Por alguna misteriosa razón, casi parecía que se alegrase de haber sido sorprendido en una situación tan comprometida.

Eso dejó perpleja a Greer pero, en ese instante, la mirada de absoluto reproche que el príncipe le dirigió la entristeció hasta el punto de que pensó que iba a vomitar. Se dio la vuelta, alejándose, y logró llegar a la ventana, en cuyo marco apoyó los brazos; intentó dominarse aspirando grandes bocanadas de aire.

—Todo lo absurdo y depravado que hay en esta habitación reside en ti —señaló el príncipe con gran rencor—. Para mí es evidente que si seduces de manera tan pública a la señorita Fairchild, ella no tendrá más remedio que casarse contigo, lo cual es la mejor forma de conseguir hacerte con su dinero y el tuyo.

Greer se quedó estupefacta ante lo que esas palabras implicaban. Se dio media vuelta.

—¡Eso es ridículo!

—No le hagas caso —intervino Percy con acritud—. Cuando un verdadero caballero sorprende a dos amantes, debe mirar hacia otro lado. Pero a un hombre solitario y lleno de cicatrices, lo ciegan los celos.

La observación de Percy hizo que en los ojos del príncipe se reflejara una rabia feroz. Su enorme y fuerte cuerpo se tensó como si se estuviera dominando para no abalanzarse sobre Percy. Greer temió que empezara a repartir golpes a diestra y siniestra, pero no fue así. En vez de

eso, dirigió su cólera contra ella. El descaro de su escrutinio la avergonzó.

—Le pido disculpas, milord —dijo Greer apretándose las mejillas con las manos.

—¡No le debes ninguna disculpa! —rugió Owen.

Pero lo cierto era que sí se la debía; ambos se la debían; y estaba atónita al ver que el joven creía que su comportamiento estaba por encima de cualquier reproche.

—No te disculpes —repitió Percy con insolencia—. ¡Él no es nuestra conciencia y, desde luego, no es el más indicado para juzgarnos!

—¡Owen! —exclamó ella molesta.

El príncipe dijo algo en galés, ante lo cual el otro le dirigió una mirada cargada de violencia que Greer pensó que era más corrosiva que el ácido.

Y así debió de ser, porque fuera lo que fuese lo que Owen contestó, cambió la expresión del príncipe, que de repente pareció aún más peligroso. Letal. Ella creyó que le iba a romper el cuello a Percy con sus enormes manos. Pero sin embargo volvió a sorprenderla: les dirigió a ambos una mirada cáustica, se dio media vuelta y se fue.

Cuando la puerta se cerró tras él, Owen le propinó un golpe a una lámpara de aceite estrellándola contra el suelo.

—¡Cretino!

—¡Percy! —exclamó Greer—. ¡Nos ha sorprendido en una situación comprometedora! ¿Cómo puedes ser tan arrogante?

—¡Por Dios, no te pongas histérica ahora! —ladró él.

Esas palabras la irritaron.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¿Mi reputación ha quedado destrozada sin remedio y me dices que no me ponga histérica?

—¡No es momento de teatros, Greer!

—¡Teatros! —Le pareció que no conocía en absoluto al hombre que estaba de pie ante ella, lleno de ira—. ¿No estás preocupado, Percy?

—¿Preocupado? —se burló él—. A mí no me importa nada de lo que Radno piense, porque sé...

Supiera lo que supiese, no llegó a poder decirlo, porque la puerta se abrió de golpe con tanto ímpetu que chocó contra la pared. Por ella entró el príncipe seguido de tres lacayos. Dos de ellos se dirigieron de inmediato hacia ellos y Percy se apresuró a ponerse delante de Greer.

—¿Vas a ser capaz de matar a un hombre desarmado? —le preguntó al príncipe mientras los dos lacayos avanzaban.

—¡Por Dios! —rugió Rhodrick—. ¡Sacadlo de mi vista!

—Si quieres que lo arreglemos como caballeros... —intentó decir Owen, pero los lacayos le sujetaron.

Empezó a luchar, vociferando en galés, con la cara roja de ira. Greer gritó mientras Percy se debatía contra los criados. Uno de los hombres consiguió retorcerle los brazos a la espalda, cosa que inmovilizó al joven con gran eficacia.

Aun así, el príncipe se puso en guardia, mirándolo con los ojos entrecerrados, con sus musculosas piernas separadas y sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho. Cuando le hubo atado las manos a Owen, su señor hizo un seco gesto con la cabeza y los dos hombres sacaron a Percy de allí a rastras.

—¡Percy! —gritó Greer aterrorizada—. ¡Owen!

Su protector no la oyó, iba maldiciendo a su anfitrión y a los tres hombres que se lo llevaban a la fuerza. Mientras se iban y Greer escuchaba los gritos alejándose de ella, el príncipe giró la cabeza despacio y la miró con tal frialdad que la joven sintió pánico. Se pegó contra la pared y buscó con desesperación la manera de escapar de la habitación.

—No tenga miedo, señorita Fairchild. Nadie va a hacerle daño en mi casa; yo no soy como su amante.

El modo en que lo dijo la hizo sentirse sucia.

—No es... —Pero pensó que era mejor no discutir ese punto en ese momento, teniendo en cuenta lo que él había visto y pensado de ella—. ¿Qué planea hacer conmigo?

—No lo sé —respondió arrastrando las palabras, mirándola con avidez mientras se le acercaba—. ¿Qué es lo que hacen habitualmente los hombres con las putas?

Greer resolló y sus ojos fueron hacia la puerta. El príncipe movió la cabeza de un lado a otro.

—No tiene usted escapatoria. No voy a permitir que Percy la deshonre y se apropie de su herencia, por mucho que disfrute usted siendo deshonrada.

—¡Es usted un miserable canalla! —estalló Greer.

—Tiene usted mucha facilidad para insultar teniendo en cuenta su censurable conducta, señorita Fairchild —observó él apartándose un poco.

Lo mismo hizo Greer.

Él se detuvo y suspiró, masculló algo en galés y se pasó una mano por el pelo antes de apoyar las dos en la cintura. La contempló, calibrándola.

—¿Va a salir por voluntad propia o va a obligarme a llevarla?

¿Llevarla? El terror se apoderó de ella.

—¿Llevarme adónde? —preguntó gritando.

—Estoy decidido a mantenerla alejada de Percy durante una temporada para que no se sienta tentado de hundirla más en la deshonra. ¿Va a venir voluntariamente?

—No pienso ir voluntariamente con usted a ninguna parte.

Él le dirigió una mirada de advertencia.

—La verdad, no me parece que una mujer pobre y de escasa moral esté en condiciones de elegir —declaró, lanzándose de repente hacia ella.

Greer soltó un grito y salió corriendo hacia la puerta, pero el príncipe la atrapó sin esfuerzo y la inmovilizó. Intentaba debatirse, pero él la sujetaba con fuerza con brazos de hierro. Los senos de Greer quedaron atrapados contra el torso masculino y toda ella aplastada contra el duro cuerpo de él.

Rhodrick sonrió con malicia mientras ella luchaba, con la mirada fija en sus labios.

—¿Quién de los dos prefiere que la bese, señorita Fairchild? ¿O todos los besos le parecen iguales?

Ella gritó y volvió la cabeza.

Él le sujetó la barbilla con dos dedos y la obligó a mirarlo, volviendo a posar los ojos en sus labios.

—Sería de esperar que fuera usted más selectiva con sus compañías, pero supongo que una libra es una libra.

Ella empezó a darle patadas en las espinillas, lanzando un alarido de furia y miedo. No sabía si le estaba haciendo daño, ya que él no hizo ningún gesto. Por el contrario, se quedó allí, sujetándola como si tal cosa, deslizándose la vista hasta sus pechos. Greer continuó debatiéndose, pero él no se inmutó y siguió agarrándola hasta que ella se agotó.

Dejó de luchar y le empezaron a caer lágrimas.

—Basta —ordenó él, brusco—. No es necesario derramar lágrimas de cocodrilo.

—Por favor, no me mate —suplicó ella con voz débil.

Él soltó un bufido, deslizando la mano hacia su garganta.

—Matarla no es lo más interesante que se me ocurre, señorita Fairchild —dijo, arrastrando las palabras.

Greer pensó que iba a besarla, que la iba a forzar allí mismo, pero de repente la levantó en brazos. Ella chilló e intentó soltarse, pero él la sujetaba con tanta facilidad que quedó completamente a su merced.

Cruzó con ella la puerta y el pasillo hasta llegar a una escalera que Greer no había visto antes. Allí la depositó en el suelo, pero continuó sujetándola con la misma fuerza que antes, al tiempo que la obligaba a subir los escalones.

—¡No soy lo que usted cree! —protestó ella temiendo por su destino, por lo que él pudiera hacerle, y frenética por encontrar la forma de liberarse—. ¡Lo que va a hacer es un delito! ¡Le advierto que le denunciaré a las más altas autoridades!

El príncipe resopló y la empujó para que subiera, pegando su cuerpo al de ella y propulsándola con su ira y su fuerza.

—¡Es usted despreciable! —lo insultó, al sentir cómo la empujaba—. ¡No dice nada para defenderse porque sabe que lo que está a punto de hacer es una vileza.

Y lo decía en serio. Mientras subían aquella escalera de caracol, muchas de las cosas que le había contado Percy sobre el príncipe de Powys empezaron a destilar en su cerebro como si de veneno se tratase. Era un asesino y un ladrón, y ella temía por su virtud y por su vida. Hizo acopio de todas sus fuerzas y empezó a luchar de nuevo, intentando darle patadas y arañarlo, pero él se limitó a cogerla por la cintura y a hacerle subir los peldaños como si fuera una niña pequeña.

Al llegar al rellano, prosiguieron por otra escalera más estrecha, hasta un último descansillo. En éste había una sola puerta. Rhodrick la inmovilizó poniéndole un brazo alrededor de la cintura mientras ella trataba de escapar. Tenía la espalda pegada a su pecho y las piernas contra un poderoso muslo, que se tensó cuando él usó la otra pierna para abrir la puerta de una patada.

Empujó a Greer al interior, y ella entró a trompicones. Logró conservar el equilibrio agarrándose a una silla, mientras el príncipe entraba con calma detrás y se detenía a poca distancia del umbral.

La muchacha jadeaba. Las lágrimas, sobre las cuales no tenía ningún control, se deslizaban por sus mejillas. Echó un vistazo a lo que la rodeaba mientras recuperaba el aliento. Se encontraban en lo más alto de un torreón, en una habitación circular con tres ventanas. El mobiliario consistía en una cama, una sola silla y un escritorio. Greer dio por hecho que detrás del biombo estaban el orinal y el lavamanos.

Le pareció un dormitorio, y lanzó al hombre una mirada de puro aborrecimiento.

—Aquí estará cómoda una temporada —dijo él recorriéndola con la mirada hasta hacerla sentirse desnuda—. Nadie va a hacerle daño, señorita Fairchild. Con independencia de lo que usted pueda pensar de mí, sus temores son infundados. Y no me acuesto con putas.

El calificativo la puso enferma, pero no tanto como la idea que se le ocurrió de repente. Iba a abandonarla allí. Se olvidaría de ella y al final desaparecería, igual que una cautiva de un cuento de hadas, encerrada en una torre. Volvió a invadirla el pánico y salió disparada hacia la puerta en un intento desesperado de pasar ante él y huir, pero el príncipe la cogió de un brazo y se lo impidió con desesperante facilidad.

—¡Suélteme! —gritó dando de nuevo vía libre a su furia, arañándolo, dándole patadas e intentando morderlo.

Él intentó dominarla, pero ella le mordió la mano al tiempo que seguía dándole patadas en las espinillas

—¡Basta! —rugió él.

Gruñendo por el esfuerzo, se dio media vuelta con ella en los brazos y la empujó contra la pared, manteniéndola allí sujeta con ambas manos.

—Tranquilícese —ordenó entre dientes.

Greer, agotada, se rindió con un gemido. Sus ojos exploraron la cara de él, la irregular cicatriz, la omnipresente sombra de la barba y el duro destello de sus ojos. Era inútil. Podía hacer con ella lo que se le antojara, pues ya no tenía fuerzas para impedirselo. De nuevo, ardientes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Él frunció el cejo y se apartó, dejándola libre. Greer cerró los ojos y se abrazó a sí misma durante un instante, dando gracias por el breve respiro. A continuación se lanzó otra vez hacia la salida con un chillido en el preciso instante en que él cerraba, aterrorizada por la idea de que, a partir de entonces, iba a quedarse allí encerrada para siempre. Se desplomó contra la puerta, oyó cómo caía el pestillo y la bilis se le subió a la garganta.

Empezó a dar alaridos y puñetazos a la madera.

—¡Percy! —gritaba—. ¡Percy!

Pero sólo oyó el sonido de los pasos del príncipe alejándose.

Volvió a gritar, golpeando frenéticamente con los puños y utilizando las dos manos para intentar forzar el pomo.

Cuando se hizo evidente que no podría escapar por allí, miró a su alrededor con desesperación, y se acercó corriendo a una de las ventanas. Estaba a unos quince metros de altura, y no había forma de descender.

No había esperanza. Estaba prisionera y su destino era morir allí. Se apoyó contra la pared apretando la mejilla contra ella mientras los sollozos agitaban su cuerpo con tanta fuerza que apenas podía mantenerse en pie. Cayó al suelo sobre manos y rodillas, intentando coger aire antes de que el terror la asfixiara.

Cuando Greer hubo llorado hasta quedarse seca —estaba segura de que no le quedaba ni una sola lágrima en el cuerpo—, aspiró una bocanada de aire y se levantó del suelo. Dada la escasez de muebles del lugar, se dirigió a la cama. Se tumbó de espaldas mirando el techo desnudo, y mantuvo una seria conversación consigo misma.

Comportarse como una loca no iba a solucionar sus problemas. Tenía que serenarse y pensar. De modo que se obligó a levantarse, se fue hacia el biombo, se lavó la cara, se recompuso el vestido e intentó arreglarse el pelo, que se le había salido de la cofia. No tenía arreglo posible, de modo que se lo peinó con los dedos, dejándoselo suelto, y empezó a pasear por la habitación.

La recorrió una y otra vez durante toda la tarde, estudiando su situación desde todos los ángulos posibles. Atravesó por toda una gama de emociones; un agudo temor por lo que pudiera pasarle, cólera por estar prisionera, y crecientes dudas sobre Percy. Estaba empezando a recordar cosas sueltas, como por ejemplo su permanente escasez de fondos y su repentino deseo de casarse con ella.

¡Cuánta falta le hacían Phoebe y Ava! Necesitaba a alguien con quien desahogarse, alguien que le dijera si estaba o no equivocada sobre Percy. No consiguió llegar a ninguna conclusión excepto a la más obvia: tenía que irse de allí de inmediato.

No tenía ni idea de cómo conseguiría escapar. Estuvo paseando casi hasta el agotamiento, dándole vueltas al asunto, cuando de repente oyó un alboroto en la escalera. El ruido la sobresaltó y miró a su alrededor buscando algo con lo que defenderse. Gracias a Dios, los muy estúpidos se habían dejado un atizador para el fuego. Se apresuró a cogerlo y se dispuso a luchar, con las piernas separadas y blandiéndolo con ambas manos.

—¡Greer!

Era Percy, ¡Percy! El alivio de oír su voz estuvo a punto de hacerla caer de rodillas. Soltó el atizador y se precipitó a la puerta asiendo el pomo, sabiendo, después de haberlo intentado una docena de veces, que estaba cerrado, pero aún con la esperanza de que no fuera así.

Evidentemente, no pudo abrir.

—¡Owen, estoy aquí! —gritó, golpeando la madera—. ¡Estoy aquí, estoy aquí! ¡Por favor, abre la puerta!

—Greer, escúchame con atención, por favor —le pidió él desde el otro lado.

—¡Abre la puerta! —repitió ella.

—Voy a buscar ayuda —dijo él con voz grave—. ¡Cabalgaré hasta Londres en busca de tu prima y le pediré que venga con todos los refuerzos que pueda conseguir!

—¡Quiero ir contigo! —gritó Greer, dando puñetazos a la hoja—. ¡Por favor, abre la puerta!

Se hizo un momentáneo silencio en el transcurso del cual a Greer se le cayó el alma a los pies. Su intuición le decía que había sido engañada.

—No puedo —contestó él con un tono mucho más sosegado.

—¡Percy! ¡Abre la puerta!

—Volveré en cuanto pueda, debes confiar en mí. Tienes que ser fuerte, querida. El príncipe me ha dado su palabra de que no te hará daño. Pero ¡tú tienes que ser fuerte!

—¡No! —exclamó ella, volviendo a aporrear la puerta—. ¡No te atrevas a abandonarme aquí!
—¡Volveré lo antes posible, te lo juro!
—¡Percy, no me dejes! —aulló.

Pero era demasiado tarde; lo oyó bajar la escalera, y con él se fue también su última esperanza.

—¡Percy! —volvió a chillar, aun sabiendo que no iba a volver.

Ni entonces ni nunca. Pasados unos segundos ya no se oyó más que el silencio. Greer se sumió en la desesperación y se desplomó boca abajo sobre la cama, más desconsolada que nunca en toda su vida.

Ifan informó a Rhodrick de que la señorita Fairchild se negaba a cenar y que, además, había mandado la cena escaleras abajo de una patada cuando Griffith, uno de los lacayos, le arrebató el atizador con el que le había amenazado.

Rhodrick pensó que por la mañana tendría una hambre canina, y le subió la bandeja en persona. Llamó a la puerta, pero no oyó nada. Sostuvo bien la bandeja en una mano y con la otra rebuscó en el bolsillo hasta encontrar la llave; abrió la cerradura esperando que ella lo agrediera en cuanto entrase.

Pero Greer lo sorprendió. Estaba sentada en la cama, vestida y con las piernas cruzadas; el pelo suelto le caía en desorden sobre los hombros y lo miraba con cautela con los ojos azules más tormentosos que había visto nunca.

—*Bore da*. Buenos días —la saludó despacio.

Ella no respondió.

Él depositó la bandeja sobre el escritorio.

—Debe de tener hambre.

La respuesta de ella consistió en una mirada tan cargada de odio que lo hizo sentirse desconcertado. Volvió la cara hacia la bandeja y, por el rabillo del ojo, vio cómo Greer se levantaba de la cama y se acercaba a la mesa con toda tranquilidad. La joven le dirigió una mirada helada y, con un movimiento de la mano, mandó la bandeja por los aires con todo su contenido. Con otra mirada desdeñosa, pasó con imprudencia tan cerca de él, que lo rozó con el brazo y la falda.

Rhodrick contempló la comida desparramada y la vajilla caída en la alfombra.

—Eso no ha sido demasiado inteligente —comentó.

—No me interesa su opinión —replicó ella mientras volvía a sentarse, esta vez en el borde de la cama.

—Puede que necesite conservar las fuerzas.

—¿Para qué? Al parecer voy a quedarme aquí encerrada hasta que vuelva Percy, y si eso es así, prefiero morir. —Se desplomó de espaldas sobre el colchón, mirando fijamente el techo.

—Percy no va a volver —anunció él—. Estuvo de acuerdo en irse de mi casa a cambio de cien libras. Tuvo la oportunidad de llevarla consigo, pero le pareció que cien libras no serían suficientes para los dos.

Ella entrecerró los ojos de forma amenazante al oírle.

—Es usted un mentiroso —lo acusó con voz ronca—. Percy ha ido en busca de ayuda.

Como se temía, ella no le creía. ¿Cómo podía pensar que Owen había ido a buscar ayuda? ¿De verdad era tan ingenua?

—Se ha ido, señorita Fairchild —insistió exasperado—, pero no precisamente a buscar ayuda. No va a volver, por lo menos durante una temporada, ahora que tiene lo que quería: cien libras y libertad.

Greer se sentó de golpe.

—Supongamos que eso es cierto. ¿Qué va usted a hacer conmigo? —quiso saber—. ¿Va a mantenerme prisionera en este lugar dejado de la mano de Dios hasta que el mundo se olvide de mí? ¿O va a usarme para satisfacer sus bajos instintos?

La pregunta lo hizo sentirse un poco culpable, ya que era cierto que se le había ocurrido poseerla. Y no lo alivió lo más mínimo encontrarla tan atractiva esa mañana, con sus cristalinos y brillantes ojos azules y el pelo alborotado, como después de un lance de amor. Se fijó en que su vestido estaba arrugado, y de no haber sabido que había permanecido encerrada en aquella habitación mientras él acompañaba a Percy fuera de Powys, podría haber creído que, en efecto, acababa de salir de la cama de su amante. La verdad, la imagen del cuerpo de ella bajo el de Percy, tal como los había encontrado el día anterior, no lo había dejado descansar en toda la noche. En lo único que podía pensar era en ese cuerpo, y en las manos de Percy sobre él. Y en sí mismo profundamente sumergido en ella.

Abrió y, sin darse cuenta, cerró la mano derecha.

—Es usted joven, señorita Fairchild —dijo en voz baja—. Es imposible que comprenda la intensidad de los apetitos de un hombre o sus verdaderas intenciones. Pero confío en que, con el tiempo, algún día llegará a entender que lo que le voy a decir es cierto. Percy estaba a punto de arrebatarle su virginidad y su fortuna, y usted estaba a punto de entregárselas.

Ella se ruborizó, pero levantó la barbilla con insolencia.

—¿Y qué si así era? ¿A usted qué le importa?

—Nada. Su vida es suya para que haga con ella lo que quiera, y su cuerpo también es suyo para que se lo entregue a quien le parezca. Una vez que tenga la prueba de su identidad, podrá usted desperdiciar su vida con alguien como Owen Percy. No puedo impedirselo. Pero sin esa prueba, no le voy a entregar cuatro mil libras que estoy convencido que acabarían en sus manos.

—Es usted un monstruo —boqueó furiosa—. La criatura más despreciable que he conocido jamás.

Él se estremeció por dentro, pero se encogió de hombros con indiferencia.

—La prueba va a tardar semanas en llegar desde Londres, sobre todo ahora que tenemos el invierno encima. ¿Piensa usted mantenerme aquí encerrada?

—Prefiero pensar en usted como una díscola invitada y en mí como su anfitrión. Puede usted quedarse... o irse. Me da lo mismo.

Ella resopló con muy poca delicadeza.

—No soy libre —dijo con escepticismo—. Ni siquiera puedo salir por esa puerta si deseo hacerlo.

Él echó una ojeada a la puerta, se apartó de ella y la señaló con un gesto.

—Es usted libre.

—¡Ja! —se mofó Greer—. ¿Y qué pasa si salgo por esa puerta, cruzo la entrada y sigo andando hasta llegar a Rhayader? ¿Qué haría usted entonces, milord?

—Queda bastante lejos y se acerca tormenta. Pero puede usted intentarlo.

Ella miró la puerta con cautela. Se puso en pie despacio, vigilándolo con la mirada. Al principio se movió muy lentamente, como si estuviera poniéndolo a prueba, luego rodeó la cama poco a poco, sin dejar de mirarlo.

Cuando llegó a su altura, echó a correr.

Rhodrick no intentó detenerla; se quedó quieto escuchando el sonido de sus pequeños pies bajando los escalones de piedra, huyendo del monstruo a toda velocidad.

Se metió las manos en los bolsillos, cogió el pañuelo que ella había perdido en su estudio y esperó hasta que dejó de oírla. Luego empezó a descender, abatido, la empinada escalera.

Después de ir en busca de la señora Bowen —«Algo se ha derramado ahí arriba», la informó —, volvió a su despacho con la intención de trabajar mientras la señorita Fairchild vagaba sin ton ni son por las colinas, buscando a su amante, según suponía Rhodrick.

Podía buscarlo cuanto quisiera, pero estaba convencido de que ella volvería cuando tuviera hambre y frío.

Sin embargo, una o dos horas más tarde, cuando se le ocurrió echar un vistazo por la ventana, se percató de que un banco de nubes negras cubría los picos de los Cambrianos. Las tormentas que venían del oeste eran a menudo bastante peligrosas. Aunque le hubiera gustado dejarla a merced de sus propios recursos, no era capaz de hacerlo. Lanzó un gruñido; *Caín y Abel* empezaron a mover la cola, presintiendo que iba a suceder algo excitante.

—Maldita sea —refunfuñó furioso mientras se levantaba y miraba a los perros—. Fuera — les ordenó.

Ambos canes se levantaron al instante y fueron hacia la puerta.

Los tres se encaminaron al vestíbulo, donde Rhodrick se encontró con Ifan, quien le entregó el sombrero y los guantes.

—¿Has visto en qué dirección se ha ido la chica? —le preguntó en galés.

—Por la carretera principal, milord —respondió Ifan con una reverencia tan profunda que Rhodrick casi pudo verse reflejado en su calva.

—¿Llevaba algo consigo? ¿Una capa? ¿Un sombrero?

—Una capa roja y una pequeña bolsa bordada, milord.

Él asintió con la cabeza, cogió el sombrero y los guantes y salió al exterior con *Caín y Abel* pisándole los talones y olisqueándolo todo para enterarse de los sucesos del día.

El banco de nubes seguía avanzando como un ejército del cual no hubiera escapatoria. Rhodrick apresuró el paso hasta los establos, donde ya tenía su caballo ensillado y otro equipado con una silla de amazona. Salió al galope por las puertas del castillo, sujetando las riendas del segundo animal con una mano y con los perros corriendo detrás.

Greer dejó de correr cuando le empezaron a arder los pulmones, entonces continuó andando con decisión por el camino lleno de surcos, estremeciéndose cada vez que pisaba una piedra. Se detuvo un momento para calzarse unas botas resistentes, ya que los zapatos que llevaba no eran adecuados para caminar. Antes de salir del castillo sólo se había entretenido en coger la capa y su bolsa en la cual había metido las cosas más importantes para ella.

Hizo una pausa para recuperar el aliento, sentándose en una roca cercana al sendero, pensando otra vez en lo mucho que le gustaría colgar al príncipe y golpearlo como a una alfombra. Tampoco estaría mal que lo arrastrara una pareja de bueyes. Era extraño, pensó, que ya no tuviera miedo, sólo agotamiento y una terrible frustración.

Volvió la cabeza hacia el lugar de donde venía; había andado bastante, de modo que sólo pudo ver el camino y el espeso bosque, cuyos altísimos abetos se elevaban a ambos lados del sendero.

Luego miró en la dirección que iba siguiendo. Tampoco allí se veía nada más que el camino y los abetos. La única diferencia era que, hacia adelante, se habían formado unas nubes negras que avanzaban hacia ella.

Lo cierto es que le pareció que podría caminar durante horas y horas antes de llegar a algo que pudiera llamarse civilización. Eso si no la mataba antes un malhechor o algún animal salvaje con ganas de darse un banquete de carne humana.

El escozor de las lágrimas la cogió por sorpresa. Abrió su pequeño bolso y buscó el pañuelo de su madre, que siempre llevaba consigo; entonces se dio cuenta de que debía de haberlo perdido en aquel asqueroso lugar, de modo que se quitó un guante y se secó los ojos con él.

¡Qué idiota había sido! Había confiado en Percy, había creído que su aprecio por ella era sincero. ¿Cómo había sido capaz de abandonarla allí por cien libras? Maldito bastardo. Sinvergüenza asqueroso. Comprendió que, con su comportamiento, tan encantador en todo momento, la había metido en toda clase de problemas.

El sonido de un caballo acercándose la asustó. Se levantó de un salto, mirando a su alrededor con desesperación antes de adentrarse en el denso follaje y ocultarse detrás de un árbol, con una mano sobre su desbocado corazón y la otra en la boca, para que no se oyera su respiración jadeante.

Oyó pasar un caballo, o quizá eran varios. Se apartó la mano de la boca e intentó mirar entre las hojas, poniéndose el guante a toda prisa. Oyó cómo los jinetes reducían la velocidad hasta detenerse. Entonces, empezaron a volver sobre sus pasos, directamente hacia ella. Greer se quedó paralizada, con el corazón a punto de salirse del pecho. No se atrevía a moverse, pero el pulso le palpitaba en los oídos, y no oyó a los perros hasta que los tuvo casi encima. Se le escapó un gritito de sorpresa y al instante se tapó la boca. ¡Había ido a buscarla! ¡El maldito canalla le había mentado; no era libre! ¡Estaba jugando con ella!

Los perros, al darse cuenta de que la conocían, trotaron hacia ella. No se movió, sino que se quedó detrás del árbol, conteniendo la respiración. Oyó el relincho de un caballo y luego de nuevo el de los cascos acercándose. Pegó la espalda contra el tronco, cerró los ojos y empezó a

rezar.

El príncipe volvió a detenerse, tan cerca, que a Greer le pareció que si extendía la mano podría tocarla. Transcurrieron varios segundos de silencio, durante los cuales le pareció que el corazón le iba a estallar, y el miedo le resultó tan sofocante que no pudo evitarlo y echó a correr. Se adentró en el bosque con los brazos hacia adelante para apartar los arbustos y las ramas de los árboles de su cara.

Lo oyó gritar su nombre y se desvió hacia la izquierda, deslizándose sin ningún cuidado por una pendiente. Lo oía aproximarse a ella como un jabalí, chocando contra las ramas, cada vez más cerca, aterrorizándola.

Cuando la alcanzó, la derribó agarrándole las piernas, y aterrizaron los dos sobre un remolino de hojas. Greer lanzó un alarido e intentó quitárselo de encima a patadas para levantarse, pero él le aprisionó los brazos contra el suelo con las manos, y el cuerpo con las piernas.

Los dos estaban sin resuello, y él la miraba con los ojos entrecerrados y llenos de furia. Greer volvió a gritar y él se estremeció con el sonido.

—¡Por Dios, nadie puede oírlo, de modo que guárdese sus gritos!

—¡Es usted un mentiroso! —vociferó ella—. ¡Me ha dicho que era libre!

—¡Y lo es, pedazo de tonta!

—Entonces ¿por qué me ha seguido? —exigió saber, intentando liberar los brazos.

—Yo también me lo he preguntado, y no he conseguido encontrar una respuesta que me satisficiera —contestó él, apretando más las piernas a su alrededor, cuando ella intentó zafarse—. Por alguna inexplicable razón, siento la necesidad de protegerla —añadió frunciendo el cejo hacia sus pechos, que estaban a punto de salirse del vestido.

Su cercanía y la mirada fija en su pecho hicieron que Greer se sintiera completamente desnuda; podía notar cómo el rubor invadía su cara y su cuello, por lo que volvió a intentar liberarse aún con más energía.

—Si es usted lo bastante estúpida como para creer que se halla en peligro e insiste en huir a pie, que así sea —estalló él, todavía sujetándole los brazos—. Pero ¡es imposible que consiga llegar a Rhayader con una tormenta encima!

Como si el cielo quisiera confirmar sus palabras, en ese momento empezaron a caer unas gotas de lluvia. Greer las ignoró y se retorció bajo el cuerpo de él.

—Si no hubiera tenido que meterme en el bosque para escapar de su «protección», habría sido muy capaz de llegar andando hasta Rhayader.

—Y si usted no fuera tan condenadamente cabezota, a estas alturas estaríamos a cubierto. Y, para su información, le diré que sólo ha recorrido cinco kilómetros. Le quedan otros diez para llegar a Rhayader.

Greer dejó de luchar y lo fulminó con la mirada.

—¿Tanto? —exclamó. Cayeron varias gotas más—. ¿Qué clase de lugar es éste donde no hay civilización alguna?

—No tengo ni tiempo ni ganas para escuchar sus tonterías. —Se levantó y se inclinó para deslizar las manos por debajo de los brazos de ella y ponerla en pie—. Si mañana se empeña usted en adentrarse corriendo en el bosque para ocultarse tras los árboles, no voy a detenerla, aunque es posible que el trayecto hasta Rhayader le resultase más cómodo en alguno de mis carruajes —añadió, sujetándola con fuerza por la muñeca—. Pero ¡ahora va a volver a Llanmair!

Y echó a andar, arrastrándola consigo; tirando de ella cuando se quedaba rezagada y sujetándola cuando se resbalaba.

Greer pensó que él se comportaba como si, al escapar, le hubiera estropeado el día. Pero luego pensó que los asesinos, los libertinos y los carceleros de doncellas no eran famosos precisamente por su paciencia.

Sin embargo, volver a Llanmair era más de lo que podía soportar.

—Si es cierto eso que dice, ¿por qué no me deja un carruaje ahora? —le preguntó.

— Porque se avecina una tormenta.

—¡Una tormenta! ¡Eso es sólo una excusa! —le espetó ella—. Creo que lo que pasa es que usted teme que si llego a Rhayader, les cuente a todos lo mal que me ha tratado y las autoridades vayan a buscarlo de inmediato.

El príncipe se detuvo un momento y sonrió por primera vez. Bueno, la verdad era que aquello apenas podía calificarse de sonrisa; fue más bien un destello de diversión que le cruzó la cara.

—¿A quién supone usted que los buenos ciudadanos de Rhayader van a creer, señorita Fairchild? ¿A una estúpida joven de Londres, que a juzgar por todos los indicios, tiene menos cerebro que un mosquito, o a mí?

—¡Los buenos ciudadanos de Rhayader no van a consentir que me tenga prisionera sin motivo!

—No, pero me gustaría señalarle que, en vista de que va usted a llegar allí por propia voluntad, con libertad de moverse por donde guste, los habitantes puede que se pregunten si de verdad la he encerrado o si lo que pasa es que está usted loca.

Ella jadeó de indignación.

—Regreso al castillo —continuó él con firmeza—, y usted también. Así que le sugiero que se disponga a resistir otra noche más en Llanmair.

¡Como si le fuera posible aguantar otra noche allí! Pero él la sujetaba con manos de acero, empezaba a llover con mayor intensidad y el retumbar de los truenos sonaba cada vez más cerca. Estaba atrapada, y aceptarlo la hizo sentirse agotada, hambrienta y furiosa con el mundo en general.

—¿Y cómo espera usted que «resista» en cualquiera de las dos horrorosas habitaciones de su castillo en las que me ha alojado? —le preguntó irritada—. ¡No pienso volver a ese lugar cerrado porque entonces sí que me volveré loca!

—Puede ir al primero que tuvo si lo prefiere.

—¡Ése es todavía peor!

Él volvió a detenerse con expresión de sorpresa.

—¿Perdón?

—¡Las habitaciones en las que aloja usted a sus invitados, reacios o no, son horribles! —exclamó ella—. Son frías, se oyen misteriosos crujidos y gemidos que bastan para mantener a cualquiera despierto toda la noche, y están todas aisladas del exterior! ¡Es un castillo muy incómodo!

—Perdóneme si mi casa es «muy incómoda», señorita Fairchild. ¡No había caído en la cuenta de que, para estafar a alguien, se necesitaran lujos! Si lo que quiere es otro dormitorio, sólo tiene que pedirlo —dijo tirando de ella otra vez para obligarla a avanzar, caminando a un ritmo considerable, teniendo en cuenta su cojera.

La fría lluvia caía con fuerza sobre su piel y Greer deseó haber cogido un sombrero. ¿Cómo no se le había ocurrido llevarse algo más de ropa aparte de la que llevaba puesta; y con una capa tan fina?

—¿Sabe montar a caballo? —le preguntó él de repente cuando llegaron al camino.

—Claro que sí —exclamó ella.

Él la empujó hacia el caballo que llevaba la silla de amazona y se dispuso para izarla, pero Greer levantó una mano.

—¡Soy muy capaz de subir sola! Ni necesito ni quiero su ayuda.

El ogro se mantuvo apartado con una sonrisa divertida en la boca. Ella intentó meter el pie en el estribo, pero le quedaba demasiado alto, y su falda no era la bastante ancha como para permitirle levantar la pierna sin enseñarle demasiado al mirón.

Después del primer intento fallido, se apartó un poco para estudiar la silla.

—¡Por Dios! —soltó el príncipe irritado cogiéndola por la cintura.

—¡Oiga! —gritó Greer con energía.

Pero él la ignoró y la levantó en vilo, sentándola directamente en la silla. Alzó la vista hacia su cara y dejó resbalar las manos por sus caderas. La joven sintió el calor de su mirada y de sus manos; notó que su propio cuerpo respondía y se removió en la montura.

—Le agradecería que no volviera a hacer nunca algo así.

—Tiene usted mi palabra —soltó él, dejando caer las manos.

Montó en su caballo y luego volvió hasta donde estaba Greer, e hizo ademán de ir a sujetar las riendas de su montura, pero ella se le adelantó.

—Concédame al menos que dirija yo a mi caballo, milord.

Él la miró por un breve instante a los labios antes de darse media vuelta y azuzar a su montura. Al parecer, el que montaba Greer no quería que se olvidaran de él, y se lanzó al galope antes de que ella terminara de acomodarse en la silla. Se aferró a las riendas, se apartó el pelo mojado de la cara —del que cayeron varias hojas—, y cabalgó con la espalda recta y rígida, fingiendo que era ella quien daba las órdenes.

Llevaban tan sólo unos minutos cabalgando cuando los truenos retumbaron directamente encima de ellos, haciendo que Greer se estremeciera aterrorizada. Unos metros por delante de ella, el príncipe giró de repente por un sendero del bosque. Por supuesto, la yegua hizo lo mismo; para el caso, podría estar montando una mula, porque el animal era muy obstinado, y se negaba a obedecer cualquiera de las órdenes que ella le daba. De hecho, la muy estúpida se lanzó a todo galope en sus ansias por alcanzar a su compañero y a los perros. Una vez más, Greer estaba indefensa. Miró fijamente hacia adelante mientras la yegua daba alcance al gran semental negro y empezaba a trotar a su lado.

No se dignó a mirar al príncipe, sólo se fijó de reojo en que llevaba el sombrero echado sobre los ojos.

—Si tira usted de las riendas hacia arriba y hacia atrás, la obedecerá —le gritó por encima del ruido de la lluvia.

—Ya lo sé —contestó Greer a gritos, y levantó la barbilla como si su intención hubiera sido cabalgar a su lado.

Él sacudió la cabeza y dijo algo en galés que a ella no le sonó demasiado halagador, por lo que le dirigió una furibunda mirada.

—Disculpe, no hablo galés...

—Pues debería.

—Pero no es así. De modo que si me ha dicho algo, no le he entendido.

—¡No estaba hablando con usted!

—¿Con quién entonces? ¿Con el caballo?

—¡Sí! ¡Con mi caballo! —estalló él—. Le estaba comentando lo terca que es usted.

—¡Ahhhh! —chilló ella furiosa.

El príncipe enarcó las cejas, desafiándola a que lo contradijera.

Greer volvió a fijar la mirada en el camino.

—Preferiría que no volviéramos a dirigirnos la palabra. Jamás.

—Me parece perfecto —estuvo de acuerdo él. Espoleó el caballo justo cuando otro estruendoso trueno estallaba encima de sus cabezas.

El sendero que recorrían era empinado, y estaban coronando un cerro cuando la tormenta pareció intensificarse. Por debajo de ellos se veía el enorme castillo de Llanmair. Greer se dio cuenta de que, al abandonar el camino, el príncipe había llegado a la casa por una ruta más directa.

Él continuó avanzando, mirando hacia atrás con frecuencia para asegurarse de que ella lo seguía. Como si tuviera otra elección, montada en aquella yegua cabezota. Greer miró a lo lejos, hacia el oeste y contempló el valle. Y allí, a pocos kilómetros de Llanmair, vio una magnífica mansión blanca.

Apenas tuvo tiempo de mirarla antes de que un rayo cayera en un árbol a menos de veinte metros de ella. La yegua emitió un sonido distinto a cualquier otro que Greer le hubiera oído a ningún caballo, y se encabritó de miedo, elevando las patas delanteras al cielo. La joven intentó sujetarse al pomo de la silla, pero el cuero estaba mojado y no lo consiguió. Cayó del caballo dándose un fuerte golpe que le sacó todo el aire de los pulmones.

Intentó darse la vuelta y levantarse, pero no podía moverse. Al segundo, tenía al príncipe inclinado sobre ella, rodeándola con los brazos, y luego lanzándose en picado sin soltarla. Aterrizaron justo en el momento en que el aterrador sonido de un desgarró surcaba el aire. Greer se retorció y vio que, justo donde había sido derribada segundos antes, había caído un árbol.

Jadeó y se aferró al príncipe, con el corazón palpitando enloquecido al comprender lo cerca que había estado de la muerte. ¡Todo había sucedido muy rápido! ¿Cómo lo había sabido él? El caso es que así era. Con un brazo le rodeaba la cintura, manteniéndole la espalda pegada a su pecho y con su enorme mano le protegía la cabeza. La tormenta seguía avanzando sobre ellos, y el viento arreció, doblando los árboles y arrojándoles hojas a la cara.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó elevando la voz por encima de la tormenta.

—No... puede que el tobillo —respondió Greer, insegura.

El hombre se apartó al instante, tanteando su cintura, palpándole las piernas por encima de la capa y el vestido, y por fin los brazos.

—¡El caballo! —exclamó Greer al darse cuenta de que la yegua no estaba—. ¡Se ha ido!

—Encontrará el camino de vuelta a casa —la tranquilizó el príncipe.

A continuación, la levantó y la llevó hasta su propio caballo, depositándola justo delante del pomo de la silla y montándose él detrás. Se quitó el sombrero y se lo puso a ella; casi le tapaba las cejas, pero se lo agradeció. Entonces, volvió a rodearle la cintura con el brazo para sujetarla,

atrayéndola hacia la seguridad de su pecho.

Cuando espoleó el caballo, Greer se dio cuenta con incredulidad de que el ogro acababa de salvarle la vida. Hubiera podido abandonarla y nadie se habría enterado jamás, y sin embargo la había salvado.

Se retorció en sus brazos, se echó el sombrero hacia atrás y lo miró casi esperando descubrir a otra persona. Quizá a un ángel.

A su espalda sólo había un hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó él frunciendo el cejo.

—Me ha salvado —respondió ella—. ¡Me ha salvado la vida!

Él miró a lo lejos al instante, girando ligeramente la cabeza.

—En realidad estaba salvando a mi caballo —dijo—. Y ha resultado que estaba usted en medio.

¡Demonios! ¡Era sin duda el hombre más descortés que había conocido jamás! Estaba impaciente por contárselo todo a Ava y a Phoebe; suponiendo que volviera a verlas. Pero si así era, les explicaría todas las cosas horribles sobre su carácter, las habitaciones medievales de su pequeño reino, y que la había tenido encerrada. ¡Y ahora, encima la trataba como si fuera una molestia, cuando era él quien la había mantenido allí en contra de su voluntad!

Estaba tan furiosa que empezó a imaginar que escribía un libro sobre sus aventuras: *Mi estancia en Gales*, por Greer Fairchild. *Los riesgos de perseguir una herencia*.

Cuando entraron por las puertas de atrás de Llanmair, ya había escrito mentalmente todo el primer capítulo.

Por fortuna, el príncipe no intentó ayudarla a bajar del caballo, sino que permitió que lo hiciera un lacayo. Le devolvió el sombrero y, mientras ella se apartaba el pelo empapado de los ojos, él lo cogió y, con la misma delicadeza y calidez de una piedra, dijo:

—Esta noche cenará usted conmigo.

Ella lo miró enfadada.

—Gracias, pero no.

Él asintió secamente y entró en el castillo con tanta rapidez y firmeza que la capa se hinchó como una vela a su espalda.

Temblando a causa del frío y de la cercanía de la muerte, Greer esperaba no haber sido tan tonta como para, con su negativa, haber rechazado cualquier cena, porque estaba desfallecida de hambre.

Rhodrick cruzó el vestíbulo, entregándole los guantes y el sombrero a un lacayo antes de subir la escalera de dos en dos, con los perros pegados a los talones. Cuando llegó a su estudio, cerró la puerta de golpe, se acercó a la chimenea y se quedó allí, de pie, con los brazos en jarras, ignorando el dolor de su rodilla y mirando furioso las llamas.

Cerró la mano en un puño y luego la abrió despacio, estirando los anchos y largos dedos. La señorita Greer Vaughan Fairchild, suponiendo que ése fuera su nombre, era la mujer más exasperante, cabezota y obstinada que había conocido nunca. Cuando se fuera, se iba a llevar una buena alegría. Ya le había causado bastantes problemas como para encima añadir la insolencia y la ingratitud a la lista.

Mientras repasaba mentalmente el molesto incidente del bosque, lo único que podía ver eran sus ojos azules y los círculos oscuros que los bordeaban. Habría perdido por completo la compostura si ella no hubiera parecido tan agotada. Y, desde luego, no ayudaba nada que oliera tan bien como olía, un aroma a lilas; ni cuán nítidamente había percibido él su exquisito y suave cuerpo bajo el suyo. Le había costado un gran esfuerzo contener su excitación.

Era intolerable.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pañuelo de ella y contempló el delicado bordado. Era absurdo y nada sensato pensar tanto en su aspecto y sus encantos femeninos. Y eso era quedarse corto. Pero al parecer no podía evitarlo, no conseguía quitársela de la cabeza... ni dejar de imaginársela en varios estados de desnudez, ni de pensar en distintas maneras de hacerle el amor.

Por consiguiente se alegraba de que ella lo odiara tanto. Eso, que comiera en sus habitaciones y no saliera de allí. No necesitaba semejante provocación.

Se metió el pañuelo en el bolsillo, se acercó al escritorio y se dejó caer en la silla. Contempló la tormenta durante un rato, pensando en lo cerca que había estado ella de resultar herida de gravedad, o incluso de morir, cuando un rayo había partido el árbol. Sólo la intervención divina había hecho que se balanceara con el viento el tiempo suficiente como para que él desmontara y la apartara de allí antes de que la aplastara.

Pasó un buen rato antes de que Rhodrick pudiera alejar tales imágenes de su mente y se obligara a sí mismo a concentrarse en la correspondencia. Pero le hizo una concesión a la señorita Fairchild: instrucciones a Ifan para que le preparara unas habitaciones en el ala oeste del castillo. No tenía ni idea de lo que necesitaba tener una mujer en su dormitorio; cualquiera pensaría que una cama, un lavamanos y una chimenea serían suficientes, pero se le ocurrió que, de todas las habitaciones que poseía Llanmair, las que antaño pertenecieron a su fallecida esposa eran lo que más se aproximaba a sus exigencias.

Además, tenían la ventaja de estar situadas en la otra punta del castillo, alejadas de sus propias habitaciones y de su estudio.

Esa noche cenó solo. Los dos lacayos que siempre lo atendían permanecían en silencio junto al aparador, moviéndose quedamente para cambiar los platos. Rhodrick llevaba diez años cenando así, y nunca pensaba en lo que lo rodeaba, ni en su soledad. Sin embargo, esa noche no

pudo evitar mirar a su alrededor e imaginarse cómo lo vería una mujer. A él su entorno le parecía muy elegante, pero como ella le había comentado que su castillo era «muy incómodo», sentía una leve curiosidad.

Puede que el comedor fuera un poco austero, dado que no había en sus paredes más que un enorme cuadro de una escena de caza. En cuanto al color de las paredes, creía que era marrón, pero no estaba seguro.

Se lo preguntaría a Meg Awbrey y ella le aconsejaría sobre lo que debía hacer.

Mientras estaba así contemplando la decoración de su comedor, sucedió algo de lo más extraordinario: oyó unos débiles acordes de música. Se quedó quieto, inseguro de lo que estaba oyendo, hasta que reconoció la melancólica melodía, ejecutada a la perfección. ¿Haydn? No, era Haendel, había oído ese fragmento en particular varios años antes, en Londres. Y ahora proporcionaba a su hogar una cierta civilización; era un sonido hermoso, melódico, agradable, tranquilo.

Con la música en la cabeza, cogió la copa de brandy y se levantó sin ver al lacayo que se apresuró a retirarle la silla, y abandonó la estancia sin decir ni una sola palabra.

Conforme se acercaba a la sala de música, se dio cuenta de que estaba entreabierta. Redujo la marcha, moviéndose despacio para no interrumpir. Cuando llegó delante de la puerta, la joven dejó de tocar, y él se quedó inmóvil, pensando que lo habría oído y temiendo que fuera a retraerse. Pero un segundo después, resonaron por el pasillo los imperiosos acordes de una triste canción.

Rhodrick veía la espalda de ella por la puerta entreabierta. Se había recogido el pelo de una forma que desafiaba cualquier descripción. El vestido que llevaba —verde o gris— se le ajustaba tan bien que podía ver el elegante movimiento de sus pequeños omóplatos mientras tocaba, así como la curva llena de gracia de sus brazos mientras las manos realizaban su danza sobre el teclado del pianoforte. Se echó hacia adelante con el crescendo y volvió a echarse hacia atrás cuando éste se ralentizó.

Rhodrick estaba conmovido. La música siempre lo emocionaba, pero aquella iba más lejos. Lo transportaba. Cerró los ojos y permitió que el sonido lo envolviera. Permaneció de pie en mitad del pasillo, donde la luz de la vela parpadeaba sin cesar a causa de la corriente de aire, sujetando la copa entre los dedos sin prestarle atención, descargando todo el peso de su cuerpo en la cadera opuesta a la pierna de la rodilla lesionada y escuchando la música, que llenaba un vacío cuya existencia desconocía.

Hacía años que en su casa no oía nada remotamente parecido a la vida, y ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que lo echaba en falta hasta ese momento.

Y de repente la música cesó.

Rhodrick abrió los ojos de mala gana y volvió de golpe a realidad.

La señorita Fairchild se había dado la vuelta y lo estaba mirando con los ojos muy abiertos por la puerta entreabierta, como si hubiera visto la sombra del diablo.

Él se sintió como un idiota; no sabía cómo había podido presentir ella su presencia, pero que lo viera lo cogió por sorpresa, y lo hizo sentirse inusualmente vulnerable. Antes de darse cuenta estaba andando, intentando disimular la cojera, que había empeorado con la lluvia.

Greer se recostó sobre el piano, cerró los ojos y soltó un profundo suspiro. Esperó a que dejaran de oírse los desiguales pasos de él en el pasillo antes de relajarse y apartar las manos del teclado.

Su mente era un torbellino. ¿Habían sido imaginaciones suyas? ¿Había sido un sueño ese calor parecido al del hogar en una habitación cuya chimenea estaba apagada? Algo la había obligado a darse a vuelta y entonces lo había visto.

Fuera lo que fuese, la asustó y la hizo volverse de repente. Y entonces vio al príncipe allí quieto, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, inmerso en el placer de la música que ella tocaba. La embargó una oleada de empatía que la alarmó. Lo miró boquiabierto, preguntándose cuánto tiempo llevaría allí, y sin comprender cómo era posible que sintiera algo positivo por un hombre como él.

Por otra parte, observar el efecto de su música en el hombre, también la afectó a ella, echando una débil sombra de duda sobre sus sentimientos.

¡Qué estupidez! Era una sensación absurda; la música aplacaba a todos los animales, y él desde luego, no era la excepción. Pero... ese animal también era quien le había salvado la vida.

Esos extraños pensamientos eran inquietantes. Se sintió muy aliviada cuando, minutos después, entró la señora Bowen haciendo tintinear las llaves que llevaba colgadas a la cintura.

—Le hemos preparado unas habitaciones, señorita Fairchild.

—Gracias —le dijo Greer, acompañando al ama de llaves en la dirección opuesta a aquella por la que había desaparecido el príncipe.

El trayecto hasta sus nuevos aposentos fue bastante largo. A Greer le pareció que la llevaban al lugar más recóndito del castillo, con el fin de que esperase alejada de todo contacto humano.

Pero cuando la señora Bowen abrió la puerta, se vio agradablemente sorprendida. El mobiliario parecía viejo y pasado de moda, pero era de excelente calidad. Los muebles eran escasos, y sin embargo se trataba con toda seguridad de la habitación más cómoda que había visto en todo el castillo.

Entraron por un saloncito con dos buenas butacas tapizadas en tela de algodón, haciendo juego con un sofá; una mesita que igual podía servir para comer que como escritorio, y un par de escabeles.

Las paredes estaban pintadas de un luminoso tono amarillo, aunque la pintura había empezado a perder color y se veían rectángulos de color más intenso en los lugares donde, en otra época, colgaban cuadros. Greer siguió al ama de llaves hasta un cuarto más pequeño pero decorado de forma parecida, y luego al dormitorio. Se encontraba ridículamente contenta con su nuevo alojamiento.

El dormitorio estaba construido en una torrecilla, pero estaba equipado con unas alfombras de vivos colores verdes y dorados, a juego con el dosel de la cama y la colcha. En el hogar chisporroteaba el fuego y unas cortinas de terciopelo dorado cubrían las ventanas, dando la impresión de que se trataba de la luz del sol.

—Encontrará sus cosas de aseo en el vestidor —la informó la señora Bowen—. Y eso es el baño. Use la campanilla cuando lo desee. —Echó una aprensiva mirada a su alrededor y luego a Greer—. ¿Está todo a su gusto?

La joven sonrió por primera vez en varios días.

—Totalmente. ¿De quién eran estas habitaciones, si me permite la pregunta?

—Pertenecieron a la última señora.

Greer dio por hecho que se refería a la madre del príncipe, hasta que añadió:

—A la fallecida princesa.

Nada hubiera podido sorprender más a Greer. No se le había ocurrido que el hombre hubiera estado casado; es más, ni siquiera podía imaginárselo.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó, quizá con demasiada energía, ya que la señora Bowen la miró bastante extrañada—. ¿Cuánto tiempo hace que ocupó estas habitaciones?

—¡Oh!, hace mucho —la tranquilizó el ama de llaves—. Nadie las ha usado desde que murió. Y luego se limpiaron a fondo. La señora Jernigan, la curandera, fabricó una poción que echamos alrededor de la cama para ahuyentar a los espíritus.

—¿Espíritus? —repitió Greer.

—Es una precaución que a muchos galeses les gusta tomar —le aclaró la señora Bowen con una sonrisa maternal.

Lo dijo con toda tranquilidad, como si los fantasmas fueran reales, y como si Greer supiera lo que había sucedido en aquel lugar. Pero no era así, y temía hasta imaginar cómo podía haber muerto la princesa. ¿Envenenada? ¿Ahorcada? ¿Apuñalada mientras dormía?

Iba a preguntar, pero una fuerte ráfaga de viento agitó las contraventanas, enviando una corriente de aire a través del dormitorio que sobresaltó a ambas mujeres.

—El tiempo ha cambiado de verdad —comentó la señora Bowen, apresurándose a echar las cortinas.

Greer se abrazó a sí misma al tiempo que echaba un vistazo alrededor, y vio la habitación bajo una luz distinta; tratando de imaginarse a la mujer capaz de casarse con un hombre tan sombrío y que encontró finalmente la muerte.

El inicial encanto de la estancia disminuyó conforme las sospechas empezaban a multiplicarse en su cabeza. Cuando se acostó, cayó en un sueño inquieto, y soñó que el príncipe intentaba matarla. Cuando amaneció, Greer era un tembloroso amasijo de nervios.

Estaba intranquila, sin saber qué hacer; alterada por sus contradictorios sentimientos hacia el príncipe y aquel lugar. Su situación se estaba complicando mucho más de lo previsto.

Lamentaba en extremo que Ava y Phoebe estuvieran tan lejos. ¡En esos momentos necesitaba sus consejos y su fortaleza!

La llegada de Lulu la alivió un poco, ya que, mientras la doncella iba y venía de acá para allá, con su alegre semblante, las cosas no parecían tan raras.

Se sentó frente al tocador e intentó sonreír.

—Lulu, parece que voy a quedarme en Llanmair durante una temporada, y sin nada para distraerme.

—Bueno, su señoría tiene la mejor biblioteca de todo Gales. Es famoso por su afición a las leyes y a la literatura. A lo mejor encuentra algo allí.

Greer miró el reflejo de Lulu en el espejo.

—¿El príncipe? —preguntó incrédula—. ¿Famoso por su afición a las leyes y la literatura?

—Desde luego, señorita. Tiene una excelente colección de libros. Y además es juez. Está muy solicitado, porque se ha ganado reputación de ser muy justo.

¿Juez? ¿Justo? ¿Qué clase de cuento era ése? De acuerdo, iba a seguir el consejo de Lulu. Le encantaría ver qué tipo de libros leía el ogro, y, además, tenía que hacerse a la idea de que iba a quedarse en Llanmair una temporada, por tanto, no podía aceptar verse limitada a aquellas habitaciones todos los días durante las semanas que iba a tardar su carta en llegar a Londres. No pensaba pasarse el tiempo fantaseando sobre asesinatos y poniéndose nerviosa por cada ruido extraño. Y de éstos había demasiados.

Mientras meditaba sobre las opciones que tenía, pensó que quizá, si exploraba el castillo y se familiarizaba con sus oscuros recovecos y sus retorcidos pasillos, de los que surgían los misteriosos gemidos, no tendría tanto miedo como hasta entonces. Y como no estaba encadenada en una mazmorra, no debía permanecer encerrada, como una oveja en el corral.

En cuanto tomó la decisión, atravesó las habitaciones en dirección al pasillo, decidida a sacar algo de provecho de su desafortunada situación.

Recorrió un corredor tras otro, dando extraños giros y vueltas, pasando por delante de cuadros, austeros muebles y doradas consolas, pisando gruesas y lujosas alfombras antiguas. No tenía ni idea de cómo se las arregló, pero logró ir a parar al vestíbulo, donde dos lacayos, bajo la atenta mirada de Ifan, bajaban con esfuerzo un enorme candelabro para prender las velas.

Greer se detuvo a mirarlos. Ifan la observó con curiosidad.

—¿Necesita algo, señorita? —preguntó.

—No, gracias —sonrió ella—. Parece muy complicado —añadió señalando con la cabeza hacia el candelabro—. Debe de pesar muchísimo.

Los dos lacayos miraron a Ifan extrañados.

—No —contestó éste, cogiéndose las manos a la espalda—. Se hace bajar con una polea, no es ningún problema —añadió con una inclinación mientras esperaba a que ella continuara su camino.

Pero Greer estaba harta de estar sola.

—En las calles de Londres tenemos luz de gas —informó.

Ifan asintió. Uno de los lacayos la miró con desconcierto.

—¿Alguna vez ha estado en Londres? —preguntó ella.

Ifan pareció sorprendido.

—¿Yo? —preguntó—. Desde luego. Estuve allí con su señoría.

—¡Ah, por supuesto! —sonrió ella.

Ifan le devolvió una sonrisa tensa. Greer desvió la atención a los dos lacayos.

—¿Y sus hombres?

—Yo no, señorita —respondió uno de ellos, obteniendo una mirada de Ifan—. Pero el señor Salisbury sí.

—¿Quién es el señor Salisbury? —preguntó Greer.

—El jardinero jefe —respondió Ifan con expresión un tanto desconcertada.

—Según se dice estuvo en una casa bastante grande de Londres —la informó el lacayo con amabilidad.

—¡No fue en Londres! —lo corrigió Ifan—. ¡Fue en Cornualles! No es el tipo de personal que necesitan en Londres.

—¡Oh!, discúlpenme —intervino Greer alejándose mientras el lacayo insistía:

—Estoy completamente seguro de que se trataba de Londres, señor.

Continuó su camino dando otra serie de vueltas y subiendo escaleras que, al parecer, no llevaban a ninguna parte, asomando la cabeza en habitaciones vacías o poco utilizadas, examinando el mobiliario, hasta que, sin saber cómo, terminó de nuevo en sus habitaciones. Y a tiempo para almorzar, constató con placer, sintiéndose un poco más cómoda con su situación.

Por la tarde, estaba impaciente por reemprender sus rondas. Se encontró con dos doncellas a las que no conocía, e intentó ayudarlas a trasladar un gran brasero de cobre de un extremo a otro del salón. Pero, en su vehemencia por ser útil, se pilló el bajo del vestido con las ruedas del brasero, lo que provocó que ambas jóvenes acabaran en el suelo. Fue necesaria la intervención de la señora Bowen para liberar el vestido.

Dio con la inmensa cocina y se presentó ella misma a la señora Ruby, la cocinera, que prefería que la llamaran Cook. El lugar estaba impregnado de los olores a pan horneado y a turba quemada, aromas que la transportaron a su infancia. Recordaba a su madre moviéndose en una cocina parecida a aquélla, alrededor de las criadas, antes de sentarse para ayudar a Greer a hacer un bizcocho. El olor era tan tentador y tan cálidamente familiar, que la joven no quiso marcharse. Permaneció de pie allí en medio, jugueteando sin darse cuenta con el contenido de una cesta de hierbas y contándole a Cook lo mucho que echaba de menos en Londres tener sus propias hierbas.

—Tenemos sólo un pequeño huerto —contó al tiempo que se llevaba un poco de albahaca a la nariz y aspiraba su olor—. No disponemos de tanto espacio como aquí.

—¡Ah! —dijo Cook, casi chocando con la ayudante de cocina al intentar sortear a Greer.

—¡Perdón! ¿Me pongo ahí? —preguntó ella señalando una mesa.

No esperó a que Cook respondiera; recogió la cesta y se fue a la pequeña mesa, donde siguió revisando las hierbas, intentando identificarlas una a una por su aroma. Se había olvidado casi por completo de la cocinera y la criada hasta que la primera preguntó, insegura:

—Perdón, señorita... ¿Tiene usted la cesta de las hierbas?

—¡Sí! —contestó Greer alegremente—. ¿La quiere?

Cook y la criada intercambiaron una rápida mirada cuando ella les entregó la cesta y, sentándose en un taburete, empezó a hablar de Ava y de Phoebe.

—Son mis primas —les informó—, pero son casi como hermanas. Ava es hermosa y amable —explicó con una sonrisa—, pero puede llegar a ser muy testaruda. Podría decirse que obstinada. De verdad que puede llegar a ser bastante cabezota cuando quiere. En cuanto a Phoebe, ¡ay, Señor!, es muy creativa y tiene mucho talento para la costura. Fue ella quien bordó este vestido —añadió levantándose y dándose la vuelta para que la vieran bien—. Pero tiene tendencia a fantasear.

Y continuó con sus recuerdos hasta que llegó la señora Bowen. Se fijó en que la cocinera pareció muy aliviada al hablar en galés con el ama de llaves. Ésta parpadeó y luego miró a Greer.

—Señorita Fairchild, ¿quiere acompañarme?

—Sí, claro. ¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A... al salón —respondió la otra—. Me gustaría que me diera su opinión sobre la decoración.

Sin embargo, la opinión que deseaba la señora Bowen se limitaba a saber qué tipo de flores era mejor poner en un florero. Cuando Greer, después de meditarlo, dijo «lirios», el ama de llaves le dio las gracias con efusividad y se apresuró a irse. Hasta al cabo de unos minutos, Greer

no se dio cuenta de que, con mucho tacto, la había echado de la cocina.

Procurando evitar a los criados, que no parecían apreciar su compañía, dio con otro pasillo. Éste era muy amplio, con un techo abovedado y suelo de piedra. Las leves marcas en las losas de éste daban fe de la cantidad de gente que lo había recorrido antes que ella a lo largo de los siglos.

De las paredes colgaban armas y cuadros. Cualquiera pensaría que no había suficientes habitantes en Gales para figurar en la cantidad de retratos que poblaban las paredes del castillo.

En medio del corredor había unas puertas dobles que estaban abiertas. Cuando Greer se acercó a ellas, oyó que dentro de la estancia había gente. Se detuvo y prestó atención; las voces sonaban lejanas y adivinó que se hallaba en la entrada a una gran sala, posiblemente un salón de baile.

Echando una rápida y furtiva mirada a su alrededor para asegurarse de que no la veía nadie, avanzó un paso. Pero en vez de encontrarse con gente, lo que vio fueron esculturas. Más de una docena de ellas. Al parecer, se trataba de una galería de arte en miniatura, provista de una balconada que daba a una sala inferior más grande. Y, aunque podía oír voces que provenían de allí, no pudo resistirse a investigar aquel maravilloso descubrimiento. Se deslizó dentro para observar con atención las figuras de alabastro.

Las voces que hablaban en galés eran de hombre, y en una de ellas reconoció la del príncipe. Por suerte, en la galería no había más luz que la que penetraba por un par de ventanas que quedaban por encima de su cabeza, pero era suficiente para ver las esculturas de diversos tamaños y temas. Como los hombres que estaban abajo parecían sumidos en una conversación bastante intensa, a juzgar por la cantidad de sonidos guturales que se oían, Greer se acercó con cautela hasta colocarse detrás de una estatua de Cupido de tamaño natural.

La obra era exquisita. Se fijó en que estaba hecha de mármol italiano y, cautivada por el trabajo, pasó con suavidad los dedos a lo largo de las caderas del dios y luego por cada uno de los rizos de su cabeza.

No tardó en distraer su atención el entrechocar de unas espadas, cosa que despertó su curiosidad, por lo que siguió la línea que indicaba la flecha de Cupido, y dio la casualidad de que ésta apuntaba directamente al príncipe, en el piso de abajo.

Vestía una camisa de linón metida por dentro de los pantalones, el cuello de la misma había desaparecido, y las mangas oscilaban mientras practicaba esgrima con un hombre al que ella no había visto antes. A un lado, dos lacayos flanqueaban una mesa en la que estaban dispuestos varios floretes.

Ver al hombre despertó en Greer algo profundo e inquietante. No podía apartar los ojos de él. Practicaba la esgrima como un salvaje, con una fuerza y una gracia poderosas y, cuando se lanzó al ataque, se le marcaron los músculos de las caderas y los muslos a través de la tela de los pantalones. Su espalda, ancha y fuerte, se estrechaba hasta llegar a la cintura. Llevaba el pelo negro atado en la nuca con una cinta asimismo negra, y se movía con la agilidad de un hombre de la mitad de su edad.

La persona que recibía la estocada se echó hacia atrás, obligada a retroceder por la velocidad con la que él se movía. Greer se asomó un poco más desde detrás de Cupido, fascinada ante tal demostración.

En cuestión de minutos y sin esfuerzo aparente, tuvo a su oponente contra una columna y le arrebató la espada de la mano. El pecho del contrincante se hinchaba a causa del esfuerzo hecho para defenderse, levantó las manos admitiendo su derrota y dijo algo en galés que hizo sonreír al príncipe. Este último bajó la espada y salió del radio de visión de Greer mientras el otro hombre se deslizaba columna abajo hasta quedar en cuclillas, recogió su espada y se volvió a levantar. Dijo algo en galés y atacó sin previo aviso.

El repentino movimiento hizo que Greer emitiera un gritito de sorpresa; se parapetó a toda prisa tras la escultura más cercana al borde de la galería para poder ver mejor lo que estaba pasando.

El desconocido había pillado al príncipe con la guardia baja y redoblaba el ataque, apuntando tan pronto a la cabeza, como al pecho y los costados, obligándolo a retroceder. Ella pensó que iba a derrotarlo, pero él se movía con despreocupación, casi como si no se diera cuenta de que eso estaba a punto de pasar. Y luego, tan de repente como había empezado, cambiaron las tornas y el príncipe empezó a ganar terreno, entrechocando su hoja con la de su oponente a una velocidad increíble, hasta que volvió a tenerlo arrinconado contra la pared. Apartó la punta de la espada de su cuerpo y se la colocó en la garganta.

Greer contuvo el aliento temiendo que se la clavara, pero inesperadamente sonrió de oreja a oreja —una preciosa sonrisa que ella no hubiera creído cierta de no haberla visto con sus propios ojos— y retiró la espada.

El otro hombre se echó a reír, aliviado, mientras el príncipe se inclinaba un poco para recoger su florete. El desconocido hizo una reverencia al aceptarlo y dijo algo a lo que el príncipe respondió con un rápido movimiento de muñeca. El que había luchado con él volvió a reír y, saludando con la cabeza, se alejó metiéndose debajo de la galería, de modo que Greer dejó de verlo.

El príncipe cogió un paño que llevaba sujeto al cinturón y limpió la empuñadura de la espada, en tanto que los dos lacayos recogían las demás. Cuando terminaron, él les dijo algo, y ambos criados salieron en la misma dirección que el desconocido, dejándolo solo en el salón de baile.

Greer permaneció inmóvil detrás de la escultura, contemplándolo. Pensó que debería irse, que estaba mal espiar a un hombre cuando él se creía solo. Pero estaba fascinada por la mezcla de intrepidez y vulnerabilidad que demostraba.

Lo vio secarse la frente con el trapo que había usado para limpiar la espada, y que luego tiró sobre la mesa antes de retroceder otra vez al centro del salón de baile. Se detuvo, se agachó y se frotó la rodilla con la palma de la mano, luego se incorporó, puso los brazos en jarras y levantó la vista.

Directamente hacia Greer.

Ella contuvo el aliento, sin saber si la estaba viendo o no.

—¿Está usted espiando, señorita Fairchild?

¿Cómo era posible que la hubiera visto? ¿Cómo era posible que la hubiera visto en una galería con tan poca luz y estando escondida detrás de una escultura? Se sintió avergonzada, era a las niñas a quienes se sorprendía espiando, no a las mujeres sofisticadas, como a ella le gustaba considerarse. Pero no tenía excusa alguna para haber invadido su intimidad de manera tan descarada, por lo que salió de su escondite de mala gana.

—No estoy espiando —dijo.

La realidad era que sí lo había estado haciendo, pero no era tan tonta como para admitirlo.

—Estaba admirando las estatuas. Ha dado la casualidad de que al mismo tiempo estaba usted practicando esgrima.

—¡Qué coincidencia! —observó él arrastrando las palabras—. ¿Y qué le ha parecido el duelo?

¿Que qué le había parecido? Asombroso. Increíble.

—Pasable —mintió con descaro.

Él enarcó una de sus oscuras cejas.

—¿Pasable? Muy interesante. En realidad tengo fama por mi habilidad.

—No me extraña —respondió ella con impertinencia—. Es usted el príncipe. A los príncipes, la gente siempre les dice lo que éstos desean oír.

Una lenta sonrisa curvó una de las comisuras de su boca.

—Señorita Fairchild, está muy equivocada: a mí no me afectan las falsas alabanzas, y en cuanto a usted, se ha cuidado mucho de no adularme lo más mínimo. Pensé que a lo mejor me estaba usted mirando con tanta atención para aprender un par de cosas sobre defensa personal, ya que parece estar convencida de que está en constante peligro.

¡Qué vergüenza! El príncipe sabía que ella había estado allí todo el tiempo.

—¡Oh, no! —negó con ligereza—. No soy tan tonta como para creer que puedo defenderme de usted en una competición de fuerza bruta, milord. Si me defiende será usando la cabeza.

—¡Ah! Me gustaría poner a prueba su inteligente defensa.

Por alguna extraña razón, su forma de decirlo la hizo sentirse inerme. Tanto, que no se le ocurrió ninguna réplica adecuada.

Él seguía en el piso de abajo, mirándola. Pasado un momento, se llevó la mano a la nuca, miró hacia el suelo y, de mala gana, según le pareció a ella, dijo:

—Señorita Fairchild...

Se interrumpió y volvió a mirar hacia arriba con expresión de profunda tristeza.

¿Qué le pasaba?

—¿Sí? —lo incitó ella.

Él volvió a bajar la mirada, esta vez hacia su mano, contemplándola al tiempo que estiraba los dedos.

—Tengo que pedirle que deje de molestar a los criados —dijo en voz baja.

—¿Perdón?

—He recibido algunas quejas...

—¿Quejas? —exclamó ella.

¡Aquella casa estaba llena de asquerosos traidores!

—Parece ser que está usted siempre encima de ellos. —La miró de reojo y sonrió con malicia—. Es decir, cuando no está espiando. Por favor, procure dejar que los sirvientes hagan su trabajo, ¿de acuerdo? Aunque estoy seguro de que aprecian su sorprendente buena intención al querer ayudarlos; por favor absténgase de hacerlo.

—¡Tranquilo, no lo haré!

—Gracias. —Y diciendo esto, desapareció de su vista.

Greer oyó que se abría y cerraba una puerta, y luego el silencio.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. Es el hombre más desesperante y extraño que he conocido. ¡Molestar a los criados! —masculló mientras abandonaba la galería de las esculturas.

Rhodrick cogió la chaqueta y la corbata, y salió por el pasillo inferior sin otro destino en mente que el más alejado posible de Greer Fairchild sin salir de su propia casa. No sabía qué había hecho para merecer que Dios lo castigara enviándole una mujer que aparecía de improviso donde no debía, y que luego le sonreía con la intensidad de mil velas.

Había descubierto su presencia en el balcón mientras esperaba a que su amigo y contrincante, Hugh Pryce, se recuperara después de que la espada de Rhodrick lo venciera la primera vez. Se sorprendió tanto al verla asomarse tras una estatua, que Hugh casi había logrado pillarlo con la guardia baja, lo que le hubiera supuesto ganar el combate.

Lo que le molestaba tanto no era que estuviera espionando, cosa que en realidad no le importaba, se trataba de... ella. Él era un hombre ¿no?, y no podía evitar serlo, ni disfrutar de la sonrisa de una mujer hermosa. En general, no hacían que se quedara mudo en su presencia, pero en ese caso sí, cosa que lo irritaba enormemente.

Toda su forma de actuar era inadmisible; en aquel pequeño rincón del mundo, él era un hombre poderoso, responsable del bienestar de cientos de personas. Era un respetado árbitro y juez, un hombre acostumbrado a resolver las diferencias de aquellos que confiaban en que decidiera y gobernara con integridad.

Y ahora, en vísperas de su trigésimo noveno cumpleaños, conocía a una mujer, posiblemente una estafadora, capaz de trastornarlo tanto con una simple sonrisa que le resultaba humillante.

Conforme caminaba se iba poniendo de peor humor. Empezó a subir la escalera hasta el vestíbulo principal, pasando por delante del maldito espejo que había acabado por odiar. Continuó subiendo hasta llegar al primer piso, de regreso a su despacho, su refugio, un lugar donde olvidarse de que aquella mujer seguía en su casa.

Pero volvió a topársela.

Nada más entrar en el pasillo, se vio obligado a detenerse porque ella estaba allí, con las manos agarradas a la espalda y su encantadora cabeza ladeada, examinando un cuadro. Al verlo, pareció tan sorprendida como él, y por un instante dio la sensación de que iba a huir. Aunque siempre parecía que quisiera salir corriendo en cuanto ponía los ojos en su fea cara.

A pesar de todo, no lo hizo. En esa ocasión se dio la vuelta y lo miró de frente.

Sus pensamientos iban casi a la misma velocidad que los latidos de su corazón. Al tenerla tan cerca, no pudo dejar de notar lo bien que le quedaba el vestido, la manera en que el terciopelo se ajustaba a cada una de sus curvas, y el intrincado bordado del corpiño y las mangas. Para ser una ladrona, llevaba una ropa muy elegante.

—¡Ejem!

Levantó la mirada para descubrir el brillo malicioso de los ojos de una mujer que sabe que está siendo admirada. Pero de repente, ella parpadeó y lo miró detenidamente a la cara.

Rhodrick se echó hacia atrás de manera inconsciente. ¿Qué era lo que estaba mirando? ¿Le disgustaba su rostro?

—Disculpe, pero está sangrando.

—¿Qué? —Se tocó la cara y recordó.

Hugh y él rara vez se ponían las máscaras protectoras, y la punta del florete de su amigo le había arañado la mejilla, justo al lado de la cicatriz. Avergonzado, se tocó la sangre seca.

—No es nada.

Ella asintió. Su mirada empezaba a quemarlo; se sintió demasiado consciente de sí mismo y de su fealdad. Pero al intentar proseguir su camino, dio un paso hacia un lado, en el mismo momento en el que ella se movía hacia el mismo lado para intentar esquivarlo. Y, como resultado, estuvieron a punto de chocar.

Estaban tan cerca el uno del otro que Rhodrick percibió su olor a lilas. Bajó la mirada hacia el par de montículos de piel cremosa que parecían estar a punto de salirse del corpiño, y luego levantó la vista directamente hacia sus ojos, tan azules como el mar. Ninguno de los dos dijo nada, pero él sintió un traidor remolino en su interior.

A pesar de todo, la torpeza de su maniobra pareció divertir a la señorita Fairchild, que sonrió. Él deslizó la mirada por sus deliciosos labios, que dejaban a la vista unos dientes blancos como perlas.

La traidora reacción de su cuerpo se hizo más fuerte.

—Disculpe —dijo ella, apresurándose a apartarse de su camino.

Rhodrick continuó a toda prisa hacia el santuario que era su estudio. Cuando entró en él, notó una oleada de alivio, lanzó la chaqueta y la corbata sin ningún cuidado sobre una silla mientras los perros se acercaban a saludarle moviendo la cola. Les acarició a ambos la cabeza, distraído, antes de continuar hasta el escritorio.

—Parece que prefiere usted este estudio al resto de las habitaciones que hay en este inmenso castillo.

Para gran asombro y disgusto suyos, la señorita Fairchild lo había seguido. Se dio media vuelta de golpe, para mirarla con incredulidad. Para mayor sorpresa, los perros ya la habían visto lo suficiente como para acostumbrarse a ella, que los acarició a ambos con expresión ausente al tiempo que miraba a Rhodrick.

—Yo... lo he observado —añadió vacilante.

¿Qué estaba haciendo allí, en su santuario y acariciando a sus perros? ¿Qué hacía allí? Ya le había dejado claro que lo aborrecía, ¿por qué no lo dejaba en paz?

—Es que éste es un castillo enorme —continuó ella como si él le hubiera contestado algo—. Y tiene muchas habitaciones.

Él pestañeó.

—Sí —respondió finalmente, mirando con recelo a su alrededor e intentando verlo a través de los ojos de ella. Puede que fuera un poco austero, excepto por los libros.

—Supongo que en alguna época perteneció a algún rey galés.

Él no tenía ni idea de a qué se refería. Volvió a mirarla, ella se había adentrado más en el cuarto, y de nuevo no pudo dejar de admirar lo bien que le sentaba el vestido.

—El castillo —aclaró ella.

Uno de los perros, *Abel*, le tocó la mano, ella le dedicó una cálida sonrisa y empezó a rascarle detrás de las orejas. Maldito perro. ¿Acaso no sabía quién le daba de comer?

—¿No debería usted estar en otro sitio? —quiso saber Rhodrick.

—No —contestó ella con impertinencia—. Estoy prisionera aquí, ¿recuerda?

—No está prisionera.

Marcó una de sus perfectas cejas.

—¡Ah, sí, perdón! Soy una invitada reticente. —Lanzó un suspiro—. Quería darle las gracias por haberme salvado la vida —añadió. Luego desvió la atención hacia las estanterías que cubrían tres de las cuatro paredes del estudio—. Tiene usted muchos libros.

—En efecto —dijo él sorprendido por su agradecimiento, por escueto que éste hubiera sido—. Además de los que hay aquí y en la biblioteca, tengo más en el salón. Quizá se sintiera más cómoda admirando los libros de allí.

Ella parecía impresionada, e ignoró tranquilamente la sugerencia.

—Son muchos libros. No creo que ni siquiera el rey de Inglaterra tenga tantos. Me extraña que le guste tanto leer.

—¿Le extraña? —repitió él vislumbrando furtivamente la curva de sus caderas e imaginándoselas desnudas—. ¿Por qué?

—Supongo que porque no me parece que los tiranos sean demasiado proclives a desarrollar sus cerebros. ¿Le importa si me llevo uno o dos prestados? —preguntó—. Para entretenerme —añadió con rapidez—. Esto es demasiado... tranquilo.

Quería decir aburrido. En Llanmair no había nada que pudiera atraer a una mujer como Greer Fairchild.

—¿Un libro? También a mí me parece extraño que a usted le guste leer.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no me parece que a las estúpidas jóvenes que recorren los campos de Gales en compañía de un hombre al que apenas conocen, les interese ampliar conocimientos —dijo él con sarcasmo—. Pero puede coger todos los que quiera. Hágalo, por favor —añadió señalando hacia la puerta.

Ella miró la estantería con una irónica sonrisa.

—No espero que entienda los motivos que tuve para venir hasta aquí, milord. Son demasiado decentes para que le resulten relevantes a un hombre de su supuesta catadura moral.

Él resopló al oírla y se sentó tras el escritorio, decidido a concentrarse en su trabajo y no en ella.

—Habla usted de moral con mucha soltura, señorita Fairchild. Cualquiera pensaría que posee usted alguna.

Ella mascullo algo que él no entendió.

—¿Puedo empezar por aquí? —preguntó muy seria.

—Empiece por donde quiera —respondió él moviendo la mano.

—Gracias. —Le dirigió una sonrisa por encima del hombro que le provocó un estremecimiento en la espina dorsal.

Rhodrick miró los papeles que tenía delante, intentando concentrarse en ellos, pero le fue imposible. Era consciente de que no iba adecuadamente vestido, y echó una ojeada de arrepentimiento hacia la chaqueta y la corbata tiradas con tanto descuido sobre una silla. Justo detrás de esa silla estaba Greer Fairchild, estirando el brazo para coger un libro del estante más alto, con lo que el vestido se le tensaba aún más en la espalda. Admiró su esbelta figura y sus largos y graciosos brazos. Tenía el pelo peinado hacia arriba, rizado y recogido con cintas en la

nuca. Aspiró su perfume y recordó la sensación de su cuerpo pegado al de él; notó cómo su propio cuerpo oxidado empezaba a moverse como los dientes de una vieja rueda, cuando se imaginó a sí mismo poseyéndola en su cama.

Ella escogió un libro y lo abrió, volviéndose un poco mientras lo leía, de modo que quedó de perfil. Tenía un cuello esbelto y se le formó un hoyuelo en la mejilla cuando sonrió por algo que estaba leyendo. Parpadeó con sus pestañas largas y oscuras, levantando una mano para jugar distraídamente con uno de sus pendientes.

Alrededor del cuello llevaba el amuleto. Él recordaba ese amuleto, y el calor y la suavidad de su piel. El recuerdo lo hizo sentirse incómodo; de repente, se vio consumido por el deseo de tocarla.

Era absurdo. Se obligó a fijar la vista en el escritorio. No era un adolescente sin control alguno sobre sus deseos sexuales. Lo que sucedía era que llevaba demasiado tiempo sin disfrutar de la compañía de una mujer. Estaba permitiendo que su olor lo embriagara, y la imagen de su cuerpo se le fuera metiendo poco a poco bajo la piel. Echó una ojeada a los papeles y leyó una o dos frases, pero poco después la señorita Fairchild dejó escapar una exclamación.

Él levantó la vista.

—Tengo muchas ganas de conocer la India —anunció ella, mirándolo de reojo—. ¿Usted ha estado allí?

Eso era algo que ambos tenían en común, ya que él llevaba también mucho tiempo fascinado por la India.

—Este libro habla sobre ese país —continuó ella alegremente—. Hay algo escrito en galés.

—¿Está segura? —preguntó él arrastrando las palabras—. Dado que no recuerda nada de ese idioma, ¿cómo puede estar tan segura de que lo que está viendo es galés y no griego?

Ella se ruborizó un poco y se encogió de hombros.

—Pienso que es galés porque está en su casa.

Él chasqueó la lengua y se levantó de la silla. Ella no dejó de mirarlo mientras rodeaba el escritorio. Cuando extendió la mano para coger el ejemplar, ella se lo entregó, mirándolo a los ojos mientras lo cogía. Sus dedos rozaron los suyos, haciéndola arder con el leve contacto.

La señorita Fairchild parecía tener calor, por la forma en que le brillaban los ojos, por encima de una suave sonrisa que le formaba un único hoyuelo en la mejilla.

Rhodrick volvió a sentir aquella traidora sensación y el despertar de su cuerpo; un horno que empezó a calentar el frío de su corazón de piedra.

La sonrisa de ella se ensanchó como si supiera lo que estaba provocándole y percibiera el poder de su femineidad. Él no consiguió apartar la mirada ni terminar de quitarle el libro de las manos. Al parecer, no era capaz de hacer nada excepto mirar aquellos ojos y sentir la excitación que le caldeaba el cuerpo.

Los ojos de la señorita Fairchild parpadearon hacia la página abierta y luego volvieron a él.

—Lee usted galés además de hablarlo, ¿no?

Él apartó la vista de su cara, apoderándose del volumen y fijándose en la inscripción.

Le costó un minuto registrar en su cerebro lo que estaba leyendo y recordar el libro. Fue como si le hubieran dado una patada en el estómago. Hacía años que se lo habían regalado, años desde que no había vuelto a poner los ojos en él.

—¿Qué dice? —preguntó la señorita Fairchild.

Él cerró el ejemplar y se lo devolvió.

—*Rwy'n dy garu di*, Eira.

Ella volvió a abrirlo y miró la inscripción, acariciándola con sus elegantes dedos.

—¿Qué significa?

—Quiere decir... «Te amo», y lo firma Eira. —Se apartó de Greer y volvió al escritorio.

—¡Ah! —dijo ella a su espalda—. ¿Sabe quién es Eira?

Rhodrick tomó asiento y miró hacia las ventanas, tras las cuales la lluvia no dejaba de caer, antes de volver a mirar a la señorita Fairchild.

—Era mi esposa.

La joven abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. La expresión divertida de su rostro desapareció, sustituida por otra muy diferente, que él ni pudo ni quiso identificar.

—Quizá pueda disfrutar de la lectura en su habitación —sugirió él.

Ella bajó los ojos, cerró el ejemplar y puso una mano en la tapa antes de devolverlo a la estantería.

—Creo que voy a elegir otro, si me lo permite —contestó, depositándolo en su sitio antes de coger el de al lado—. Éste se titula *Historia de Gales y sus pueblos*.

Rhodrick no se acordaba de él, pero daba igual. Contempló el escritorio pensando en algo que decir, algo que eliminara la presencia de Eira de la habitación.

—Gracias —dijo la señorita Fairchild, desaparecida ya la chispa de su voz—. Buenas noches, milord.

El príncipe asintió con impotencia, oyendo el crujido de su falda; la oyó dirigirse hacia la puerta abierta y sus pasos deslizándose por la alfombra del pasillo.

Cuando dejó de oírla, murmuró:

—*Nos da*. Buenas noches.

Se recostó en la silla y cerró los ojos, pensando en una esposa en la que llevaba años sin pensar.

En el saloncito de sus habitaciones, la cena de Greer permanecía intacta y el libro abierto sobre su regazo.

Veía las palabras pero no las entendía. Percibía el delicioso olor a ternera, pero era incapaz de comer. Sabía que la lluvia repiqueteaba contra la ventana, pero lo único que oía era la voz de él, el tono ronco cuando dijo: «Era mi esposa».

El príncipe era un enigma. Apenas hablaba, la presencia de ella parecía irritarlo, aunque había visto asomar un destello de emoción pura, el indicio del hombre que el mundo era incapaz de ver. Y no podía olvidar cómo la había salvado, sin dudarlo, de resultar gravemente herida.

Ahora que ya llevaba una semana en Llanmair, Greer empezaba a darse cuenta de que las cosas no eran lo que parecían, y ese descubrimiento, o quizá las preguntas que suscitaba, la tenía cautivada.

Miró el libro que tenía abierto en el regazo, *Historia de Gales y sus pueblos*, y empezó a leer.

Cuando, a la mañana siguiente, la señora Bowen entró para arreglar la habitación, Greer había avanzado en la historia de Gales hasta el momento en que Owain Glyndwr instigó a la rebelión contra Inglaterra. Como el episodio parecía necesitar de toda su concentración, dejó el libro a un lado. En ese momento, le interesaba más el ama de llaves... o mejor dicho, la información que ésta pudiera proporcionarle.

Siguió a la mujer hasta la salita, donde estaba arreglando un ramo de flores del invernadero. Eran preciosas, y hacían que el lugar pareciera menos vetusto.

—Son preciosas —dijo Greer, agachándose para aspirar su perfume.

La señora Bowen sonrió.

—Su señoría se alegrará de saberlo.

Greer la miró.

—¿Las... las ha escogido él? —preguntó asombrada y horrorizada por la diminuta chispa de esperanza que acompañó a la pregunta.

—No, señorita, he sido yo. Pero su señoría está muy orgulloso del invernadero y de los jardines. Es famoso en todo Gales por ellos.

La diminuta chispa de esperanza volvió a su sitio —profundamente enterrada—, y Greer rodeó la mesa, tocando una estatuilla de porcelana.

—Apuesto a que fue lady Radnor quien mandó construir el invernadero para tener flores frescas, ¿no cree?

—El invernadero estaba aquí muchos años antes de que lady Radnor fuera la dueña de la casa.

—¡Ah! —dijo Greer, fingiendo contemplar la estatuilla—. ¿Cómo dijo que murió lady Radnor?

—De parto —respondió la señora Bowen, cogiendo un cojín del sofá para mullirlo—. Una verdadera tragedia. Dio a luz a una niña, pero sangró demasiado y nunca se recuperó. Murió dos días después. Y la niña dos días más tarde.

—¡Qué horror! —exclamó Greer.

Se había imaginado algo más siniestro, como un asesinato o un suicidio, y no la desgracia de un parto que terminó en tragedia.

—Desde luego —asintió la señora Bowen—. Para su señoría fue devastador. —Levantó un almohadón y echó un vistazo a la puerta antes de mirar a Greer y decir en voz baja—: No salió de su estudio durante varios días. No comía ni hablaba. Se llegó a temer por su salud mental.

Un leve escalofrío recorrió la espalda de Greer.

—¿Sucedio hace mucho?

—Casi trece años —respondió la señora Bowen, cogiendo otro almohadón—. Ahora ya está bien. Todo ha quedado en el pasado, descanse en paz la señora. —Terminó de mullir los almohadones y sonrió—: ¿Necesita algo más, señorita?

—Sí —contestó Greer de inmediato—. Si no le importa, me encantaría disponer de algo de papel y tinta para escribir.

—Desde luego.

—Mis primas y yo nos escribimos con frecuencia —añadió la joven con una leve sonrisa—. Somos tres, y ahora que Ava está casada, se va a menudo al campo; en cuanto a Phoebe, bueno, Phoebe todavía no ha decidido dónde va a vivir...

—Estaré encantada de hacerle traer pluma y papel —dijo la señora Bowen desde la puerta.

Greer ni siquiera la había visto moverse.

—Solo unas cuantas hojas —aclaró a su espalda—. No voy a malgastarlas. Y... y dos plumas, si no le importa, porque algunas veces, al escribir, desgasto la canilla.

—Sí, señorita.

—¡Gracias! —gritó Greer mientras el ama de llaves abandonaba ya la habitación.

Volvió al dormitorio y contempló la cama, imaginándose allí a una joven luchando por dar a luz y muriendo a causa del esfuerzo. La imagen le provocó un escalofrío, y dio la vuelta a la silla para no ver la cama.

Echando una mirada a la ventana —seguía lloviendo, constató con bastante desesperación—, recogió el libro y prosiguió con la historia del guerrero Owain Glyndwr.

Estuvo leyendo durante media mañana, hasta que se le enturbiaron los ojos. Por suerte, la salvó la aparición de Lulu, quien había ido a buscar su ropa para lavarla. La miró mientras la criada recogía los vestidos que Greer se había puesto esa semana, evidenciando su admiración mientras los doblaba con cuidado.

—La mayor parte de ellos los hizo mi prima Phoebe —explicó Greer.

Lulu soltó los vestidos en seguida, avergonzada de que la hubiera sorprendido admirándolos.

—¡Oh, no! —exclamó Greer—. Tienes que verlos. Phoebe tiene mucho talento. —Rodeó a Lulu y cogió el vestido que llevó la primera noche de su estancia en Llanmair, enseñándoselo a Lulu—. Éste te sienta bien —declaró asintiendo pensativamente—. Un poco grande quizá.

La muchacha se ruborizó.

—Gracias, *ma'am*.

—Tienes que probártelo —le propuso.

—¡Oh, no, *ma'am*! ¡No puedo!

—¡Claro que puedes! —insistió ella con una sonrisa—. Así nos distraeremos.

—La señora Bowen me va a cortar la cabeza.

—La señora Bowen no está aquí —dijo Greer guiñando un ojo.

Un cuarto de hora después, Lulu se recogía a la espalda la tela sobrante del vestido y se volvía a un lado y a otro, delante del espejo, llena de admiración por sí misma, mientras Greer buscaba entre sus joyas algo para realzar su nuevo aspecto.

La doncella estaba encantada, y más de una vez exclamó que nunca antes se había visto tan elegante. Pero al final guardó los vestidos en su sitio y continuó con su trabajo, dejando a Greer con su libro. Aunque a ésta le encantaba la historia que estaba leyendo, necesitaba con desesperación moverse, de modo que decidió hacer otra excursión por el castillo.

Esta vez se dirigió al ala oeste, en la que todavía no había estado.

Al parecer, casi nadie había puesto un pie allí. Los pasillos estaban vacíos y bastante fríos, y había en ellos una gran cantidad de dormitorios —llegó a contar una docena—. También había varias salas y un gran salón al que pensó que le daría el sol de la tarde, si es que alguna vez dejaba de llover.

Los pocos muebles de aquella parte del castillo estaban tapados, y casi todas las habitaciones desprendían olor a humedad. Tal circunstancia no la sorprendía demasiado: no era capaz de imaginar que un hombre como el príncipe tuviera amigos que fueran a pasar allí largos fines de semana. Y más en un lugar tan remoto como Llanmair.

En el piso principal del ala oeste vio a Lulu y a otra doncella puliendo un par de mesitas. No se atrevió a charlar con ellas, como le hubiera gustado hacer, por miedo a que se lo reprocharan, de manera que se metió en una estancia cercana.

Se trataba de un comedor de gala. Estaba provisto de una larga mesa en la cual cabían cuarenta personas; Greer se entretuvo en contar las sillas que había a su alrededor. Una de las paredes era en realidad un ventanal que daba a los jardines; la pared opuesta tenía dos enormes mesas y un gran aparador que contenía la vajilla de porcelana con lo que supuso que era el blasón del apellido. Tres grandes lámparas de araña colgaban por encima de la mesa, y en la pared más alejada había una chimenea tan grande que en el hueco de la misma podría jugar un niño.

Era una estancia impresionante, pero como muchas de las del castillo, parecía que rara vez se utilizaba. Greer cerró la puerta y se encaminó con tranquilidad hacia la que había en el otro extremo del pasillo, intentando imaginarse al príncipe presidiendo una mesa semejante. Se preguntó si conversaría, o si se limitaría a responder a sus invitados, reticentes o no, con muchos síes y noes.

En eso iba pensando cuando abrió la puerta. Hasta que no vio al lacayo no se dio cuenta de que ni siquiera había llamado. Se le paralizó el corazón a causa de la sorpresa y la vergüenza, cerró rápidamente y se apartó de allí. Sin embargo, antes de que pudiera escapar, el lacayo abrió la puerta de par en par, le hizo una reverencia y se hizo a un lado dejando al príncipe a la vista.

La habitación era un comedor pequeño e íntimo, y él estaba sentado a la cabecera de la mesa, frente a un solitario almuerzo. Sus intensos ojos la miraban con serenidad. Estaba recostado en una silla con aspecto de trono, uno de sus brazos reposaba en el de la silla y con la otra mano rodeaba el pie de una copa de vino. El pelo suelto le rozaba los hombros y la ropa que vestía era impecable; llevaba una levita negra, un chaleco a rayas de seda y un pañuelo al cuello con un nudo muy bien hecho.

Greer se percató de que lo estaba mirando con la boca abierta e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Buenas tardes.

El príncipe pinchó un trozo de carne de su plato mientras la miraba. Chupó la carne de un huesecillo al tiempo que la examinaba con atención, luego lo tiró al plato, cogió una servilleta de lino y se limpió la boca.

—¿En las casas elegantes de Londres se entra sin llamar a las puertas? —preguntó, doblando cuidadosamente la servilleta y dejándola al lado del plato.

El rubor de Greer se extendió hasta su cuero cabelludo.

—Le pido sinceramente perdón, milord, pero pensaba que esta sala estaba tan desierta como el resto de esta ala del castillo.

—¿Busca algo o... quizá a alguien? ¿Qué quiere que piense cuando aparece usted siempre en los sitios a los que no ha sido invitada?

Para sorpresa de Greer le pareció ver el indicio de una sonrisa en la cara del príncipe, y le dirigió una mirada desdeñosa.

—Puede pensar que su reticente invitada está bastante aburrida. Sólo estaba echando un vistazo por ahí —respondió mirando con timidez a los dos lacayos que le servían—. Puede que haya notado que sigue lloviendo, de modo que estoy bastante inquieta.

—Ya que esto no es la alta sociedad, puedo imaginarme bien su inquietud.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—No —dijo con ironía—. No puede.

Él esbozó una abierta sonrisa antes de beber un sorbo de vino.

—¿Ha comido?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—No, gracias.

Pensó en dejarlo a solas con su almuerzo, pero no conseguía decidirse a hacerlo. Él, por su parte, la miraba con tanto detenimiento que empezó a sentirse como si sólo llevara puesta la camisola, en vez del vestido de mañana color azul que vestía. O puede que incluso menos que la camisola.

—Bueno... —dijo, apartándose de la puerta—, le dejo...

—La señora Bowen me ha dicho que le gustaría a usted escribir —comentó él.

—Yo... sí. Si no es demasiada molestia.

Bebió un nuevo sorbo de vino y luego apartó la copa.

—Tal vez le guste escribir en el pabellón. Está en los jardines.

—¿El pabellón? —preguntó ella arrugando la frente.

—¿No lo ha descubierto todavía en su inspección de esta casa desierta? —inquirió él levantándose de la silla. Un lacayo se apresuró a retirarla de su camino. El príncipe no pareció darse cuenta cuando echó a andar hacia Greer—. Creía que no había dejado piedra sin remover.

—Eso he hecho —respondió ella con descaro—. He procurado explorar todos los rincones del castillo mientras pueda hacerlo, para no quedarme sin hacer nada.

Él se rió. *Se rió*. Yella volvió a notar que era una risa extraña, pero encantadora y alegre.

El príncipe se detuvo frente a ella y se cogió las manos a la espalda. Le sacaba más de un palmo de altura y era mucho más ancho. Sus ojos verdes, rodeados por unas espesas pestañas y que a ella le habían parecido tan duros y fríos, ahora parecían arder. Sentía un destello de calor

que había empezado en su cabeza, que se deslizaba por su columna vertebral y se extendía por sus extremidades.

—Parece un buen plan. Cuanto más entretenida esté husmeando el castillo, menos problemas me causará. ¿Le muestro el pabellón? —preguntó él con su voz tan grave, señalando hacia su izquierda.

Greer asintió y empezó a caminar a su lado. O más bien a correr.

Mientras avanzaban por el largo y ancho pasillo, ninguno de los dos dijo nada. Greer era muy consciente de su poderosa presencia a su lado, exudando una energía que la atrapaba y la arrastraba en su camino. Él caminaba a grandes zancadas, y a ella le dio la sensación de que intentaba contenerse para no dejarla atrás.

Doblaron primero una esquina y luego otra. El silencio que los rodeaba empezó a hacerse asfixiante. ¿Por qué no hablaba? ¿De verdad la encontraba tan censurable y tanto desconfiaba de ella?

De pronto, al final del siguiente pasillo, el príncipe la cogió por el codo y la hizo girar a la derecha por un pasadizo pequeño y estrecho, al final del cual había una puerta. La abrió y la empujó con delicadeza para que entrara.

Ella lanzó una exclamación de placer al entrar, olvidándose del incómodo silencio que los había acompañado hasta allí. El pabellón estaba construido aprovechando uno de los muros del castillo, de modo que la pared de atrás era de piedra. Sin embargo las tres restantes eran de cristal y madera.

El techo consistía en una bóveda de cristal, de modo que, a través de él, se veían las grisáceas nubes cargadas de lluvia que se deslizaban por el cielo y, a su alrededor, los jardines.

—¡Oh, Dios! —exclamó adentrándose más en el recinto—. Es precioso.

Se acercó a los cristales mojados por la lluvia y miró con atención hacia el exterior. Se volvió hacia el príncipe con una sonrisa extasiada. Él la estaba mirando con los ojos entornados y las manos todavía cogidas a la espalda, con expresión indescifrable.

—Es verdaderamente precioso, milord.

Él enarcó una ceja.

—¿No le resulta frío y poco acogedor?

Greer sacudió la cabeza con una sonrisa avergonzada.

—Al contrario. Con algunos muebles, por supuesto un escritorio, y quizá un diván, sería con toda probabilidad el lugar más cómodo de todo el castillo.

—Entonces me ocuparé de que lo pongan a punto para que pueda usted escribir aquí todo lo que quiera.

—Es... es muy amable —dijo ella sorprendida, acercándose a una de las paredes de cristal para mirar.

A través del vaho le pareció ver un pozo y, siguiendo un impulso, levantó el pestillo que mantenía cerradas las ventanas, para abrir una. Pero luego la hoja no se movió. Tiró de ella con ambas manos para cerrarla pero siguió sin moverse.

Maldición. Dejó caer las manos y miró por encima de su hombro, sintiéndose ridícula.

—¡Perdón! Me parece que esta ventana está atascada.

Él suspiró, ella se volvió y lo intentó de nuevo. Entonces notó la presencia de él a su lado, su energía empujándola contra las ventanas. Sujetó el borde con sus gruesos dedos.

Ella era tan consciente de él como si le hubiera puesto una antorcha en la espalda. Notaba la fuerza y el calor de su cuerpo, lo sentía vibrar en la leve separación que había entre ellos. Greer sentía como si se le hubieran aguzado los sentidos, como si algún monstruo interno levantara la cabeza y olisqueara el aire a su alrededor. Tembló ante la deliciosa provocación, y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Con un fuerte tirón, el príncipe cerró la ventana y le echó el pestillo. Pero no apartó la mano. La dejó allí aferrando la manija con la mano y el brazo levantado por encima de la cabeza de la joven. Estaba tan cerca de ella que, de haberlo deseado, Greer podría haberse recostado sobre él.

Rodeada de una cálida neblina, se volvió a medias y levantó la vista. Él la estaba mirando con una expresión tan suave como el musgo, deslizando la mirada hacia sus pechos y más abajo, hasta el lugar donde ella tenía entrelazados los brazos, en la cintura, para luego volver a subir despacio.

—Voy a encender la chimenea —masculló él.

Greer asintió, incapaz de hablar, incapaz de detener los rápidos latidos de su corazón o el ardor de su piel. No pudo evitar recordar su primera noche en Llanmair, cuando él cogió el amuleto de su cuello rozándole la piel con los dedos y provocándole la primera tormenta.

Pero aquello era diferente. Aunque no la hubiera tocado, de algún modo, había sido más consciente de su deseo. Quizá porque no estaba borracho. Quizá porque, en esa ocasión, él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Rhodrick permitió que su mirada se entretuviera en los labios entreabiertos de ella. Si seguía mirándola así, si continuaba callado, pensó que era muy posible que explotara. No podía consentirlo, ya lo había dejado llegar demasiado lejos.

—¿Sabe? —dijo sin aliento, con los ojos puestos en los labios de él—, he estado leyendo el libro que me prestó.

Greer no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero estaba desesperada por recobrar la cordura, algo sólido a lo que aferrarse.

Él ni siquiera parecía oírla mientras sus ojos se dirigían de nuevo a sus senos.

—La historia de Owain Glyndwr me ha parecido de lo más apasionante.

Él no dijo nada, sus ojos continuaron vagando por su cuerpo con avidez.

—¿Tiene usted algún parentesco con él?

—Lo tengo —masculló, volviendo a contemplar su boca.

—Es muy edificante. La historia de su rebelión me recordó un poema que aprendí en una ocasión: «Cuidado con Gales, Cristo Jesús nos guarde...» —Se le apagó la voz y frunció un poco el cejo, incapaz de recordar como seguía, mientras él continuaba mirándole la boca de ese modo.

—«Que nuestros hijos no lloren» —prosiguió el hombre en voz baja.

Esas palabras removieron algo profundamente enterrado en el interior de Greer, un recuerdo fugaz que desapareció antes de que ella pudiera retenerlo.

—Lo conoce...

Ahora, ella podía notar su pierna pegada al vestido.

—Lo conozco muy bien, como cualquier niño de Gales. Lo aprendemos al mismo tiempo que las letras.

Greer dejó escapar un tembloroso suspiro, y levantó inconscientemente la barbilla, medio esperando que la besara, y medio temiendo tanto que lo hiciera como que no.

Pero no la besó. Apartó la mano de la ventana y, distraído, le acarició un rizo que le colgaba de la sien con el dorso de la mano.

—Señorita Fairchild, le confieso que no puedo dejar de preguntarme si de verdad ha olvidado todo lo que en una ocasión supo sobre Gales —dijo mientras deslizaba la mano hacia su clavícula y se la acariciaba—, o si fue perezosa al prepararse para sacarme el dinero, dejando de aprender las cosas que más hubieran podido ayudarla en sus reclamaciones, y por eso ahora está recurriendo a la seducción.

El repentino cambio en la actitud de él la desconcertó.

—¿Perdón?

—Creo que me ha entendido muy bien.

—¿Cómo se atreve! —gritó ella, apartándose bruscamente—. ¡No le estoy seduciendo! ¿Cómo es posible que no me crea? No le he dado motivo alguno para que no lo haga. No he huido para casarme con el señor Percy, como usted sugirió...

—Sólo porque yo tomé medidas.

A ella le ardieron las mejillas de vergüenza al recordarlo.

—Está muy equivocado. Independientemente de lo que usted crea, no me habría fugado para casarme con Percy.

—Eso dice. Pero es usted una ingenua si piensa que no sé lo que hay detrás de su repentina ternura hacia mí.

—¡No es ternura! —protestó ella.

—¿Lujuria entonces? —preguntó él con despreocupación.

—Es usted un hombre perverso —lo acusó en voz baja, desaparecidos ya los sentimientos que había experimentado momentos antes—. Por otra parte, dice haber ayudado a Percy, pero no hay más prueba de ello que su palabra.

Él frunció el cejo, se acercó a la chimenea y le dio una fuerte patada a la rejilla para sacudirle la ceniza.

—He dicho la verdad. Algún día despertará de ese ridículo encaprichamiento que tiene con Percy y verá que la ayudé.

¡Y pensar que tan sólo unos minutos antes había estado al borde del deseo por aquel individuo!

—De lo único que soy culpable —declaró ella con voz temblorosa— es de haber creído que podía usted no ser una bestia.

Pasó por delante de él con rapidez, enfadada consigo misma.

¡Se había vuelto loca! ¡Estar encerrada en aquel castillo dejado de la mano de Dios la había debilitado y hecho perder el juicio! Bueno, pues no iba a volver a pasar. ¡Ah, no! Si se limitaba a permanecer en las habitaciones donde había muerto la esposa del príncipe, ¡no volvería a verse en la tesitura de experimentar nuevamente ningún tipo de ternura por aquella bestia!

Dobló la esquina, alejándose furiosa y recorrió otro pasillo que no conocía y que parecía ser una galería de retratos.

Redujo la marcha al ver una pintura de casi dos metros de altura de un hombre que se parecía al príncipe. Iba vestido con una toga griega y estaba subido a una cuadriga. Tenía un aspecto ridículo. Greer se detuvo delante y levantó la vista. Pensó que debía de tratarse de su padre o de

su abuelo, a juzgar por la fecha grabada en la placa de oro del marco. El hombre del retrato tenía idéntica forma de ojos que Percy y el príncipe, y el mismo semblante serio que éste.

Puso los ojos en blanco, miró a su derecha y vio el retrato de una niña vestida con normalidad. Estaba de pie al lado de un árbol y tenía un peludo perrito a los pies.

La curiosidad se impuso a la ira y se movió hacia la derecha para admirar el retrato. La niña tenía ojos de gacela y pelo dorado, una tímida belleza de unos cinco años. Se preguntó quién sería. No se le ocurría que ninguna madre no procurase mantener a su hija alejada de aquel lugar.

Echó a andar otra vez, pero el retrato que había al lado del de la niña la detuvo en seco.

No sabía decir qué fue lo que le llamó la atención, pero mientras lo miraba, algo la dejó sin aliento. El cuadro representaba una merienda campestre. Había varias personas; un hombre con un violín, damas sentadas en mantas y niños correteando junto a unos cachorros. El hombre que estaba de pie en primer plano tenía un vago parecido con el príncipe, y a su lado había dos jovencitas, debajo de un árbol; una de ellas susurraba algo al oído de la otra que, a su vez, miraba al artista. Pero lo más alarmante era la casa que se veía a lo lejos. Era una gran casa blanca, una mansión, rodeada de césped y con ganado pastando.

Era la casa que siempre aparecía en sus sueños, la misma casa en la cual se le había aparecido su madre. Un lugar que recordaba vagamente, pero no sabía con certeza si por haber estado allí alguna vez o sólo por haber soñado a menudo con ella.

¿Cómo era posible que un cuadro con aquella casa estuviera en Llanmair?

Miró con atención la pintura, observando cada detalle, al tiempo que se tocaba el amuleto que llevaba colgado al cuello. Parecía estar en un valle... ¡En un valle! ¡Cuando cayó el rayo había visto una casa blanca igual que ésa en un valle!

Un ruido en el otro extremo del pasillo desvió su atención; poco después vio al príncipe, que se detuvo de inmediato al verla.

A ella le pareció que no podía respirar ni hacer otra cosa salvo señalar el cuadro.

Él frunció el cejo y miró la tela.

—¿Qué sucede, señorita Fairchild?

—Esa casa...

—Está cerrada —declaró él inmediatamente.

La respuesta la desconcertó.

—¿Qué? ¡No puede ser! ¡La vi en el valle cuando cayó el rayo! —insistió ella.

La mirada del hombre se volvió dura.

—Lo que vio es una casa vacía. La casa está cerrada.

—No —negó ella, sacudiendo la cabeza y volviéndose desesperada hacia la pintura—. Tengo que verla. Yo...

—Présteme atención, señorita Fairchild. Le prohíbo que se acerque a ese lugar. ¿Me ha entendido bien?

—Pero...

—¡Señorita Fairchild! —estalló el príncipe—. ¡No sé qué ha podido oír o creer sobre esa casa, pero es mía, y prohíbo que usted o nadie vaya allí! De modo que si no quiere nada más...

Ella lo miró boquiabierta, y luego entrecerró los ojos, enfadada.

—No milord. No quiero nada más.

Se apartó de él y cruzó rápidamente la galería de los retratos.

Cuando se hubo ido, Rhodrick miró el cuadro y el retrato de la niña que había al lado, e hizo una mueca. No podía explicarle a Greer Fairchild, ni a nadie en realidad, que la mujer a la que él veía en sueños, la mujer a la que en medio de su borrachera confundió con Greer varias noches atrás, era quien lo había llevado a descubrir la increíble tragedia que había tenido lugar en esa casa. Mientras él viviera, Kendrick permanecería cerrado. Se fue de allí sin querer pensar más en ello, incapaz de apartar de su mente lo peligrosamente cerca que había estado de besar a la joven.

Cuando Ifan fue en busca de Rhodrick con un mensaje urgente del jardinero jefe, el príncipe agradeció la distracción. El muro de refuerzo de contención que habían reparado no estaba dando resultado, y ése era exactamente el tipo de trabajo que necesitaba hacer después de su encuentro con Greer Fairchild. La clase de tarea capaz de hacer desaparecer el irresistible deseo de besarla al que había estado tan cerca de sucumbir.

Si la hubiera besado, habría parecido aún más tonto de lo que, se temía, ya parecía.

Greer Fairchild no lo quería. Quería su dinero.

Pero cuando estaba a su lado en el pabellón y tenía en la cabeza la imagen de Greer temblando de placer en los brazos de Percy, había estado a punto de caer, de dejarse arrastrar por sus instintos masculinos más básicos.

Creía que un poco de trabajo duro le ayudaría a solucionar esa horrible falta de control, y así es como terminó de rodillas sobre el barro, con la ropa empapada y los hombros doloridos por el vaivén de la maza que utilizaba para golpear las piedras e incrustarlas en el muro.

El trabajo le hacía sentir bien, pero era inútil. La presión que la tierra ejercía sobre el muro de contención era demasiado fuerte como para que él pudiera contenerla. Por el momento, sin embargo, estaba aguantando.

Cuando Rhodrick regresó a la habitación, Ifan le había preparado un baño caliente. Para entonces, se sentía capaz de controlar de nuevo sus emociones y sus instintos. Todo eso había sido una debilidad momentánea provocada por la breve visión del tobillo de Greer cuando se puso de puntillas para abrir la ventana. O quizá por la forma de su trasero cuando se inclinó para mirar a través de ella. O por el brillo de sus ojos furiosos cuando le miró en la galería de retratos.

En cualquier caso, no importaba. De hecho, se sentía tan recuperado que decidió que si la señorita Fairchild quería cenar esa noche, tendría que hacerlo con él, puesto que no había ninguna razón para que sus sirvientes se vieran obligados a servir dos cenas en dos lugares diferentes.

—Como usted desee, señor —dijo Ifan. Pero, para Rhodrick, estaba claro que el que había sido su mayordomo durante tanto tiempo no creía que tener que servir dos cenas fuera lo que había determinado tal decisión.

Sin embargo, a él le parecía sensato mantenerla vigilada. Se negó a reconocer, ni siquiera para sí mismo, que lo que sucedía era que disfrutaba de su efervescente presencia. Era obstinada y demasiado segura de sí misma y además embustera. Él sólo estaba protegiendo lo que era suyo, nada más.

Se vistió con cuidado con un chaleco y el traje que acababa de enviarle el sastre de Aberystwyth. El hombre, que conocía su defecto para distinguir los colores, le enviaba chaquetas y chalecos que combinaban entre sí. Sabía que el pantalón y la chaqueta de aquel nuevo traje eran negros, y le pareció que el chaleco a rayas tenía algo de verde. O de rojo.

Se peinó el pelo hacia atrás y se preguntó cuál sería la moda de ese momento. Llevaba años sin ir a Londres y no tenía la menor idea de lo que se llevaba. De modo que se ató el pelo en una coleta con una cinta, retrocedió unos pasos y se miró en el espejo.

Era alto, por lo menos metro noventa; hacía mucho ejercicio, por lo que no había desarrollado el estómago que tantos de sus pares parecían haber adquirido en pocos años. Nadie podía poner objeciones a su aspecto, pensó, pero su cara siempre daba el contrapunto. No es que fuera horrible, al menos no tanto como un hombre que había visto una vez siendo niño, cuyo rostro estaba comido por la lepra. Pero de ningún modo se le podía llamar guapo.

Su hermana era hermosa, lo mismo que sus padres. Él no se parecía a ninguno de ellos. Alguien le había dicho en una ocasión que tenía los ojos demasiado juntos y se le había roto la nariz varias veces, por lo que la tenía torcida. La cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha desde el borde del ojo era resultado de una caída del caballo, en la que también se había roto el brazo, la pierna y la nariz por tercera vez. La herida de la cara no había sanado bien, y, aunque hubieran transcurrido años desde el accidente, todavía era apreciable y bastante fea.

Rhodrick estaba enfadado consigo mismo por que eso le importara. Ella era una ladrona, una ladrona atractiva, pero ladrona a fin de cuentas. Aun así, se estudió con actitud crítica, percibiendo las profundas patas de gallo de sus ojos, la constante sombra de la barba y el color gris que empezaba a aparecer en su pelo.

Su padre solía decir que su rostro era capaz de asustar a los fantasmas del desván. Solía bromear diciendo que se parecía al Goliath dibujado en el cuadro sobre la Biblia que había en el gran salón. Cuando él y su hermana Nell llegaron a la mayoría de edad, la familia se fue a Londres para que Nell asistiera a los acontecimientos sociales de la Temporada. La irrupción de Rhodrick dio pie a muchos comentarios, y su aspecto asustaba a las debutantes. Su madre intentó animarlo más de un vez.

—Querido, algún día llegará alguien a quien no le importe nada tu apariencia.

Pero no llegó nadie y Rhodrick descubrió los placeres de la carne con putas en habitaciones oscuras.

Cuando Nell se casó, su familia intentó que también lo hiciera él, pero al parecer, a ninguna de las jóvenes que deseaban hacerlo con herederos y lores él les pareció conveniente. Como por aquel entonces había en Londres varios herederos solteros, a su padre le costó un trabajo de mil demonios encontrar una mujer para él. Al final, arreglaron un matrimonio con Eira, pero la pobre chica, que tenía la desgracia de ser de las Marcas, no sabía nada de su aspecto; sólo lo vio una vez antes de que ambos pronunciaran los votos. Su padre se ocupó de que ella no tuviera tiempo de pensarlo mejor.

Pero si a Eira él le resultaba repulsivo, nunca mencionó nada al respecto. Era una esposa obediente que lo aceptó tal como era. Se portó bien con él, y Rhodrick la quiso. Esperaba haber sido un buen marido; desde luego fue algo que intentó con más intensidad que nada en su vida.

Su esposa aportó a su existencia una dulzura que él nunca antes había conocido. Se había pasado la mayor parte de su vida haciendo honor al estigma de Goliath y, durante su juventud, hizo gala de un carácter atroz; era rápido para luchar y demostrar su fuerza cuando lo ofendían, aunque la ofensa consistiera solamente en mirarlo. Eira lo ayudó a dominarse y le enseñó a ser un hombre pacífico.

Sí, le tuvo cariño a Eira, pero llevaba años sin pensar en ella. Se obligó a sí mismo a no recordarla, pues su pérdida era demasiado dolorosa. En cuanto a la niña... todavía no soportaba pensar en la diminuta criatura que había luchado con tanto coraje para sobrevivir sin su madre, sin que se le encogiera el corazón.

En ocasiones, descubría algo en la casa que lo hacía acordarse de Eira, pero conforme pasaba el tiempo, sus recuerdos perdían intensidad, y aprendió a contentarse con su propia compañía. Para él era demasiado duro contemplar siquiera la posibilidad de empezar de nuevo con otra mujer. Dios sabía que su amiga Meg lo había intentado, pero sus amistades querían a alguien más elegante que él, y residir más cerca de la sociedad de lo que a él le permitía sus vínculos con Llanmair. Sabía que la principal consecuencia de no haberse vuelto a casar era que no iba a dejar herederos, pero se consolaba con la idea de que Nell tenía dos hijos perfectamente sanos que le sucederían algún día.

Sin embargo, de repente había aparecido ante su puerta Greer Fairchild, poniendo todo su mundo patas arriba, despertando en él deseos que creía enterrados desde hacía tiempo.

Rhodrick se sacudió unas hebras de hilo del hombro, se enderezó una vez más el pañuelo del cuello y abandonó sus habitaciones camino del comedor y de la mujer en la que había pensado más en una semana, que en Eira en los últimos años.

Su reticente invitada entró en el comedor una hora después, bastante inquieta. Rhodrick se levantó al momento de su silla; ella hizo una dramática pausa en la puerta con sus largos y elegantes dedos apoyados en la jamba y la cara enrojecida por el trayecto. El vestido, oscuro y brillante, tenía un corpiño tan ajustado que él tuvo la irracional esperanza de que se le salieran los pechos. Estaba muy bien confeccionado y era tan exquisito como ella.

—Me han dicho que si quiero comer tiene que ser con usted —le espetó, entrando en el comedor y arrastrando tras de sí la cola del vestido, que se movía a su espalda como la estela de una nube.

El único color que era capaz de ver con claridad era el azul de sus ojos, y éstos lanzaban destellos similares a valiosas gemas debido a la cólera.

Rhodrick se acercó a la silla que quedaba a su derecha, retirándola para ella.

—La cena se sirve en el comedor del ala oeste.

Ella le miró enfadada.

Él le indicó que se sentara.

—¿Tiene hambre?

La señorita Fairchild se cruzó de brazos y lo miró con desconfianza.

—¿Qué es lo que pretende, milord?

—Nada en absoluto. Para el servicio es menos trabajo preparar una sola cena.

—¡Menos trabajo! —resopló ella.

El príncipe apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—Por favor, señorita Fairchild, siéntese. Cuando está sentada sé que no se va a meter donde no debe.

—¿Sabe?, no le creo ni por un instante —declaró Greer cogiendo aire al tiempo que aceptaba la silla que él le ofrecía—. Y no confío en usted lo más mínimo.

Rhodrick se inclinó por encima de su hombro.

—El sentimiento es mutuo, ésa es la razón por la que prefiero tenerla a la vista en vez de merodeando por ahí.

Ella giró la cabeza, de modo que él sólo podía ver la suave línea de su mandíbula y la delicada oreja. Pero estaba seguro de haber visto cómo, en esa piel de porcelana, se formaba el hoyuelo producido por una sonrisa.

Tomó asiento y se colocó la servilleta en el regazo. Le hizo una seña a Ifan con la cabeza, y los dos lacayos se pusieron en movimiento, colocando unas copas de cristal ante ellos y sirviéndoles vino.

—Le propongo que usted y yo pactemos una tregua —dijo con cordialidad.

Eso atrajo la atención de la joven.

—¿Una tregua? —preguntó, mirándolo con desconfianza.

—Por la razón que sea, ambos estamos atrapados en esta situación hasta que llegue una carta. Si accede a dejar de entrometerse, yo accederé a mantenerla —sonrió él.

La señorita Fairchild le devolvió una impertinente sonrisa.

—Accederé a dejar de entrometerme, como ha dicho, si usted accede a ser menos arrogante.

—¿Arrogante yo?

—Y orgulloso. Es usted orgulloso y arrogante.

Él meditó sobre esa acusación. Si lo que ella decía era cierto, no tenía ni la menor idea de cómo dejar de serlo, pero a pesar de ello, accedió.

—De acuerdo.

Greer sonrió como si le hubiera mostrado un baúl entero de zapatos nuevos.

—Entonces de acuerdo —dijo alegremente—. Y ahora que lo hemos solucionado... ¿Siempre cena usted solo en un comedor tan grande?

¿Y dónde se suponía que iba a cenar sino en un comedor?

—Sí.

—¡Hum! —replicó ella, como si con eso lo expresara todo.

—Dígame, señorita Fairchild, ¿ha terminado usted ya de inspeccionar mi casa?

—No sabría decírselo con exactitud —respondió la muchacha jovialmente—. Hay tantos recovecos extraños, vueltas y pasillos, que es difícil de saber. En este castillo parece como si, a cada momento, se llevara uno una sorpresa. —Le dirigió una mirada penetrante—. Por ejemplo, la galería de los retratos. Me impresionó bastante la cantidad de cuadros que hay y la variedad de temas. Es como si hubiera encargado usted que retrataran a todos los galeses, tanto hombres como mujeres.

—A todos no —indicó él con despreocupación—, sólo a los más atractivos.

Greer sonrió con sinceridad al oírle.

—¿De dónde salió tanta gente?

—No sé de dónde salieron, pero la colección fue creciendo como cualquier otra: antepasados, familiares y demás personajes importantes.

—Y algunas mansiones solitarias —añadió ella levantando su copa—. Y una majestuosa y llamativa mansión blanca. —Sonrió y bebió un sorbo de vino. Su sonrisa se ensanchó cuando volvió a bajar la copa—. Un vino excelente, milord.

El príncipe la miró con desconfianza por mencionar Kendrick, pero ella parecía estar interesada sólo en el vino.

—Gracias —dijo—. Es cierto que conseguimos traer buen vino a Gales.

—Había abandonado toda esperanza. Me atrevería a decir que no he probado uno mejor desde que salí de Londres.

—Hablando de Londres —dijo Rhodrick, mirando cómo ella volvía a beber—. ¿Cuándo salió de allí?

—Hace más de siete meses. A finales de marzo.

—Siete meses es mucho tiempo para que una joven soltera esté lejos de su casa —comentó él—. Me pregunto por qué una familia distinguida como la suya le permite permanecer lejos durante tanto tiempo. A priori, cabría pensar que desearían que estuviera usted allí para poder concertar un matrimonio.

La señorita Fairchild lo miró de reojo.

—Son lo bastante inteligentes como para permitirme ampliar mis horizontes, milord. Sin embargo, no esperaba que mi viaje se alargase tanto. Debería regresar ya.

—Creo que nada podría hacernos más felices a ninguno de los dos.

Greer entrecerró los ojos.

—Y yo creo que no hay en el mundo nada que pueda disimular el verdadero significado que se oculta tras esa observación.

—Lo he expresado con bastante claridad. Siete meses son demasiados para que una mujer esté alejada de su casa... y de su prestigiosa familia.

—¡Ajá! —exclamó ella triunfante—. Antes ha dicho «una mujer soltera».

Rhodrick depositó su copa y la miró.

—¿Cree que estoy poniendo su honor en entredicho?

Ella volvió a resoplar.

—No sé cómo iba a poder ponerlo usted en entredicho más de lo que ya lo he hecho yo sola. Mi reputación quedó arruinada el día en que salí de Bredwardine en compañía de Percy.

Eso no podía discutirlo.

El brillo de los ojos de la joven se oscureció un poco, y miró su plato vacío dando golpecitos en el pie de la copa con los dedos.

—¿Sabe que mi intención era ausentarme sólo un mes? Un mes, me dije. Un mes para llegar a Gales y volver. ¡Ja! —sacudió la cabeza—. Fui más estúpida de lo que pueda llegar a imaginar.

—No creo que sea estúpida —afirmó él en voz baja.

Y lo decía de verdad. No podía estar seguro de su decencia, pero en general la creía muy inteligente, hablaba bien y era capaz de pensar más allá del momento. Si supiera lo cautivado que estaba con ella, se escandalizaría.

La señorita Fairchild sonrió con ironía, haciendo aparecer de nuevo los hoyuelos en sus mejillas.

—En fin, la vida tiene una forma magnífica de interponerse en los mejores planes, ¿no es así? Míreme, después de seis meses, aquí sigo, arruinada, pobre y sin poderme ir.

Desde luego que la veía, cada centímetro de ella. Percibía su olor, recordaba la sensación de su piel, la textura del rizo que había tocado aquella tarde en un momento de locura. Sin embargo, apartó la mirada mientras el lacayo servía puerros y soufflé de queso.

—En Londres estaría asistiendo a la Temporada, acudiendo a bailes, veladas y reuniones. Por otra parte, si los acontecimientos no me hubieran traído hasta aquí, nunca habría tenido oportunidad de ver la enorme cantidad de magníficos retratos que tiene, ¿verdad?

Al parecer, a ella le gustaba bastante su colección de arte.

—Supongo que no —se limitó a responder él, tomando un bocado de soufflé.

Miró a su invitada, quien mantenía el tenedor en equilibrio encima del soufflé pero lo miraba atentamente. Rhodrick tragó.

—¿No tiene usted nada que decirme sobre su galería de retratos? —insistió ella.

—¿Como qué?

—Como: «Señorita Fairchild, me pregunto si ha tenido oportunidad de verlos todos», o: «¿Ha visto por casualidad el retrato de mi padre, o de mi abuelo, o de quien sea, y le ha divertido contemplarlo en todo su esplendor griego?». Puede que le interese saber cuáles de las pinturas me han gustado y cuáles han despertado mi curiosidad.

—Bien, ¿cuáles? —preguntó él.

—¿Cuáles qué?

—¿Cuáles le parecieron curiosas? ¿Cuáles le han gustado?

Greer abrió la boca para contestar, pero pensándolo mejor, desvió la mirada hacia el plato.

—Todas, pero en especial la de la casa blanca. Me gustaría ir allí...

—Señorita Fairchild...

—Pero ¡es que estoy segura de haber estado en ese lugar! —lo interrumpió ella rápidamente, antes de que él pudiera volver a prohibirle ir.

—¿Y por qué razón habría estado usted en Kendrick? —preguntó él desconcertado.

—¿Se llama Kendrick? —inquirió ella excitada.

—Señorita Fairchild, su familia procede de Bredwardine, ¿verdad?

—No le he mentado, milord —replicó ella leyéndole el pensamiento—, y no sé exactamente cuándo estuve en Kendrick, pero creo que fue con mi madre.

—Y yo creo que no —se burló él—. En los últimos veinte años, sólo ha habido allí un arrendatario, y fue Percy.

Eso la hizo callar, pero arrugó la frente mientras pensaba.

Pasado un momento, volvió a mirarlo.

—Pero si pudiera verla...

—Señorita Fairchild, por favor —dijo él con toda la amabilidad de la que fue capaz—, como ya le he dicho, Kendrick está cerrada. No es un lugar seguro, le prohíbo expresamente que vaya allí.

Ella frunció el cejo.

—Muy bien —accedió, atacando con irritación el soufflé—. Pero no puedo dejar de preguntarme qué daño puede haber en eso cuando aquí no hay nada para entretenerse —continuó enfadada—. La verdad, señor, Llanmair está horrorosamente desierto.

—No está «horrorosamente desierto» —la contradijo él—. Que no haya sido presentada a la sociedad de por aquí, no significa que ésta no exista.

—¿Ah, no? —Greer se animó ante la perspectiva de que hubiera alguien con quien relacionarse en aquel lugar—. ¿Y dónde está? Supongo que en Rhayader, porque el día que pasamos por allí vimos a bastante gente. Supongo que se refiere a ellos, ¿no?

Rhodrick no sabía a quiénes se refería, la verdad era que sólo le venían a la memoria los Awbrey y lord y lady Pool.

—A esos y a otros.

Por alguna razón, esa respuesta pareció molestar a la señorita Fairchild. Si algo había aprendido Rhodrick en sus treinta y ocho años de vida era que las mujeres, en ocasiones, eran muy difíciles de entender. Y también que no tenía sentido intentarlo, porque los hombres eran incapaces de ello, de modo que no hizo nada.

—¿No le gusta la sociedad, milord? —le preguntó ella.

—No especialmente.

—¿No? A mí me encanta. No se me ocurre nada mejor que una buena comida rodeada de una excelente compañía. ¿Se le ocurre algo mejor a usted?

Él contempló su hermoso rostro.

—Se me ocurre al menos una cosa mejor.

La señorita Fairchild se encogió de hombros y dio otro bocado al soufflé, dejó el tenedor y levantó los ojos al techo mientras masticaba.

—¿Y ahora que le molesta? —preguntó él distraído.

Ella lo miró.

—Me gustaría saber si es usted siempre igual de taciturno o si soy yo quien tiene la culpa de que no quiera conversar.

Él dejó el tenedor.

—Supongo que yo podría preguntar si es usted siempre tan parlanchina o si soy yo el culpable de que se niegue a callar.

—¡No soy parlanchina, soy educada! Para su información, le diré que soy muy famosa en Londres por mi conversación. Estoy muy solicitada en las reuniones, porque se puede dar por hecho que proporcionaré temas de los que hablar.

—No me sorprende que sea famosa por su conversación —contestó él secamente—. Es difícil no darse cuenta.

—Puede que me haya equivocado al intentar llenar este comedor con otra cosa que no sea el frío silencio del que usted tanto parece disfrutar.

—Su conversación es bien recibida. Sin embargo, podría permitirse a sí misma comer algo de vez en cuando, entre frase y frase. —Señaló hacia su plato—. Por favor, señorita Fairchild, coma; Cook se ha tomado muchas molestias.

Ella cogió el tenedor, dio dos bocados más, lo soltó y volvió a mirarlo.

—¿Va usted alguna vez a Londres o se queda siempre aquí, completamente solo, cenando en solitaria magnificencia, con la única compañía de las pinturas de sus casas cerradas?

Rhodrick echó una mirada a Ifan, quien, al instante, se acercó a retirarle el plato.

—Antes iba con frecuencia a Londres —respondió, haciendo una pausa para coger el vino—, pero ahora hace años que no.

—¿No? —se sorprendió ella—. ¿No le gustaba la gente de allí?

—Mi trabajo me mantiene aquí. Soy juez, y tengo gran número de arrendatarios que requieren mi atención. No tengo tiempo para ir a Londres a mantener conversaciones ingeniosas en los salones.

—Es evidente que tiene razón —dijo ella con ironía.

Cogió el tenedor y masticó un bocado de soufflé.

Rhodrick no pudo evitar sonreír.

—Puede que quiera deleitarme con su conversación después de cenar, mientras jugamos una partida de ajedrez. —La miró de reojo—. Sabe jugar al ajedrez, ¿verdad?

Ella soltó una dulce y melodiosa carcajada.

—Sí —respondió, volviendo a sonreír cuando Ifan le quitó el plato—, y le anticipo que va a arrepentirse por haberse atrevido a desafiarme. Mis primas se molestaban mucho conmigo porque casi siempre las ganaba.

Y cuando se lanzó a contar la facilidad con la que había vencido a sus primas —cosa que incluía, al parecer, una terrible discusión con la prima Ava—, Rhodrick le hizo una seña con la cabeza a Ifan para que tuviera el salón rojo preparado para cuando terminaran de cenar.

Mientras seguía comiendo y escuchando lo que decía la señorita Fairchild sobre sus primas, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que nada lo había ilusionado tanto como la perspectiva de esa partida de ajedrez.

Greer pensó que tal vez hubiera sido mejor no probar el vino, pues estaba debilitando su decisión de mantenerse firme y distante. Le echó la culpa de estar dentro del salón rojo a la excelente cosecha. Le hubiera gustado puntualizar que en realidad no era rojo, como el príncipe había indicado, si no del color de los melocotones maduros.

Antes, cuando Lulu la había informado de que si quería cenar tenía que hacerlo con el príncipe, decidió morir de inanición antes que pasar un solo instante en su compañía. Pero cuando la tortura del hambre empezó a dejarse notar, pensó que cuando se estaba entre la espada y la pared, el mejor modo de enfrentarse al enemigo era haciéndole frente y sin acobardarse.

Y no se acobardó, pero tampoco esperaba verse sentada con él, amistosamente, delante de un fuego y frente a un tablero de ajedrez, admirando los tapices que de ninguna manera mantenían a raya las frías corrientes de aire.

Lo vio mover el caballo, con la barbilla apoyada negligentemente en el puño. Cuando levantó la mirada, los ojos de él, semejantes en ese momento a un húmedo bosque, estaban fijos en ella, que tenía una ceja levantada a modo de silenciosa pregunta.

—¿Está usted seguro de su jugada, milord?

Una de las comisuras de su boca se curvó.

—Siempre estoy seguro de mis jugadas.

Su expresión sugería que se estaba refiriendo a algo diferente del ajedrez.

Mientras estudiaba el tablero, Greer pensaba intrigada en la vida que habría tenido, en sus amores y en su forma de hacer el amor. ¿Sería tan brusco y dulce a la vez como lo había sido con ella la noche que la besó en el pasillo? Un leve estremecimiento le recorrió la espalda. Tales pensamientos sólo servían para nublarle la visión, de modo que, suspirando, sacudió la cabeza, movió un peón y se recostó en la silla para verlo perder.

El príncipe frunció un poco el cejo, mientras observaba el tablero, dando golpecitos con los dedos en el brazo de la silla en la cual estaba sentado. *Caín y Abel*, sus siempre leales perros, estaban tumbados a ambos lados de él, con la cabeza reposando entre las patas.

A Greer le pareció que esa noche, él tenía un aspecto muy atractivo y viril. Llevaba el pelo echado hacia atrás y atado en una coleta. La ropa era de primera calidad, cortada a la perfección para realzar su musculosa constitución. Poseía el tipo de elegancia que los caballeros de Londres sólo conseguían a base de rellenos y corsés.

Contempló la fea cicatriz de su mejilla, imaginándose que se la había hecho en una reyerta de la cual, estaba segura, había salido vencedor. No era difícil verlo sometiendo sin problemas a dos o tres rufianes.

En ese momento, estaba concentrado en el tablero, repasando cada posible movimiento que pudiera darle a ella la victoria, pero Greer había neutralizado su caballerosidad obligándolo a hacer un esfuerzo para perder, y ganando así más tiempo para estudiar el salón.

—¿Por qué llama usted a este lugar «El salón rojo»? —preguntó pasado un instante.

Él levantó la vista.

—Porque es un salón.

Ella se rió por lo bajo.

—Eso ya lo sé, milord, pero no es rojo.

—Siempre se ha conocido como «El salón rojo».

—Quizá deba cambiarle el nombre para que esté en consonancia con el color que tiene ahora.

Él frunció ligeramente el cejo y miró alrededor.

—¿Y de qué color diría usted que es?

—Melocotón.

—Melocotón —repitió él, volviendo a mirar el tablero—. No parece que sea un color digno de un salón.

—En Downey House, la casa donde vivo en Londres, hay un salón que está pintado de color melocotón —dijo sin darle importancia—. A mi padrastro, lord Downey, le gustaba mucho ese color, e hizo pintar cada centímetro de ese cuarto en tono melocotón. El techo, las paredes, los zócalos, las puertas... Incluso la chimenea era melocotón. Tía Cassandra exigió que lo pintara de nuevo, asegurando que no podía descansar tranquila en un lugar donde se sentía como un punto negro.

El príncipe sonrió.

—Pero él se negó —continuó Greer mientras el príncipe movía un alfil y se recostaba en la silla, satisfecho con su jugada—. Es un hombre muy obstinado —añadió distraída—. A propósito, ese movimiento no ha estado nada bien —dijo chasqueando la lengua mientras miraba la jugada arrugando la frente.

—¿Perdón?

—Ha dejado desprotegida a su reina para que yo gane, y no me ha dejado más remedio que comérmela.

Él esbozó una sonrisa que le produjo arrugas en las comisuras de los ojos, cosa que lo hizo parecer bastante atractivo.

—¿Y por qué iba yo a hacer tal cosa?

—La verdad es que no lo sé —respondió ella pensativa—. Supongo que, después de todo, le queda algo de caballerosidad.

La sonrisa de él se hizo más amplia, y el efecto fue inesperadamente fascinante. Cuando sonreía de ese modo, mostrando sus blancos dientes, resultaba en verdad encantador. Y muy seductor.

—¿Me está acusando de dejarla ganar?

—No sólo eso, le acuso también de no saber disimular —declaró ella, moviendo su alfil.

—Vaya, vaya, señorita Fairchild, no tiene usted piedad.

—Claro que no. ¿Por qué habría de tenerla?

Él sonrió de buena gana y le hizo una seña al único lacayo presente, quien se adelantó para retirar el juego mientras el príncipe cogía la copa de brandy y removía, distraído, el líquido ambarino.

—En algunos lugares, es una imprudencia dudar de los motivos que tiene un hombre para jugar como lo hace, a no ser que esté preparada y dispuesta a defenderse. Su tía debería habérselo mencionado.

Greer se rió.

—Mi tía me advirtió de que, por lo general, no se debe confiar en los caballeros. Ni en el juego, ni con las debutantes.

Los ojos de él brillaron por encima de la copa.

—Eso depende de la debutante —replicó arrastrando las palabras.

Greer se ruborizó.

—Y del caballero —añadió con suavidad.

La mirada sin disimulos de él la hacía arder.

—Parece que sus tíos fueron felices.

—¿Felices? —Negó con la cabeza—. Supongo que se llevaban bien, pero no diría que fueron felices. Creo que en un matrimonio debe existir algo más para que la felicidad sea completa.

Él pareció sorprenderse de la respuesta.

—¿Qué otra cosa?

—Amor —respondió la joven sin vacilar—. Deseo, pasión, respeto. —Miró al príncipe con curiosidad. Entre otras razones, porque él también había estado casado—. ¿Y usted qué opina?

—¿Yo? —parecía sorprendido por la pregunta—. No... no sabría decirle.

—Usted estuvo casado, milord. Seguro que debe de tener alguna opinión.

Su expresión cambió al instante; el brillo de su mirada desapareció y sus ojos se volvieron duros.

—De eso hace mucho tiempo, señorita Fairchild. Mi esposa murió muy joven.

Algo en su modo de responder impidió que ella siguiera preguntando.

—Lamento oírlo —dijo.

—¿Y en cuanto a sus tíos? —le recordó él con calma.

—Bueno... estoy segura de que mi tía amaba al tío Bingley, su primer marido —respondió—. La vida era muy alegre para todos en Bingley Hall. Lord y lady Bingley eran la imagen perfecta de la dicha conyugal.

Rhodrick no dijo nada, había vuelto a su actitud distante.

—Pero entonces lord Bingley murió —prosiguió ella—, y tía Cassandra se casó con lord Downey, y Ava, Phoebe y yo...

¡Por Dios! ¿Qué le estaba pasando? ¡Sólo con mencionar los nombres de sus primas se le llenaban los ojos de lágrimas!

—Las echo de menos —confesó, sorprendiéndose a sí misma por esa repentina demostración de sentimentalismo, y por ser incapaz de evitarla—. Siempre fuimos inseparables, desde que éramos niñas, y las añoro muchísimo.

¡Santo Dios! Notó que se ruborizaba cuando más lágrimas acompañaron a las primeras.

—Por favor, perdóneme —se disculpó al tiempo que una gruesa lágrima se deslizaba por su mejilla—. Por lo general no soy tan sentimental.

Él se sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se lo entregó.

—Gracias —le dijo ella—. Creo que he perdido el mío. —Se secó con delicadeza los ojos—. Le pido disculpas por ponerme tan sensible, pero de verdad que las echo muchísimo de menos. Necesito sus consejos y su compañía... y también el despotismo de Ava y las creaciones de Phoebe. —Otra lágrima escapó de uno de sus ojos y rodó por su mejilla—. ¡Caramba! —exclamó horrorizada, secándosela de un manotazo.

El príncipe permanecía en silencio, con su acostumbrada expresión inescrutable. Seguro que estaba pensando que era ridícula o, peor aún, débil. Y aunque le importaba un pimiento lo que opinara de ella, le fastidiaba que la creyera débil. Bajó los ojos a su regazo, incómoda.

—Deben de fastidiarle mucho las lágrimas.

—No —contestó él en un tono tan bajo que apenas lo oyó. Luego levantó la vista, vacilante—. Al contrario, me parece que es usted la criatura más... delicada que he conocido.

Esa declaración la asombró y desconcertó. Un cúmulo de emociones estalló en su interior, ninguna de las cuales era apropiada ni sensata. El príncipe no se había movido, y su expresión continuaba siendo impenetrable, a excepción de los ojos. Greer se estremeció por la intensidad de la oleada de sensualidad que se apoderó de su cuerpo.

En ese momento, él la estaba mirando como si nunca antes la hubiera visto.

—Y bastante buena actriz —añadió con tranquilidad—. ¿Trabaja usted en el teatro, señorita Fairchild?

A ella se le escapó una exclamación de rabia.

—¡Es usted el hombre más maleducado y salvaje que he tenido la desgracia de conocer! ¡Tome! —declaró, devolviéndole el pañuelo.

Él extendió el brazo, pero en vez de coger el pañuelo, sus dedos se curvaron sobre los de ella, sujetándolos con fuerza, y entre ambos fluyó una descarga tan potente como el caudal del Támesis.

Él se puso en pie atrayéndola hacia sí. Permanecieron los dos levantados, tan próximos que Greer se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás para verle la cara; tan cerca que podía distinguir las motitas doradas de sus ojos verdes y el tono rojo oscuro de los bordes irregulares de la cicatriz.

—Suélteme —exigió enfadada.

Él no se movió.

—¡Es usted el peor de los canallas!

—¿Y a cuántos canallas conoce? —preguntó el príncipe con voz grave y acariciadora.

A Greer se le aceleró la respiración; sentía aprensión y un profundo anhelo hirviendo en su interior, apoderándose de ella, haciendo que le fuera imposible moverse.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—¿Qué le pasa? ¿La pregunta le parece demasiado ofensiva o simplemente demasiado personal?

Ella sofocó un grito e intentó luchar para liberar la mano, pero él se la sujetó con firmeza. Sus negras pestañas crearon la pequeña sombra de una media luna cuando dejó caer la mirada hacia la boca de ella. Levantó la otra mano y, con dos dedos, le acarició los labios, como si quisiera asegurarse de que eran reales.

Fue un gesto sin importancia, pero fue lo más sensual que un hombre le había hecho.

Greer estaba desesperada; no tenía ni idea de cómo había llegado a sentir tanto deseo por él. Era muy consciente de que estaba jugando con un peligro del cual no era posible que saliera nada bueno, pero su voluntad para actuar con sensatez había desaparecido. Llevada por una poderosa ansia, fijó su mirada en la de él, entreabrió la boca y le acarició la yema de uno de los dedos con la lengua.

—Al parecer es personal —se respondió a sí mismo, arrastrando las palabras.

Ella le mordió el dedo.

El príncipe se echó a reír y se acercó hasta que sus labios quedaron a corta distancia de la sien de ella. Greer notaba su cálido aliento sobre la piel, rozando sus párpados y sus mejillas. En realidad, él apenas la había tocado, pero aun así, su cercanía resultaba abrasadora.

—Seguro que sabe que el mejor modo de atraer a un hombre es provocarle —murmuró él, apartando el dedo de su boca y deslizando un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia sí y presionándola contra su cuerpo, duro como una roca.

—No me toque —ordenó ella.

—Ya lo estoy haciendo —le recordó—. Pero si lo desea, puede detenerme, señorita Fairchild. Sólo tiene que decir una palabra: No. Y yo apartaré mis manos de su cuerpo.

Greer tenía la palabra en la punta de la lengua, pero estaba cautivada por la ardiente mirada en los ojos de él, por la poderosa sensación de su cuerpo pegado al de ella, y la sedosa caricia de su mano sobre su cuerpo.

Intentó pronunciar la negativa, pero no logró emitir ningún sonido.

—Una palabra —repitió él con la mirada fija en su boca—. La misma que no le diría a Percy. Ella sofocó un grito de indignación cuando él la acercó más.

—¿Celoso? —jadeó.

De repente, él sonrió de oreja a oreja.

—Desesperadamente —respondió.

Agachó la cabeza y dibujó el contorno de sus labios con la punta de la lengua antes de posar la boca sobre la suya y deslizar la lengua entre sus labios entreabiertos.

Greer sintió cómo se debilitaba, cómo su fuerza de voluntad abandonaba su cuerpo. Nunca había experimentado algo tan sensual o irresistible como el apasionado beso de aquel hombre. Tenía la sensación de estar cayendo en una trampa invisible, en un pozo de deseo.

El beso era exigente y tierno a la vez. Detrás del mismo se escondía el poder, la sensación de que él podía aplastarla con su poderoso apetito, pero que, sin embargo, se estaba conteniendo para tocarla con cuidado.

Pero no dejó de acariciarla. Su mano comenzó a avanzar, resiguiendo sus caderas, subiendo hasta la cintura y los pechos. Se los rozó, introduciendo los dedos en la hendidura que se formaba entre ambos senos, los cubrió con la palma de su mano, haciendo que le ardiera la piel con sensaciones desconocidas hasta entonces para Greer.

Las caricias se hicieron más apremiantes y los besos más intensos, y la lucha consigo mismo para contenerse reverberaba de su cuerpo al de ella.

Una tormenta de deseo la sumió en el olvido; sentía cada uno de los músculos del príncipe en todos los lugares que estaban en contacto; cada dura arista, cada apasionada caricia. La había hecho retroceder y ahora la tenía aprisionada contra el alto respaldo de una de las sillas mientras él enterraba la cara en el cuello de ella, y deslizaba la mano hasta su muslo, levantándole la pierna para que quedara apoyada en su cintura.

Greerladeó la cabeza para darle mejor acceso al cuello, apoyándose más en el respaldo de la silla para no caerse al suelo cuando, por fin, le cedieran las piernas, cosa que estaba convencida de que le iba a suceder en cualquier momento.

La otra mano del príncipe se dirigió a la falda del vestido, levantándose y encajándose entre sus piernas, rozando el punto más sensible del cuerpo de ella con la parte más dura del suyo. Se acercó más, moviéndose seductoramente, al tiempo que su boca buscaba de nuevo la de la mujer.

En el interior de Greer iba originándose un extraordinario placer, que creció sin cesar hasta que estuvo a punto de hacerla estallar. Pero cuando el príncipe deslizó la mano entre los cuerpos de ambos, se abrió paso dentro de la ropa interior de ella y sus dedos rozaron su ardiente y húmeda carne, algo, en medio de aquella nebulosa de lujuria, la hizo darse cuenta de lo que estaba haciendo, y le entró pánico. Era imposible sentir la fuerza de su abrazo o el deseo de su cuerpo sin perder hasta el último átomo de decencia que le quedaba y, en ese instante de alarma, separó la boca de la de él, intentando coger aire, y echándose a llorar de angustia inmediatamente después.

Lo empujó y bajó al suelo la pierna que tenía apoyada en su cintura.

—¡Dios mío! —sollozó.

Pero el príncipe no estaba dispuesto a dejarla escapar con tanta facilidad. La rodeó con los brazos, le puso una mano debajo de la barbilla y le levantó la cara, volviendo a besarla con pasión y mordisqueándole el labio inferior.

—¿Por qué estás tan asustada? Estabas disfrutando con mis caricias —le preguntó con dureza cuando la joven volvió la cabeza.

Greer volvió a empujarle, pero él fue implacable debilitándola con un tierno beso.

—No —gimió ella, hurtándole la boca—. No puedo. Con usted no.

Rhodrick se quedó paralizado.

—¿Tan desagradable te resulto? —preguntó en voz baja, tocándole el pecho—. Tu cuerpo te traiciona, Greer. La piel te arde debido a mis caricias. Noto cómo se te endurece el pecho contra la palma de mi mano... Mis caricias te excitan.

—Lo único que se excita es mi ira —replicó ella en voz baja.

Él esbozó una astuta sonrisa, con la mano todavía sobre su pecho.

—En la cama de un hombre, pocas cosas hay más placenteras que la ira de una mujer.

En esta ocasión, al oírle mencionar la cama, lo empujó con fuerza, con el corazón latiéndole a una velocidad vertiginosa.

—Es usted indecente.

—En la cama de una mujer, no hay nada más placentero que un hombre indecente.

Greer no se atrevió a imaginar lo que había querido decir con eso. Intentó respirar con normalidad. Cuando él, distraído, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, le apartó la mano de un manotazo.

—Basta —exigió.

—¿Basta? —repitió Rhodrick, pasándole la yema del pulgar por el labio inferior—. Pero si no es más de lo que le diste a Percy.

Esa observación la hirió, no sabía si debido a su atrevimiento o porque estaba peligrosamente cerca de la verdad.

¿Qué le había sucedido en el transcurso de aquellos pocos meses? ¡Apenas sabía ya quién era! En Londres conocía cuál era su sitio y los límites de lo que era adecuado. Sin embargo allí... No recordaba ni un solo momento de su vida en el cual se hubiera sentido tan indefensa ni

permitido que las emociones la gobernarán como lo estaban haciendo en las dos últimas semanas.

Todavía tenía en su poder el pañuelo, de modo que lo arrojó, hecho una bola, a la silla, y a él lo fulminó con una gélida mirada.

—¿Ha terminado de humillarme?

El príncipe apartó las manos de su cuerpo y se encogió de hombros al tiempo que estudiaba su cara.

—No pretendía hacer tal cosa, si eso es lo que piensas.

—Mentiroso —le espetó ella temblando.

Rhodrick sacudió la cabeza y se alejó de ella, volviéndose un poco para que no pudiera verle la cara.

—Puedo ser muchas cosas, pero mentiroso no es una de ellas.

—No sé lo que es —prosiguió Greer, colérica.

Se dio media vuelta y se fue de allí, con la esperanza de que él la detuviera con una palabra o una disculpa, y esperando al mismo tiempo que no lo hiciera, pues no podía confiar en su propia respuesta.

Recorrió el pasillo con las manos convertidas en puños, los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y parpadeando para evitar que las lágrimas le nublaran la vista al ver que él no la llamaba.

—Llevo cuarenta años viviendo en Llanmair y sigo doblando por aquí en vez de por allí. Sígame, por favor, señorita —indicó la señora Bowen, acompañando a Greer hasta el pabellón, a través de los laberínticos pasillos del castillo.

Cuando pasaron por delante del estudio del príncipe, Greer se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y la chimenea apagada.

Se sintió aliviada, todavía no estaba preparada para enfrentarse a él, sintiéndose como todavía se sentía, desequilibrada por los efectos del apasionado beso de la noche anterior.

Recorrieron otro pasillo, y la señora Bowen le fue señalando algunas de las dependencias: el armario de la ropa blanca, el de la vajilla y, por último, las despensas.

Subieron por una estrecha escalera. Los pasos del ama de llaves se fueron haciendo más lentos y jadeaba cuando le contó a Greer que esa escalera la habían utilizado en una ocasión los ingleses para invadir Llanmair.

La joven había leído el episodio en el libro que le dejó el príncipe. En el año 1283, Eduardo I invadió Llanmair en un intento por reprimir la rebelión de los galeses. Las paredes todavía mostraban las señales y cicatrices del cruce de espadas.

Cuando terminaron el ascenso, la señora Bowen se llevó una mano al amplio pecho a la vez que cogía aire y señalaba a su derecha.

—Es por allí, señorita, nada más pasar la galería de los retratos.

—Gracias, señora Bowen. ¿Podría esperar un poco más y decirme quién está representado en algunos de los cuadros?

El ama de llaves echó un vistazo al reloj que llevaba prendido en el pecho.

—Sólo la entretendré un minuto —le aseguró Greer, poniendo la mano en el codo de la mujer para no darle la oportunidad de negarse.

La dirigió hacia la galería y se detuvo frente al retrato del hombre ridículamente disfrazado de griego.

Ambas echaron la cabeza hacia atrás para ver bien el rostro del hombre.

—¡Ah, sí! —asintió el ama de llaves moviendo la cabeza—. Es el abuelo de su señoría. Murió hace treinta años o más, pero sé que era muy aficionado a los clásicos griegos.

«Y a sí mismo», pensó Greer.

—Fue él quien mandó construir el invernadero de naranjos en estilo griego. Es posible que lo haya visto.

—No, pero prometo hacerlo. Se parece al príncipe, ¿verdad?

—¡Ya lo creo que se parece! —estuvo de acuerdo la señora Bowen con una sonrisa de orgullo.

—¿Y éstos quiénes son? —preguntó Greer señalando a un par de niños que parecían ser del siglo XVI.

La mujer los miró con atención.

—No sabría decirle.

—¡Ah! —exclamó Greer distraída, señalando a la niña de vestimenta más moderna situada al lado del cuadro de la casa blanca—. ¿Y quién es esta niña?

La señora Bowen reaccionó poniéndose tan nerviosa que Greer se asustó. El ama de llaves apretó los labios y miró con disimulo hacia el pasillo, como si tuviera la esperanza de que alguien fuese a aparecer.

—No lo sé —respondió al cabo de un momento.

—El retrato parece reciente.

Las mejillas de la mujer enrojecieron.

—Es posible. Le ruego que me disculpe, pero tengo que volver al trabajo.

Greer estaba desconcertada por esa reacción en una persona normalmente tan afable.

—Desde luego —dijo.

Se apresuró a mirar a la casa que el príncipe había llamado Kendrick, temiendo que el ama de llaves se fuese antes de que pudiera preguntarle por ella.

—Sólo uno más, por favor, señora Bowen. ¿Conoce usted este lugar? —preguntó, señalando el cuadro de la mansión blanca.

La mujer miró el cuadro de mala gana y su dura expresión se ablandó.

—Se trata de Kendrick, señorita. Está a unos ocho kilómetros de aquí, pero está cerrada.

—¿Sabe usted si, en algún momento, vivió allí alguien apellidado Vaughan?

—¿Vaughan? —La otra lo pensó durante unos instantes y luego sacudió la cabeza—. No, señorita. El apellido era Bronwyn.

El mundo de Greer pareció haber recibido una sacudida. No esperaba que la señora Bowen pronunciara el apellido de soltera de su madre.

—¿Bronwyn? —repitió en un susurro.

—Hace ya muchos años, pero sí, eran los Bronwyn. Yo fui doncella de la familia antes de que el señor Bronwyn muriera. Después, se hizo cargo durante un tiempo su primo, pero cuando éste falleció, creo que se quedó vacía.

¡Bronwyn! ¡No podía ser! Greer estaba segura de que su madre era de Bredwardine.

—¿Está usted completamente segura? —preguntó—. Creía que los Bronwyn procedían de Bredwardine.

—¡Bredwardine! —La señora Bowen frunció el cejo pensativa—. No creo, señorita. Mire, allí están los Bronwyn —dijo, indicando el lienzo de los asistentes al pícnic—. El señor y la señora Bronwyn —señaló a una pareja que estaba descansando en una manta—. Y éstas son Alis, la mayor de sus hijas, y su hermana Fiona. La pobre Fiona murió a causa de la misma fiebre que se llevó al señor Bronwyn.

Greer jadeó con suavidad, contemplando con atención a la joven que había señalado Bowen, la chica que miraba hacia el pintor mientras su hermana le decía algo al oído. Parecía imposible, pero aquélla era su madre. ¡Su madre! Ahora se daba cuenta del parecido con el pequeño retrato que poseía de ella. Y mientras intentaba ver cada detalle, distinguió algo más: la joven llevaba el amuleto que colgaba del cuello de Greer. Volvió a quedarse boquiabierta.

—¡Dios! —exclamó llevándose una mano al cuello.

—¿Sucede algo, señorita? —preguntó la señora Bowen alarmada.

—¡Es mi madre! —respondió Greer excitada—. ¡Es ella!

—¿Su madre? —preguntó la señora Bowen con escepticismo, mirando con atención el retrato.

—Sí, es ella —confirmó Greer—. Su apellido de soltera era Bronwyn. Alis Bronwyn, y después de casarse se convirtió en Alis Vaughan. Mire, señora Bowen, ambas llevamos el mismo colgante.

La señora Bowen lo miró detenidamente.

—¡Es cierto! Pero es muy corriente en Gales. Muchas mujeres lo llevan.

—Es ella —insistió Greer acariciando la pintura donde estaba su madre de pie—. ¿La conoció? —preguntó con el corazón acelerado.

—No, la verdad es que sólo de vista. Ella era prácticamente una niña. Y luego su padre y su hermana murieron a causa de esa maldita fiebre. —La mujer movió la cabeza—. También murieron varios criados.

—¿Qué sucedió después?

—La señora Bronwyn se casó con un inglés y se fue. Como le he dicho, el primo del señor Bronwyn se hizo cargo de la casa durante unos diez años, creo. Pero poco después Kendrick quedó cerrada y abandonada durante años, hasta que el señor Percy... —Se le volvió a ensombrecer la expresión, pareció sentirse incómoda y carraspeó.

—Pero yo estoy segura de haber estado allí —dijo Greer excitada—. Recuerdo la puerta y el interior...

—Tal vez siendo usted muy niña —sugirió el ama de llaves—. Sólo así podría haber estado allí, porque luego el primo del señor Bronwyn falleció y la casa quedó vacía hasta que la ocupó el señor Percy, varios años después. Ahora lleva cerrada desde... —Su voz se apagó.

Greer tuvo la clara sensación de que había estado a punto de decir algo más.

—¿Desde qué? —la presionó.

La pobre mujer volvió a mirar el reloj.

—Kendrick lleva cerrada desde... ¿qué? —insistió Greer.

La señora Bowen retrocedió.

—Desde que volvió a ser abandonada, nada más. —Seguía teniendo el aspecto de estar pensando en algo distinto y tener miedo a decirlo en voz alta—. Lo siento, señorita Fairchild, pero estoy segura de que todos los Bronwyn han muerto.

—¿Se puede llegar a Kendrick? —preguntó Greer mientras el ama de llaves empezaba a alejarse.

—¿Cómo? —se escandalizó la señora Bowen, abriendo mucho los ojos—. ¡Ah, no, señorita! No puede ir allí, eso me delataría. No hay nada, sólo es un cascarón vacío.

—¿Se puede ir andando?

—¡No! —exclamó la mujer—. ¡Quítese esa idea de la cabeza, señorita! ¡Los caminos se han llenado de maleza y el lugar es casi salvaje! Su señoría ha prohibido que se vaya allí. Está cerrada.

La señora Bowen parecía realmente alarmada y a Greer se le ocurrió que tal vez le mencionara al príncipe sus preguntas sobre la casa. Pensó que era mejor no presionarla más dado que él ya le había prohibido ir allí, y ella prefería que no supiera que tenía intenciones de hacerlo... si es que alguna vez dejaba de llover.

Echó una ojeada a la joven cara de su madre, su sonrisa y sus ojos, iguales a los suyos.

—¡Cielos, señora Bowen! No se me ocurriría ir hasta allí andando. —Se rió—. Sólo sentía curiosidad.

—Bien —dijo la mujer sacudiéndose las faldas—. Porque no es un lugar adecuado para una joven.

—¿En serio? —preguntó Greer con ligereza—. ¿Y eso por qué? ¿Sucedió algo allí?

El silencio del ama de llaves fue respuesta suficiente, pero a pesar de ello, la muchacha la miró con atención. La mujer frunció el cejo, apretó los labios y luego sacudió la cabeza.

—Algunas cosas es mejor no decirlas, señorita Fairchild. Pero hágame caso —hizo una pausa, se inclinó hacia adelante y susurró—: los espíritus caminan entre nosotros a diario. Unos son buenos y otros malvados. Y no creo que quiera provocar a estos últimos. —Volvió a incorporarse—. Ahora, por favor, discúlpeme, pero tengo que volver al trabajo.

Greer asintió, sorprendida por la advertencia.

—Le ruego que me perdone. No pretendía entretenerla tanto tiempo.

—Gracias —dijo la señora Bowen, y saludando con la cabeza, se apresuró a irse.

Greer permaneció unos segundos más mirando a su madre, sorprendida y confusa por las cosas de las que se acababa de enterar. Tía Cassandra nunca le había hablado de Kendrick, claro que la madre de Greer y su joven hermanastra, Cassandra, se llevaban diez años. Su tía, si a Greer no le fallaba la memoria, fue la primera hija que la madre de Alis Bronwyn tuvo con su nuevo padrastro. Supuso que era posible que tía Cassandra ni siquiera tuviera noticias de la existencia de Kendrick. Pero ¿por qué la señora Bowen había dicho que llevaba años cerrada y había mencionado los espíritus? Greer no creía en fantasmas, pero estaba segura de que allí había sucedido algo.

Mientras se iba haciendo esas preguntas se encaminó al pabellón. Para su sorpresa, el lugar estaba totalmente cambiado. Se había convertido en un lugar cálido y acogedor. Un par de sillones y un sofá tapizados en tela a rayas amarillas y verdes estaban ahora dispuestos alrededor de una chimenea encendida.

Detrás del sofá había un hermoso escritorio. La joven exhaló un suspiro de placer cuando pasó los dedos por encima de la pulida superficie. Una silla de respaldo alto situada frente a la mesa permitía a quien se sentara en ella contemplar los jardines. Había dejado de llover y, aunque el día seguía siendo muy gris, se podía ver la exuberante vegetación más allá del pabellón. Decidió que se daría un paseo por el exterior, porque después de tantos días tristes y lluviosos estaba desesperada por salir.

Pero antes... Sobre el escritorio había un montón, de al menos cinco centímetros de espesor, de papel de alta calidad, así como tres tinteros de plata y porcelana y un juego de plumas. Una sonrisa iluminó su rostro y giró sobre sí misma, fijándose por primera vez en el carrito de cobre lleno de botellas.

—¡Maravilloso! —exclamó en voz alta—. ¡Absolutamente divino!

Cuando se sentó frente al escritorio, se le ocurrió una idea. ¿Lo habría hecho él? ¿Sería el príncipe quien había ordenado a los sirvientes que convirtieran el lugar en un sitio tan acogedor?

No, seguro que era cosa de la señora Bowen. Le sorprendería que, esa noche, él siquiera le dirigiera la palabra. Tenía que darle las gracias al ama de llaves por sus esfuerzos, pero en ese momento estaba deseando escribirles a sus primas. Llevaba en Llanmair más de una semana ya,

y la primera carta aún tardaría como mínimo otra semana más en llegar a Londres, siendo optimista.

Y, además, tenía miedo de otra cosa. ¿Y si sucedía algo con el correo y la carta no llegaba nunca?

En ese mismo momento se propuso escribirles a sus primas todos los días hasta que alguien fuera a buscarla. Cogió papel y pluma, mojó ésta en el tintero y comenzó a escribir.

Transcurrieron varios días antes de que dejara de llover lo bastante como para que los caminos se secaran. En cuanto pudo, Rhodrick cabalgó hasta Rhayader.

Cuando volvía a casa por la tarde, puso el caballo al galope en un vano intento de dejar atrás los absurdos y tiernos pensamientos sobre Greer Fairchild, que se adherían a su cerebro como sanguijuelas. Últimamente soñaba demasiado con ella. Y consigo mismo. La única diferencia con la realidad era que, en esos sueños, él no tenía ninguna cicatriz y la señorita Fairchild lo deseaba.

Ninguno de los dos había hablado del apasionado momento que habían compartido después de la partida de ajedrez, pero la joven se pasó dos días evitándolo. Al final, cuando él decretó que, o cenaba con él o pasaba hambre, ella volvió, y Rhodrick tuvo el privilegio de verla sentada a su mesa y escuchar las animadas historias de sus paseos por los campos antes de que la lluvia echara a perder sus esperanzas de encontrarse con algunos de los personajes más pintorescos que trabajaban en sus propiedades.

Escuchó sus recuerdos sobre la Temporada en Londres, y se enteró de que, si una debutante no tenía al menos cuatro vestidos de baile de seda, daba lugar a bastantes comentarios. Se enteró de todo lo relativo a la Sociedad Benéfica de las Damas, y de cómo ella, en el transcurso de tan caritativo esfuerzo, descubrió que era más gratificante de lo que esperaba.

Cuando se cansó de hablar de Londres, se entretuvo acusándolo de varias cosas: no les daba de comer lo suficiente a *Caín y Abel*, por lo que estaban demasiado delgados; algunas zonas del jardín necesitaban arreglos urgentes. Y, además, creía que Lulu, una de las doncellas, necesitaba más tiempo libre para visitar a su familia.

Rhodrick intervino poco en la conversación; no era necesario, la señorita Fairchild parecía bastante para llenar cada minuto de la cena con su animada charla, mientras él admiraba su rostro encantador, sus elegantes y expresivas manos, y dejaba volar su imaginación hacia las muy diversas maneras en que le gustaría hacerle el amor.

Pero en cuanto terminaban de cenar, la señorita Fairchild desaparecía, dejándolo solo otra vez.

Azuzó al caballo, haciéndolo girar bruscamente a la derecha y saltando con imprudencia una cerca de piedra derrumbada, decidido a atajar por los campos en vez de seguir el camino. Cabalgaba a toda velocidad, con la esperanza de, con cada salto y sacudida, poder deshacerse del inútil sentimiento de deseo que había arraigado en él, o al menos dominarlo.

Pero si no podía derrotar al monstruo que tenía dentro, entonces buscaría refugio en la multitud. Así pues, invitó a los Awbrey y a lord y lady Pool, que estaban de visita en Aberystwyth, a cenar en Llanmair aquella misma noche.

Cuando llegó a la casa, uno de los mozos salió corriendo a recibirlo y se asustó al ver al exhausto caballo. En el momento en que desmontó, el mismo mozo abrió mucho los ojos al verle la espalda y las botas llenas de barro.

—Después de cepillarlo, dale doble ración de avena —ordenó Rhodrick en galés, entrando luego en el vestíbulo y pasando por delante del espejo que había terminado por aborrecer.

Cuando apareció Ifan, Rhodrick ya se había despojado de la capa y se la entregó al mayordomo junto con el sombrero.

—Vamos a ser seis personas para cenar. Por favor, dile a la señorita Fairchild que vamos a tener invitados —le informó. Emitió un silbido para llamar a los perros y echó a andar, resintiéndose de la rodilla.

El dolor disminuyó con la ayuda de un baño caliente y, a la hora de la cena, Rhodrick ya estaba algo recuperado. Cuando Ifan le anunció que los invitados habían llegado, se sentía bastante animado, y esperaba ilusionado que fuera una velada entretenida.

—Estupendo —respondió colocándose bien los puños de la camisa—. ¿Le ha pedido a nuestra huésped que se reuniera con nosotros?

—Sí, milord, pero por desgracia se ha negado —contestó el mayordomo al tiempo que sacaba el pañuelo que Rhodrick iba a llevar y se lo entregaba.

—¿Que se ha negado? —repitió él irritado, cogiendo el pañuelo y poniéndoselo al cuello.

Estaba sorprendentemente decepcionado por el rechazo de ella. Después de tanto quejarse de la falta de relaciones sociales en Llanmair, creyó que estaría loca de contenta ante la perspectiva de conocer gente.

—¿Te ha dicho por qué?

—No, milord.

Rhodrick se volvió y miró a Ifan.

—¿Ha dicho algo?

El mayordomo pareció sentirse muy incómodo.

—¿Y bien? —insistió él.

—Ha dicho que, bajo ninguna circunstancia, se iba a reunir con usted. —Miró de reojo al príncipe—. Lo ha dicho con mucha firmeza, milord.

—Eso ha dicho —masculló mientras se anudaba hábilmente el pañuelo—. Supongo que a la señorita Fairchild no se le ha pasado por la cabeza que no está en condiciones de negarse, ¿no? —estalló colocándose bien el cuello de la camisa y retrocediendo para comprobar el efecto.

—No creo, milord —respondió Ifan con cautela, haciendo una reverencia.

—Gracias —refunfuñó Rhodrick saliendo de la habitación decidido y más irritado a cada paso que daba.

¿No era suficiente con tener que aguantar su presencia en su casa? ¿No era bastante que hubiera planeado aquella cena sólo para poder estar cerca de ella sin tocarla? ¿Podía tener al menos la cortesía de asistir!

Continuó andando, y las doncellas se fundían con las paredes cuando se cruzaban con él y los lacayos se inclinaban a su paso; subió la escalera y recorrió otro pasillo hasta llegar a una puerta que no había vuelto a abrir desde la noche de un caluroso verano, hacía unos trece años, cuando murieron su esposa y más tarde su hija.

Llamó con fuerza a la puerta de la habitación principal antes de abrirla, sobresaltando con ello a la señorita Fairchild, quien, casualmente, estaba allí. Se levantó de un salto de su asiento frente al hogar sin poder reprimir un grito de sorpresa. Con una mano, sujetaba un libro y con la otra se presionaba el pecho a la altura del corazón, mientras lo miraba con la boca abierta.

Él se dio cuenta en seguida de que iba vestida de noche. Su espeso pelo negro estaba recogido con perlas, el vestido —era incapaz de distinguir el color— le quedaba perfecto, se amoldaba a cada una de sus curvas, aprisionando su pecho, y parecía lanzar destellos a la luz de la lumbre. En lo único en que él era capaz de pensar era en la intimidad que habían compartido esa noche en el salón rojo, y en todos los lugares de su cuerpo donde le gustaría besarla en aquel mismo momento. En el cuello. Detrás de las rodillas. En la suave llanura de su vientre. En...

—¡Milord! —jadeó la señorita Fairchild.

—¿Hay alguna razón para que te niegues a reunirme conmigo para cenar esta noche? —quiso saber él, entrando en la habitación.

—¿Debo tener alguna?

—Vas a encontrarte con mis invitados, y cenarás con todos, a menos que estés moribunda o imposibilitada de alguna forma.

Ella cerró de golpe el libro que tenía en las manos.

—Ni estoy muriéndome, ni estoy enferma, pero no me había dado cuenta de que se trataba de una orden.

—¿Qué objeciones tienes para no conocer a mis invitados?

—¿Y qué motivo puedo tener para conocerlos? Por lo que yo sé, ésta podría ser su idea de una inquisición a la galesa.

—Pareces olvidar que se supone que tú eres galesa. ¿El disfraz empieza a resquebrajarse?

—¡Ahg! —exclamó ella tirando furiosa el libro sobre la silla que tenía a la espalda—. Igual que el del amable conde rural, respetuoso con las leyes; porque no se me ocurre nadie que pueda ser más odioso que usted, milord.

—Viniendo de ti, eso parece un elogio. Ahora vamos, los invitados nos esperan.

Ella se cruzó de brazos mirándolo enfadada.

—No iré. Me niego a que sus amigos me ridiculicen y me humillen.

Él entendió de repente el motivo de su negativa. ¡Claro! Debería haberse dado cuenta. Su reputación —lo que quedaba de ella— estaba en juego. Una cosa era estar en Llanmair con los criados y la reputación hecha trizas, y otra muy distinta presentarse así ante la sociedad.

—No tienes nada que temer —dijo él suavizando su tono de voz—. Mis invitados no han oído hablar nunca de ti antes de esta noche. No tienen al respecto más expectativas ni impresiones que las que tú vayas a crear. —Extendió la mano con la palma hacia arriba—. Ven.

Ella miró la mano con cautela.

—De acuerdo —accedió pasado un momento, cogiendo aire—. Conoceré a sus invitados. Puede que se den cuenta de que ha perdido la cabeza y acudan a rescatarme —añadió, antes de darse la vuelta y dirigirse al vestidor.

Rhodrick se cogió las manos a la espalda, inclinó la cabeza y esperó con impaciencia. Transcurrió un minuto y luego otro. No se le ocurría qué era lo que podía estar haciendo.

—Puede que me equivoque —dijo—, pero creía que la cena era para esta noche.

—¡Ja! Usted no se equivoca nunca, milord —replicó ella.

Reapareció poco después con las mejillas y la boca de un rojo más subido. Se detuvo delante del espejo y se entretuvo con un rizo, antes de pasar por delante de él dirigiéndole una mirada, arrastrando la cola del vestido.

Rhodrick se adelantó para abrir la puerta y le hizo un gesto para que saliera. Cuando echaron a andar por el pasillo, la cogió del codo y la obligó a ir más despacio.

— En Londres no está bien visto que las jóvenes damas corran.

—¿Y a usted qué le importa, milord? —preguntó ella con ligereza—. ¿Tiene miedo de que llegue antes que usted junto a sus amigos y me crean lo que tengo que contarles antes de que pueda alterar la opinión que se hagan de mí?

—Me preocupa mucho más que, en tu empeño por adelantarte a mí, puedas hacerle daño a alguien.

Ella ladeó la cabeza con expresión insolente.

—¿Y quiénes son los invitados, si se me permite la pregunta?

—Viejos amigos.

—Hum —hizo Greer mirando al frente—. Muy interesante. Tenía la firme creencia de que no tenía usted amigos de ninguna clase. Claro que no tuve en cuenta el poder que ejerce estar encerrada en una torre para convencerla a una de que sea amistosa.

Rhodrick se rió por lo bajo.

—Había pensado que una mujer tan inteligente como tú vería en esto una buena oportunidad para usar el cuento de la afligida huérfana y poder así esquilmar a alguien menos desconfiado que yo.

Ella bufó al oírlo, mientras se apresuraba a bajar la escalera.

—No es un cuento, es la verdad, y por fin voy a tener el placer de contársela a alguien que me escuche sin prejuicios.

—Vaticino que, sin el señor Percy para fastidiarlo todo, a mis amigos les vas a parecer encantadora.

—¡Suélteme! —exclamó ella, apartando el codo de un tirón cuando cruzaron el vestíbulo en dirección al gran salón—. Tenga la amabilidad de permitirme al menos el placer de entrar sola.

—No sólo te lo voy a permitir, sino que me aseguraré de que no te sientas atada a Llanmair de ningún modo. Y si eres lo bastante encantadora como para asegurar tu regreso a Londres esta misma noche, te animo a que lo hagas —declaró él cuando se detuvieron ante las puertas dobles del salón.

Ella levantó la cara, con sus azules ojos brillando furiosos.

—Puede estar seguro de que lo haré.

—Estupendo —masculló él, apartándose después de abrir la puerta—. Usted primero, señorita Fairchild.

Ella desvió la mirada hacia el interior del salón y sonrió con más intensidad que nunca, tanto que Rhodrick se distrajo por un momento. La contempló mientras ella cruzaba el umbral con la elegancia de una maldita reina, iluminando al instante la habitación.

Él entró detrás, notando que sus buenos amigos no sólo estaban sorprendidos, sino que parecían haberse quedado sin habla.

Tal vez debería haberles hablado antes de Greer. No es que hubiera querido ser reservado, la verdad era que no sabía exactamente cómo explicar su presencia.

Margaret fue la primera en recuperarse. Cruzó el salón y le hizo una profunda reverencia antes de ponerse de puntillas para besarle en la mejilla.

—Rhodi —dijo, mirándolo con atención—. ¿Qué tal te encuentras esta noche?

—Mejor que nunca —respondió el príncipe poniendo la mano en el codo de Greer—. Me gustaría presentaros a la señorita Fairchild. —Se volvió hacia Greer—. Mis buenos amigos el señor y la señora Awbrey y lord y lady Pool.

Margaret, tan rubia como Greer morena, sonrió con calidez.

—Es un verdadero placer conocerla —declaró con sinceridad—. Debe perdonar mi sorpresa, pero no sabíamos que Rhodi tuviera una invitada... hasta ahora —añadió, dirigiendo una breve pero acusadora mirada a Rhodrick.

Éste sonrió, pero Greer se echó a reír.

—¡No me sorprende! —dijo con alegría—. Acaba de decidirlo. Por desgracia, tuve un percance con el carruaje, que me ha obligado a permanecer aquí.

—¿Sí? —inquirió Margaret mientras Thomas estrechaba la mano del príncipe.

—Sí. La cosa que une las ruedas se partió por la mitad —aclaró, haciendo una especie de círculo con la mano y mirando a Rhodrick—. ¿Cómo se llama?

—Eje.

—El eje —repitió ella con una maliciosa sonrisa—. Repararlo va a llevar más tiempo del que esperaba. Por descontado, insistí en alojarme en Rhayader hasta que pudiera terminar con los asuntos que me han traído a Gales, pero su señoría es demasiado generoso —y diciendo esto, le dedicó una deslumbrante sonrisa—. Se empeñó en tener un huésped reticente.

—¡Ah! —exclamó Margaret, mirando otra vez a Rhodrick con curiosidad.

—¿Y de dónde ha dicho que procede? —Lady Pool era mayor y, al parecer, más suspicaz que Margaret.

—No lo he dicho, pero vengo de Londres.

—¡Londres! —exclamó lady Pool—. Es un largo camino, especialmente en esta época del año, ¿no? ¿Qué la ha traído a Llanmair?

—No voy a aburrirla con los terribles detalles —contestó la señorita Fairchild con todo su encanto—. Es bastante complicado.

Sin embargo, a lady Pool no se la disuadía fácilmente. Deslizó su brazo por el de la señorita Fairchild y señaló a Margaret con la cabeza.

—No es ningún aburrimiento. Venga, siéntese con nosotras, querida, y cuéntenos cómo acabó en Llanmair.

—Bueno —le dijo Thomas a Rhodrick mientras las damas tomaban asiento en un sofá, con la señorita Fairchild en medio—, estás lleno de sorpresas.

Él sonrió con ironía, mirando a Greer aceptar con una bonita sonrisa el champán que Ifan le ofrecía, y hablando muy animada con las dos damas.

—Cierto —concordó lord Pool—. La mayoría de los hombres hubieran alardeado de tener tal tesoro bajo su techo.

El príncipe se encogió de hombros, y tomó una copa de champán de la bandeja que llevaba Ifan.

Thomas intercambió una mirada con lord Pool.

—Es muy... atractiva. Su belleza tentaría a cualquier hombre soltero —sugirió con cautela.

—O casado —masculló lord Pool.

Rhodrick empezó a sentir calor en el cuello, pero ocultó su reacción bebiendo un sorbo de champán. Cuando bajó la copa, sus dos amigos lo miraban con divertida curiosidad.

—¿Y bien? —le preguntó Thomas dándole un codazo.

Él contestó con una sonrisa de pesar.

—A una mujer tan hermosa como la señorita Fairchild, le gusta que la corteje un hombre atractivo. No se sentiría atraída por mí, y además se irá muy pronto.

Lord Pool se rió, pero Thomas lo contempló de una manera que le resultó incómoda. El príncipe consiguió dirigir la conversación durante un rato, pero cuando se anunció la cena y todos se levantaron y se reunieron para ir al comedor, cuatro pares de ojos miraron expectantes a la señorita Fairchild.

Ella sonrió con gracia y se adelantó para apoyar la mano en el brazo que Rhodrick le ofrecía como si ya lo hubiera hecho mil veces. Él sonrió al ver la furia brillando en sus ojos, le cubrió la mano con la suya y echó a andar.

—No he podido por menos que notar que has obsequiado a las damas con coloridas historias sobre Londres —comentó en voz baja, mientras encabezaban la procesión hasta el comedor.

—Y yo no he podido dejar de notar que usted a duras penas ha podido hilar dos frases completas —susurró ella a modo de respuesta.

—Debo admitir que lo del eje roto ha estado muy bien —dijo Rhodrick.

La señorita Fairchild sonrió un poco.

—Eso me ha parecido a mí también.

—Pareces tener mucha práctica en inventar historias —añadió él, cuando Ifan abrió las puertas del comedor de gala para que entraran.

—Tengo mucha práctica en ser educada. No habría estado bien que les dijera a sus invitados que me mantiene prisionera, porque entonces se asustarían y huirían, y Cook se ha tomado muchas molestias para preparar una maravillosa cena.

Rhodrick sonrió sin poderlo evitar y su sonrisa se ensanchó cuando ella jadeó de placer al ver el aspecto del comedor. A él mismo siempre le impresionaba ver cómo Ifan disponía la mesa, y, en esa ocasión, parecía salida directamente de Windsor. En el centro, de un extremo al otro, había cuatro candelabros de oro. Todos los platos eran de porcelana con un ribete dorado, las copas de fino cristal, y los cubiertos de plata. Unos pequeños floreros de cristal delante de cada plato exhibían unas rosas típicas de Gales recién cortadas en el invernadero. Cuatro lacayos, dos a cada lado de la mesa, permanecían en formación, esperando para empezar a servirles.

El príncipe ayudó a sentarse a una silenciosa señorita Fairchild y esperó a que los invitados se acomodaran antes de ocupar su lugar en la cabecera de la mesa. En cuanto lo hizo, los lacayos empezaron a servir el vino. Ifan se ocupó personalmente de la copa de Rhodrick.

Cuando se sirvió la primera ronda de pastelillos galeses, la conversación se desarrolló por los cauces habituales: el tiempo, las últimas noticias del vecindario, el proyecto del Parlamento para imponer una nueva tasa agrícola que enfurecía de manera especial a lord Pool...

Rhodrick apenas se enteró de la conversación, ya que no podía apartar los ojos de la señorita Fairchild. Su imaginación empezó a dar vueltas a las dudas que tenía sobre ella, pero parecía imposible viéndola ahora, tan encantadora y vivaz, que hubiese estado en brazos de Owen Percy. Esa imagen siempre empañaba sus pensamientos; no podía descartar del todo sus sospechas por culpa de su relación con aquel bastardo.

—Rhodi, estás muy callado —dijo Margaret, devolviéndolo a la realidad.

—¿Cómo? —preguntó él con un sobresalto.

—Lord Pool acaba de comentar el deseo del Parlamento por poner impuestos a todo, incluso sobre los nervios de lady Pool —aclaró ella.

—¡Ah! —sonrió y levantó la copa en un silencioso brindis hacia lady Pool.

—Creo que a su señoría no le hace ninguna gracia que se mencionen los nervios de ninguna dama —intervino la señorita Fairchild con una astuta sonrisa—. Puedo dar fe de ello.

La observación fue recibida con risas por parte de las damas y con una sonrisa indulgente por parte de los caballeros.

—Rhodi, tienes que intentar estar de buen humor —se burló Thomas.

—La señorita Fairchild compara mi humor con el de los dandis que conoce en Londres —sonrió—. Eso me deja en clara desventaja.

—Puede —replicó ella con un tono que a él le pareció un poco malicioso—. Pero la verdad es que apenas ha sonreído desde que llegué, milord.

—Estoy seguro de que sí.

—Yo no lo recuerdo.

—¿No? Lo hice el miércoles por la noche.

Todos se echaron a reír, incluida Greer, cuyos ojos, según comprobó él, podían lanzar fuego desde la otra punta de la mesa.

—¿Y cuándo llegó usted, señorita Fairchild? —preguntó lady Pool—. Todo esto es muy misterioso.

—Nada de eso —contestó ella tranquilamente—. Fue hace poco más de quince días.

—Vaya —dijo lord Pool mirando el contenido del tazón que el lacayo le puso delante—. Es mucho tiempo para estar en compañía de un hombre que no sonríe. —La miró— ¿Dice usted que se averió el carruaje?

—¡Oh! —exclamó ella haciendo un gesto despectivo con la mano—. Una piedra o un palo o algo así. Confieso que no logré entender todo lo que me contó el cochero.

—¿Vino usted sola, señorita Fairchild? —inquirió lady Pool.

—No, madame. Salí de Londres con la señora Smithington.

—¿Y dónde tienes escondida a esa dama, milord? —le preguntó lady Pool a Rhodrick.

Él miró a Greer, quien se ruborizó ligeramente y dijo:

—Bueno... —Carraspeó—. Por desgracia, la señora Smithington murió.

De repente todos los ojos se posaron en ella; el príncipe no podía sentirse más divertido.

—¿Murió? —repitió Margaret con incredulidad.

—Eh... —La señorita Fairchild se ruborizó y contempló su plato durante un momento—. Fue algo de lo más trágico —comentó frunciendo un poco el cejo como si intentara resolver un enigma—. Íbamos en busca de mi tío, y la pobrecilla gozaba de una salud excelente hasta que llegamos a Bredwardine...

—¿Bredwardine? —la interrumpió lady Pool—. Eso está casi en Gales. ¿Cómo se llama su tío? A lo mejor lo conozco.

—Vaughan.

—¡Vaughan! —repitió la dama, dando golpecitos sobre la mesa con un dedo antes de volverse hacia su marido—. ¿Conocemos a algún Vaughan?

—A un montón —respondió lord Pool bruscamente—. Hay Vaughan por todas partes...

—Entonces, si es su tío, ¿significa eso que usted es galesa? —preguntó la mujer antes de que su marido pudiera terminar la frase—. Con un apellido como Vaughan debe de serlo.

—Mis padres eran galeses, pero yo me crié en Londres.

—¿Y por qué no la acompañó su tío hasta aquí? —quiso saber lady Pool, mirándola con escepticismo.

La señorita Fairchild se removió en su asiento.

—La respuesta a esa pregunta —respondió— es otra desafortunada historia.

Hizo una pausa en la cual, a Rhodrick, le pareció que todos sus invitados se echaban hacia adelante, como si tuvieran miedo de perderse la respuesta.

—M... mi tío... En fin, resulta que mi tío había... también había muerto.

—Una notable y trágica coincidencia —intervino el príncipe disfrutando con el mal trago que Greer estaba pasando—. Sobre todo porque la señorita Fairchild y su tío estaban muy unidos.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Oh! —exclamó Margaret observando a la señorita Fairchild detenidamente.

—Sí —asintió ésta moviendo la cabeza como si le costase hablar del tema—. Su pérdida me entristeció mucho, y la señora Smithington, al enterarse de su fallecimiento, se quedó muy abatida. Se tuvo que acostar y, por desgracia, no volvió a despertar.

—¡Qué... tragedia! —exclamó Margaret con expresión confusa.

—Sí, sí lo es... pero señorita Fairchild —observó lady Pool dando un golpe en la mesa con un dedo para atraer su atención—, ¿eso quiere decir que hizo todo el trayecto desde Bredwardine hasta Llanmair usted sola?

Greer carraspeó con nerviosismo, y sus dedos revolotearon por el pie de su copa de vino.

—No... no exactamente —contestó—. Me acompañó el señor Owen Percy.

Margaret se quedó boquiabierta. Thomas miró a Rhodrick con asombro, lord Pool dejó caer el tenedor y tuvo que sacarlo del plato, y lady Pool entrecerró los ojos al tiempo que miraba a la señorita Fairchild.

—¿Qué sucede? —preguntó Greer mirando al resto de los invitados.

El príncipe se lo estaba pasando en grande. Se recostó en la silla esperando con impaciencia a ver cómo salía la joven de aquello.

—Bueno —empezó lady Pool—. Desde luego no es asunto mío, señorita Fairchild, pero eso es casi peor que si hubiera venido sola. Quizá en Londres sea así como se hacen las cosas, pero...

—Pero no es asunto de nuestra incumbencia —la interrumpió lord Pool.

Su mujer apretó los labios tan fuerte que se convirtieron en apenas dos finas líneas. Mientras tanto, él siguió comiendo como si nada.

—Delicioso —comentó, refiriéndose al guiso.

—Pero... pero yo creía que el señor Percy se había ido de Llanmair —intervino Margaret dirigiéndose más a Rhodrick que a la señorita Fairchild.

—Así es —confirmó éste.

—¿Entonces...?

—La avería del carruaje hace imposible que la señorita Fairchild pueda volver a su casa todavía —aclaró él—. Espero que todos disfrutéis de la comida —concluyó el tema, cogiendo el tenedor.

Lenta pero obedientemente, los comensales volvieron a centrar su atención en la cena. El príncipe echó una ojeada por encima de la mesa en dirección a Greer. Si las miradas pudieran provocar un incendio, en ese momento todo el comedor estaría en llamas.

Cuando las damas se retiraron para que los hombres pudieran disfrutar de los cigarros que lord Pool había traído, Margaret sonrió, conversó e hizo cuanto pudo para mantener la compostura, cosa muy difícil de conseguir teniendo en cuenta sus crecientes dudas sobre la señorita Fairchild.

Se había alegrado mucho al conocerla, ya que a Rhodrick parecía gustarle... hasta que mencionó a Owen Percy.

Fue una suerte que lady Pool se encargara de formular la pregunta que ella estaba deseando hacer.

—¿Cómo es que realizó ese viaje con el señor Percy, señorita Fairchild? ¿Lo conocía de antes?

—Ah —respondió la aludida, desviando la mirada, mientras jugueteaba con el colgante que llevaba al cuello—. Lo cierto es que somos primos.

Lady Pool pareció contentarse con esa respuesta, pero no así Margaret, que sabía que eso no era verdad.

—¿Primos? —repitió con escepticismo.

—Lejanos —añadió a toda prisa la señorita Fairchild enarcando una ceja y haciendo frente al escrutinio de Margaret.

—Qué raro —comentó ésta con una sonrisa forzada—. El señor Percy y yo somos primos segundos, y estoy completamente segura de que nunca ha mencionado que tuviera más primos. Y Rhodi y yo somos amigos desde niños y nunca habló...

—Puede que nuestro parentesco sea más lejano —explicó la señorita Fairchild bajando la vista hacia su regazo y carraspeando—. Parecen... parecen sorprendidas por el hecho de que nos conozcamos, pero el señor Percy lleva mucho tiempo fuera de Gales...

—No lo suficiente —espetó lady Pool secamente.

La señorita Fairchild pareció sorprendida por el comentario.

—Estoy segura de que en Inglaterra era el perfecto caballero, señorita Fairchild —indicó Margaret con cortesía—, porque se le da muy bien fingir, pero aquí no es en absoluto bienvenido.

—¡Margaret! —exclamó lady Pool—. ¡Estás hablando de tu primo!

—Si la señorita Fairchild lo conoce, estoy segura de que no le sorprenderá —se defendió Margaret con ligereza, mirando a Greer.

Ésta se ruborizó.

—¿Cuánto tiempo dice que hace que conoce al príncipe? —le preguntó a su vez a Margaret cambiando de tema.

—De toda la vida —contestó ella—. Nuestros padres sirvieron juntos en la Marina Real. Nos conocimos de niños.

—Entonces, debe de haber conocido a su fallecida esposa.

—Desde luego —asintió Margaret—. De hecho la conocía muy bien.

—Siempre has sido una muy buena amiga para él, Margaret —intervino lady Pool—. Se apoyó mucho en ti cuando Eira murió.

Margaret esbozó una tensa sonrisa.

—Hice lo que cualquier amigo hubiera hecho.

—La esposa del príncipe murió de parto, ¿sabe? —explicó lady Pool, mirando a Greer. Suspiró y movió la cabeza—. Él la quería mucho. Me atrevería a decir que su muerte le partió el corazón.

—Creo que ésa es la razón de que nunca haya vuelto a casarse —añadió Margaret—. Nunca ha querido ni planteárselo.

—¿Estuvieron casados mucho... tiempo? —preguntó la señorita Fairchild.

—Sólo tres años... —contestó Margaret, apenada.

—¿Y nunca ha considerado volver a casarse?

—¡Oh, no! —respondió Margaret, recordando la época en que Rhodi se había encerrado a solas con su dolor.

—¿Y qué hay de lady Freemont? —preguntó lady Pool—. Acaba de enviudar y vive en esa enorme casa vieja de Llandrindod Wells.

—Ni siquiera quiere oír hablar del tema —dijo Margaret—. Dios sabe cómo lo he intentado, y lo mismo ha hecho la hermana de su señoría, Nell.

—¡Oh, Nell es tan brillante y encantadora! —comentó lady Pool con una sonrisa admirativa.

—Está muy preocupada por su hermano. Ha hecho todo lo posible por aliviar su soledad buscándole una posible esposa, lo mismo que yo —explicó Margaret—. Pero ni la una ni la otra lo hemos conseguido.

—Le pido disculpas, señorita Fairchild —dijo lady Pool—. Estábamos hablando de su extraordinario viaje desde Londres hasta Llanmair acompañada del señor Percy.

—¿Sí? —preguntó Greer con voz débil—. Creía que ya no había más que decir sobre ese asunto.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Llanmair? —preguntó entonces la dama.

La señorita Fairchild sonrió y cruzó las manos sobre el regazo, moviéndolas luego hasta las rodillas.

—En este momento... Voy a quedarme sólo hasta que tenga oportunidad de visitar Kendrick. Margaret casi dio un bote en la silla.

—¡Kendrick! —exclamó.

—Así es —asintió la señorita Fairchild, moviendo la cabeza—. Como sabe, está muy cerca de aquí, y es una propiedad magnífica. Me gustaría verla.

—¡Oh, querida! —exclamó Margaret—. Kendrick es tan sólo una sombra de lo que fue antiguamente, una magnífica mansión. Allí ya no queda nada que ver.

—¿Está segura? —preguntó Greer—. Pude verla desde el camino y...

—Estoy completamente segura —insistió Margaret—. Nada.

Echó una mirada de inquietud hacia la puerta; si Rhodi las oía hablar de Kendrick...

—Por favor, hágame caso. En esa casa nunca ha pasado nada bueno. Es mejor que siga vacía y abandonada.

La señorita Fairchild estaba a punto de decir algo, cuando se abrió la puerta y entraron los hombres. Margaret se percató de que Rhodi buscó con la vista a la joven en cuanto entró. Lord Pool le estaba diciendo algo y, aunque parecía estar concentrado en la conversación, no podía apartar los ojos de ella.

¡Y sonreía!

—Señorita Fairchild, ¿nos hará el honor de tocar el piano? —pidió el príncipe pasado un momento.

Ella palideció.

—Toco muy mal, milord.

—Lo siento, pero debo discrepar. La he oído y toca de maravilla. Tiene que interpretar algo para nosotros. He hecho trasladar el piano al salón con la esperanza de que lo hiciera.

—Sí, por favor, señorita Fairchild —intervino lady Pool.

La joven echó una cautelosa mirada al instrumento, se puso en pie con vacilación y, con una sonrisa que a Margaret le pareció forzada, se acercó al piano y se sentó.

Lo mismo hicieron los hombres.

Cuando empezó a tocar —Rhodi tenía razón, lo hacía maravillosamente—, Margaret aprovechó para mirar a su amigo, que estaba sentado, inmóvil, con los ojos fijos en la señorita Fairchild. La dama comprendió que estaba completamente cautivado.

Greer tocaba de memoria, con la mente puesta a kilómetros de distancia, en Kendrick. Mientras sus dedos interpretaban una composición de Haendel que habían ejecutado centenares de veces, no podía pensar en otra cosa que no fuera la manera de ir allí, al lugar donde había nacido su madre. Sentía la imperiosa necesidad de hacerlo, como si tiraran de ella con una cuerda invisible. Cuanto más intentaban disuadirla, más ganas tenía ella de ir.

De ser posible, lo haría al día siguiente, si seguía luciendo el sol. Ahora que los caminos estaban secos, iría andando si hacía falta, pero iría.

Transcurrió algo más de una hora antes de que los Awbrey y los Pool se despidieran. Greer fue con ellos y el príncipe al vestíbulo, y los acompañó mientras se ponían las capas, deseándoles a todos buenas noches. Cuando las puertas se abrieron, y el grupo salió al exterior, Greer dio un paso hacia atrás con la intención de retirarse, pero Rhodrick se lo impidió, sujetándola del brazo con firmeza.

—Todavía no —masculló.

Con un suspiro, permitió que la llevara fuera de la casa. Sonrió y saludó con la mano, mientras los mozos corrían delante del carruaje, provistos de grandes linternas para iluminar el camino. Y hasta que el coche salió del patio y las gigantescas puertas se cerraron tras él, el príncipe no la soltó.

Greer dio entonces media vuelta de inmediato y volvió a entrar con paso rápido en la casa, con él pisándole los talones. Cuando estuvieron dentro, dos lacayos cerraron la gruesa puerta y giraron la llave. La joven se detuvo; el vestíbulo quedó tan a oscuras que iba a ser incapaz de encontrar el camino a sus habitaciones sin la ayuda una vela. Fue evidente que el príncipe pensaba lo mismo, porque cogió una caja de yesca y prendió una llama, con la cual encendió las tres velas de un candelabro que había encima de una consola, entregándoselo a Greer.

—Gracias —dijo ella cogiéndolo.

Al hacerlo los dedos de ambos se rozaron y el cuerpo de la joven reaccionó. No pudo evitarlo; lo miró a los ojos y la cicatriz que le cruzaba la mejilla. La asaltó la imagen de él abrazándola y besándola. No entendía por qué esa visión continuaba acosándola.

El hombre se movió un poco para ocultar la cicatriz entre las sombras.

—¿Está satisfecho? —preguntó ella de pronto—. Ahora sí que estoy definitivamente deshonrada sin remedio.

Notó cómo le ardían las mejillas de vergüenza al recordar el modo en que la señora Awbrey y lady Pool la habían mirado, y la censura en sus ojos cuando, de manera tan estúpida, había intentado hacerles creer que tenía algún tipo de parentesco familiar con Percy. Ava tenía razón: se le daba muy mal mentir.

—Me imagino lo que sus amigos deben de estar pensando de mí en estos momentos. Las circunstancias del viaje me han sonado absurdas incluso a mí misma —añadió con amargura—. Ha logrado convertirme en la comidilla de todo Gales.

—No era mi intención —se disculpó él en voz baja.

—¿Que no era su intención? —gritó ella—. ¿Qué creía que iba a suceder? ¿Pensó que nadie se iba a preguntar por qué razón una mujer soltera como yo está viviendo en su casa? Ya sé la opinión que tiene de mí, pero no consigo entender por qué ha insistido.

—¡Porque he perdido la cabeza! —estalló él—. Porque ya no puedo confiar en mi buen juicio para saber si me estás mintiendo, si me engañas, si quieres estafarme cuatro mil libras, o si eres la mujer más ingenua que he conocido en mi vida y mereces mi compasión. Por eso.

Ella soltó una carcajada burlona.

—No deseo su compasión ni sus cuatro mil libras, milord. Si el precio de conseguir lo que en justicia me pertenece es que mi reputación quede hecha trizas, entonces puede quedarse con el dinero, porque no importa que una mujer no tenga medios para comer o un techo sobre su cabeza, lo único que importa es su virtud —le espetó airada, moviéndose para pasar por delante de él.

Pero el príncipe la sujetó del brazo, obligándola a detenerse, y a dar media vuelta.

—No fui yo quien echó a perder tu honor —le recordó con frialdad—. Lo hiciste tu solita en el momento en que decidiste compartir un carruaje con Owen Percy.

—Así es —asintió ella con ferocidad, tragándose las lágrimas de frustración—. Fue en ese momento. ¡Ojalá hubiera dispuesto de una bola de cristal para verlo!

Él apretó la mandíbula y dejó caer la mano.

Greer estaba desesperada por alejarse y quedarse sola, pero al mismo tiempo, en medio de su enfado, estaba intrigada.

—Para usted debe de ser muy fácil juzgarme. Nunca se ha encontrado metido en un callejón sin salida. Usted todo lo hace siempre bien, ¿verdad?

—¿Qué diablos estás diciendo?

—¡Me refiero a su matrimonio! ¡Un matrimonio perfecto con una mujer encantadora, según se cuenta! ¡No cometió ningún error a ese respecto!

La expresión del príncipe se ensombreció más; era evidente que ella había tocado una fibra sensible. Saberlo la hizo sentirse inexplicablemente poderosa.

—Sí, señorita Fairchild, estuve casado. Creí que ya lo sabía.

Estaba enfadado y extrañamente nervioso. Si hubiera estado en su sano juicio, Greer se hubiera detenido ahí y le hubiera pedido disculpas por meterse donde no la llamaban. Pero al parecer, ninguna de las viejas normas tenía ya vigencia.

—Sí. Pero no sabía que la hubiera amado tanto.

Fue como si lo hubiera golpeado. Se alejó de ella de golpe, con una mano puesta en la nuca y la otra en la cintura.

—¿Y qué esperabas? ¿Acaso no lo crees posible?

—No —contestó ella, aunque no estaba muy segura.

Greer nunca había amado a un hombre. Y no esperaba que el hecho de que él hubiera estado enamorado pudiera afectarla tanto. No era capaz de entender por qué razón eso la alteraba hasta tal punto, ni por qué le preocupaba. Pero el caso es que así era; le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Me parece curioso, nada más. No es algo que una espere descubrir de su carcelero.

—No eres mi prisionera —espetó él con vehemencia.

—Lo cierto es que no me parecía que fuera de los que se enamoran. Ni siquiera de una esposa.

Él giró sobre sí mismo con tanta rapidez que ella se sobresaltó. La agarró por un brazo, obligándola a retroceder hasta la pared y entonces dijo con dureza:

—Eres muy joven, Greer Fairchild, tanto que es imposible que puedas siquiera tener un atisbo de todo lo que he amado y perdido. ¿Crees que no tengo los mismos deseos que el resto de los mortales? —La miró de pies a la cabeza—. ¿Crees que no me apetece estar con una mujer? ¿Que no siento excitación? ¿La seducción? ¿La pasión que sólo un hombre y una mujer pueden compartir en la más íntima de las situaciones?

—Yo... yo... —Ella rebuscó en su cerebro para encontrar una respuesta, mientras los ojos de él le recorrían la cara, deteniéndose en sus labios.

—¿Qué más quieres saber? ¿Si mi esposa podía soportar acostarse conmigo? ¿Si puse mis manos sobre sus pechos desnudos? ¿O la cabeza entre sus muslos? ¿Qué más?

Estaba tan enfadado y violento que Greer se sintió confusa e inexplicablemente excitada y en peligro.

—¿La echas de menos? —susurró, empujándolo con fuerza para apartarlo de ella.

La atravesó con la mirada y se inclinó acercándose de nuevo.

—¿Por qué quieres saberlo, Greer? ¿Y qué hay de ti? —siseó furioso—. ¿Alguna vez has amado a alguien? ¿Has sentido la anticipación y la excitación que provoca el amor? ¿Alguna vez te has quemado por una simple mirada, o has caído de lleno en la pasión y el deseo de consumación?

La mano que apretaba su brazo, la intensidad de su mirada, aquellos ojos verdes que la taladraban al mencionar el cuerpo, la seducción y la pasión, todo se confundió en su interior, sofocándola y aturdiéndola.

El candelabro que sujetaba le empezó a pesar; él debió de darse cuenta, porque se lo quitó y lo depositó en la consola que tenían al lado, luego la aprisionó entre sus piernas sujetándole ambas manos.

—Dime, Greer —susurró con vehemencia—, ¿has estado enamorada alguna vez?

Ella no respondió, tan sólo miró sus labios oscuros y húmedos. Que Dios la ayudara, ansiaba volver a probarlos.

—¿No fue amor lo que compartiste con Percy en mi sofá?

—No.

Nunca, ni con Owen ni con ningún otro hombre había sentido lo mismo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

El príncipe se inclinó hacia ella, hasta que su boca quedó a corta distancia de su mejilla, rozándole la piel con su cálido aliento, y abrasándola en los lugares donde se posaban sus ojos.

—Eso fue porque él no se dio cuenta de que a una mujer como tú hay que seducirla.

Greer quería negarlo, pero al parecer no fue capaz de encontrar palabras para ello. Entonces él se inclinó y la besó en los labios. No fue un simple roce, sino un beso abrasador, cargado de deseo. Le mordisqueó el labio inferior y luego introdujo la lengua en su boca, al tiempo que levantaba una mano hacia su cara y recorría con los dedos el contorno de la mandíbula, obligándola a ladear la cabeza para poder besarla a fondo.

Ella oyó un lejano gemido que provenía del fondo de su propia garganta, cuando él presionó su cuerpo contra el suyo. A continuación la soltó y deslizó la mano hacia la de ella, entrelazando los dedos de ambos, antes de cogerla por la cintura y rodearle las caderas para acercársela.

Greer sintió que se encendía a la altura de las ingles, notó cómo crecían las llamas y empezaban a lamer puertas y ventanas con sensaciones que nunca antes había experimentado, o al menos no con tanta intensidad como en aquel momento. El vestido de terciopelo le daba calor, y tuvo el insensato deseo de llevarse las manos al corpiño para rasgarlo, sólo para refrescarse. Se alarmó al pensar tal cosa, sin embargo no hizo nada para detener al príncipe; al contrario, se apretó más contra la mano que tenía en su pecho y se pegó a sus caderas.

Él deslizó los dedos desde su rostro hasta sus pechos, acariciándoselos con los nudillos, rozando la separación entre ambos, introduciéndolos cada vez más hasta que consiguió liberarlos del escote.

Tomó uno de sus pezones entre el pulgar y el índice presionando hasta que Greer jadeó, interrumpió el beso y miró desconcertada alrededor.

—¿Qué...?

Rhodrick no le permitió acabar la pregunta, le rodeó la cintura con una mano, la hizo girar sobre sí misma y, levantándola, la llevó hacia un pequeño rincón en sombras. La fue soltando hasta que sus pies tocaron el suelo, y luego continuó acariciándola con los labios, metiéndose uno de sus pechos en la boca, mordisqueándole el pezón, y dándole ligeros lametones con la lengua. Ella apretó la cabeza contra la fría piedra, jadeó y abrió los ojos. Vio su reflejo en el enorme espejo del vestíbulo, la cabeza de él en su pecho, sus grandes manos sobre su cuerpo, y otra oleada de lujuria, más fuerte que la anterior, se apoderó de ella.

Su respiración se volvió errática a medida que el hombre seguía excitándola. Cerró los ojos sin apenas ser consciente de que había hundido los dedos en el pelo de él para así mantener su cabeza estrechamente pegada a ella. No era capaz de pensar en otra cosa que en la sensación de su cuerpo sobre el suyo, la húmeda presión de su lengua y el roce de la barba sobre su piel, cosa que, por increíble que pareciera, la excitó aún más.

Recostó la cabeza de nuevo contra la pared y cerró los ojos cuando una insaciable ansia empezó a crecer en su interior. Notó cómo se le humedecía la unión entre los muslos y se apretó más contra el cuerpo masculino, elevando la pierna de manera que su rodilla quedara a la altura de la cintura de él.

El príncipe se la acarició, deslizó la mano hasta el tobillo y la introdujo debajo del vestido. Greer pensó débilmente que debería protestar, ordenarle que detuviera aquella locura antes de que fuera demasiado tarde, pero había perdido la voz. La mano del hombre se movió por su pierna hasta llegar a la rodilla, y ella se estremeció involuntariamente. Él abandonó entonces su pecho, despacio, y le sujetó la cabeza mientras buscaba de nuevo su boca.

La besó con la misma pasión y deseo que ella sentía en su corazón, al tiempo que le levantaba el vestido, sujetándolo entre los cuerpos de ambos y dejándola así expuesta. Greer no tenía deseo alguno de detenerlo.

El príncipe enterró la cara en su cuello, besándola en la garganta y las orejas, mientras deslizaba los dedos a lo largo de la parte interior del muslo, con una caricia tan ligera que ella no pudo evitar estremecerse. Le apretó los fuertes brazos con las manos, se los acarició lentamente y se aferró con fuerza a sus hombros cuando él introdujo un dedo por la abertura de su ropa interior.

—¡Ah! —exclamó en un susurro, dejando caer la cabeza contra la pared de piedra, cerrando los ojos mientras el dedo de él se deslizaba por su húmedo calor. Aquello no debería estar pasando, pero estaba sucediendo, y era una sensación maravillosa. Giró la cabeza, alejándola de la suya, todo su cuerpo concentrado en aquella mano y en el sensual placer que de repente estalló en su interior. Cuando él se introdujo más entre sus pliegues, Greer, llevada por el éxtasis, le clavó las uñas en los hombros.

»¡Oh, Dios! —murmuró.

El príncipe aumentó la presión y el ritmo de su mano, mientras le acariciaba la piel del rostro con la boca. Introdujo los dedos profundamente en ella, deslizándolos por su interior mojado, moviéndose con suavidad pero también con urgencia, tocándola en lugares que transmitían oleadas de placer por todo su cuerpo.

Con aquello desaparecía toda esperanza de que su virtud quedara a salvo; estaba arrastrándola hacia un precipicio de inconmensurable placer, y Greer ni podía ni quería detenerlo. Su cuerpo se arqueó con fuerza y exigencia contra la mano de él mientras intentaba no desintegrarse.

Los dedos del príncipe se movieron sobre el núcleo endurecido de ella, luego se deslizaron de nuevo profundamente en su interior para luego volver a salir. Su boca rozó su piel, su mejilla, sus labios y sus ojos, con una caricia tan lenta que la hizo arder a fuego lento, hasta el punto de que no podía soportar ni siquiera el leve aliento de sus besos. Cuando Rhodrick volvió a bajar la cabeza hacia su pecho desnudo, Greer temió que su corazón no pudiera soportar la tensión. Era como si estuviera resbalando, sin poderlo evitar, por una pendiente en dirección a algo abrasador y explosivo.

Él levantó la cabeza y se metió el lóbulo de la oreja en la boca, mientras aceleraba el movimiento de la mano.

—Déjate ir —susurró con voz ronca.

La joven reaccionó al tono de su voz, y el universo empezó a girar, mientras ella caía por la pendiente. Abrió los ojos sin aliento, y su mirada recayó en el espejo del vestíbulo. En el preciso instante en que el mundo desaparecía, vio reflejada la imagen de ambos, la oscura espalda de él, su cabeza pegada a la suya, y la mano entre sus piernas.

La visión era incitadora y provocativa, y con un sollozo de placer dejó caer de nuevo la cabeza hacia atrás, contra la pared, cerrando los ojos mientras la vitalidad abandonaba su cuerpo.

Entonces, la urgencia de la mano de él disminuyó y sus movimientos empezaron a hacerse más lentos; fue aliviando la presión contra su cuerpo hasta que por fin se apartó por completo y la ayudó a bajar la pierna. Greer se sentía debilitada, y transcurrieron varios minutos antes de ser capaz de volver a mantenerse con firmeza sobre los dos pies. Fue el príncipe quien le bajó y alisó la falda.

Logró separarse de la pared y, al recuperar un poco el ritmo respiratorio, la bruma de placer empezó a disiparse, y la comprensión de lo que acababa de hacer empezó a apoderarse de ella, subiéndosele como bilis a la garganta. Mil preguntas acudieron a su mente, y con torpeza volvió a cubrirse el pecho con el vestido.

Cuando por fin estuvo segura de haber vuelto en sí, se apartó con mano temblorosa un grueso mechón de pelo que se había escapado de la cofia. El príncipe la miró, respirando también con dificultad, y entonces ella vio en sus ojos algo que le causó asombro.

Había esperado encontrar en ellos una expresión de triunfo, de frialdad, la dura realidad devolviéndole la mirada. Sin embargo, su mirada era cálida y estaba llena de... ¿esperanza?

Fuera lo que fuese, le proporcionaba un aspecto vulnerable que ella hubiera creído imposible llegar a ver en él.

Greer no supo qué se apoderó de ella, pero en un impulso le acarició la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Él se estremeció como si lo hubieran quemado, y le cubrió la mano con la suya apartándosela de la cara.

Ella no dijo nada. Todavía estaba bajo los efectos del placer que aquel hombre le había proporcionado. Se desplazó despacio hacia la izquierda, sin dejar de mirarlo a los ojos, moviéndose lentamente hasta quedar junto a la consola desde donde el candelabro proporcionaba un halo de misterio a lo que acababa de suceder entre ellos.

No había palabras para describir el conjunto de emociones que la embargaban en aquel momento. De repente se sentía mareada y aturdida, y se abrazó a sí misma. ¿Qué acababa de hacer? ¿Qué locura se había apoderado de ella? ¿Era posible que pudiera tener sentimientos tan contradictorios y descontrolados de deseo, afecto y cariño por alguien como él?

—Greer —murmuró el príncipe.

Al susurrar su nombre, él la devolvió a la realidad. Dada su situación, ese tipo de sentimientos eran inadmisibles. Greer apartó la mirada con expresión culpable.

—No entiendo lo que ha pasado entre nosotros —confesó—. No sé lo que me sucede.

—Yo tampoco —declaró Rhodrick en voz baja.

La joven levantó la mirada hacia sus ojos y su cicatriz.

—Deseo odiarte... pero no puedo.

Él le puso una mano en la mejilla y dijo:

—Eres hermosa.

El tono de su voz era tierno, casi reverente, y eso la confundió.

—No sé... no soy capaz de pensar —dijo para sí—. No sé lo que estoy haciendo —repitió, escabulléndose para no perderse en aquellos ojos verdes.

Notaba su mirada, mientras ella intentaba liberarse del deseo que había brotado en su interior, apoderándose de todos sus sentidos.

Por más vulnerable, viril o majestuoso que pareciera, Greer acababa de permitir que aquel hombre la paralizase con un poder que no alcanzaba a comprender, y le había permitido hacer algo que nunca, en toda su vida, había permitido a ningún hombre.

¿Qué le había sucedido? ¿En qué momento la había abandonado por completo su capacidad de raciocinio?

¿Dónde demonios estaban Ava y Phoebe cuando más las necesitaba?

En Londres, Phoebe estaba colocando una muestra de seda en el maniquí que le había regalado Ava por su cumpleaños. Lucille Pennebacker, la hermana soltera de lord Downey, entró en la habitación y le entregó un sobre cerrado y sellado.

—Parece que, después de todo, tu prima no está muerta —anunció.

—¿Es de Greer? —exclamó Phoebe feliz. Hacía más de un mes que no tenían noticias de ella —. Seguro que escribe para decirnos que vuelve a casa —añadió con alegría mientras cogía la carta de manos de Lucille y rompió el sello.

Sin embargo, su sonrisa se transformó rápidamente en una mueca de angustia a medida que iba leyendo.

—¡Dios mío! —gritó.

En su apuro por encontrar papel para escribirle rápidamente a Ava, que en aquellos momentos estaba en el campo, y cuyo regreso no se esperaba hasta, al menos, dentro de quince días, se clavó las tijeras en un dedo y tropezó con la pieza de seda, chocando contra el maniquí.

Ésa era exactamente la razón por la que le había pedido a Ava que no fuera a Broderick Abbey, pensó Phoebe enfadada, ya que si sucedía algo, podía tardar semanas en volver de nuevo a Londres. Pero ¿acaso Ava prestaba alguna vez atención a sus sabios consejos? ¡Ah, no!

En Gales, Rhodrick apenas pudo dormir, pero cuando por fin lo consiguió de madrugada, soñó que estaba con Greer, que su rostro estaba libre de cicatrices y que ella le dedicaba una profunda sonrisa. Pero luego, Greer se transformaba en Alis Bronwyn, la mujer de cabello negro que se le aparecía, la misma con la que había confundido a Greer la noche en que esta última llegó a Llanmair. Soñó que Greer lo atraía con gestos hacia Kendrick, pero él se negaba a ir, sabiendo adónde quería llevarlo.

Pero ella era muy insistente, y eso lo preocupaba.

Rhodrick se despertó, empapado en sudor, cuando el reloj dio las seis. Sacó las piernas por un lado de la cama y se frotó la rodilla. Creía que Alis Bronwyn había desaparecido de su vida, llevaba un año, tal vez dos, sin soñar con ella. Pero ahora había reaparecido de pronto, como un ángel vengador, volviendo a desenterrar el viejo temor de volverse loco.

Se vistió para salir y, hacia las seis y media, ya estaba en los establos. El mozo de turno estaba profundamente dormido, de modo que Rhodrick ensilló él mismo el caballo, y se fue a cabalgar cuando el sol empezaba a iluminar un día sin nubes.

—¿Habla usted inglés, señor? —le preguntó Greer al mozo de cuadra, varias horas después de que Rhodrick se fuera.

—Aye —asintió el hombre, de manera poco convincente.

Entonces ella recurrió al método universal de intentar comunicarse por señas.

—Me gustaría —indicó, señalándose a sí misma—, disponer de un caballo. —Simuló que cabalgaba—. Ensíllelo —añadió, dibujando en el aire un caballo con su montura.

Funcionó; el mozo dijo algo en galés y desapareció en el interior del establo. Un cuarto de hora más tarde, volvió a aparecer tirando de una bonita yegua ensillada con una silla de amazona.

—¡Oh! —exclamó Greer, feliz, sonriéndole—. ¡Gracias!

El mozo asintió con la cabeza, echó las riendas por encima del cuello de la yegua y colocó las manos para que Greer pudiera montar. Ella se agarró al pomo de cuero y permitió que el mozo la ayudara a darse impulso hacia arriba. Poco después, salía por la puerta trasera del castillo.

Era una sensación extraña, y a la vez liberadora, pasear a solas por las tierras del castillo, después de verse encerrada durante tantos días por culpa de las inclemencias del tiempo y los caminos llenos de barro. Ahora, su único problema era dar con Kendrick. La había visto desde la cima de una colina que estaba a espaldas del castillo, el día que el príncipe la había salvado de la tormenta. Dedujo que, si ella y la yegua subían a aquella colina, vería dónde se encontraba la casa.

Transcurrió una hora antes de que lograra alcanzar la cima. Sobre todo porque le resultó imposible encontrar el camino, y la yegua tuvo que avanzar por una trocha de ciervos, en medio del espeso bosque y las rocas. Las águilas ratoneras y los milanos rojos planeaban en el cielo, trazando círculos, a la espera sin duda de que se despeñara para darse un banquete. Pero se llevaron un chasco, porque, al final, Greer y su cabalgadura se las arreglaron para hallar el estrecho sendero que llevaba a la cima.

Sin embargo, una vez allí, la joven no vio la casa. Tenía que estar, la recordaba muy claramente desde aquella horrible tarde en la que estuvo a punto de morir aplastada por un árbol. ¿Era posible que se hubiera equivocado de camino?

Transcurrió otro cuarto de hora antes de que se diera cuenta de que tampoco se veía Llanmair, de modo que debía de estar en el lado contrario de la colina, contemplando por tanto el valle que no era.

Se inclinó sobre la yegua para acariciarle el cuello con un suspiro.

—Seguro que tienes miedo de no volver a ver tu saco de avena, *Molly* —le había puesto ese nombre para poder dirigirse a ella, cosa que había hecho ya varias veces, asegurándole que al final encontrarían el camino—, pero te juro por mi honor que conozco el trayecto de vuelta. Ten un poco más de paciencia conmigo —le pidió, llevando al animal por la cima de la colina.

Cuando llegaron a la otra vertiente la vio al instante. Llanmair, grande, descarada e imponente, se alzaba a su derecha, a unos cinco kilómetros de distancia, según sus cálculos. A su izquierda estaba Kendrick, separada de Llanmair por un espeso bosque, y a menos de dos kilómetros de donde estaban Greer y la yegua. Sonrió e hizo que *Molly* descendiera la ladera.

Tuvieron que avanzar entre matorrales y caminos llenos de rocas, pero al final salieron a terreno llano. Había un sendero, o más bien los restos de lo que una vez fue un sendero. Greer tuvo que apartar con las manos las ramas de los árboles sin podar a medida que avanzaban, y en algún punto perdió la cofia. Luego, el camino se ensanchó y vio la valla de piedra que rodeaba Kendrick y el tejado de pizarra negra de la casa.

La cerca estaba prácticamente intacta; sólo vio un sitio donde estuviera derrumbada, pero parecía fácil de reparar.

Esa idea la cogió por sorpresa.

Hasta ese momento sólo había querido ver la casa con la que llevaba años soñando, el lugar donde al parecer había nacido su madre, saber de dónde provenía. Pero de pronto se le ocurrió que, con cuatro mil libras, podía arrendar Kendrick y repararla.

—¿Alquilarla? —preguntó en voz alta, con tono incrédulo, en medio del silencio que la rodeaba—. ¿Para qué? ¿Qué te parece *Molly*, soy una tonta por pensar que podría vivir en Kendrick completamente sola? ¿Yo, una solterona deshonrada?

La pregunta le causó risa.

Pero la idea no.

Cuando llegó a la puerta de la cerca se enfrentó a un nuevo dilema. Estaba cerrada.

—Qué fastidio —refunfuñó mientras desmontaba.

Empezó a moverse al lado de *Molly* hasta que la sangre volvió a circularle por las piernas, luego se colocó bien el traje de montar y, con la fusta en la mano, se acercó rápidamente a la verja y la empujó con todas sus fuerzas.

La hoja no se movió.

—¡No! —exclamó Greer empujándola otra vez—. ¡Ah, no! No he recorrido todo este camino para ahora no poder...

La vieja puerta cedió de repente, emitiendo un fuerte crujido al hacerlo. No se abrió demasiado. La maleza que tenía detrás era tan densa que no dejaba resquicio suficiente como para que pudiera pasar *Molly*, pero sí lo bastante para que lo hiciera Greer.

Volvió la cabeza hacia la yegua, se acercó a ella, cogió las riendas y la obligó a salir de la hierba de la que estaba disfrutando para llevarla a un claro bajo los árboles, donde podría comer tanto como quisiera, y allí la ató a una rama.

Una vez que tuvo a *Molly* a salvo, Greer dio media vuelta y contempló la verja medio abierta. Se le aceleró el corazón; su deseo de ver Kendrick era tan extraño que no podía entenderlo. Pero al mismo tiempo no podía hacer oídos sordos a las cosas que se decían sobre la casa. Nada bueno había sucedido allí jamás, le habían contado.

—Es ridículo —masculló—. La casa está completamente abandonada.

Al menos eso esperaba.

Inspiró hondo para calmarse y se deslizó con valentía por la puerta —el espacio era tan reducido que se rasgó el vestido—, y salió al otro lado, donde las hierbas estaban tan altas que le llegaban a la cintura.

Césped y matorrales habían crecido demasiado, pero Greer apenas se fijó. La casa estaba en ruinas, y su aspecto se parecía muy poco al que tenía cuando aparecía en sus sueños. Las paredes de piedra que una vez estuvieron encaladas de blanco, ahora eran grises. Dos de las grandes ventanas estaban rotas, y la puerta principal abierta de par en par. Pero era la casa con la que había soñado, y lo único que faltaba era su madre de pie en la entrada, dándose media vuelta y desapareciendo en el interior antes de que Greer pudiera alcanzarla.

Todos aquellos años había creído que la casa era producto de su imaginación, pero, para su consternación, era real. Esperó varios minutos, intentando entender cómo era posible que hubiera soñado con ella. ¿Había estado allí antes? A lo mejor la señora Bowen tenía razón, y su madre la había llevado siendo niña y por eso no se acordaba.

Sus pies empezaron a moverse con independencia de su cerebro, y al poco estaba apartando hierbajos en su avance hacia la puerta abierta. Mientras caminaba, fue fijándose en el mal estado general de la casa; chimeneas derrumbadas, cristales rotos, mellas en la piedra y agujeros en el tejado. Y no dejó de notar la ironía de que, al igual que la casa de su tío en Bredwardine, aquella mansión, otra casa vinculada a su pasado, estaba también vacía. Era como si su herencia, o lo que podría haberlo sido, nunca hubiera existido excepto en su imperfecta memoria.

Cuando llegó al porche, sujetó la fusta con tanta fuerza que la mano le dolió. Se volvió hacia la derecha, mirando con cautela, con miedo a lo que allí pudiera encontrar. No vio nada, aparte de unas cuantas hojas dispersas sobre el suelo de baldosas, de modo que se obligó a poner un pie delante del otro y avanzar.

Se detuvo justo en el umbral y miró dentro antes de entrar. A juzgar por el suelo de mármol y el papel de seda desprendido de las paredes, había sido un lugar magnífico. Había perdido color, pero la pintura del techo era todavía reconocible; se trataba de un cielo azul con nubes de algodón. Una enorme lámpara de araña colgaba sobre su cabeza y las lágrimas de cristal de la misma tintineaban con la brisa que llegaba desde el exterior.

Se podía limpiar. Estaba segura de que aquella lámpara se podía limpiar y hacer que recuperase su antiguo esplendor. Y lo mismo las paredes y el techo.

Con el corazón desbocado, Greer entró en el primer salón, que también estaba vacío excepto por el papel de seda roto de las paredes y las cortinas apolilladas. Estancia tras estancia fue recorriendo habitaciones con chimeneas de mármol, ventanales que daban a un pequeño estanque y candelabros inútiles desde hacía años. En ninguna parte había muebles, y los suelos de madera estaban deslustrados y con marcas. Aunque estaba convencida de que volverían a quedar como nuevos con un par de capas de cera. En la biblioteca, una estantería vacía cubría cada una de las paredes, desde el suelo hasta el techo. El comedor parecía lo bastante grande como para albergar a más de veinte personas. La cocina y las despensas tenían el tamaño característico de una mansión grande y próspera.

En la primera planta estaban las habitaciones elegantes, comunicadas unas con otras; el único indicio de que allí hubiera residido alguien eran los recuadros de color más vivo en las paredes, donde anteriormente colgaron los cuadros. Era curioso, pero cada una de las estancias disfrutaba de una vista diferente; montañas, un lago y bosques tan espesos que parecían impenetrables.

Encontró la habitación de los niños, e intentó imaginar allí a su madre de pequeña, tal como la recordaba la señora Bowen. Dio con lo que supuso que era el dormitorio del señor, y con otro decorado con una tela de motivos florales y paredes pintadas en tonos cálidos.

En el segundo piso, entre una galería y un salón, había una puerta cerrada. Por mucho que lo intentó no consiguió abrirla, y decidió que la próxima vez que fuera se llevaría algo para romper la cerradura. Porque desde luego, habría una próxima vez, y otra más. Iba a examinar cada centímetro de su herencia, cada centímetro cuadrado del lugar donde había vivido su madre. Limpiaría el lugar con sus propias manos, devolviéndole la vida y su pasado.

Cuando hubo recorrido toda la casa salió por una de las seis puertas que daban a la terraza, sobre los jardines. Los rosales estaban asilvestrados y sus ramas, largas y desnudas, se balanceaban con la brisa. Los matojos del sendero, lo mismo que el césped, habían crecido demasiado. Ya se estaba haciendo tarde. El sol se ponía un poco antes cada día, de modo que Greer no volvió a entrar en la casa, sino que la rodeó por la terraza para ir en busca de *Molly*.

Entonces fue cuando vio la casita, junto a otra puerta, y el delgado hilo de humo que salía por la chimenea.

Alguien vivía allí. Así pues, Kendrick no estaba abandonada del todo.

Se dirigió hacia el lugar. Tuvo que saltar una pequeña cerca —en caso de que existiera una puerta, estaba oculta por la maleza—, y se detuvo para soltarse la falda que se le había quedado enganchada en una espina. Entonces oyó el crujido de una ramita a su espalda. Antes de que pudiera darse la vuelta notó cómo le apoyaban algo duro y frío en mitad de la espalda.

Una arma. Santo Dios, iban a matarla.

Una voz de hombre, dura y áspera, dijo algo en galés. Al ver que ella no respondía de inmediato, presionó más el arma contra su espalda.

—¡Por favor, señor, no hablo galés! —exclamó ella, aterrorizada.

La presión del arma se aligeró un poco.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —preguntó el hombre—. Vamos. Dese la vuelta. Dese la vuelta, dese la vuelta —le ordenó.

Greer se volvió despacio, aferrando la fusta y lista para usarla. El individuo parecía más o menos de su edad. Su cara, aunque agraciada, estaba muy estropeada. Tenía el pelo rubio enmarañado, barba de dos o tres días, y unos ojos verdes que le recordaron a los del príncipe.

Y, lo más importante, no sostenía una arma, sino una barra de metal de las que se utilizaban para colgar ollas encima del fuego.

—¿Quién sois? —preguntó él mientras la devoraba con los ojos.

—Greer Fairchild —respondió ella, apartándose un mechón de pelo de la cara—. ¿Y usted?

Él sonrió de oreja a oreja, con los ojos repentinamente brillantes de diversión.

—¡Ah!, veo que sois decidida, ¿eh? Yo soy Madoc Jones —contestó él doblándose por la cintura y haciendo una floritura con la mano—. Encantado de conoceros, señorita Fairchild; porque es señorita, ¿verdad? —preguntó fijándose en su mano y nuevamente en ella—. Aye, verdaderamente encantado. Pero no deberíais estar aquí —terminó con severidad.

—¿Por qué no?

Los ojos de Madoc Jones se abrieron mucho por la sorpresa.

—Porque no —replicó—. La propiedad está cerrada por orden del príncipe.

—¿Y por qué puede el príncipe hacer tal cosa?

—¿Y por qué no iba un príncipe a hacer lo que quisiera? —pregunto él, señalando con la barra de hierro hacia la casa—. No sé de dónde habéis venido, pero ahora debéis regresar. Idos. Que os vaya bien. Buenos días.

—¿Es usted el guarda?

—Más bien soy el inquilino. Vivo justo ahí —respondió alegremente, señalando con la barra hacia la cabaña—. A cambio de salvar el cuello tengo que mantener los ojos puestos en la casa. Nadie puede entrar, y eso, señorita, os incluye a vos.

—¿Órdenes del príncipe? —quiso saber Greer.

—Ajá —asintió él con un firme movimiento de cabeza.

—Pero es que mi madre nació aquí —explicó la joven, cruzándose de brazos, con la fusta todavía en la mano—. Murió cuando yo era pequeña y no pude conocerla bien. Esta casa es lo único que me queda de ella.

—¡Oh! Ahora me estáis haciendo llorar, sí señor —dijo Jones con una mueca, mientras la cogía con firmeza del brazo—. Pero os sugiero que lo intentéis con el príncipe.

—¡Señor Jones! —gritó ella mientras él la arrastraba hacia la puerta de la cerca que rodeaba la cabaña—. Después de haber recorrido todo el camino hasta aquí, lo menos que podría usted hacer es permitirme echar una ojeada.

—¡Ni que vinierais desde Inglaterra! —se burló él.

—¡Sí! ¡De Londres!

Él se detuvo.

—¿Desde tan lejos?

—¿Me va a permitir echar una ojeada? —preguntó Greer esperanzada, paladeando ya la victoria.

—No —respondió él—. No puedo permitirlo —añadió con una simple sonrisa—. Debéis hablar con el príncipe.

—¡El príncipe! —exclamó ella con furia—. ¿También lo tiene a usted prisionero aquí? —preguntó irritada.

—¿Prisionero? —Jones soltó una fuerte carcajada al oírla—. Al contrario, señorita, me gusta mucho vivir aislado en un lugar abandonado.

—No se burle de mí —contestó ella enfadada—. ¡No tiene ni idea de lo que tengo que soportar!

—Aye, estoy seguro de que no puedo ni llegar a imaginarlo —convino él amablemente—, pero vais a tener que soportarlo en otro sitio —insistió, extendiendo la mano hacia el pestillo de la verja.

—De acuerdo —concedió Greer bastante exasperada—. Pero permítame al menos salir por la otra puerta, que es donde tengo mi caballo.

—¿Otra puerta? —Levantó la vista por encima de ella con los ojos entornados y luego silbó por lo bajo—. No recuerdo que se haya abierto nunca. —Miró a Greer y volvió a sonreír—. Sois una muchacha muy terca, ¿no? —preguntó divertido, mientras la obligaba a darse la vuelta y empezaba a dirigirse con ella hacia la verja por la que ella había entrado—. Estoy realmente impresionado, ¡una cosita tan delicada como vos ha conseguido abrir ese portón!

Ella no era ni delicada ni especialmente fuerte. Pero era obstinada. Y, mientras Jones la despedía, ella ya estaba planeando el modo de volver sin que él se enterara.

El mortecino sol del ocaso producía sombras alargadas a lo largo del camino, dificultando la visión. Greer no estaba segura de si había pasado por alto las huellas de la yegua que llevaban hasta la cima de la colina o no, pero cuando llegó a un arroyo, gimió desesperada. Al ir hacia Kendrick no había cruzado ningún riachuelo, lo cual sólo podía significar que se había perdido.

Guió a *Molly* hacia la corriente con intención de atravesarla. Mientras el animal bebía, la joven miró alrededor, a los altísimos árboles cuyas copas tenía encima. No había nada que le indicara el camino; ninguna pista, ni un montículo de piedras. ¡Nada!

Estaba cansada, tenía hambre y estaba algo irritada. Cuanto más pensaba en Kendrick, menos entendía que el príncipe hubiera permitido que acabara en tal estado. Sujetó las riendas de *Molly* y posó el pie en una roca que había en mitad de la corriente.

Pero su equilibrio era precario, y no tardó en resbalar; se le llenaron las botas de agua helada y se le empapó el bajo del vestido.

—¡Maldita sea! —estalló, tirando de las riendas de la yegua y alcanzando por fin la otra orilla, donde sus preciosas botas, adquiridas a precio de oro en Bond Street, en Londres, escupían agua a cada paso que daba.

Molly y ella caminaron durante lo que parecieron horas, sorteando rocas, bajando escarpadas pendientes para volver a subir otras igual de empinadas. Greer resbaló en una de ellas, e intentó amortiguar la caída sujetándose a una rama. Al hacerlo, se rasgó un guante y se hizo una fea herida en la palma de la mano.

Molly resopló a su lado y giró la cabeza, con las orejas apuntando en una dirección. Greer se detuvo y oyó que alguien o algo atravesaba el bosque. En cualquier otro momento se habría asustado, pero en esos momentos estaba tan agotada y hambrienta que rodeó a la yegua y, con los brazos en jarras, escrutó la maleza en sombras.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Casi se desmayó de alivio cuando dos grandes perros lobo aparecieron trotando ante sus ojos.

Mientras los dos canes se acercaban a saludarla, apareció el príncipe montado en su caballo. Debía de haber estado trabajando en algún sitio, ya que tenía las botas llenas de barro y los pantalones sucios. Greer nunca había sentido más alegría al ver a otro ser vivo que la que sintió en aquel momento al ver al príncipe. Tuvo que contenerse para no salir corriendo y rodearle el cuello con los brazos.

Él detuvo el caballo y la miró desde arriba, luego la saludó tocándose el sombrero, como si se encontraran en Hyde Park.

—Señorita Fairchild.

—Milord —contestó ella con una rápida reverencia—. Me gustaría saber por qué no hay en todo Gales caminos ni señales.

Él ladeó un lado de la boca en una semisonrisa.

—Los bosques que rodean Llanmair son bastante extensos. A nuestros antepasados les gustaba mantenerlos sin señalizar porque usaban los valles y las cuevas para esconder de los vikingos, y más tarde de los ingleses, reliquias religiosas y tesoros —aclaró mientras desmontaba

con elegancia—. Pero le aseguro que en Gales hay muchos caminos señalizados.

—¿Estamos muy lejos de Llanmair? —preguntó ella con debilidad, una vez su bravuconería fue sustituida por el hambre.

Él sacudió la cabeza al tiempo que observaba su aspecto. A Greer no se le había ocurrido pensar en su apariencia, e, inconscientemente, se pasó una mano por el pelo, dándose cuenta en ese momento de que había perdido la cofia. No se atrevió a mirar más abajo; el hermoso traje de montar que le había confeccionado Phoebe estaba asqueroso y posiblemente no tenía arreglo. Que ella supiera, tenía dos desgarrones.

—A unos dos kilómetros más o menos —respondió él.

Se bajó del caballo y, apoyando los puños en las caderas, observó sin disimulo el aspecto de ella.

—Gracias a Dios —exclamó Greer, abriendo los brazos y dando una palmada—. ¡Ay! —se quejó, pues se había olvidado de la herida que tenía en una mano.

El príncipe se adelantó hacia ella tan de repente que Greer retrocedió un paso de forma instintiva, chocando contra *Molly*, que la informó de su desaprobación con un relincho y dándole un golpe en la cabeza con el morro.

—Quieta, *Molly* —ordenó Greer.

Él enarcó una ceja.

—¿*Molly*? —preguntó, haciendo un gesto hacia su mano.

—Yo... tenía que llamarla de alguna forma —masculló Greer mirándose otra vez la herida. La tenía pegajosa por la sangre seca, que le había manchado toda la palma y parte de la muñeca—. No es tan grave como parece...

La mirada de él sugería que su opinión era otra. Le cogió la mano y le dio la vuelta, dejando la palma hacia arriba.

—¡Humm! —fue lo único que dijo, mientras rebuscaba un pañuelo en el bolsillo de su chaqueta—. Si me permites la pregunta —dijo, tocando con cuidado la herida—, ¿estabas intentando irte de Llanmair?

Greer lo miró a los ojos, pero los tenía ocultos tras las pestañas mientras le examinaba la mano. Un sexto sentido le aconsejó que no mencionara Kendrick, de modo que se encogió de hombros.

—No —contestó desafiante—. Sólo quería tomar un poco el aire.

—Pues has recorrido un largo camino sólo para tomar el aire —observó él—. Creía que, quizá, la última noche...

Ella se ruborizó al instante y se miró la palma de la mano.

—No —respondió, quedo y rápidamente, cogiendo aire cuando él tocó una parte del corte que se había abierto.

Levantó la vista; era un hombre sombrío, pero tan innegablemente tierno que, por un momento, se quedó sin habla. Tenía la intensa sensación de que se preocupaba por ella. De que no quería que se fuera de Llanmair.

Y, con no poca consternación, comprendió que ya no podía irse de allí con la misma despreocupación con que lo hubiera hecho una semana antes.

—Greer —dijo él en voz baja y suave—, ¿te he hecho daño?

Que Dios la ayudara, pero el modo en que pronunció su nombre la hizo derretirse por dentro. Por fortuna, su hambriento estómago respondió por ella.

El príncipe sonrió, con aquella sonrisa encantadora, cálida y entrañable que siempre la sorprendía por resultar tan incongruente con su aspecto. Pero cuando volvieron a sonarle las tripas, la sonrisa de él se convirtió en una de diversión; le envolvió la mano con el pañuelo y ató los extremos, luego extendió el brazo y se hizo cargo de las riendas de *Molly*.

—Creo que por aquí hay dos criaturas hambrientas —comentó haciendo un leve guiño en dirección a Greer—. ¿Te llevo de vuelta a Llanmair?

—Por favor —respondió ella, agradecida.

Él acarició el hocico de la yegua un momento, luego puso la mano en el codo de Greer y la acercó a la montura. Con los ojos fijos en los de ella, la cogió por la cintura, dispuesto a subirla a la silla; sin embargo, vaciló y, por un instante, la joven pensó que iba a besarla.

En un momento de locura, lamentó que no lo hiciera.

Rhodrick apretó los labios, levantó a Greer y la colocó sobre la silla sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando estuvo seguro de que estaba bien acomodada, deslizó la mano hasta su rodilla y luego, apartándola, se dio media vuelta, volvió en silencio hasta su caballo y montó. Con una última mirada, hizo girar al animal y emprendió el camino de regreso a Llanmair.

Molly no era tonta, y lo siguió a toda prisa, chocando contra la maleza en su intento de ponerse a su altura.

Cuando llegaron a la casa, Rhodrick se sintió bastante orgulloso de sus criados; ninguno de ellos se quedó mirando o hizo nada que diera a entender que Greer no tenía buen aspecto. Y ella, siendo tan orgullosa como era, se negó a demostrar que era consciente de que su apariencia era espantosa. Levantó la barbilla y entró en el castillo, ignorando el chapoteo de sus botas y el estado de su pelo y de su ropa.

Se detuvo en el vestíbulo.

—Gracias —dijo—. Estoy segura de que al final habría encontrado el camino de vuelta, pero mucho me temo que podría haber tardado una semana.

Él sonrió.

Y ella también. Luego, se volvió y se acercó a la escalera con el peculiar chapoteo acompañándola en su avance hacia sus habitaciones.

El príncipe le pidió a la señora Bowen que subieran un baño caliente para Greer, así como algunas hierbas de la señora Jernigan para curarle la mano. No podía soportar la idea de que no pudiera volver a tocar el piano y, aunque le había parecido una herida sin importancia, no iba a correr ningún riesgo.

Se retiró a su estudio acompañado de *Caín* y *Abel*, para trabajar hasta la hora de la cena. Sin embargo, levantaba la cabeza a cada sonido y crujido del castillo, con la esperanza de verla aparecer.

¿Dónde había estado? ¿Se había marchado con intención de huir y se había perdido? ¿O de verdad sólo había salido a tomar el aire? Salir a cabalgar para tomar el aire por un bosque sin señalizar resultaba bastante extraño, y le hacía desconfiar.

¿Era posible que hubiera ido a encontrarse con Percy?

Bobadas. A esas alturas, Percy debía de estar a kilómetros de distancia de Llanmair. ¿O no? Ambos podían haberse puesto de acuerdo para encontrarse antes de que él se fuera. Rhodrick no lo había acompañado hasta la habitación donde Greer estaba encerrada el día en que expulsó a aquel canalla de Gales. Podía haberse aprovechado de su convencimiento de que cogería el dinero y desaparecería cuando, en realidad, Greer y él muy bien podían tener otros planes.

Si así era, estaba funcionando de maravilla, porque Rhodrick había empezado a confiar en ella. Maldito fuera, pero no podía soportar lo que le sucedía; aquella obsesión por ella. Es más, no podía negar que se sentía atraído hacia la joven con una intensidad que lo sorprendía.

No abrigaba ilusión alguna sobre sus posibilidades de poseerla algún día.

En primer lugar, podía ser perfectamente una estafadora. Y, en segundo lugar, si no lo era, debía de ser una de las debutantes más brillantes de Londres, lo cual le causaba un tipo diferente de congoja. Hablaba con tanta alegría de la sociedad y de los actos sociales a los que asistía, que le resultaba evidente que no podría sobrevivir en un remoto rincón de Gales, llevando una vida social limitada y bastante sosa.

Una mujer como Greer debía estar en Londres. Era ingeniosa, hermosa y vivaz. Rhodrick no podía imaginársela viviendo allí. Por si fuera poco, era demasiado mayor para ella, unos diez años, si no más. Y tampoco era especialmente afable. No parecía ser un buen candidato al matrimonio para una mujer acostumbrada al brillo de las luces y a las adulaciones de los dandis londinenses.

Se odiaba por ser tan débil y ella ni siquiera era consciente de lo atractiva que era. Por lo visto, sólo necesitaba sonreír o reír y él se rendía a su encanto, tomándose libertades imperdonables, como las que se había tomado en el vestíbulo. Aquella falta de contención por su parte lo hacía sentirse asquerosamente vulgar, en especial dadas las circunstancias. No esperaba gustarle, y mucho menos que pudiera llegar a amarlo.

Sin embargo, notaba un creciente temor, una cierta debilidad ante su marcha y el enorme vacío que, con toda seguridad, dejaría tras su partida. Aunque sólo fuera eso, Greer Fairchild aportaba algo fresco cada día y en cada momento, y aquel viejo castillo se quedaría anticuado, enmohecido y muerto cuando ella se fuera.

Intentó trabajar, pero no pudo; la incertidumbre sobre lo que ella había estado haciendo todo el día seguía atormentando su cerebro y, al final, se levantó y se retiró a sus habitaciones para cambiarse para la cena.

Salió una hora más tarde, aseado y vestido, y se dirigió al comedor, pasando por la sala de retratos y por delante del pabellón.

No esperaba verla antes de la cena, pero allí estaba, sentada ante el escritorio, con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel que sujetaba con la mano vendada con una tela limpia, y deslizando rápidamente la pluma con la otra.

Se detuvo, preguntándose si debía interrumpirla, pero entonces ella soltó un suspiro, dejó de escribir y echó una ojeada por encima de su hombro.

—¡Milord! —exclamó, dando un respingo, levantándose de la mesa y ocultando rápidamente la carta.

Rhodrick miró la misiva que ella había escondido detrás de unos libros. Greer sonrió avergonzada.

—Les estaba escribiendo a mis primas. Lo hago todos los días.

Eso sólo sirvió para recordarle que, a esas alturas, sus primas ya debían de haber recibido la primera carta. No podía soportar la idea de ir a recibir pronto una confirmación de su identidad, saber que ella no pertenecía a aquel lugar y, lo que era peor, que iba a desaparecer de su vida.

—¿Cómo está tu mano? —preguntó él, ignorando su ofensivo gesto de ocultarla.

Greer alzó el aparatoso vendaje y sonrió.

—Está muy bien, aunque la señora Bowen ha insistido en limpiar y vendar la herida. Le he asegurado que la venda no era necesaria, pero se había tomado la molestia de hacer que la señora Jernigan preparara una cataplasma.

—Ayudará a que cure antes —opinó él—. Y le estoy muy agradecido a la señora Jernigan por eso. Por nada del mundo me gustaría verme privado de oírte tocar durante demasiado tiempo.

—El mundo no se perdería nada —replicó Greer con una sonrisa de diversión, mientras rodeaba la mesa.

El vestido que llevaba se ajustaba a su cuerpo y parecía ser de un color claro, en fuerte contraste con su pelo negro y sus ojos azules. Fuera del color que fuese, pensó él, estaba tan hermosa como una princesa. Pero por alguna razón, su regia apariencia le hizo recordar su menos majestuosa y mucho más seductora imagen de la noche anterior, en el vestíbulo.

Se sujetó las manos a la espalda.

—Pareces haberte recuperado de la excursión.

—Si —contestó ella—. Es asombroso lo que puede hacer un baño caliente para mejorar el humor.

Ahora Rhodrick añadió la imagen de Greer desnuda en la bañera a la multitud de imágenes que constantemente intentaba apartar de su mente. Echó un vistazo a la alfombra que tenía bajo los pies.

—Puede que la próxima vez que salgas, se te ocurra llevar algo de comida para ti y para *Molly*.

Ella soltó un bufido, pero le brillaban los ojos.

—Seguro que *Molly* será mucho más feliz. Pero insisto en que, como príncipe de esta región, deberías arreglar algunos de los caminos.

—Un sendero que no lleva a ninguna parte no vale el precio que supone abrirlo.

—¿Y cómo se puede saber si lleva a algún sitio, si no se puede ni siquiera ver dónde acaba?

Él no pudo por menos que sonreír ante su lógica.

—¿Ahí es donde has ido hoy? ¿A ninguna parte?

Ella sonrió y se cruzó de brazos.

—Cómo te he dicho, he salido a que me diera el aire.

Rhodrick también sonrió.

—Hay aire fresco suficiente en los alrededores de Llanmair, y en concreto en los jardines. O, si lo prefieres, en el camino a Rhayader. Se diría que el bosque es demasiado espeso como para tomar el aire.

Greer se echó a reír.

—Sigues sin confiar en mí lo más mínimo.

—Así es —respondió él con tono afable, ofreciéndole el brazo—. ¿Cenamos?

—Sí —contestó ella, echando a andar—. Estoy famélica.

—¿Y tu carta? —preguntó él.

Ella echó una ojeada al escritorio.

—La terminaré después.

No exageraba al decir que estaba hambrienta. Una vez en el comedor, Rhodrick observó divertido cómo Greer vaciaba el plato sin inmutarse cada vez que se lo llenaban. Hacia el final de la cena, se olvidó de la compostura y se recostó contra el respaldo de la silla, con las manos sobre el estómago, y una sonrisa complacida.

—Palabra que nunca había cenado así —declaró con un suspiro satisfecho—. ¿Cómo dices que se llamaba el primer plato?

—*Caws pobi*. Pan tostado con queso fundido.

—Estaba delicioso. Gracias.

El príncipe inclinó la cabeza a modo de reconocimiento, mientras los lacayos retiraban los platos e Ifan les servía más vino.

Greer se sentó erguida, bebió un trago de vino y luego miró a Rhodrick de reojo.

—¿Puedes hacerme un favor? Me gustaría hacer algunos cambios sin importancia en mi sala de estar.

Tal petición lo asombró. Había estado casado el tiempo suficiente como para saber que una mujer que pensaba en cambiar la decoración de un cuarto no tenía intenciones de irse.

—¿Por qué? —preguntó con desconfianza.

—Porque es muy... lúgubre —respondió ella en tono de excusa—. Demasiados grises y marrones. Me parece que podría resultar más alegre con un poco más de color. La señora Bowen me dijo que hay algunos rollos de tela en el almacén, y como, al parecer, voy a permanecer aquí algún tiempo... —le lanzó una rápida mirada—. Bueno, hasta que llegue la carta, cosa que me temo que será dentro de un mes, con tanto como ha llovido.

Su repentino cambio era sospechoso. Primero se ausentaba todo el día, luego escribía una carta, y ahora deseaba quedarse.

—La señora Bowen cree que no sabes lo de la tela —prosiguió ella, insegura—. Dice que casi nunca bajas al almacén.

Él echó un vistazo al oporto que Ifan le había puesto delante.

—Podríamos ir a ver.

—¡Qué bien! —exclamó ella, llena de alegría—. Probablemente ya va siendo hora de que descendas de la atalaya del castillo. Me parece que la salita verde puede llegar a convertirse en un saloncito perfecto si se le pone un poco de color y unos sillones cómodos. Dada su orientación, es una habitación muy cálida.

Él no tenía ni idea de cuál era, así que la miró inexpresivo.

—La habitación verde —le aclaró ella—. Tan verde como tus... —Se ruborizó y apartó la mirada—. Tu chaleco —terminó.

—La habitación verde —repitió él, intentando decidir a cuál de ellas se refería.

Greer levantó la vista y parpadeó sorprendida.

—El cuarto verde. ¡Santo Cielo! ¡El dueño del castillo y no tiene ni idea de lo que éste contiene! Deberíamos ir a echar un vistazo allí también.

—De acuerdo —accedió él—. Iremos.

—¡Estupendo! —dijo la joven—. ¿Nos vemos pues en el saloncito verde cuando te hayas terminado el oporto?

Él asintió con la cabeza.

—Entonces, si me disculpas... —añadió al tiempo que un lacayo se apresuraba a retirarle la silla.

Le dirigió otra sonrisa capaz de derretirle los huesos a cualquiera, y salió del comedor moviendo seductoramente las caderas.

Rhodrick esperó a que la puerta se cerrase para mirar a Ifan.

—¿Cuál es el saloncito verde? —preguntó.

—El pequeño recibidor del cuarto infantil que hay al otro lado de las habitaciones de la señora, milord.

—Gracias —contestó él, bebiéndose el oporto.

Un cuarto de hora más tarde, Rhodrick se hallaba de espaldas a la puerta de caoba del saloncito verde, con el cejo fruncido. Nunca hubiera creído que lo pudieran convencer para hablar sobre el mobiliario de una estancia, pero allí estaba, contemplando un gran sofá, una consola y una lámpara.

Lo cierto era que no sabía qué más necesitaba aquel sitio, pero Greer asintió de pronto con la cabeza, se colocó en medio de la habitación y, girando sobre sí misma, declaró:

—Aquí tiene que haber dos sillones —indicó con las manos el lugar correspondiente—, uno frente al otro, para propiciar la conversación.

—Claro —estuvo de acuerdo él, como si fuera una conclusión completamente lógica.

—Y debo añadir que las paredes son demasiado tristes. Espero que no te importe que te lo diga, pero este tono de verde es horrible. Demasiado oscuro y siniestro para una alegre salita, ¿no estás de acuerdo?

—Yo...

—Y, la verdad, habría que cambiar la chimenea. A nadie le gusta estar viendo gárgolas mientras comenta las últimas novedades del pueblo —añadió ella señalando las intrincadas figuras talladas en la chimenea de mármol.

—Creo que en realidad son halcones —aclaró él acercándose hasta colocarse a su lado, para observar la chimenea—. Confieso mi ignorancia, pero ¿qué es lo que le gusta ver a la gente mientras comenta las últimas novedades del pueblo?

Ella lo miró de reojo.

—No te burles de mí. Estoy hablando en serio.

—Y yo.

Ella se echó a reír.

—Esas espantosas gárgolas, no.

—¿No pueden simplemente mirar en otra dirección?

—¡Oh, Dios! —exclamó ella con una sonrisa traviesa—. Realmente no tienes mucha práctica en eso de charlar, ¿verdad?

—Depende bastante de la compañía.

Ella se cruzó de brazos y lo estudió con detenimiento.

—Me pregunto... ¿De qué podrían hablar dos personas que desconfían la una de la otra?

Él miró directamente sus luminosos ojos azules. «De amor —pensó—, de deseo. De lo doloroso que es estar alejado de ti.»

—Creo que a mí me gustaría sentarme aquí, en mi sillón —dijo ella, señalando un espacio cerca de la chimenea—, mientras tú lo haces allí, en el tuyo —añadió con una maliciosa sonrisa, señalando otro sillón invisible—, y hacerte preguntas sobre tu vida. Pero no creería que estuvieras siendo sincero del todo, de manera que tendría que ser muy lista para sonsacarte algo de información.

—¿Mientras nos miramos el uno al otro o mirando los halcones? —preguntó él.

Ella esbozó una fascinante sonrisa.

—Mientras nos miramos, desde luego.

Rhodrick dirigió la vista hacia la chimenea y luego hacia la joven. Estaba pisando terreno peligroso, y lo sabía.

—¿Lo intentamos?

—¡Sí! —respondió Greer impaciente—. Yo primero. ¡Mi querido lord Radnor, vive usted completamente aislado en este castillo! ¿Qué ha sido de su familia?

—¿Eso es lo único que te interesaría? Esperaba algo mucho más personal, como, por ejemplo, a cuánto asciende mi fortuna o dónde escondo la llave de la caja fuerte.

—Eso sería de mala educación —respondió ella con una tímida sonrisa—. No puedo preguntar sobre tu dinero hasta que la conversación esté mucho más avanzada. Vamos, milord, sé de buena tinta que tiene usted al menos una hermana, ¿no es así?

—Cierto —convino él con una sonrisa—. Como seguramente habrá supuesto, mis padres murieron. Mi hermana, lady Wilbarger, vive en Cardiff.

Greer asintió con la cabeza y lo miró expectante.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿La ve alguna vez?

—No demasiado. Puede que dos veces al año.

A Nell le gustaba mucho vivir en Cardiff y Llanmair le parecía aburrido.

—¿Tiene primos? ¿Tías, tíos?

—Una tía. Dos primos y el hijo de mi primo, a quien usted ya conoce.

—¿Eso es todo? ¿Nadie más?

Rhodrick se echó a reír.

—Estoy seguro de haberlos mencionado a todos.

—¿Hijos? —preguntó, mirándolo con cierta cautela.

—Ninguno —respondió con el vuelco al corazón que siempre le producía pensar en su hija recién nacida—. Mi turno. ¿Adónde has ido hoy?

A ella se le ensanchó la sonrisa.

—Por tercera vez: he salido a tomar el aire. Intentaba encontrar el sendero de la colina por el que vinimos aquel día, pero soy un desastre para orientarme, y he sido incapaz de dar con él.

Él no la creyó.

Greer parpadeó, se llevó una mano a la garganta y jugueteó con el amuleto que llevaba colgado al cuello.

No, no la creía. No creía que hubiera pasado el día entero deambulando por el bosque. Debería haber encontrado alguna cabaña, o incluso ir a parar a Kendrick. Y si así había sido, no entendía por qué no lo confesaba. La sospecha de que su larga ausencia de ese día tenía algo que ver con Percy, continuó rondando su mente.

—Me toca —anunció ella—. La señora Bowen me ha dicho que permites que la señora Jernigan no pague alquiler.

Tenía que decirle al ama de llaves que no hablara tanto.

—La señora Jernigan es una respetada curandera, y siempre lo ha sido. Ella y el señor Jernigan se vieron en la calle por culpa de una desacertada inversión —aclaró Rhodrick.

—Si, pero tú les proporcionaste una casa en tu propiedad y les has permitido vivir allí durante años.

—¿Y qué? —preguntó él, incómodo por lo que consideraba una intromisión en sus asuntos—. Son ancianos, demasiado mayores para trabajar y para ganarse el pan. Mantenerlos y darles cobijo apenas supone nada para Llanmair. No entiendo qué tiene eso de raro.

Greer sonrió.

—A mí me parece significativo y bastante extraño. Al parecer, has estado ocultando una cierta propensión a la bondad.

—Te aseguro que no —la contradijo el príncipe con ironía, señalando hacia el solitario sofá que había en la estancia, donde ambos tomaron asiento.

—Me parece que ahora me toca a mí —añadió, disfrutando de la sensación del pequeño cuerpo de ella tan cerca del suyo—. ¿Por qué no te has casado todavía?

La joven soltó una exclamación de sorpresa.

—Te seré sincero —prosiguió él—. Se me ocurre que una mujer como tú, educada en la alta sociedad, debe de haber tenido más de un par de pretendientes.

Ella se echó a reír de repente.

—He tenido dos, si quieres saberlo, pero no sentía por ellos lo que se supone que se debe sentir por un hombre con vistas al matrimonio. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me parece raro que una hermosa mujer, emparentada con un poderoso marqués, realice tan largo viaje por cuatro mil miserables libras.

—No es una cantidad pequeña —le recordó ella.

—Sin embargo, para una debutante soltera, criada en el seno de la élite de la sociedad británica, la suma debe de ser insignificante como para tomarse tantas molestias. Si te hubieras casado, habrías obtenido mucho más que cuatro mil libras, me parece a mí.

—¿Sugieres que me case por dinero, milord? —preguntó ella con una sonrisa traviesa.

Rhodrick se rió por lo bajo.

—¿No es así como se acuerdan la mayor parte de los matrimonios de la alta sociedad?

—¿Así es como te casaste tú?

—Perdona —la cortó él divertido—, pero es mi turno.

Greer miró el techo y gimió, luego fijó en él sus ojos azules.

—¿Tan inconcebible es que una mujer soltera y decidida, o bien casada, o incluso, ya puestos, cercana a la muerte, vaya en busca de lo que en justicia le pertenece? ¿No desearía poder vivir sin depender de que la mantengan parientes a los que apenas conoce?

—Así es como se hacen las cosas en la alta sociedad.

—¿Y qué sabes tú de la alta sociedad?

—Te aseguro que tanto o más que tú —replicó él—. Cuando tú correteabas por el campo con vestidos de niña, intentando atrapar mariposas, yo asistía a todas las sesiones del Parlamento, con la esperanza de conseguir algo bueno para Gales. Pasé allí cuatro Temporadas, y en dos de ellas ayudé a presentar a mi hermana en sociedad. Creo que sé bien cómo piensan las mujeres.

Greer resopló.

—Y yo creo que no las entiendes en absoluto.

Eso provocó la risa de Rhodrick. No pudo evitarlo, se echó a reír a carcajadas, y, ante la mirada atónita de la joven, dijo:

—Perdona, pero yo que tú, no estaría tan segura.

—Bien. Si de verdad supieras lo que pensamos las mujeres, entenderías que lo que queremos es ocuparnos de nosotras mismas de una manera más avanzada de lo que nos permiten las leyes y la sociedad. Es una aberración que no se nos permita heredar ni poseer propiedades a no ser que recaigan sobre nosotras por un guiño del destino, o porque se produzca una determinada secuencia de muertes en la familia.

El príncipe se dio cuenta de que hablaba completamente en serio.

—A lo mejor, si me cuentas tu problema, puedo ayudarte.

—Sólo estoy hablando en nombre de las mujeres que han sido oprimidas por los hombres desde hace siglos —anunció con dramatismo, bajando la vista—. Se nos trata como si fuéramos flores —dijo, señalando la tela del sofá—. Como a diminutas flores delicadas, cultivadas para ser colocadas en pequeños floreros en vez de en el campo, donde se fortalecerían para resistir las fuerzas de la naturaleza.

Rhodrick observó la tela que ella señalaba. Que lo condenaran si podía distinguir una sola flor en ella.

—¿Te das cuenta de lo delicadas que son?

El príncipe forzó la vista. Cuando levantó los ojos, Greer lo estaba mirando fijamente.

—No las ves, ¿verdad? No ves las florecillas blancas sobre el fondo beige.

Él la miró con expresión desvalida; sus claros ojos azules lo observaban con desconfianza.

—No puedes distinguir los colores —afirmó ella—. Por supuesto que no. ¿Por qué iba nadie a llamar rojo a un salón cuyo color es claramente melocotón?

Lo había pillado.

—Bueno —se defendió, pasándose una mano por el pelo—. Tengo un... defecto —confesó entre dientes—. Cuando se trata de colores, me cuesta un trabajo de mil demonios diferenciarlos.

—¿Qué colores? —preguntó ella con expresión de curiosidad.

—Sobre todo el rojo y el verde. Ambos me parecen iguales, sea cual sea el color que tengan al lado. Por lo general, veo todos los colores desvaídos, de modo que me resulta difícil diferenciarlos.

—¿Qué colores puedes ver?

Contempló los brillantes ojos azules de Greer, su pelo negro como el carbón y el rubor de su piel.

—El azul —admitió en voz baja, sintiendo arder el fuego en su interior—. Puedo ver los tonos más intensos de azul.

Ella separó los labios.

—Y el negro —añadió él, extendiendo la mano hasta tocar el cabello de su sien—. Puedo ver la noche más oscura y el brillo del pelo más negro. —Desvió la mirada hacia sus suaves, carnosos y húmedos labios—. Puedo distinguir la sombra oscura de tus labios contra la blancura de tu piel —murmuró, deslizando la mano hacia su rostro, acunándolo en la palma de su mano y acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Pero creo que jamás había visto el verdadero color hasta que tú llegaste. Y ahora... ahora soy capaz de ver todos los colores del arcoiris en ti, y me pregunto cómo es posible que todo un mundo lleno de caballeros no lo haya visto.

Greer tomó aire lentamente. Sus ojos trazaron un sendero desde la cabeza del hombre hasta su frente, bajando por la cicatriz hasta los labios y la sombra de la barba que parecía no poder domar. Luego volvió a mirarlo a los ojos, aquellos ojos enfermos que veían tan poco del colorido del mundo, excepto cuanto se refería a ella.

Porque a Greer la había visto nada más mirarla; allí parada, desafiante en mitad del camino cuando, junto con Percy, se dirigía a Llanmair. No tenía ninguna esperanza de ver su pasión correspondida con la misma fuerza y profundidad que él sentía, pero no podía evitar desearlo, y estaba cansado de intentar contenerse.

Cuando la joven levantó su pequeña mano vendada y le rodeó la muñeca, con ella, pensó que lo hacía para apartarlo, pero se equivocaba.

Al contrario, lo sujetó con tanta fuerza como si temiera que fuera a desvanecerse y, apoyándose en él, cerró los ojos al tiempo que presionaba la mejilla contra la palma de la mano del hombre.

Rhodrick la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí, cerrando los ojos, acariciándole el pelo con los labios, aspirando su aroma mientras reposaba la mano en el hueco entre su cuello y la clavícula.

—Perdóname —pidió con voz ronca—. Ya no puedo seguir fingiendo que no te deseo.

Sintió su cálida respiración sobre la piel, cuando ella acercó la cara a su cuello. Se lo rozó con la punta de la lengua, probándolo. Aquella insignificante caricia le provocó un estremecimiento, y la estrechó aún más, al tiempo que le levantaba la cara, extendía los dedos sobre su mejilla y la miraba a los ojos.

—Yo tampoco —confesó Greer con dulzura.

La leve promesa de su voz despertó sus esperanzas. No creía haber sentido nunca un deseo tan intenso y urgente. No era capaz de recordar haber anhelado nunca estar en el interior de una mujer como lo anhelaba entonces.

—Greer —consiguió decir—. No puedo mentirte... te deseo. —Le levantó la cara para besarla—. No sé qué hacer contigo, no sé qué creer. Pero me has hechizado de tal modo que no puedo soportar estar a tu lado y no tocarte. Deseo hacerte el amor.

Ella respondió rodeándole el cuello con los brazos y besándolo con sorprendente vigor.

Rhodrick emitió un gutural sonido de deseo, mientras la levantaba en brazos y se tumbaba, colocándola sobre él.

—Detenme —pidió con voz ronca—. Dime que no, o te poseeré. Yo...

Greer lo interrumpió con otro beso.

Entonces, él la besó como enloquecido, sin dejar un solo centímetro de la piel expuesta. Le acarició el cuerpo, el cuello, la curva del hombro y la elevación del pecho, que asomaba por encima del corpiño del vestido. Sus manos descendieron por su espalda, sus caderas y sus piernas. Tenía un cuerpo maravilloso, suave y redondeado en los lugares apropiados.

Rhodrick se movió bruscamente, invirtiendo las posiciones de ambos para que ella quedara tumbada de espaldas, debajo.

—¿Qué me has hecho? —preguntó la joven con un melancólico suspiro, cuando él la besó en la garganta y el pecho—. ¿Cómo me has convencido para que olvide la decencia?

Cerró los ojos al tiempo que dejaba vagar las manos por el cuerpo masculino, acariciándole los hombros, los brazos y, metiéndolas por dentro de la chaqueta, la cintura y el torso.

Lo llevó hasta un punto de pasión sin límites, en el cual ya no le importaba nada; lo único importante era hacerle el amor.

—Nunca fue ésa mi intención —dijo contra su piel, mientras cada caricia de las manos de ella le acercaba un poco más a la pérdida de control, y cada suspiro alimentaba su deseo—. Pero mi cuerpo hambriento es más fuerte.

Deseaba sentirla, tocarla, degustarla y, ¡oh, Señor!, introducirse en su interior, volver a la vida. Mientras la recorría con las manos y la boca, ella le sujetó la cabeza, atrayéndolo hacia sí, luego se incorporó para poder besarlo y llenarlo con su aliento y su lengua.

—Me temo que me he vuelto loca —dijo, sin aliento.

—Entonces yo también —aseguró él, besándola tan apasionadamente que, en su fuero interno, pensó que la iba a asustar. Aunque Greer no lo detuvo. Gimió desde lo más profundo de su garganta y se apretó contra su dolorida erección cuando Rhodrick deslizó la boca hacia los montículos carnosos de sus pechos.

Bajó las manos por su espalda buscando los botones del vestido hasta soltárselos todos, liberando los pechos. Se apoderó de los pezones con la boca, lamiéndolos, devorándolos.

Greer le pasó los dedos por el pelo y arqueó la espalda, acercándose así más contra su boca.

Él no hubiera podido decir en qué momento habían pasado de despreciarse mutuamente a sentir el mayor deseo que habían experimentado jamás.

El caballero que era, el príncipe, le exigía cesar de inmediato, antes de comprometer sin remedio la virtud de la joven.

Pero el hombre sabía que no iba a detenerse hasta que Greer se lo pidiera, e incluso entonces, con sus manos y su boca, podía convencerla de que lo pensara mejor.

En ese instante, a juzgar por sus exclamaciones y gemidos, ella misma parecía estar muy cerca del punto sin retorno.

Rhodrick se incorporó bruscamente y la miró a los ojos. Eran profundos como pozos, seductores y fascinantes.

—¿Qué sucede? —le preguntó con inocencia.

Todavía con la mirada fija en la suya, él se levantó, se acercó con rapidez a la puerta del saloncito verde, y la cerró con llave.

Cuando volvió, Greer estaba incorporada, apoyada en los codos, mirándolo, con el pelo medio fuera de la cofia, el vestido bajado y con los senos al descubierto.

Se acercó a ella sin vacilar y la puso de pie. Mantuvo su mirada, dejó que sus manos se deslizaran por sus brazos, le acarició los dedos con los suyos y luego las caderas. No habló, no podía hacerlo y, además, tenía miedo de lo que pudiera decir.

Pero Greer, la valiente Greer, con los ojos fijos en los suyos, levantó vacilantemente un brazo y se apartó el vestido del hombro.

—Supongo que esto debería desaparecer, ¿verdad?

Él tragó saliva.

—Permíteme —dijo.

Le sujetó la mano y se la apartó antes de levantar las suyas propias hacia los hombros para quitarle el vestido y la camisola.

—Eres tan hermosa —le dijo mientras seguía bajándole la ropa hasta más allá de la cintura—. Y demasiado fascinante como para expresarlo con palabras —añadió.

Se agachó, empujando al mismo tiempo el vestido y la camisola, hasta las piernas de ella y presionando los labios contra su vientre.

Greer jadeó; le puso las manos en la cabeza, buscando un punto de apoyo, mientras él trazaba un sendero con la boca desde su vientre, pasando por su sexo, y hasta la parte interior de sus muslos. Ella se tambaleó y él levantó la mirada al tiempo que llevaba la mano hasta su ropa interior y se la quitaba despacio.

—¡Dios! —jadeó él.

Admiró sin reservas su cuerpo completamente desnudo, recorriendo con avaricia cada centímetro, desde la cara ruborizada hasta los pechos hinchados, la suave depresión de su vientre y el vello rizado en la unión de sus piernas. Estaba derritiéndose por dentro, el fuego lo estaba consumiendo. Sacudió la cabeza, asombrado de que aquella maravillosa mujer, por alguna razón, pareciera desearlo tanto como él a ella.

—Eres hermosa —balbuceó—. Eres tan bella como sabía que serías.

Se incorporó, se deshizo rápidamente de la chaqueta y, mientras se afanaba con los botones del chaleco, ella le deshizo el nudo del pañuelo. Tiró al aire la chaqueta, el chaleco y la corbata. Greer le soltó la camisa del pantalón y él se la quitó por la cabeza, echándola al suelo.

Los ojos de ella tenían una expresión maravillada cuando apoyó las manos contra su torso, deslizándolas hasta la cinturilla de los pantalones, y volviendo luego a subirlas, acariciándole los pezones, los hombros y los brazos. Rhodrick temía que Greer lo encontrara repulsivo y se desprendió del cinturón rápidamente, abrazándola luego, enterrando la cara en su cuello y tumbándola de nuevo sobre el sofá.

—No te muevas. Deja que te ame —le pidió, besándola con reverencia, consciente de que nunca volvería a vivir un momento tan puro como aquél, y nada dispuesto a echarlo a perder.

Se la colocó sobre el regazo. Era tan ligera como una pluma y sus huesos parecían frágiles bajo sus manos. El calor de su cuerpo le calentó la piel, excitándolo hasta que creyó que no podría soportarlo ni un segundo más.

Giraron sobre sí mismos, de modo que Greer quedó debajo de él, y entonces su mano bajó por su cuerpo hasta encontrar su lugar más suave.

—¡Oh! —jadeó Greer—. ¡Dios!

Rhodrick continuó acariciándola con la mano y la boca, bajando por su barbilla, sus pechos y más allá, hacia su vientre, la parte interior del codo y la muñeca, la cadera, y, por fin, entrelazando la mano con la de ella.

La joven exhaló un cálido suspiro y levantó una pierna. Todos los sentidos de él estaban llenos del olor y el sabor de ella. Cuando introdujo la lengua entre los pliegues de su sexo, la oyó emitir un grito estrangulado y tensarse. Pero Rhodrick la sujetó por las caderas, inmovilizándola para poder disfrutarla. Estaba siendo deliberadamente lento, deleitándose con su cuerpo, excitado por los rápidos latidos de su corazón cuando se arqueó contra él. Y cuando cerró los labios en torno al pequeño botón, Greer sollozó de placer.

Cuando lo absorbió entre sus labios, el cuerpo de ella sufrió un espasmo y lanzó un grito, sujetándolo por la cabeza, temblorosa. Se movió sin control, intentando escapar del placer, pero el hombre no se lo permitió, no podía hacerlo hasta que él mismo estuviera saciado. La sujetó sin esfuerzo alguno, y siguió excitando el diminuto botón hasta que Greer volvió a gritar y sollozar, apretándolo entre las piernas.

—Te lo suplico —jadeó—, basta.

Sólo entonces se elevó por encima de ella, para quitarse los pantalones, dejando al descubierto su enorme erección. La besó violenta, apasionada y posesivamente, al tiempo que le separaba las piernas con el muslo y, descendiendo, presionaba la punta de su virilidad contra su húmedo sexo, mordiéndose el labio inferior para no penetrarla como un animal.

La joven mantenía los ojos cerrados y su respiración era jadeante.

—Nunca imaginé que fuera así —gimió.

—Ni yo —afirmó él introduciéndose un poco en su interior.

Greer gimió, y Rhodrick la besó y siguió acariciándole el pelo, penetrándola despacio, cada vez un poco más para darle tiempo a que su cuerpo se acostumbrara al suyo.

Se introdujo más profundamente y, al notar la barrera de su virginidad, se dio cuenta de que, en medio de la neblina de deseo y pasión, estaba agradecido por ello.

Bajó la frente hasta tocar la de ella.

—Te necesito con desesperación, Greer, pero ¿estás segura de desearme tú a mí?

Ella abrió los ojos. El color azul de éstos parecía haberse intensificado, y a él le dio la sensación de estar asomado a un pozo profundo. La joven le sonrió y le acunó la cara con las manos.

—Sí —dijo con suavidad.

Rhodrick suspiró de placer y la besó, al tiempo que empujaba contra la barrera, penetrándola por completo.

En su favor había que decir que su única demostración de dolor fue un leve gemido. Pero cuando su cuerpo quedó abierto para él, sus manos empezaron a acariciarle la espalda. Rhodrick comenzó a moverse con fluidez, retirándose casi del todo y volviendo a introducirse en su interior, mirándola a los ojos con cada embate. Ella cerró los ojos cuando él empezó a moverse más rápido y giró la cabeza a un lado con el pelo cubriéndole el rostro. Sin embargo, se movía al ritmo de él, sujetándose a sus hombros con las manos, arqueando las caderas a cada embestida. La respiración del hombre se volvió superficial.

Cuando el furioso deseo hizo explosión, Rhodrick echó la cabeza hacia atrás, enseñando los dientes y emitiendo un gutural gruñido de placer al derramarse dentro de ella. Se derrumbó luego a su lado con un estremecimiento final, enterrando la cara en su cuello, y con el corazón latiéndole con tanta fuerza que la muchacha lo oyó y apretó la mano contra él.

—El corazón de mi príncipe —susurró.

Esas palabras casi le hicieron perder la cabeza. Cerró los ojos y la abrazó fuerte, recordando cada instante, intentando grabarlo en su memoria para no olvidar nunca las sensaciones de esa noche.

Se durmieron el uno en los brazos del otro hasta primeras horas de la mañana, cuando Rhodrick se separó de ella y se vistió en silencio. Buscó una manta y se la echó encima. Greer, entre sueños, gimió y se puso de lado. Él le apartó el pelo que le tapaba la cara, le acarició la mejilla y se agachó a su lado. Le cogió un mechón entre los dedos y se lo pasó por la mejilla antes de inclinarse para besarla.

Cuando lo hizo, ella abrió los ojos y alzó la vista hacia él con una somnolienta sonrisa de satisfacción.

—Duerme —le dijo él.

Esperó hasta que cerró los ojos y se puso las manos a modo de almohada, debajo de la cabeza.

Rhodrick se levantó, ordenó como pudo la salita a la luz de la única vela que todavía quedaba encendida, atizó las brasas del hogar, añadiendo otro trozo de madera al fuego y luego, sin hacer ruido, abandonó la estancia. Mientras caminaba por su castillo, frío y oscuro, se preguntó si acababa de cometer el mayor error de su vida, o si lo que había hecho era abrir una puerta.

Greer se despertó antes del alba, sola, acurrucada en el lugar donde el príncipe había yacido con ella en el sofá. Estaba tapada con una manta. Cuando abrió los ojos a la tenue luz, se incorporó, apoyándose en un codo, y echó una ojeada en torno a la habitación. Su ropa estaba bien doblada encima de una silla, y alguien había alimentado el fuego del hogar. Pero estaba sola.

Se tumbó de espaldas, se tapó los ojos con un brazo y, con un estremecimiento de excitación, empezó a recordar.

¡Jamás había estado tan cautivada, nunca se había sentido tan viva como la noche anterior! No por el acto en sí —que le dolió— sino por algo más.

Había sido por el modo en que él la había tocado, con tanta reverencia, por cómo la miraba, cómo se preocupaba por darle placer; como si tuviera entre las manos algo valioso y frágil; y por las tiernas y sinceras palabras que le había susurrado.

Era su modo de contemplarla, la manera en que le brillaban los ojos, desde sus profundidades, lo que la hacía estremecerse ahora, a la luz de la mañana, sólo de recordarlo.

Bajó el brazo que le tapaba la cara y sonrió feliz.

Hasta que recordó que su habitual sentido común se había nublado por culpa de la curiosidad, la excitación y... ¿los sentimientos?

Sentimientos. Sentimientos tan ocultos en su interior, que no supo qué hacer con ellos. En un segundo, la pequeña tormenta que tenía dentro salió de golpe a la superficie, abrumándola, hasta que en lo único que pudo pensar fue en que él la abrazara, besara y acariciara. Que la quisiera. Que la amara en toda la extensión de la palabra.

¿Amor? La sola idea la asustaba. ¿Era amor lo que sentía? Se sentó despacio en la cama, sujetando la manta. ¿Se trataba del misterioso sentimiento que siempre la había eludido? ¿Cuando las otras mujeres decían amar a éste o a aquél, era eso lo que sentían? Parecía ser algo más serio que lo que provocaba las risas tontas de las debutantes.

¿Era posible que Ava, en algún lugar de Inglaterra, hubiera experimentado eso mismo por el marqués de Middleton? ¿Era de verdad posible que Greer pudiera enamorarse de un hombre varios años mayor que ella, y que vivía aislado en Gales, con tantas incógnitas a su alrededor?

Era demasiado incluso para pensarlo.

Se levantó, se envolvió con la manta y recogió la ropa y los zapatos. Echando una ojeada para asegurarse de que no se olvidaba nada, se retiró a la seguridad de su dormitorio.

Pero al entrar, recordó que una vez había sido el dormitorio de una esposa a la que él había amado, y volvió a la realidad. Cuando guardó la ropa en su sitio y se metió el camisón por la cabeza, se preguntó si el príncipe seguiría amando a Eira. ¿Era posible que un hombre amara a dos mujeres en su vida?

—Basta —se reprendió a sí misma, subiéndose a la cama—. No tienes ninguna razón para pensar eso.

Era cierto; estaba dando por hecho algo sobre lo que no tenía ninguna certeza. Mientras él no declarara formalmente que la amaba, no iba a atribuirle tal sentimiento. Por lo que ella sabía, para todos los caballeros de Londres, acostarse con una mujer era un deporte. ¿Por qué iba a ser aquel caballero distinto? Después de todo, ella vivía bajo su techo sin dama de compañía. Y no sólo no lo había detenido, sino que, al contrario, había sido una participante activa y dispuesta.

Todo su mundo se había puesto patas arriba.

Cuando se acostó en la cama, volvió a cerrar los ojos, pero en esa ocasión, con la desagradable imagen de una debutante deshonorada que había permitido que no uno, sino dos hombres, la besaran a conciencia en el espacio de dos semanas, y que por fin había sucumbido a lo impensable.

Realmente, ¿dónde estaban Ava y Phoebe cuando ella las necesitaba?

Se durmió por fin y, en esas horas cercanas al alba, soñó con su madre. Estaba en la puerta de Kendrick, llamando a Greer para que entrara en la casa. Mientras ella subía la escalera, su madre entraba, y los pasos de la joven se iban ralentizando ante el temor de lo que tal vez la aguardara dentro. Cuando llegó al oscuro umbral y dio un paso hacia el interior, a quien vio no fue a su madre, sino al príncipe. Éste estaba de pie en medio del vestíbulo, con la capa ondeándole alrededor de los tobillos a causa de la brisa, y una expresión misteriosamente erótica.

Se despertó cubierta de un sudor frío.

Queridas Ava y Phoebe:

Espero que al recibo de esta carta estéis bien de salud. Yo estoy muy bien.

He podido ver que hay algunos días en los que Gales es bastante bonito, y no tan triste como creía al principio. Hoy una ligera capa de nieve cubre el paisaje, lo que hace que el bosque tenga una apariencia blanca y hermosa.

Hace poco cenamos con unos amigos del príncipe; el señor y la señora Awbrey y lord y lady Pool, quien antes iba a menudo a Londres y dice conocer a lady Purnam. No está segura del todo, pero después de la descripción que le hice de ella, está convencida de que se conocen. No puedo imaginarme que nadie, después de conocer a lady Purnam, pueda olvidarse de ella fácilmente, por muchos años que hayan pasado.

Me he acordado de alguien a quien conocimos hace unos años, la señorita Bethany Randall. ¿Os acordáis de que la pobre se vio envuelta en un espantoso escándalo relacionado con un notorio libertino? ¿Creéis que le entregó su virginidad porque se creyó enamorada de él? ¿Sabéis qué fue de la señorita Randall?

Estoy oyendo voces en el pasillo, de modo que tengo que dejaros. Por favor, saludad de mi parte a lord Middleton, y también a Lucille y a lord Downey.

Espero con impaciencia recibir pronto noticias vuestras. Con cariño,

GREER

Cuando la señora Bowen y dos lacayos entraron en el pabellón, ya había cerrado la carta. Los lacayos llevaban dos enormes arreglos florales de hortensias del invernadero que, bajo la dirección del ama de llaves, depositaron en el suelo, a ambos lados del escritorio. Greer miró a la mujer con asombro, pero ésta, en cambio, parecía mirar a todos lados excepto a Greer.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—A su señoría se le ha ocurrido que, como está nevando, a usted tal vez le gustaría disfrutar de algunas de las flores del invernadero. —Mientras hablaba, las cejas del ama de llaves se elevaron hasta casi unirse con el comienzo del pelo—. Las ha elegido para usted.

Greer lanzó una exclamación de placer y se levantó para ver mejor los grandes floreros llenos de hermosas hortensias.

—¡Son preciosas!

—Me atrevería a asegurar que su señoría llevaba al menos dos años sin pisar el invernadero —observó la señora Bowen, todavía con las cejas levantadas.

—Muy amable por su parte —murmuró Greer, sonriendo mientras los lacayos se iban.

Nada le hubiera gustado más que bombardear a preguntas a la mujer: ¿Qué había dicho él? ¿Le había dado algún mensaje? ¿Qué expresión tenía cuando le pidió que cortara las flores? ¿Estaba sonriendo? Pero lo pensó mejor. Si algo había aprendido en Londres, era que los criados propagaban los rumores con más rapidez que nadie.

—Espero que se le haya curado la mano —comentó la señora Bowen, mirando de reojo la mano sin vendar de Greer.

—Bastante —contestó ésta, levantando la palma de la mano para que el ama de llaves la inspeccionara, y moviendo los dedos—. Es una herida sin importancia, de verdad. Hoy apenas me ha dolido. De hecho —añadió, bajando la mano y cogiendo la carta lacrada—, he escrito esta carta sin ni siquiera acordarme. ¿Puede encargarse de dejarla para el correo?

—Desde luego.

Greer se acercó a ella y le entregó la carta, pero cuando la otra fue a cogerla, la joven no la soltó.

—Señora Bowen, si me lo permite —pidió con una deslumbrante sonrisa—, me... me gustaría preguntarle si hay algo más que pudiera contarme sobre Alis Bronwyn.

—¿Sobre la señorita Alis Bronwyn? —repitió la mujer con recelo—. No puedo decirle más de lo que ya le he dicho...

—¿No recuerda usted nada más de su infancia? —insistió Greer, nerviosa—. ¿Qué clase de niña era? ¿Recuerda usted algo fuera de lo común sobre ella? Mi tía era mucho más joven que mi madre, y apenas sabía nada sobre su infancia.

—Bien —respondió el ama de llaves, pensativa, mientras le arrebatava la carta de un tirón—. Era bonita, de pelo largo y negro y ojos azules —dijo—. Como usted, señorita. Y era muy educada. —Fruunció el cejo, intentando hacer memoria—. Recuerdo que una vez se perdió.

—¿Se perdió?

—Ajá —asintió la señora Bowen, moviendo la cabeza—. Consiguió escaparse de su niñera. —Sacudió la cabeza y arrugó la frente—. La buscaron por todas partes. Pidieron incluso ayuda al padre del príncipe y a sus hombres para buscarla en el río.

—¿En el río?

—¡Oh, sí! —confirmó la mujer, moviendo vigorosamente la cabeza—. Era muy pequeña, estaban seguros de que se había metido en él y se había ahogado.

—¡Cielos! Pero evidentemente no se ahogó.

—Claro que no. Si mal no recuerdo, se había ido detrás de una pareja de conejos por los bosques y acabó perdiéndose. Apareció varias horas después, cubierta de tierra de la cabeza a los pies, y cuando le preguntaron cómo había encontrado el camino de vuelta a casa, dijo algo muy extraño. Contó que un anciano con un abrigo rojo la había ayudado.

—Un anciano con un abrigo rojo —repitió Greer—. ¿De quién cree que se trataba?

—De un espíritu, señorita Fairchild —contestó la señora Bowen, como si fuera algo obvio—. En el vestíbulo había un retrato de su abuelo vestido de uniforme. Dijo que había sido él, pero el anciano había muerto mucho antes de que la señorita Alis naciera. Fue su espíritu quien la condujo a casa.

—Un milagro —murmuró Greer.

—Exacto. La verdad es que no recuerdo nada más —concluyó la otra con una leve sonrisa—. Debería preguntarle a su señoría...

—Sí —la interrumpió Greer, preguntándose si sería buen momento para hablar con él sobre Kendrick. Dirigió una brillante sonrisa al ama de llaves—. Parece que ha dejado de nevar.

La mujer echó una ojeada a las ventanas y asintió.

—Es cierto. Si no necesita nada más, me ocuparé de añadir esto al correo en seguida. Su señoría irá a Rhyaner por la mañana y siempre se lleva las cartas.

—Gracias —dijo la joven.

Una vez sola en el pabellón, y una vez escrita la carta, no tenía nada que hacer, excepto hablar largo y tendido con el príncipe o bien leer. De modo que volvió a coger el libro sobre la historia de Gales y se dedicó a la lectura. Cuando el fuego empezó a apagarse, comenzó a hacer frío, y Greer se arropó en el sofá con la manta que se había traído del saloncito verde. Mientras, siguió leyendo sobre la conversión de los galeses a la Iglesia metodista.

Debió de quedarse dormida, porque la despertó el golpe del grueso volumen al caer al suelo. Parpadeó para alejar el sueño y se incorporó hasta quedar sentada, momento en el cual vio al príncipe de pie ante la puerta, con las manos cogidas a la espalda, contemplándola. La joven esbozó una sonrisa de deleite.

A él pareció sorprenderle esa sonrisa y sonrió lentamente a su vez.

—No quería molestarte.

—Creo que la culpa ha sido del metodismo —confesó avergonzada, mientras recogía el libro—. Estaba leyendo sobre la Iglesia metodista y la Biblia de Gales —añadió, antes de darse cuenta de cómo sonaba eso—. ¡N...no me parece nada aburrido, de verdad! —concluyó a toda prisa, levantando la vista hacia él—. Por supuesto es edificante.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo él, ensanchando su sonrisa—. No me había dado cuenta de que eras una estudiosa de la historia.

—La historia de Gales es bastante interesante.

—¿Sí?

Ella asintió con la cabeza.

—Es extraño, pero tengo la sensación de que forma parte de mí.

Él sostuvo su mirada por unos segundos; ella lo vio tragar saliva.

Greer miró las hortensias y volvió a sonreír.

—Gracias por las flores, son preciosas.

—Se me ocurrió que harían más acogedor tu estudio. No tengo ni idea de qué color son...

—Rosa.

—¡Ah! —Se metió en la habitación y miró a su alrededor—. Aquí hace bastante frío.

—No me importa —declaró ella, levantándose y guardando la manta en su sitio—. Es vigorizante.

El príncipe asintió, observándola.

—Si estás acostumbrada al frío, me gustaría enseñarte algo.

—¿Ah, sí?

Él echó un vistazo a la ventana.

—Está fuera. Cerca, pero fuera.

A Greer no se le ocurría nada que pudiera apetecerle más, de modo que asintió.

—Voy a coger la capa.

Y mientras iba en busca de la prenda, lo miró sonriendo al pasar, y pudo ver en las profundidades de sus ojos los mismos sentimientos que ella experimentaba.

Se reunió con el príncipe en el vestíbulo, donde la estaba esperando acompañado de los perros, con la misma capa negra y larga que llevaba en su sueño, y un sombrero de piel de castor. En su cintura brillaba la leontina de un reloj y llevaba una corbata azul oscuro a juego con el chaleco bordado en oro. Le pareció que tenía un aspecto regio, atractivo y extraordinariamente masculino. Él esbozó una sonrisa al coger la capa de ella y la mantuvo extendida para que se la pusiera. Greer así lo hizo, estremeciéndose de placer cuando la mano de él tocó su hombro. Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en abrochársela.

Él le entregó una gruesa bufanda de lana.

—Para la garganta —le aclaró, mirándole el cuello—. No me gustaría que cogieras frío.

—Gracias.

Con una sonrisa, se puso al cuello la bufanda de color marrón oscuro que olía a colonia de hombre. Cuando Rhodrick estuvo seguro de que estaba bien puesta, le entregó también un sombrero forrado de piel y un manguito de zorro para las manos.

La joven los cogió, parpadeando ante tal extravagancia.

—Son de mi hermana —explicó él, acercándose a la puerta que un lacayo se encargó de abrir—. No le importará que los uses. —Su imponente cuerpo ocupó todo el hueco de la entrada cuando se asomó fuera—. ¡Ah! —masculló—, ahí está.

Se volvió y le ofreció a Greer una mano.

Se trataba de un simple gesto que cualquier caballero hubiera hecho, pero a ella le pareció que llevaba toda la vida esperando a que lo hiciera el hombre adecuado. Deslizó la mano en la de él, deleitándose con la sensación de sus dedos envolviendo los suyos posesivamente, y le permitió conducirla al patio con *Caín* y *Abel* trotando a su lado.

Allí, bajo un cielo gris, había solo un caballo, el enorme corcel negro en el que había visto cabalgar al príncipe. Echó un vistazo a su alrededor, con volutas de vaho saliendo de entre sus labios.

—¿Dónde está *Molly*?

—El trayecto va a ser corto pero bastante accidentado. Montarás conmigo —anunció, mirándola de reojo—. Si no te molesta.

La idea de montar a horcajadas sobre aquel animal y con aquel hombre bastaba para hacer que una pobre debutante deshonrada se desmayara, pero Greer accedió de buena gana y asintió feliz. Caminó a su lado hasta llegar al caballo.

—¿Tiene nombre? —preguntó, levantando la mirada hacia los enormes ojos negros del corcel.

—*Cadfael* —respondió él, a su espalda, con tono suave y cálido—. En galés significa «Príncipe de la batalla». ¿Te ayudo a montar?

Apartó la mirada del caballo y alzó los ojos hacia el príncipe. Quería haber dicho algo, hacer un chiste; le parecía que dos personas que habían llegado a tal grado de intimidad deberían tener el privilegio de llamarse por sus nombres de pila.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Me refiero a tu nombre de pila.

Él le puso las manos en la cintura y la subió al caballo.

—Rhodrick. Rhodrick William Glendower.

Rhodrick. Sonrió mientras él montaba detrás de ella. Lo vio coger las riendas con la mano izquierda y luego le rodeó la cintura con la derecha, echándola hacia atrás y sujetándola contra él.

—¿Preparada? —preguntó, pegando la cabeza a la de ella.

No vio la sonrisa con la que Greer miraba hacia el camino que tenían delante, cuando ella asintió.

Cabalaron por un estrecho sendero del bosque que Rhodrick llevaba meses sin recorrer. Estaba lleno de maleza, pero todavía estaba transitable. *Cadfael* subió una escarpada cuesta y luego escogió cuidadosamente una rocosa y estrecha vereda, en la cual, según pudieron comprobar, soplaban un cortante y helado viento. Él cogió el borde de su capa y tapó con ella a Greer, quien se echó hacia atrás, recostando su delgado cuerpo contra el del hombre.

Rhodrick apenas veía lo que tenía delante. Sentirla allí, tan cerca, le recordaba cómo la había visto la noche anterior. Su pelo negro contrastando con su blanca y cremosa piel, sus labios, oscuros y húmedos, y sus ojos, siempre sus ojos, dos pequeños mares azules en un mundo prácticamente gris.

Mientras Greer parloteaba algo sobre los metodistas, por algún motivo que él no alcanzaba a comprender, Rhodrick se sorprendió suspirando de alivio. Durante toda la mañana había tenido miedo de volver a verla, temiendo ver arrepentimiento en su mirada, o algo peor. Todavía no era capaz de entender cómo había sucedido. En un momento estaba mirándola, deseando que su vida hubiera sido distinta, que su rostro fuera otro, y al siguiente la tenía entre los brazos, besándola y acariciándola.

Era como un milagro. Ni en sus más locos sueños habría creído posible experimentar la dicha de hacer el amor con una mujer tan hermosa y llena de vida como Greer Fairchild, y luego, al día siguiente, ver su deslumbrante sonrisa en vez de la repugnancia que había temido encontrar.

¿Cómo era posible que ahora estuviera allí, con él, cabalgando por un paisaje cubierto de nieve y hablando sobre los metodistas? ¿Cómo era posible que en sus ojos pareciera brillar aquella profunda expresión de placer al verlo? Nunca la había visto tan hermosa como en aquel momento, ni siquiera la primera vez en el camino, desafiante, obligándolo a preguntarse si era tan salvaje como seguramente ella había oído comentar.

Rhodrick hizo girar a *Cadfael* en dirección al bosque, hacia el lugar donde crecía un árbol, rodeando a medias una roca.

—¿Qué crees que querían hacer con ella? —preguntó Greer, interrumpiendo su ensoñación.

—¿Perdón?

—La Biblia de Gales —le aclaró ella—. ¿Qué querían hacer con ella?

—¿Quiénes? —preguntó él confuso.

Greer se echó a reír y volvió un poco la cabeza para mirarlo, con la cara hacia arriba y los ojos brillantes.

—¡Juraría que no has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho! Te estaba explicando que he leído que, cuando la Biblia se tradujo al galés por primera vez, varios ejemplares desaparecieron de las iglesias. ¿Por qué crees que fue?

—En realidad es muy sencillo —dijo él—. Los ingleses no inspiraban demasiada confianza, y los galeses temían perder algo que, para ellos, era muy valioso. En Llanmair hay una. Uno de mis antepasados la sacó de la iglesia de la parroquia y la metió en una caja con cerrojo.

Ella se rió alegremente.

—Admites con orgullo que tu familia cometió un robo.

—Y a mí me parece que tú —contraatacó él, sonriéndole—, has pasado demasiado tiempo entre los ingleses. Confías demasiado en ellos.

Greer volvió a reírse y miró hacia adelante, recostándose contra él como si llevaran mucho tiempo siendo amantes.

—Y tú te comportas como un hombre de otro siglo.

—Lamento discrepar. Me comporto como un hombre que ha realizado muchos negocios con los ingleses. No se puede confiar en ellos.

—A lo mejor tú... ¡Oh! —exclamó cuando llegaron al claro. Se incorporó para ver las antiguas ruinas vikingas—. ¡Caramba... es asombroso!

Rhodrick detuvo a *Cadfael*, desmontó y luego ayudó a Greer a bajar del caballo. Ella, dejando un rastro en la nieve al arrastrar la capa, se apresuró a acercarse a la primera de las piedras, colocada de forma extraña.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó mientras deslizaba la mano enguantada por encima de la piedra—. ¿Qué es?

—Es el lugar sagrado de los druidas nórdicos. O un cementerio vikingo. Los sabios que han venido a estudiar este lugar no están seguros. —Pasó también la mano por la áspera superficie de una de las piedras.

Greer se agachó para observar las marcas de una de ellas y luego se levantó. Recorrió el círculo formado por las rocas, con los perros siguiéndola con la cola levantadas. Estaban dispuestas en espiral alrededor de una más grande en el centro, que a su vez estaba tallada de forma diferente al resto. La rodeó, con las mejillas sonrosadas por el frío y los ojos brillantes de alegría.

—Rhodrick, es maravilloso.

El sonido de su nombre, raras veces usado, y por tanto pocas veces oído, le provocó la misma sensación de felicidad que experimentaba al oír música.

—Hay más.

—¿Dónde? —preguntó Greer, impaciente.

Se preguntó sobre la sensatez de lo que estaba a punto de hacer, pero le puso la mano en el codo y la guió fuera del círculo, hacia el bosque. A través de la maleza llegaron hasta otro pequeño claro, en el cual, bajo las ramas de los árboles, había una casita y una artesa para el caballo.

—¿Qué es eso? —preguntó complacida.

—La construí hace años, para los expertos que venían a estudiar las ruinas —explicó él, observando el techo de paja, las paredes de piedra y el pequeño jardín—. Dejó de usarse cuando se fueron, pero un día, en medio de una fuerte tormenta, encontré refugio entre sus paredes. Me resultó un lugar muy tranquilo y, bueno... —Se adelantó y abrió la puerta.

Greer lo miró con curiosidad, luego echó a andar, pasando delante, al tiempo que se agachaba para cruzar el umbral detrás de los perros, que ya se habían metido como, sin duda, habían hecho antes cientos de veces.

Rhodrick experimentó un instante de pánico. Nunca antes había llevado a nadie allí. Todo el trabajo lo había hecho él, con la única compañía de *Cadfael*, *Caín* y *Abel*. Era su rincón privado en el mundo, y si ella se burlaba, si pensaba que estaba loco por buscar refugio en un sitio tan vulgar, poseyendo como poseía una extensa propiedad...

Entró detrás de la joven. *Caín* y *Abel* ya se habían dirigido a las plataformas que les había construido, y se habían tumbado en ellas, con sus largas lenguas colgando de idéntica forma. Greer permanecía de pie en medio de la habitación, mirando a su alrededor, estudiando los cuadros dispersos por el lugar. Pintados por él en secreto, y que nunca había enseñado a nadie más.

Los muebles consistían en una sola silla que había llevado con la ayuda de *Cadfael* y una mesa que él mismo construyó con tablas de madera que había arrastrado también hasta allí. Disponía de pocas comodidades: una manta sustraída de Llanmair, un candelabro que había perdido el brillo y un montón de lienzos.

Greer giró sobre sí misma dos veces, tomando nota de cada detalle, y luego se acercó a la tela que él había dejado abandonada sobre el caballete unas semanas antes. Quería capturar la luz del ocaso cuando desaparecía tras los montes Cambrianos, pero no le gustó el resultado y se olvidó de él. Ahora, Greer lo estaba contemplando con los ojos muy abiertos, acariciando con cuidado la montaña que él había dibujado.

De repente, deseó no haberla llevado allí. Se sentía como un estúpido, como un niño orgulloso de mostrar su fortín. No entendía por qué había creído que podía dejarle ver la parte más íntima de sí mismo.

Estuvo a punto de decirle que tenían que irse para así intentar enmendar su error, pero ella se volvió de pronto y lo miró con expresión de asombro.

—¿Los... los has pintado tú?

Él hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Son preciosos... muy hermosos. Pero ¿por qué están aquí? Dispones de todo Llanmair para dedicarte a tu arte.

Rhodrick echó una ojeada a su alrededor, intentando ver la casita a través de sus ojos. Debía de resultarle tan extraña como él.

—Algunas veces —explicó, obligándose a hablar—, deseo alejarme de toda la parafernalia que acompaña al título y las obligaciones que éste conlleva. Algunas veces, quiero ser libre para poder pintar sin la presencia de los criados o las demandas de los extraños. Y... —Se detuvo, miró hacia el suelo y cogió aire—. Y no sé si... tienen color. O si son del color correcto.

Greer volvió a mirar a su alrededor y, cuando lo miró a él de nuevo, exhibía una deslumbrante sonrisa.

—Tienen color. Colores brillantes, Rhodrick. Las montañas son amarillas, el cielo azul y los árboles rojos. Pero son hermosos.

En ese instante fue cuando él supo que la adoraba, que la había adorado desde que tenía memoria. No tenía nada en mente cuando la abrazó; de pronto le parecía algo tan natural, adecuado y perfecto como si toda su vida hubiera estado encaminada hacia ese instante.

Le puso una mano en la barbilla, le levantó la cara y estudió su rostro. Sus ojos, un atisbo de color en su mundo descolorido, la nariz, ligeramente respingona, los carnosos labios y las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas.

—¿Qué miras? —le preguntó con una amplia sonrisa en los labios.

—El color —respondió con toda sinceridad, inclinándose para depositar un beso en su mejilla. Y luego en cada uno de sus ojos y en el puente de la nariz.

Greer sonrió, levantó la mano y la presionó contra su rostro, sonriendo cuando él giró la cabeza para besarle la palma. Sus ojos brillaban con una emoción tan profunda que hizo que el corazón de él levitara. Se sentía al borde de algo lo bastante profundo como para ahogarse si no iba con cuidado.

Pero la cálida sonrisa de Greer le envolvió el corazón, infundiéndole vida. La rodeó con sus brazos y la besó; mejor dicho, la estrujó. Ella le metió los dedos entre el pelo, mientras él le desabrochaba la capa y se la apartaba de los hombros, al tiempo que profundizaba el beso.

La joven respondió apretándose contra su cuerpo y enredando su lengua con la suya.

Él se las arregló para librarse de la capa. Sus manos recorrieron con impaciencia el cuerpo de ella, subiendo por los costados y bajando luego hacia su vientre y sus pechos, buscando los botones del vestido. Greer introdujo las manos por debajo de la chaqueta de él, rodeándole la espalda, palpando su columna vertebral, su torso y los tensos músculos del cuello y los hombros.

Rhodrick liberó un pecho y se llevó, impaciente, el rígido botón a la boca. Greer se le ofreció, deleitándose con su pasión.

La reverenció, con la boca y las manos, y ella recibió sus caricias con verdadero júbilo. Rhodrick se detuvo un momento para quitarse la chaqueta y el chaleco mientras Greer se afanaba con los botones de perlas de la camisa. Cuando logró quitarse las prendas, llevó una mano al tobillo de ella y la introdujo por debajo de la falda, tocándole la pierna.

—Creo que el cielo te trajo hasta mí —dijo desatándole la falda, sorprendido por haber expresado en voz alta sus sentimientos.

La joven sonrió seductoramente y elevó las manos a las caderas para ayudarlo a quitarle la falda. Lo hizo y siguió con la ropa interior. Cuando la tuvo desnuda, contempló su cuerpo antes de besar el hueco de su vientre.

Ella suspiró de placer. El cielo la había llevado hasta allí; ése era el único modo de explicar que, en ese momento, por increíble que pareciera y en contra de todos sus principios, estuviera consumiéndose por las caricias de aquel hombre. La dura excitación de Rhodrick deformaba la tela de los pantalones, presionando contra la pierna de ella. La suave sensación de sus labios sobre el vientre y el rápido movimiento de su lengua sobre el ombligo enviaron espasmos de deseo que subían en espiral por su interior. Jadeó de placer, hundió las manos en su pelo y sonrió perezosamente cuando él le levantó una pierna y la besó en el muslo.

Los labios de él trazaron un cálido y húmedo sendero, deteniéndose para besar el pliegue de la rodilla, y Greer se rió a causa de la asombrosa sensación. Pero cuando su aliento le acarició la parte superior de los muslos, tuvo la peligrosa impresión de estar a punto de estallar en llamas.

Cuando la lengua de Rhodrick se movió con rapidez por la abertura de su sexo, el placer fue abrumador. La muchacha empezó a respirar con dificultad, luchando por coger aire. Mientras se movía entre sus muslos, ella cambió de postura para facilitarle el acceso, y él levantó ambas

piernas con una sonrisa de lobo típicamente masculina, colocándoselas sobre sus propios hombros, y descendió despacio sobre ella.

Greer se encaminó rápidamente hacia el clímax, retorciéndose bajo él, sujetando su cabeza con desesperación, arqueándose instintivamente para salir al encuentro de su lengua. Las manos del hombre le sujetaban las nalgas, manteniéndola inmóvil mientras profundizaba más, atormentándola de la más íntima de las maneras. La tensión se estaba volviendo insoportable; hizo un esfuerzo por apartarlo, al tiempo que intentaba alejarse de sus caricias.

Pero él no tenía intención de permitírselo; aceleró el movimiento de la lengua, aturdiéndola, llevándola cada vez más alto, hasta la liberación. Ella la alcanzó, sumergiéndose, dejándose ir con un largo y sordo gemido cuando una oleada de placer la arrastró consigo, lanzándola al océano.

Rhodrick se incorporó, casi arrancándose los pantalones. La expresión de sus ojos era ferozmente posesiva y estaba cargada de deseo. Greer apoyó la mano sobre su sólido pecho, percibiendo los latidos de su corazón, mientras su virilidad le rozaba las piernas.

—Me vuelves loco de deseo —confesó él, bruscamente.

A ella le dio un vuelco el corazón y le acunó la cara con las manos.

—Rhodrick...

Se inclinó para besarla, con el sabor de ella todavía en los labios. Le sujetó la mano y la dirigió hacia la aterciopelada cabeza de su erección, colocándole los dedos alrededor de su gruesa virilidad, moviéndole la mano hacia arriba y hacia abajo y manteniéndola ahí hasta que ella lo hizo sola. Rhodrick gimió desde lo más profundo de su garganta y la besó, introduciéndole la lengua en la boca mientras la mano de ella se deslizaba sobre su miembro. Le apartó de repente la mano y la cogió en brazos, rodando sobre su espalda y arrastrándola consigo, de modo que la joven quedó encima del cuerpo del hombre.

Greer sofocó un grito de sorpresa y placer cuando él asió sus caderas y se la colocó a horcajadas encima, luego se movió frotándose contra ella. Era algo muy erótico. Su pelo, que había escapado de la remilgada cofia que llevaba puesta, formaba una cortina alrededor de su rostro y le acariciaba el pecho.

—No puedo resistirme a ti —declaró ella, sin recato.

Nunca había conocido a un hombre tan atento, igual que jamás había entendido el poder de la sensualidad femenina hasta ese instante. Los ojos de Rhodrick desprendían un deseo casi salvaje, que Greer sabía, de manera instintiva, que era ella quien controlaba con una sonrisa, con la mano o con un suave suspiro. Le proporcionaba un extraordinario y seductor poder. Cuando él la levantó en el aire, se colocó debajo de ella y la guió hacia su virilidad para introducirse profundamente en su interior, ella sonrió, consciente de lo mucho que él la deseaba.

No había nada que hacer, se sabía inmersa en la belleza del acto, gritando de éxtasis ante la sensación de tenerlo profundamente dentro de su cuerpo. Rhodrick le enseñó cómo moverse, apartándole con cuidado el pelo para poder verle el rostro mientras ella se deslizaba sobre él. Se arqueó para salir a su encuentro una y otra vez, colocándole finalmente las manos en las caderas y guiándola. Luego, sentándose de pronto, la rodeó con los brazos y la obligó a tumbarse de espaldas, sin por ello dejar de moverse.

Con su príncipe abrazándola, con la sensación de su cuerpo a su alrededor y dentro de ella, Greer se sintió más hermosa y femenina que nunca antes en toda su vida. Cuando los embates de él se hicieron más urgentes, su interior se contrajo aprisionando su miembro y llevándolo al borde del orgasmo. Lo miró a la cara, presionando las manos contra las mejillas, mientras su cuerpo fluía dentro de ella, tan suavemente como un río. Rhodrick deslizó una mano entre ambos y comenzó a acariciarla al tiempo que incrementaba la velocidad de sus movimientos, llevándola hasta otra explosión de placer. En el momento en que Greer alcanzaba otro orgasmo, él gritó su nombre con el último y poderoso embate, y se estremeció al tiempo que derramaba su semilla en ella, desplomándose a continuación, pero amortiguando la caída con los brazos.

Le apartó el pelo de la cara y ambos se miraron el uno al otro. Greer no recordaba haberse sentido nunca tan viva.

Rhodrick sonrió y la besó, luego le puso una mano en el pecho.

—Aquí hace frío, ¿verdad? —preguntó, mirándola a los ojos—. Estás helada.

—No, no tengo frío —negó ella con una sonrisa—. En realidad, tengo bastante calor.

Él le besó la curva del cuello y el hombro, y se retiró de su cuerpo, despacio.

—Deberíamos regresar antes de que oscurezca.

La cubrió con su capa, se levantó y se vistió sin ningún pudor, al parecer sin darse cuenta de que ella estaba admirando su cuerpo.

Greer sin embargo no era tan atrevida; cuando Rhodrick tuvo anudado el pañuelo, ella ya se había puesto la ropa interior y la falda.

Él la ayudó a abrochársela y luego la hizo volverse para hacer lo mismo con la camisola y el corpiño del traje de montar, como si ya lo hubiera hecho muchas veces antes. Cuando terminó, la miró a los ojos, y la joven tuvo la sensación de que quería decirle algo, pero que no encontraba las palabras adecuadas.

—Greer —empezó, recorriendo su rostro con la mirada.

De manera instintiva, supo que iba a decir algo sobre su comportamiento inmoral y que, fuera lo que fuese, ella no iba a soportar escucharlo. Había lanzado por la borda su sentido común, pero todavía no había decidido lo que iba a hacer.

Él le acarició los brazos. Sus ojos se posaron sobre su corpiño.

—La señora Bowen dice que vas a ir a Rhayader mañana —soltó ella antes de que él pudiera hablar.

Rhodrick levantó la mirada, observándola con sus perspicaces ojos verdes.

—Así es. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿A mí? —exclamó ella con una carcajada—. No, milord. Tengo que leer todo un siglo de la historia de Gales.

Él cogió la capa de ella y se la puso sobre los hombros.

—Eso es mucha historia. Quizá pueda librarte si yo te cuento lo que sucedió.

—No, no te lo permito —replicó ella, colocándose el sombrero forrado de piel en la cabeza—. ¿Cómo voy a impresionarte si no? —añadió guiñando un ojo.

Rhodrick sonrió, le rodeó los hombros con un brazo y dijo suavemente:

—Me has impresionado más de lo que creía posible —declaró—. ¿Nos vamos?

La condujo fuera de la cabaña, con la mano posesivamente apoyada sobre su pequeña espalda, y con los perros siguiéndolos detrás.

Margaret Awbrey notó algo diferente en Rhodrick en cuanto éste entró en su salón. Era su forma de andar, pensó, parecía más ligero. Pero además, su querido amigo sonreía. Sonreía. Y no con su habitual imitación de una sonrisa, sino con una que le abarcaba toda la cara.

Se inclinó y la besó cariñoso en el dorso de la mano, saludando luego a Thomas efusivamente. Éste lo miró con atención, recorriéndolo de arriba abajo con la mirada, como si intentara descubrir el motivo de la exuberancia que emanaba de un hombre habitualmente tan estoico y sombrío.

—¡Rhodi! —exclamó Margaret, cogiéndolo de la mano y llevándolo hacia el sofá, para que se sentara a su lado—. ¿Qué te trae a Rhayader?

Él se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban.

—Lo de siempre. Negocios. Pero es un día precioso, Meg, y no podía irme sin hacer una visita a mis mejores amigos.

—¡Rhodi, por favor! —se burló Margaret—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Rhodrick se rió y sacudió la cabeza.

—Nada, sólo es el acostumbrado vigor que trae consigo el cambio de estación.

—¿De verdad? Nunca me había dado cuenta de que la cercanía del invierno te afectara.

Él se puso de repente en pie, lanzando una alegre carcajada, y con las manos enlazadas se acercó a las ventanas, desde las que se dominaba el río Wye.

—Últimamente, el clima ha sido tan suave que estoy pensando en celebrar una pequeña reunión en Llanmair. Una *soirée*, eso es. ¿Qué os parece?

Thomas, bendito fuera, casi se atragantó con el té; en cuanto a Margaret, se sorprendió tanto con el anuncio, que casi tropezó con el bajo del vestido en su prisa por levantarse. Al ver que ninguno de ellos podía hablar, Rhodi se volvió y los miró dubitativo por encima del hombro.

—¿No os parece una buena idea?

—No... No —respondió Margaret al instante, avanzando hacia él. Su marido todavía miraba a Rhodi boquiabierto—. Me parece estupendo —añadió a toda prisa—. Es sólo que estamos sorprendidos. Después de tantos años sin...

—Por eso mismo, Meg. Después de pasar todos estos años viviendo como un triste recluso, por una vez me gustaría celebrar las Navidades. Las vamos a tener encima antes de que nos demos cuenta.

—Es maravilloso —repitió Margaret, sin dejar de mirarlo, todavía medio esperando a que se echara a reír y les dijera que se trataba de una broma, o que sólo tenía pensado invitarlos a ellos y a los Pool, cosa que no supondría ningún cambio en su comportamiento.

—¿Vas a ayudarme? —le preguntó él, muy serio—. Confieso que no sé nada de cosas como cubiertos, flores y cosas de ésas.

—Por supuesto, Rhodi, te ayudaré en lo que quieras.

—Estupendo —dijo su amigo, con aspecto de estar a punto de levitar—. Nada demasiado ostentoso, Meg. Unos doscientos invitados.

¡Doscientos! Iba a tener que invitar a todo Powys para alcanzar esa cifra.

—Los que quieras —sonrió, sin embargo.

Él esbozó una ancha sonrisa.

—Sabía que podía contar contigo, Margaret. Gracias. —Le cogió la mano y volvió a besársela, y luego, sin abandonar su alegre sonrisa, se dirigió hacia la puerta.

Ella se dio cuenta de que estaba a punto de irse.

—¡Rhodi, querido! —exclamó sobresaltándolo—. ¿Adónde vas?

—Lo siento, pero ya es hora de que vuelva a Llanmair. Todavía tengo mucho trabajo por hacer —respondió él, despidiéndose con un gesto de cabeza y saliendo con largas y decididas zancadas.

Ni Margaret ni Thomas se movieron hasta unos minutos después de que la puerta se cerrara. Cuando por fin ella se movió, fue para acercarse a su marido. Le cogió la mano y se hundió en el sofá, a su lado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó preocupada.

Thomas se echó a reír y le acarició cariñosamente la mejilla.

—¿No te lo imaginas, mi amor?

—¿Imaginarme qué?

—Que tu querido amigo está enamorado.

Margaret parpadeó y repitió asombrada.

—¿Enamorado? —Luego, echándose a reír, se levantó encaminándose al centro de la habitación—. ¡Eso es absurdo, Thomas! ¿De quién? —exclamó dándose media vuelta para quedar frente a él.

—¿De quién te parece? —preguntó Thomas con una sonrisa—. Pues de la señorita Fairchild.

Desde luego, eso ella ya lo sabía, pero sin embargo soltó un suspiro y se desplomó en el sofá, mirando a su marido con la boca abierta. No era posible. No podía asimilar la idea de que se hubiera enamorado de aquella misteriosa y depravada joven —¿porque lo era, verdad?— de Londres.

Sin embargo, Thomas estaba sonriendo ante su confusión y, mientras empezaba a asimilar lo que la propia Margaret había visto con sus ojos, empezó a acudir a su memoria, y entonces supo que era cierto.

¡Debería sentirse feliz! Quería alegrarse por él porque, después de lo que había sufrido, nadie merecía ser más feliz que Rhodi. Había rezado durante años para que sucediera algo así. Pero mientras se dejaba caer sobre el sofá, notó que no sentía ninguna alegría, sino un mal presentimiento que nunca antes en su vida había sentido.

Algo le decía que aquel asunto no iba a terminar bien.

Esa mañana, una vez que Rhodrick salió a cabalgar, Greer lo estuvo observando hasta que dejó de ver su capa negra ondeando tras él. Entonces se apresuró a ir a las alacenas, revisándolas todas hasta reunir trapos, lejía y aceite para la madera. Lo metió todo en una cesta y luego preparó comida suficiente para ella, y tortas de avena y manzanas para *Molly*, la cual estaba ya ensillada, a petición de Greer.

Cuando Ifan regresó, ella se estaba poniendo los guantes. El mayordomo se detuvo en el vestíbulo.

—¿Adónde le digo a su señoría que ha ido, señorita?

Greer le dirigió una sonrisa y se colocó el sombrero.

—A ningún sitio, gracias.

Ifan asintió.

—Y en el caso de que su señoría me pregunte sobre su paradero, ¿qué debo decirle?

—Hum. —Greer fingió pensarlo mientras se ataba el sombrero bajo la barbilla. Cuando terminó, dejó caer los brazos y se volvió para mirar al mayordomo—. Supongo que yo, en su lugar, le diría que no lo sé.

Se acercó a la silla donde estaba su capa, se la echó sobre los hombros, y se la abrochó. Cuando estuvo satisfecha con su aspecto, se dirigió a Ifan.

—Buenos días —se despidió, saliendo del vestíbulo.

Afortunadamente, la nevada del día anterior se había derretido lo suficiente como para que Greer y *Molly* pudieran ver el sendero. Y además, esa vez Greer sabía exactamente adónde iba. Casi parecía que *Molly* también lo supiera, ya que tardó apenas una hora en llegar a Kendrick. Greer, sin embargo, no intentó entrar por la puerta de atrás, como la vez anterior, sino que se encaminó directamente a la entrada de la cabaña de Madoc Jones y golpeó la puerta con fuerza. Al ver que no contestaba nadie, la abrió y se asomó al interior.

La cabaña, de techo de paja y paredes de piedra, era la casa más pequeña que había visto en su vida; estaba segura de que no tenía más de una habitación. A un costado se veía un huerto bien cuidado y al lado de éste un sucio corral, donde picoteaban un gallo y tres pollos.

Greer abrió la pequeña puerta de madera de la valla que rodeaba el jardincito de la cabaña y lo atravesó apartando a patadas a un par de pollos que se interponían en su camino hacia la casa. Llamó con fuerza y se detuvo a escuchar. A través de la ventana abierta oyó gemir a un hombre.

Volvió a llamar.

Al ver que seguían sin abrir, se acercó a la ventana.

—¡Jones! —llamó.

Le respondió una voz mascullando algo en galés.

—Perdone, señor Jones, soy la señorita Fairchild.

—¡Maldición! —fue la respuesta, que vino a continuación de una serie de golpes; como si Jones estuviera chocando contra los muebles y paredes en su apresuramiento por llegar hasta la puerta.

Ésta se abrió de golpe poco después, y Madoc Jones apareció en el umbral, parpadeando para protegerse del sol y oliendo a whisky. A mucho whisky.

Apoyó un brazo en el marco, se metió el pulgar en la cinturilla de los sucios pantalones y la miró irritado.

—Señorita Fairchild —dijo, arrastrando las palabras—, estoy seguro de que acordamos que no podía usted venir sin el permiso de su señoría.

—Disculpe, pero no acordamos nada de nada. He vuelto y no pienso irme. De modo que, por favor, ¿puede echarme una mano? —preguntó haciendo un gesto hacia la puerta—. He traído algunas cosas para limpiar la casa.

—¿Qué casa?

—¡Pues Kendrick, por supuesto!

Jones parpadeó y luego soltó una carcajada de borracho.

—¿Por qué va a querer una dama limpiar una casa?

—Porque está asquerosa —respondió ella con tono remilgado—. Por favor, señor Jones ¿quiere ayudarme?

—Vaya, señorita Fairchild, no puedo. Ya lo sabe.

—¡Sí puede! —exclamó ella con una sonrisa—. ¿Qué hay de malo en limpiar una casa abandonada? Su señoría no tiene por qué enterarse.

—¿Por qué quiere limpiar ese viejo caserón? —preguntó él, mirándola con curiosidad.

Por su vida y por ella misma. Porque era lo único real de su pasado.

—Para tener la satisfacción de devolver todo su esplendor a una casa preciosa. Vamos, por favor.

El joven la miró entrecerrando los ojos, y Greer estuvo segura de que estaba pensando en alejarla nuevamente de allí. Pero entonces, de repente, él dejó caer el brazo y cerró los ojos, lanzando un gemido hacia el cielo.

—Por todos los santos, por su culpa voy a quedarme sin cabeza —gruñó.

Pero cerró la puerta de la cabaña y la siguió hacia la salida.

El chico hizo algo más que ayudarla a llevar las cosas hasta la casa. Llenó de agua un cubo de madera, se lo llevó y luego la acompañó a dar una vuelta por la mansión. El lugar era tan grande que era difícil saber por dónde empezar. Greer decidió hacerlo por una habitación que, con toda seguridad, había sido la sala de música. No había nada en su interior que hiciera suponer tal cosa, pero en su imaginación veía el piano situado delante de los ventanales que iban desde el suelo hasta el techo, y desde los que se divisaba un jardín que, por desgracia, estaba lleno de maleza.

Se imaginó a su madre tocando ese piano, y se preguntó si ella misma la habría visto hacerlo.

—Aquí —dijo—. Creo que ésta era la sala de música.

—Si quiere saber mi opinión, a mí me parece igual al resto —declaró Jones.

—No lo es —le aseguró Greer—. Lo sé.

Mientras ella se quitaba la capa, el sombrero y la chaqueta del traje, y se subía las mangas de la camisa, Madoc Jones se apoyó contra una pared y se quedó observándola. Greer lo miró con el cejo ligeramente fruncido, deseando que se fuera, pero él no mostró intención alguna de desaparecer; de hecho, cuando ella empezó a fregar el hogar de la chimenea, él se sentó en el alféizar de la ventana.

—Jamás pensé que vería a una dama de alcurnia remangada hasta los codos y trabajando —comentó asombrado.

Eso se debía a que era raro que las damas de alcurnia poseyeran una casa para ellas solas. Pero en vista de lo sucedido los dos días anteriores —dos días increíblemente fascinantes—, Greer había trazado un plan para retrasar su regreso a Londres. ¿La razón? Sin duda su reputación estaba arruinada, y, aunque el día que salió de su casa tenía alguna esperanza de realizar un buen matrimonio, ahora ya no le quedaba ninguna. Pero en cambio podría convencer a Rhodrick para que la dejara quedarse en Kendrick y vivir allí, a sólo una hora de distancia de él.

Se le ocurrió que, con el invierno casi encima y las cuatro mil libras que se le debían, podía restaurar la casa y quedarse cerca del príncipe. Sólo con pensar en él, una sonrisa asomó a sus labios. Ahora le parecía casi una ridiculez haberle tenido miedo en alguna ocasión. Ya no lo temía: lo deseaba.

Mientras limpiaba, dejó volar la imaginación. A lo mejor llegaban a casarse. Princesa de Powys. La verdad era que sonaba muy bien. Pasarían en Kendrick los meses de verano, porque era más acogedor que Llanmair. Y tendrían hijos. Niños con los ardientes ojos verdes y el abundante pelo negro de él.

O puede que viviera ella sola en aquella magnífica casa, como si fuera un hombre, con el príncipe como amante. Ese pensamiento le trajo a la memoria una escandalosa novela que Phoebe y ella le escamotearon en una ocasión a la tía Cassandra. Se pasaron una noche leyéndosela la una a la otra con los ojos desorbitados y soltando risitas tontas sin poderlo evitar ante los sugerentes párrafos, y alegrándose cuando la heroína, Mary Anderson, gracias a su persistencia y contra toda probabilidad, ocupaba por méritos propios un lugar en la sociedad tras el fallecimiento de su marido.

Greer iba a ser como esa mujer. Se convertiría en la Mary Anderson de Gales, capaz de cuidar de sí misma en contra de todos los pronósticos. O bien, en su elevada posición como princesa de Powys, se la conocería en todo Gales por sus magníficas reuniones y fiestas.

—No sé por qué sonrío —declaró Jones, bostezando mientras se contemplaba las uñas sucias—. Este lugar es inhabitable.

—No, señor Jones, se equivoca —lo contradijo Greer alegremente—. Con un poco de limpieza y unos cuantos arreglos, esta casa quedará como nueva.

El chico resopló al oírla.

—¿Qué cree que era el cuarto que hay justo encima de nosotros? —preguntó ella.

—¿Cuál?

—El que está cerrado —contestó.

—¡Ah! Debe de ser donde estuvo encerrada la señorita Yates.

Greer dejó de fregar de inmediato y lo miró.

—¿Encerrada? ¿A qué se refiere?

—¿No sabe usted por qué razón Kendrick acabó abandonada? —preguntó Jones. Al ver que ella sólo era capaz de parpadear a modo de respuesta, esbozó una ancha sonrisa de placer—. ¡Ajá! ¿O sea que nadie se lo ha contado? Me atrevería a decir que si hubiera oído la historia de nuestra señorita Yates, no tendría usted tanto empeño en arreglar esta vieja casa.

Algo se retorció en las entrañas de Greer.

—¿Quién es la señorita Yates? —se obligó a preguntar.

—La desdichada amante del príncipe o de su primo, según quién cuente la historia. Estuvo encerrada en esa habitación hasta que se volvió loca. —Sacudió la cabeza—. Tuvo un triste final.

—¿Qué... sucedió?

—Que se escapó y se cayó, o se tiró, por un barranco partiéndose el cuello. Hay quien dice que el responsable fue el primo de su señoría. A mí personalmente siempre me pareció extraño que fuera el príncipe quien la encontrara. Ella estaba en el fondo de un barranco, lejos de aquí, y su señoría estaba solo cuando la encontró. —Se inclinó hacia ella y dijo en voz baja—: Algunos dicen que fue él quien la llevó allí.

—Eso es absurdo —le espetó Greer, intentando imaginarse al hombre con quien había hecho el amor haciendo algo así.

El mismo que le había salvado la vida a ella pocas semanas antes. Seguro que, de haber querido, podría haberla abandonado y nadie la hubiera encontrado nunca.

—Tiene usted demasiada imaginación, señor Jones.

—Es posible, señorita Fairchild —respondió él—. Pero debe admitir que es bastante sorprendente.

Lo era, sobre todo porque eso era exactamente lo mismo que le había contado Percy. Greer volvió con ímpetu a su limpieza.

El joven se puso en pie y se desperezó.

—Sigue aquí.

—¿Quién?

—La señorita Yates. —Sonrió cuando Greer dejó de fregar para alzar la vista hacia él—. A menudo la veo. Está en la puerta de la calle, como si estuviera buscando a alguien.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Greer.

—No creo que descanse hasta que su amante venga a por ella.

Ahora ella se irritó.

—¿Había estado bebiendo antes de ver a ese fantasma, Jones? —preguntó con escepticismo.

—Puede, señorita Fairchild. Pero cuando la deje sola en esta habitación, no sabrá con certeza si fue el whisky o un fantasma, ¿verdad? —Se levantó con una mueca y cruzó la estancia en dirección a la puerta—. Bueno, pues la dejo con la limpieza, yo tengo bastante trabajo que hacer.

Greer se apartó un mechón de pelo de la frente con el dorso de la mano, escuchando los pasos que se alejaban. Cuando dejó de oírlos echó un vistazo a su alrededor. ¡Fantasmas! ¡Vaya estupidez! Ya encontraría la forma de abrir la puerta de la habitación. Y estaba segura de que había una explicación lógica para que el príncipe hubiera encontrado a la señorita Yates.

—Tiene que haberla —masculló irritada.

Pero no pudo alejar las dudas que asaltaban su mente. Cuando oyó un extraño crujido en el piso de arriba, como si alguien estuviera caminando por encima de su cabeza, decidió que ya había limpiado suficiente por ese día y se apresuró a recoger la capa y sus cosas, y salir de la casa en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando llegó a la cabaña de Jones, estaba sin aliento.

Él estaba partiendo leña. Al verla, se detuvo, se apoyó en el hacha, y se rió por lo bajo mientras la miraba avanzar hacia él con la capa aleteando a su espalda.

—¿Ya lo ha limpiado todo? —le preguntó con una sonrisa.

—Sólo una habitación —respondió ella, jadeando.

—Es una pena. Sospecho que hubiera sido muy agradable volver a ver la casa limpia.

—No me he dado por vencida, señor Jones. Volveré mañana, si el tiempo lo permite. —Se despidió de él con un impertinente cabeceo y echó a andar.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta de la valla, se dio media vuelta y lo miró. Él todavía estaba apoyado en el hacha, contemplándola.

—Señor Jones, si tan convencido está de que el príncipe tuvo algo que ver con la muerte de esa pobre mujer, ¿por qué trabaja para él?

—No he dicho que lo crea —respondió—. Pero aunque así fuera, no me queda elección; estoy pagando una deuda.

A Greer debió de notársele todo el asombro que sentía, ya que el chico se rió y aclaró:

—Soy un alcohólico, señorita Fairchild. Atrapado en las garras de la bebida del demonio, según lo llaman. El príncipe me dio un lugar donde vivir cuando podrían haberme ahorcado. De no ser por él, no tendría donde ir. —Sonrió y recogió el hacha—. Acepte mi consejo señorita, manténgase alejada de la bebida.

Balanceó el hacha y la clavó en un leño.

Greer se alejó. Cuando cruzaba la puerta oyó el sonido de más madera al partirse y se sintió inquieta.

Cuando Morris, el mayordomo de la familia Downey, le llevó a Phoebe la última carta de Greer, la muchacha ni se molestó en abrirla; cogió su capa, su sombrero y todas las cartas que había recibido de su prima y se apresuró a ir a Middleton House, desde donde Ava había mandado un recado anunciando que había vuelto.

Ava leyó todas las misivas en la salita de mañana de su casa. Cuando terminó de leer la última emitió un profundo suspiro.

—Por Dios, ¿dónde crees que se ha metido y qué ha hecho?

—¡No tengo ni la menor idea, Ava, pero tenemos que ir! —insistió Phoebe— Middleton alquilará un carruaje, ¿no?

—Claro que sí —respondió Ava, mirando de nuevo la carta—. Pero este año está lloviendo mucho, y pronto empezará a nevar. Podría llevar bastante tiempo llegar hasta ella.

—Sí, Ava, pero hay que recogerla de inmediato —suplicó Phoebe—. ¡Está al mismísimo borde del desastre!

Lady Middleton echó una ojeada a su hermana menor y esbozó una débil sonrisa.

—Debes estar preparada, querida, porque me temo que Greer ha traspasado ya el borde y ha caído de lleno en el desastre.

Hacía tiempo, décadas incluso, desde la última vez que Rhodrick se había sentido tan animado. Estaba impaciente por volver a tener a Greer entre sus brazos.

Se ocupó de sus asuntos en Rhayader como si Llanmair estuviera ardiendo, luego realizó una última parada, antes de terminar, en una joyería que había visitado con frecuencia cuando Eira estaba viva.

Por supuesto, el joyero se alegró al verlo; sin duda contando ya mentalmente los billetes y las monedas de oro. Pero cuando comprendió que Rhodrick estaba buscando un obsequio para una mujer, empezó a mirarlo con curiosidad y a hacer preguntas cuyas respuestas el príncipe sabía que se iban a extender por el vecindario con más rapidez que una plaga.

—¿Me permite preguntar por el motivo del regalo, milord? —inquirió el joyero con astucia—. ¿Un cumpleaños? ¿Alguna clase de aniversario?

Él apenas se dignó mirarlo, mientras contemplaba las brillantes joyas expuestas ante él, todas las cuales le parecían del mismo color.

—Un regalo —respondió.

—Si pudiera decirme la edad de la dama...

—Ese de ahí —indicó Rhodrick, señalando un anillo con una brillante piedra azul del mismo color que los ojos de ella—. ¿Qué piedra es?

—Un zafiro de agua, milord —respondió el joyero, sacando el anillo del estuche y entregándoselo para que lo viera de cerca.

Tenía el tamaño de la uña de su dedo índice y estaba rodeado de pequeños diamantes.

—Me lo quedo —anunció, devolviéndoselo al vendedor—. Por favor, envuélvalo.

El joyero colocó el anillo en una cajita. Mientras lo preparaba, miró al príncipe con el rabillo del ojo.

—Un regalo tan elegante como éste debe de ser para celebrar un acontecimiento importante, milord.

—Hum —se limitó a decir él.

—Seguro que se convierte en algo que pasará de madres a hijas —tanteó el hombre mientras le entregaba a Rhodrick el paquete—. ¿Qué debo poner en la factura?

El príncipe lo miró a los ojos.

—Un anillo de zafiro —replicó—. Y cárguelo a mi cuenta.

Salió de la joyería rápidamente.

Cabalgó de vuelta a Llanmair tan rápido como pudo, inclinado sobre el caballo, con el sombrero calado hasta los ojos y el anillo de zafiro bien guardado en el bolsillo.

Cuando los cascos resonaron en el patio, dos mozos se apresuraron a salir a su encuentro. Rhodrick descabalgó, le entregó las riendas a uno de ellos y se encaminó hacia el castillo, donde estaba Ifan esperándolo en el vestíbulo.

El príncipe se quitó el sombrero y se lo entregó.

—Dígale a la señorita Fairchild que vaya a mi estudio, por favor.

El mayordomo miró hacia el suelo.

—La señorita Fairchild no está aquí —anunció.

Rhodrick se quedó paralizado.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—Ha cogido a la joven yegua y ha salido poco después que usted.

La euforia que lo había mantenido en una nube durante todo el día comenzó a desvanecerse. Se pasó una mano por el pelo, distraído, con la mente hecha un torbellino.

—¿Ha dicho adónde iba?

—No, milord, se ha negado expresamente a decirlo.

¿Se había negado? La desconfianza hacia Greer empezó a crecer de nuevo, enroscándose en su cerebro como una serpiente. Se concentró en despojarse de los guantes, dedo a dedo.

—Cuando regrese, ocúpese de que vaya a mi estudio —ordenó bruscamente—. Estaré allí, revisando las cuentas.

—Sí, milord.

Se quitó la capa de los hombros y se la entregó al sirviente, palpando el bolsillo de la chaqueta y el paquete que allí había.

Ifan se inclinó a modo de respuesta y, echándose la capa del príncipe al brazo, abandonó el vestíbulo.

Rhodrick sacudió la cabeza para despejar las dudas que aparecieron de pronto en su mente, como la mala hierba. No tenía de qué preocuparse, se dijo. Había yacido dos veces con aquella mujer y él no era exactamente un neófito en lo que respectaba a artimañas femeninas. Sabía a ciencia cierta que Greer había disfrutado tanto como él de sus encuentros.

Pero cuando levantó la mirada y sus ojos recayeron sobre su propia imagen en el espejo, las dudas volvieron con más fuerza.

Greer entró en el estudio con las mejillas enrojecidas a causa del aire frío del exterior.

—Señorita Fairchild —la saludó él desde el escritorio, arrastrando las palabras—. Bienvenida a casa.

—Gracias —respondió ella, agachándose para saludar a *Caín* y *Abel*—. Hacía tan buen día que no pude soportar quedarme sentada ni un segundo más. —Lo miró de reojo—. Espero que no te haya molestado.

—Claro que no. Confío en que no te hayas vuelto a perder.

—No —dijo ella dirigiendo, una vez más, su atención a los perros—. Creo que ya empiezo a conocer bastante bien los alrededores de Llanmair.

Él no se explicaba cómo, teniendo en cuenta la extensión de Llanmair y, que al menos que él supiera, ella sólo había salido de aquella zona un par de veces.

—Creía que tenías que leer un siglo de historia de Gales —comentó, desviando la atención hacia los papeles que tenía delante.

—En realidad, anoche leí bastante. —Se levantó y se acercó a uno de los sillones, frente al hogar, apoyándose en él con las manos—. Me sorprendió bastante el capítulo dedicado a la construcción del canal a través de Gales; me pareció fascinante.

Rhodrick sabía que Greer estaba fingiendo, que no le parecía en absoluto interesante la construcción del canal.

—¿Has visto alguno de los que se construyeron para transportar carbón hasta Powys durante tu paseo? —preguntó despreocupado.

—No —respondió ella, volviendo a mirarlo—. ¿Hay canales en Powys?

Eso demostraba lo mucho que había aprendido sobre los caminos de Llanmair. Rhodrick se levantó de golpe, puso los brazos en jarras y se acercó a la ventana.

—Si no has visto los canales, ¿por dónde has cabalgado?

—Por aquí y por allá. —Se reunió con él en la ventana, con las manos cogidas a la espalda—. He estado entrando y saliendo del bosque.

—¿Te has encontrado con alguien?

Ella lo miró con expresión sombría.

—Sigues sin confiar en mí.

El príncipe apretó la mandíbula durante un segundo, meditando la respuesta.

—No del todo —admitió.

—¿A quién crees que puedo haber visto?

—Supongo que a varias personas. Puede que a Percy.

—¿A Percy? —exclamó ella, con una amarga carcajada—. Es posible que me haya comportado como una estúpida una vez, pero no habrá otra.

Él se alegró mucho al oír eso, pero sin embargo no disminuyó su ansiedad.

Greer suspiró.

—No he visto a nadie conocido. ¿Cómo iba a hacerlo? Hay kilómetros y kilómetros de bosques y campos sin una sola alma en ellos.

Rhodrick se volvió para quedar frente a ella.

—Entonces puede que hayas visto a algún desconocido, de lo contrario no me explico por qué estás tan poco dispuesta a decirme en qué parte de mis propiedades has estado.

Ella abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla como si no supiera qué decir. Levantó la barbilla.

—Ya puedes abandonar el interrogatorio porque no voy a contestarte. Resulta que estoy preparando una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó él con desconfianza.

—Si te lo dijera, dejaría de serlo, ¿no te parece? —replicó con una sonrisa desafiante.

Rhodrick no pudo evitarlo, le cogió el rostro entre las manos y la observó detenidamente. Ella parpadeó, pero mantuvo su brillante sonrisa.

¿Acaso estaba loco? ¿Llevaba tanto tiempo aislado en Llanmair, que ya no se acordaba de cómo proteger sus emociones? Le resultaba imposible mirar aquellos ojos azules y sospechar que hubiera una conspiración, o que ella, al final, fuera a hacerle daño.

Por otra parte, no se le ocurría qué podía hacer ella para darle una sorpresa. Aunque ya lo había sorprendido antes, al aparecer en Llanmair en compañía de Owen Percy.

Era un maldito estúpido enfermo de amor, pero en ese instante eso apenas le importaba; en lo único en lo que podía pensar era en besarla y penetrar en su húmedo y cálido cuerpo. Y mientras se agachaba rozando los labios de ella con los suyos, y deslizaba la lengua en su boca, supo que había perdido toda esperanza de razonar.

—Yo también tengo una sorpresa para ti —anunció.

—¡Me encantan las sorpresas! —exclamó ella, feliz.

Él apartó las manos de su rostro con una sonrisa, y se acercó al escritorio, de donde recogió un documento bancario que había estado buscando antes. Se lo ofreció.

—Tu herencia.

—¿Qué? —Fijó la vista en el papel—. ¡Rhodrick! —exclamó, lanzándole los brazos al cuello y besándolo—. ¿Y qué pasa con la carta? —preguntó sin aliento.

—No la necesito —respondió, convencido de ello—. Es tuya para que hagas con ella lo que desees.

—¡Oh, Dios! —Greer cogió el documento y lo examinó—. Es como si hubiera conseguido algo muy importante.

Él se rió y volvió a besarla. No era tan estúpido como para preguntarle, una vez más esa noche, dónde había estado y arriesgarse a quedarse sin sus besos. La verdad, ya lo había olvidado a cambio de una partida de ajedrez con ella. La contabilidad quedó sin tocar y la correspondencia sin abrir. Incluso dejó a los perros con Ifan, para tenerla entera para sí. Se olvidó del sordo dolor de rodilla que anunciaba un cambio de tiempo. Lo olvidó todo, excepto a Greer.

Esa noche, durante la cena, ella lo divirtió narrando las cosas que había aprendido sobre Gales. Y él, desterradas sus anteriores dudas, le contó su deseo de celebrar una fiesta de Navidad.

Su sonrisa desapareció de inmediato.

—¿Una fiesta? —repitió con cautela.

Rhodrick asintió.

—¿No te gusta la idea?

—Pero... Pero ¿qué van a pensar tus invitados? —preguntó ella en voz baja.

—Que eres mi huésped. A menos que... haya un cambio en nuestra relación.

—¿Te refieres a cuando yo vuelva a Londres? —inquirió ella, frunciendo el cejo pensativamente.

¡Como si él pudiera dejarla marchar! Se metió la mano en el bolsillo para sacar el regalo y lo colocó en la mesa, entre ambos.

—No tengo intención de permitir tal cosa —declaró en voz baja, mirando a los lacayos y ordenándoles que salieran con un gesto de la cabeza.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Greer miró a Rhodrick.

—¿Qué es esto? —preguntó recelosa.

—¿Por qué no lo abres?

Ella le dedicó una extraña sonrisa y lo cogió. Tiró de la cinta y, despacio, quitó el envoltorio. Cuando abrió la caja, cerró los ojos, extasiada por la sorpresa.

—¡Oh! —susurró, sacando el anillo del estuche—. Es... es precioso.

—Esperaba que te gustara.

—¿Gustarme? —exclamó, alzando la vista hacia él—. Es lo más bonito que he visto nunca. Pero Rhodrick... no puedo aceptar algo así.

Él se rió de su inocencia.

—Creo que no has entendido mis intenciones, querida. La culpa es mía por no explicarme bien. Quiero casarme contigo, Greer. Inmediatamente.

Ella dejó el anillo.

—¿Qué?

Una sacudida de temor atenazó el pecho del hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz notablemente tranquila, dado el nudo que tenía en la garganta.

—¿Que qué sucede? —repitió ella, alarmada—. ¡Esa idea del matrimonio!

—¡Greer! ¿De verdad creías que iba a acostarme contigo para luego dejar que te las arreglaras sola?

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. ¡Sí! Pensaba... pensaba que, como aparecí en Llanmair de un modo tan poco respetable, y como he estado viviendo aquí sin dama de compañía...

—Todo eso carece de importancia —afirmó él con ligereza.

—Importa, y mucho —declaró ella con firmeza, levantándose.

—Yo hace mucho que dejé de preocuparme por lo que la gente pudiera decir o pensar...

—Pues yo no —replicó Greer, empezando a andar de un lado a otro—. Y luego está Londres. ¡Mi lugar está en Londres, no en un solitario castillo en medio de un millar de hectáreas desiertas! —gritó exasperada—. ¡Mi familia y mi vida están en Londres!

—Aquí podrías llevar una buena vida —dijo Rhodrick bruscamente.

—Sí, desde luego, pero... —gimió de repente y se cubrió la cara con las manos—. ¡Sinceramente, hasta este momento no se me había ocurrido pensar en la posibilidad de casarme!

A él le molestó saber que ella lo creía capaz de arrebatarle la virginidad sin pensar en su futuro, y le molestó también que ella fuera capaz de entregársela sin pensar tampoco en ello. Se levantó, se le acercó de una zancada y le puso las manos sobre los brazos.

—Claro que es una posibilidad y, francamente, después de lo que hemos compartido, no queda otra. ¿Tan ruin me crees como para comprometerte y luego dejar que sufras las consecuencias?

Greer se estremeció y se alejó sin contestarle. Al ver que se negaba a mirarlo, Rhodrick comprendió hasta qué punto había sido un completo idiota. Se había permitido enamorarse de aquella mujer, cuando debería haber sospechado —sabido— que no iba a quedarse para toda la eternidad con un hombre como él. ¿Por qué iba a hacerlo? Era joven, hermosa y excitante.

—Por favor, intenta comprenderme —dijo ella con voz angustiada—. Me halaga tu ofrecimiento, pero yo... no estoy preparada —continuó con nerviosismo, como un animal enjaulado—. No se me ocurrió... —Lo pensó mejor y lo miró con una expresión de pesar en los ojos—. Aprecio tu preocupación, pero no estoy preparada para tomar una decisión de ese... calibre —concluyó, señalando el anillo que descansaba sobre la mesa.

—Perdona —masculló él—, pero ¿qué pensabas hacer entonces?

—Es... bastante complicado.

¿Complicado? Santo Dios. Hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Por favor, Greer, ten la cortesía de decirme la verdad. ¿Hay otro hombre al cual has prometido tu afecto?

Dejando escapar el aliento con fuerza, ella le miró con el cejo fruncido.

—Supongo que te refieres a Percy.

Él se encogió de hombros.

—Al parecer, te cuesta mucho creer lo que digo, pero voy a repetirlo otra vez con total sinceridad: no hay ningún caballero en Londres esperando para pedir mi mano. Ni lo hay ahora, ni lo ha habido nunca. ¡Y tampoco he mantenido ninguna relación de afecto en especial con el

señor Percy!

Su indignación no causó ningún efecto en él.

—Entonces ¿a qué se deben tus objeciones a casarte conmigo? ¿No es mi fortuna lo bastante grande? ¿Mi título no es lo suficientemente elevado? ¿Mi rostro no es lo bastante atractivo?

—Me estás insultando —dijo ella con voz peligrosamente baja—. No sé cómo hacer para que lo entiendas, pero durante las semanas que llevo en Llanmair, he estado viviendo una fantasía, jugando a ser una princesa, y fingiendo estar dentro de un cuento de hadas. Pero no es real. Mi vida está en Londres, mis primas están en Londres. Tu vida está aquí, y no creo que nuestros destinos estuvieran llamados a cruzarse.

Lo estaba matando. Seguro que no le dolería más si estuviera herido y desangrándose. No sabría decir qué era lo que había esperado, pero desde luego no aquello. Miró el anillo que estaba sobre la mesa, el símbolo de su amor por una mujer que, cosa nada sorprendente, no correspondía a su afecto.

—Pero nuestras vidas se han cruzado, y de un modo bastante curioso —dijo con serenidad, aunque por dentro gritaba que aquello no estaba pasando. Porque él la amaba; no le importaban las circunstancias en las que se habían conocido, se había enamorado de ella en seguida, y por esa razón ahora le sangraba el corazón.

Un incómodo silencio se instaló en el estudio.

—Ha sido un día muy largo —dijo finalmente Rhodrick, recogiendo la caja, volviendo a guardársela en el bolsillo y haciendo luego una reverencia—. Buenas noches —añadió con voz terriblemente queda.

Greer parecía estupefacta, como si no supiera qué decir ni qué hacer. Avanzó dos pasos y le puso una mano sobre el brazo.

A él le costó un verdadero esfuerzo no estremecerse con el contacto.

—Rhodrick, por favor, trata de entenderlo.

Lo miró con aquellos luminosos ojos azules que él adoraba. Intentó leer en ellos, averiguar lo que estaba pensando, pero con un aguijonazo de dolor, se dio cuenta de que quizá no conocía en absoluto a la señorita Fairchild.

—Lo entiendo perfectamente.

Le apartó la mano y abandonó la habitación.

Una vez que Rhodrick se encerró en su estudio con los perros, Greer se retiró a sus habitaciones con la cabeza llena de pensamientos contradictorios y un torbellino de emociones revolviéndole el estómago.

Aquella asombrosa proposición de matrimonio la había cogido por sorpresa, asustándola y horrorizándola.

No lo había visto venir, ni había tenido tiempo para pensar en lo que hacía; sólo se había dado cuenta de las intenciones de él al ver el anillo, y había sido incapaz de ordenar sus ideas.

Intentó hacerlo en ese momento, en la tranquilidad de su habitación.

Empezó a pasear arriba y abajo, acariciando el amuleto que llevaba al cuello. Estaba conmovida y muy aliviada por el hecho de que Rhodrick quisiera casarse con ella y, desde luego, iba a hacerlo —le gustaba mucho eso de convertirse en una princesa—, pero en Londres, no en Gales. Junto a sus primas. Para que los hijos de todas ellas crecieran juntos en una ciudad grande y bulliciosa, y no allí, en aquel lugar aislado del mundo.

Por otra parte, se había aferrado bastante a la idea de labrarse su propio camino, estableciéndose como dueña de Kendrick, ahora que tenía medios para hacerlo, y llevar una vida que pocas mujeres se atrevían siquiera a soñar. Lo de hacerse cargo una misma de su destino tenía un poderoso atractivo. A su entender, esa posibilidad era un valioso regalo, especialmente después de que su tío, lord Downey, en el transcurso de una tarde, hiciera que tanto sus primas como ella cayeran de golpe de la nube, al apropiarse de su herencia y anunciar que quería verlas casadas cuanto antes.

Ese día, Greer comprendió con absoluta claridad que las mujeres como ellas no tenían nada para mantenerse aparte de lo que los hombres quisieran darles. Estaban en una situación precaria, y ella, en su condición de huérfana, una vez muerta su tía, tendría que vivir día tras día, dependiente por completo de la generosidad ajena.

Era imposible darle la espalda a la idea y renunciar a esa posibilidad para entregarse a un hombre al que apenas conocía, cuando podía vivir su vida como considerara oportuno. No sería sincera consigo misma si no reconociera que lo que Jones le había dicho le había dado que pensar.

Aun así, compadecía a Rhodrick de todo corazón. Le había dado a entender que no lo amaba. Puede que a ella le hubiera sorprendido la proposición, pero estaba claro que también a él le había sorprendido su respuesta; y puede que incluso lo hubiera trastornado un poco.

La verdad era que lo amaba. Independientemente de sus planes de futuro, lo amaba.

Echó un vistazo al reloj que había sobre la chimenea. Era más de medianoche, los criados se habían acostado hacía mucho, de modo que podía ir a su estudio sin que la vieran. Sólo deseaba hablar, exponerle las dudas que tenía.

Se puso una bata encima del camisón, se la ató bien y luego se calzó las zapatillas que el ama de llaves le había proporcionado. Se dejó el pelo suelto, cayéndole por la espalda.

Después de tanto tiempo vagando por el castillo, conocía suficientemente el camino y se deslizó hacia allí a oscuras. Se guió rozando con los dedos la pared de piedra y, en ciertos momentos, por la débil luz de la luna que entraba por las ventanas.

Por desgracia, el príncipe no estaba en su estudio. La puerta estaba abierta y la chimenea casi apagada. Greer se resistió a volver a su dormitorio. Era verdaderamente asombroso hasta qué punto y con cuánta rapidez había perdido la decencia. Casi desde el mismo momento en que se había subido a aquel carruaje con la señora Smithington, fue como si bajara de un pedestal invisible, llevándose por delante todo lo que le habían enseñado sobre damas, decoro y moral, para caer en un pozo de degeneración. Pero aquello... aquello era todavía peor: estaba planteándose entrar en el dormitorio de un hombre, decidida a seducirlo.

Razonó que, después de haber llegado tan lejos, no había motivo para salvaguardar ahora la decencia.

De modo que continuó su camino hacia el otro extremo del castillo, moviéndose despacio por unos pasillos que no conocía demasiado, pero logrando sin embargo llegar a las habitaciones de Rhodrick sin ningún problema. No obstante, al llegar ante la puerta, tuvo un instante de indecisión.

—Es demasiado tarde para tener remordimientos de conciencia —susurró para sí.

Abrió la puerta despacio y, con cuidado, atravesó el umbral de un cuarto que, por suerte, estaba débilmente iluminado por los rescoldos de un fuego moribundo. No se sorprendió de la austera decoración, consistente en un sillón y una otomana de cuero, una sola mesa y poco más. Caminó por la gruesa alfombra, deteniéndose para echar un vistazo a los libros que reposaban sobre la mesita que había al lado del sillón —una mezcla de literatura francesa y galesa— en su recorrido hacia la siguiente puerta.

Ésta la condujo a otro cuarto, tan oscuro que tuvo que guiarse por la pared. Reinaba allí un silencio mortal hasta que se golpeó un dedo del pie contra la puerta y soltó una pequeña exclamación de dolor. Se recuperó rápidamente y, con ambas manos, buscó hasta encontrar el pomo, que le quedaba a la altura del pecho. Cogió aire y, sin hacer ruido, abrió una rendija.

Se detuvo, intentando oír algo. Allí dentro el fuego todavía estaba ardiendo y, aunque no podía ver la cama, oyó respirar a Rhodrick. Entró en el dormitorio un poco más tranquila, pero en seguida se vio aplastada contra la pared. Él la había inmovilizado con brazos y piernas, y tapado la boca con la mano.

Percibió el olor a whisky y lo vio parpadear como si estuviera viendo un fantasma. Llevaba abierto el cuello de la camisa y los puños de las mangas desabrochados. Su pelo, abundante y largo, estaba revuelto, como si se hubiera pasado las manos para apartárselo de los ojos. En la cara asomaba la sombra de la barba, y una expresión de tristeza se reflejaba en sus ojos.

Cuando al fin se dio cuenta de que se trataba de ella, la soltó despacio y, apartándose de la pared, le dio la espalda. Pasado un instante, se volvió a medias, mientras intentaba meterse los faldones de la camisa en los pantalones. Lo hizo de cualquier manera antes de renunciar y volverse del todo para quedar frente a ella.

Greer recordó la primera noche que lo vio, la noche en que la besó, y lo sombrío y salvaje que le pareció entonces su aspecto.

Ahora estaba igual. Y ella no podía estar más excitada.

Perdió la compostura y, con un grito estrangulado se arrojó de repente a sus brazos, desesperada por sentir su fuerza y el cálido consuelo de su cuerpo.

Él respondió abrazándola y presionando su espalda contra la pared, al tiempo que aplastaba su boca con la suya. Greer paladeó el sabor a whisky de su aliento, sintió el latido salvaje de su corazón, mientras él la cogía de la barbilla. Se sintió frágil entre sus brazos, como si fuera a romperse en cualquier momento, llena de arrepentimiento y de euforia. Pero el deseo ya la estaba arrastrando como una marea hacia su cuerpo.

Rhodrick deslizó sus labios desde la mejilla hasta el pelo, respirando junto a su oído, mientras apartaba un mechón.

—*Rwy'n dy garu di*. Ámame, Greer —susurró con amargura.

La desesperada súplica de su voz hizo que el corazón le diera un vuelco. No era necesario que se lo pidiera, lo amaba, apasionada y profundamente, y aun así, no era suficiente. Enterró la cara en su cuello, aspirando su olor, mientras él asía su bata y se la abría de un tirón.

—Ámame —repitió, empujándola contra la pared, moviéndose sobre ella, ágil y poderoso. Greer apoyó la cabeza contra la pared, dejando escapar un sollozo cuando su boca se cerró sobre la delgada tela del camisón alrededor del pezón. Lo sujetó por los hombros, acariciándose los mientras él continuaba con su recorrido hacia abajo, pasando la boca por encima de la tela, hasta quedar de rodillas. Buscó el sexo de ella con los labios, por encima de la ropa, mientras con la mano cogía el dobladillo del camisón y se lo subía hasta que pudo acariciar su carne con la boca.

Greer gimió, delirante de placer, cuando le separó las piernas y deslizó la lengua entre los pliegues de su sexo, rodeando el duro núcleo de su deseo, chupándolo, mordisqueándolo y excitándolo hasta que ella creyó que iba a enloquecer. Se apretó más, apoyándose con las manos en su cabeza, en sus hombros y en sus fuertes brazos.

Justo cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, Rhodrick se incorporó, la levantó en vilo y dio media vuelta con ella en los brazos, para depositarla junto al sillón que estaba frente a la chimenea. Le sujetó la cara entre las manos y la besó apasionadamente, desabrochándose luego los pantalones. Cuando se libró de ellos, ella notó su ardiente erección a través del camisón, mientras la besaba en los ojos, la frente y la boca. La hizo girar sobre sí misma bruscamente, hasta dejarla apoyada en el respaldo del sillón.

Le quitó el camisón por la cabeza, metió un muslo entre sus piernas y serpenteó con las manos por su cuerpo hasta colocarle una sobre el pecho y otra en el sexo, deslizando los dedos en aquel lugar oculto, resbaladizo y caliente. Greer, apenas capaz de respirar, volvió la cabeza hacia él moviendo el cuerpo contra su mano.

El hombre amasó su pecho, oprimiendo con los dedos el pezón mientras con la boca le devoraba el cuello. Presionó su virilidad contra ella, separándole los muslos con los suyos y luego, acercándose por detrás, la penetró con un grito sordo. La acarició al mismo tiempo que empezaba a moverse en su interior. Greer se arqueó contra él de manera instintiva, disfrutando descaradamente de la ardiente sensación que fluía poco a poco por sus venas y sus ingles.

Cuando los movimientos del hombre se hicieron más rápidos, entrando y saliendo de ella, su excitación llegó al paroxismo. Supo que se estaba sacudiendo desenfrenadamente contra la mano de él y contra su cuerpo. Mientras Rhodrick se movía en su interior, se permitió sentirlo, sumergirse por completo en el placer que él le proporcionaba.

Se movieron con tan salvaje abandono que eran como animales; cada uno de los lugares en los que la tocaba estaba en llamas y, cuando le puso una mano en la nuca y la obligó a doblarse por la cintura, se apoderó de ella un deseo increíble, loca por sentirlo más profundamente y con mayor fuerza en su interior.

Se afianzó contra el sillón y se movió al encuentro de cada uno de sus embates con una fuerza que la sorprendió a ella misma. Rhodrick se inclinó sobre su cuerpo, la boca en su pelo y en su cuello, haciendo magia con los dedos sobre su carne.

—Por todos los infiernos, deseaba que te gustara esto —le susurró con voz ronca—. Deseaba poseerte así, que me sintieras así.

Greer jadeaba de placer, le ardía todo el cuerpo, ansiando la liberación prometida. Aquello no tenía nada que ver con sus anteriores ideas sobre lo que era una relación, no importaba lo que hubiera pasado, ya que todo había sido eliminado por la abierta y desmesurada pasión de él por ella.

—Dime que tú también lo deseas, Greer —le pidió jadeando—. Dime que me quieres.

—Lo deseo —le respondió con voz ronca—. Te quiero, Rhodrick.

Él emitió una exclamación sorda, similar a un gruñido animal y entonces, de pronto, la conflagración estalló dentro de ella. Gritó, elevando y dejando caer el cuerpo. Rhodrick también gritó, un sonido gutural y profundo, al tiempo que la embestía por última vez, estremeciéndose por la fuerza de su clímax.

Apoyando la frente sobre el hombro de ella, le rodeó la cintura con el brazo y se sostuvieron el uno al otro mientras luchaban por recobrar el aliento. Cuando el miembro del hombre empezó a deslizarse fuera del cuerpo femenino, se movió ligeramente saliendo de su interior. En silencio, la hizo darse la vuelta y la levantó en brazos para llevarla, con su paso irregular, hasta la cama.

Luego se acostó a su lado, acoplando su cuerpo al de ella y abrazándola fuerte, como si temiera que fuera a abandonarlo mientras dormía.

Greer cerró los ojos y volvió a revivir cada uno de aquellos extraordinarios momentos, olvidándose durante un rato de su futuro, y de la amenaza de la realidad, mantenida a distancia por el calor del cuerpo de Rhodrick.

Se estaba quedando dormida cuando notó la mano de él en su cabeza, acariciándole el pelo.

—Te amo, ¿sabes? —le dijo en voz baja y ronca por la emoción—. Siempre te he amado.

Ella abrió los ojos, contemplando la oscuridad mientras la seriedad de esa declaración penetraba en la nube de saciedad que llenaba su mente.

Pasaron varios minutos, puede que media hora, antes de que la respiración de él le indicara que estaba profundamente dormido. Entonces se volvió para quedar frente a él.

—Yo también te amo —susurró.

Rhodrick despertó a Greer mucho antes del alba, la abrigó y la llevó de regreso a su dormitorio. Ella, tan hermosa con su voz somnolienta después de haber dormido plácidamente, no quería irse. Pero él insistió; no iba a permitir que los criados hablaran de su amada peor de lo que ya sospechaba que lo hacían.

Después de verla dirigirse a trompicones hacia la cama, envuelta en una de las batas de franela de él, con el pelo cayéndole en desorden por los hombros, cerró la puerta y se apoyó contra la pared durante un momento.

Habían hecho el amor apasionadamente, y Rhodrick tenía la sensación de que los grilletes que atenazaban su corazón y su mente se habían roto; como si hubiera atravesado una barrera invisible hacia la libertad.

La muy descarada no tenía ni idea del poder que ejercía sobre él, un poder enorme. En los años anteriores, la visión del cuerpo de una mujer, el olor de su cuerpo o de su sexo, incluso una palabra de ánimo dicha en un susurro, bastaba para atraer su atención. Con Eira había tenido demasiado miedo a hacerle daño o asustarla, como para permitirse gozar con ella por completo. Hasta ahora, hasta Greer, no se había percatado de lo explosivo que podía ser hacer el amor con la mujer amada. No era consciente de que eso tuviese el poder de extraer su verdadera esencia, de hacer que se le contrajeran los dedos de los pies y llevarlo al cielo. No alcanzaba a entender que su corazón pudiera verse tan implicado como su cuerpo.

Y la noche anterior, mientras la miraba dormir, se juró a sí mismo que nunca volvería a experimentar el amor de otra manera. Mantener relaciones sexuales sin esas extraordinarias sensaciones le parecía ahora un pobre sustituto del verdadero placer.

Regresó a su dormitorio y a su cama. Tumbado entre las sábanas que todavía olían a ella y a su apasionado encuentro, cerró los ojos con la mente llena de las escenas de su unión. Pero cuando empezaba a quedarse dormido, la imagen de Greer se desvaneció y volvió a encontrarse en Kendrick.

La casa estaba en muy mal estado, había grietas en el cemento, y las tejas se estaban cayendo. La mujer que lo atormentaba en sueños estaba llamándolo desde la puerta. A Rhodrick se le congeló la sangre; intentó dar media vuelta y marcharse, pero lo siguiente fue que estaba de nuevo en el bosque, igual que años atrás, persiguiendo a una muerta del mismo modo que lo había hecho entonces. Sin embargo, en esta ocasión, al llegar al final del camino, a quien encontraba sin vida era a Greer.

La pesadilla lo despertó. Estaba cubierto de sudor y le costó varios minutos recuperar la calma. ¿Qué demonios quería el fantasma esta vez? Se temía que ahora, al igual que la vez anterior, esos sueños recurrentes lo arrastraran camino de la locura.

Lulu despertó a Greer a la mañana siguiente, para su gusto demasiado pronto, con una taza de chocolate caliente. Luego observó con curiosidad el pelo de Greer y se apresuró a preparar el fuego de la chimenea.

Ella se llevó una mano a la cabeza, imaginándose el aspecto que debía de tener después de la noche pasada. Se sentó en la cama, sintiendo un familiar dolor en su cuerpo y, mirando a Lulu con el rabillo del ojo, se preguntó si ella, lo mismo que el resto de los criados, sospechaba que se había convertido en la amante del príncipe.

Si así era, no mostró ningún indicio de ello, mientras ordenaba el dormitorio.

—¿La ayudo a vestirse? —preguntó alegremente, mientras Greer se bebía el chocolate.

—Yo... No sé lo que voy a hacer hoy —respondió Greer indecisa.

—Le aconsejo que se abrigue bien, señorita. Los huesos de Cook anuncian nieve, y dicen que nunca se equivocan.

—¡Ah! —exclamó ella, enarcando las cejas sorprendida—. Dios me libre de no hacer caso a los huesos de Cook. Así pues, me pondré el traje gris oscuro de lana, Lulu.

—¿Va a desayunar con su señoría? —preguntó la doncella.

Greer se quedó paralizada, con la taza a medio camino de la boca.

—¿Ha... ha solicitado mi compañía?

¿Se había imaginado la mirada que le dirigió Lulu?

—No que yo sepa, señorita.

Lo sabían. Todos los criados sabían que la relación entre el príncipe y ella había cambiado en los días anteriores. Era imperativo tomar una decisión. Estaba sopesando sus opciones en silencio cuando llamaron a la puerta. La muchacha fue a abrir y poco después volvió con un mensaje.

—Era Demetrio, el lacayo —informó Lulu—. Ha traído un mensaje del príncipe. Le pide que se reúna con él y con la señora Awbrey para almorzar.

¿Ah, sí? ¡Pues no tenía tiempo para almuerzos! Si los huesos de Cook estaban en lo cierto, tenía que ir a Kendrick antes de que le resultara imposible recorrer los ocho kilómetros de distancia hasta allí. Sin embargo, a pesar de su disgusto, consiguió sonreír.

—Desde luego —accedió.

Margaret Awbrey supo que estaba a punto de nevar en cuanto vio a Rhodi, ya que su cojera era más pronunciada y no podía disimularlo.

—¡Meg, qué maravillosa sorpresa! —exclamó, ayudándola a bajar del carruaje—. Me he alegrado mucho al recibir tu mensaje esta mañana. No esperaba volver a verte tan pronto.

—Ya lo sé, pero desde tu visita de ayer estoy pensando en tu fiesta —dijo ella, cogiéndose de su brazo—. ¿Te das cuenta de que para que salga bien hay que empezar a planearla inmediatamente?

—Confieso que no —respondió él con una fraternal sonrisa.

—Entonces es una suerte que me tengas a mí, ¿verdad? —preguntó la mujer, guiñándole un ojo—. ¿La señorita Fairchild va a reunirse con nosotros?

Él esbozó una cálida sonrisa ante la mención de Greer.

—Eso creo —respondió, cubriendo la mano de Margaret con la suya.

La escoltó hasta el salón, y Margaret se alegró de ver allí a la señorita Fairchild. Estaba esperándolos, muy hermosa con un vestido de lana gris muy bien confeccionado y adornado con sencillez. Margaret pensó que aquella muchacha era el tipo de mujer que a simple vista no

parecía una gran belleza, pero observada más de cerca, su atractivo y su gracia eran innegables. Era fácil imaginarla como dueña de aquella casa.

Ambas se saludaron y Meg miró a Rhodi de reojo. Thomas estaba en lo cierto. Para un observador ocasional, su amigo tenía el aspecto dominante y principesco de siempre, nada desconcertado por estar en compañía de dos mujeres. Pero ella, que era su mejor amiga, era capaz de detectar en él una energía diferente. Le recordaba a un felino a punto de saltar, y vio cómo seguía disimuladamente con los ojos a la señorita Fairchild, mientras ésta se movía por la habitación.

Lo más revelador era la forma en que abría y cerraba la mano izquierda, despacio, dando la impresión de que se moría por tocarla.

La conversación se dirigió hacia la fiesta. La señorita Fairchild mencionó una celebración navideña a la que había asistido en Londres, que capturó la atención de Margaret y, cuando ambas empezaron a hablar animadamente sobre el tema, Rhodrick se despidió con la excusa de que tenía correspondencia urgente que despachar. Al decirlo, miró a la señorita Fairchild, e intercambió con ella una mirada tan abiertamente sexual que Margaret se vio obligada a desviar la vista.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, la señorita Fairchild obsequió a Margaret con una tímida sonrisa.

—Por favor, disculpe mi inesperada visita, señorita Fairchild —dijo Margaret—, pero Rhodi y yo nunca hemos observado ninguna formalidad.

—Me alegra mucho verla, señora Awbrey —respondió Greer amablemente.

—Veo a Rhodi muy bien —continuó Margaret—. Es un pedazo de pan.

Observó que la señorita Fairchild se ruborizaba un poco.

—Ha sido muy amable conmigo —dijo Greer—. Me temo que, de haber sido a la inversa, yo no lo habría sido tanto.

—Vaya —contestó Margaret con una sonrisa—. Me atrevería a decir que hubo una época en la que tampoco él lo habría sido... pero ha sufrido mucho a lo largo de los años y eso lo ha ablandado.

Esa observación se ganó toda la atención de la señorita Fairchild.

—¿Cuánto... si me permite el atrevimiento de preguntar?... ¿En qué forma ha sufrido el príncipe?

—Bueno —respondió la señora Aubrey recostándose, muy cómoda en su papel de amiga íntima de Rhodi—. Por la inesperada muerte de su esposa, Eira, y de su hija recién nacida. Y por el terrible accidente de equitación que hubiera hecho perder una pierna a cualquier hombre menos fuerte. Estoy segura de que se ha percatado de su leve cojera.

—Una o dos veces —admitió la señorita Fairchild.

Margaret asintió y se miró las manos otra vez.

—Y luego está su carácter, que yo creo que se ha visto endurecido por las palabras poco amables de la gente. Algunas de las cosas que se han dicho de él son una exageración. Por el contrario, yo siempre he sido de la opinión de que, si lo hubiesen conocido mejor, le habrían visto de un modo muy distinto. Por no hablar de los comentarios sobre su aspecto —concluyó con voz teñida de amargura.

—¿Su aspecto? —preguntó la señorita Fairchild insegura.

Margaret levantó la vista, sorprendida, y la miró fijamente, intentando descubrir en ella una segunda intención, pero le fue imposible. La señorita Fairchild parecía estar de verdad sorprendida por las palabras de Margaret.

—No es demasiado atractivo —aclaró—. Su hermana es muy hermosa y recibió toda la atención cuando ambos eran niños. Rhodi era grande y poco agraciado, por lo que se burlaban de él sin piedad. Solían apodarlo Goliat.

Al ver que la señorita Fairchild ponía los ojos en blanco, Margaret frunció el cejo.

—Estoy segura de que ha observado la cicatriz —prosiguió, señalándose la mejilla para indicar la marca que cruzaba el rostro de Rhodi.

—Claro —contestó la señorita Fairchild—. Pero eso es una simple marca. De acuerdo, no es atractivo según los criterios de la moda londinense, pero tampoco es feo. Y posee los ojos verdes más cautivadores que he visto jamás en ningún hombre.

Margaret se sorprendió tanto que no supo qué decir.

—A mí me resulta atractivo de una forma tosca —continuó la señorita Fairchild, con las oscuras cejas fruncidas mientras pensaba—. Hay una palabra... —murmuró, dando un golpecito en el brazo del sillón donde estaba sentada—. ¡Ah, sí! Viril —dijo, iluminándose ante la idea—. Eso es, viril.

Algo se derritió en el interior de Margaret, como si se hubiera tragado algo caliente. No era de extrañar que Rhodi amara a aquella mujer. Pero entonces, ¿por qué no podía librarse de la sensación de fatalidad que la embargaba?

Sonrió a pesar de todo.

—El resto de la gente no ha sido tan generosa como usted, señorita Fairchild. Su aspecto y su seriedad, junto con un poco de maldad local, lo han convertido en una especie de ermitaño durante los últimos cinco años.

—¿Maldad?

Margaret no sabía si hablarle del oprobio que Owen Percy había hecho caer sobre Llanmair, pero pensó que era más sensato no hacerlo. Era demasiado horrible para contarle, y a Rhodi le afectaba mucho el tema. Sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Estoy segura de que el príncipe se lo contará a su debido tiempo.

Pero la señorita Fairchild se incorporó de golpe y se echó hacia adelante, mirando a la otra mujer con ojos intensamente azules.

—Confíe en mí, por favor, señora Awbrey. ¿Tiene algo que ver con Kendrick?

Margaret jadeó de asombro.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé —confesó la señorita Fairchild, echándose un poco hacia atrás—. Lo he adivinado por algunas cosas que él ha dicho.

—Se lo ruego, no se lo mencione —se apresuró a pedirle—. Ninguno de nosotros lo hace —añadió, sin poder contener del todo un estremecimiento al recordarlo.

»Rhodi no se había librado todavía del sentimiento de culpa por la muerte de la joven y el tiempo que le costó encontrarla. Cuando por fin se descubrió el cuerpo, estaba ya medio devorado por los animales. El príncipe, que por supuesto era un hombre de honor, pensó que debería haberlo previsto de alguna manera, que podría haberse dado cuenta de que el mal habitaba en la mente de Owen.

Pero si su amigo tenía en aquello alguna responsabilidad, pensó Margaret, entonces todo Powys la tenía, ya que todos sabían qué tipo de hombre había resultado ser Owen Percy. Y aunque nadie pudo demostrar lo que le había pasado a Morwena Yates —si había encontrado una muerte prematura debido a su locura o a la maldad de otros—, personas resentidas por algunas de las decisiones de Rhodi como juez pusieron en tela de juicio la actuación del príncipe durante aquella horrible semana.

La señorita Fairchild la miraba con atención.

—No lo entiendo.

—Si me permite la franqueza, señorita Fairchild —dijo Margaret con cuidado—, no es algo de lo que se pueda hablar entre gente educada.

La creyera Greer o no, se abstuvo de seguirle haciendo preguntas. Sin embargo, cuando la conversación volvió a centrarse en la fiesta, Margaret notó que la joven se quedaba más callada. Asintió e hizo los comentarios adecuados en cada momento, pero no parecía estar demasiado interesada, como si tuviera la mente ocupada con otra cosa.

Margaret volvió a estremecerse, con un mal presentimiento.

A Greer el almuerzo se le hizo interminable, le costaba permanecer sentada y escuchar con educación mientras la señora Awbrey aportaba ideas para la fiesta que Rhodrick estaba decidido a celebrar.

Intentó prestar atención, pero su mente estaba en otro lugar: Kendrick. Era como un enorme monstruo agazapado en una esquina de la estancia, cuyos secretos los rodeaban mientras comían.

Pero era real, estaba en el claro de un bosque a menos de ocho kilómetros de allí, tan grande que era imposible pasarlo por alto y demasiado malvado para que alguien hablara de ello abiertamente.

A Greer la consumía la curiosidad, quería saber lo que había sucedido exactamente, qué era lo que Rhodrick no soportaba que fuera recordado. Pensó en lo que le habían contado, tanto Percy como Jones, y en los desafortunados sucesos a los que parecían hacer alusión los comentarios de la señora Awbrey.

Las dudas le provocaban malestar; era incapaz de entender la facilidad con que había desechado su primera impresión sobre el príncipe para enamorarse perdidamente de él. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿Podía un hombre que hacía el amor tan apasionadamente arrebatarse la vida a otra persona?

Pasión. Recordó de pronto una observación de tía Cassandra sobre el conde de Plymouth, quien, por desgracia había golpeado a su esposa en público. El suceso sorprendió a la mayoría de la gente, ya que el conde era un hombre apasionado, y todo el mundo sabía que adoraba a su mujer.

Sin embargo no produjo el mismo efecto en tía Cassandra.

—Un hombre apasionado —dijo—, lo es tanto cuando se enfada como cuando está en la cama. No sé por qué se asombra la gente.

A lo mejor, Greer estaba ciega por la pasión que el príncipe demostraba sentir por ella, porque ¿qué sabía realmente de él, aparte de que se había apoderado de sus pensamientos desde el mismo instante en que puso los ojos en él? Su aparición aquella noche, tan feroz y salvaje, la había llenado de miedo, pero también había provocado algo más; algo ancestral y primario. Sus primeros encuentros habían sido espantosos, pero también entonces se sentía atraída, seducida por el misterio que emanaba de él.

Y ahora que lo conocía más íntimamente que a cualquier otro hombre, le daba la sensación de que no lo conocía en absoluto.

Tenía que ir sin dilación a Kendrick. No estaba segura de cómo iba a hallar respuestas allí, pero era como si algo la impulsara. Necesitaba estar en aquella casa, sentirla. Sin embargo, antes estaba obligada a soportar una comida interminable durante la cual Rhodrick no habló más que lo imprescindible. Mientras la señora Awbrey peroraba, su mirada no se apartó de Greer más de un segundo.

Cuando por fin la señora Awbrey se despidió, Rhodrick y ella se retiraron al salón en silencio. Una vez allí, él despidió al lacayo, cerró la puerta, giró sobre sí mismo y sonrió, mirando su cuerpo con avidez.

Pero antes de que pudiera decir nada, antes de que la cogiera entre sus brazos, Greer soltó:

—Tengo un secreto.

Le cambió la expresión. Arqueó una ceja con una lenta sonrisa.

—Estoy intrigado. ¿De qué se trata?

Sin embargo era una sonrisa que había perdido brillo.

—¿Me acompañas? —preguntó ella, extendiendo la mano.

Él miró su mano y luego la miró a los ojos.

—Supongo que vas a decirme que no tardarás en irte. O puede que quieras contarme adónde vas cuando sales de esta casa. Sea lo que sea, lo que veo en tus ojos me sugiere que no va a gustarme.

Greer sonrió con timidez.

—Si vienes conmigo te enseñaré...

—¿Adónde?

Ella creyó por un momento que el valor iba a abandonarla, que haría caso de las advertencias de la señora Awbrey. Pero no era capaz de darse por vencida tan fácilmente. Algo había cambiado en su interior.

—He estado en Kendrick —confesó, sorprendiéndose a sí misma.

La actitud de él se transformó de inmediato, y Greer tuvo la clara sensación de que se estaba conteniendo para no estallar.

—¿Y cómo fuiste allí? —preguntó con voz gélida.

—A caballo —respondió ella, insegura—. Yo... lo descubrí el día que intenté huir de Llanmair, y luego me acordé de dónde estaba.

La reacción de él no pudo ser más rápida y explosiva. Se dio la vuelta de repente, golpeando una silla, que se tambaleó sobre dos patas, antes de caer al suelo con estrépito.

Se llevó los puños a las caderas y soltó una retahíla de palabras en galés, mirando furioso hacia la ventana durante un instante, sus hombros alzándose a cada profunda inspiración. Cuando estuvo lo bastante calmado como para hablar, se volvió para quedar frente a ella.

Echaba chispas por los ojos.

—Por favor, Greer, dime que he oído mal, porque me temo que no voy a tolerar otra vez esa respuesta.

La resolución de ella empezó a debilitarse.

—¿Acaso no me dijiste que podía ir a cualquier sitio?

—¡A cualquier sitio menos a Kendrick! —estalló él—. Te lo prohibí expresamente. ¡Se lo he prohibido a todos los habitantes del condado! —bramó—. ¡El acceso está cerrado, madame! ¡Sólo hay una manera de que hayas podido abrir una puerta cerrada!

—No debes echarle la culpa al señor Jones —se apresuró a decir Greer.

—¿Jones? —rugió él.

Ella se parapetó de manera instintiva tras la silla que él había tirado, levantándola y colocándola entre ellos.

—¿Por qué te enfadas tanto? ¡Sólo es una casa vacía! —argumentó en un tono que desmentía su miedo—. Rhodrick, deja que te enseñe una cosa...

—Nada que puedas enseñarme va a convencerme de...

—Por favor —lo interrumpió ella—. Te doy mi palabra de que tengo una razón válida para haber ido allí.

Él se calló, pero entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Una razón válida? —preguntó con amargura—. De acuerdo. Muéstramela.

—No es lo que crees —insistió ella, señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Enséñamela —repitió él, indicándole que pasara delante.

Greer dio media vuelta y cruzó el salón hasta el pasillo principal. Rhodrick se puso inmediatamente a su lado y, por una vez, no se molestó en ocultar su cojera. Ella lo condujo por la escalera de servicio hasta un pasillo estrecho que desembocaba en otro más ancho. Desde allí, lo llevó hasta la galería de los retratos, en el piso principal.

—Es aquí —anunció, abriendo las puertas de roble de la galería.

Cuando cruzaron el umbral, fue hasta el cuadro de la merienda, medio andando medio corriendo, y entonces se volvió hacia él.

Rhodrick permanecía en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión tormentosa.

Greer señaló el cuadro.

—Ahí fue donde nació mi madre. Está en este cuadro. Puedes ver el parecido con este pequeño retrato que conservo de ella —dijo, sacándolo del bolsillo y ofreciéndoselo.

Él se adelantó y lo cogió.

—Y la señora Bowen me confirmó que es Alis Bronwyn Vaughan —añadió Greer.

No sabía lo que había esperado ver, pero desde luego, no que el color abandonara su rostro. La miró con la boca abierta y luego sacudió la cabeza.

—De acuerdo, Greer, me he comportado como un tonto, pero no cometas el error de creer que soy tan imbécil como para tragarme tus mentiras.

—¡No es ninguna mentira! Sé que es demasiado... fantástico para ser cierto, pero ahí está —exclamó, indicando el pequeño retrato y después el cuadro de la pared.

Rhodrick se estremeció y avanzó de pronto con los ojos fijos en la pintura.

—Mira —dijo Greer, desesperada—. ¿Te acuerdas de esto? —añadió, levantando el amuleto que llevaba colgado al cuello. Miró el colgante y luego el cuadro—. ¡Me dijiste que era galés, y ahora lo estoy viendo ahí! —señaló con agitación—. ¡Lo lleva puesto mi madre!

Rhodrick observó la pintura con atención.

—Se trata de un amuleto corriente —dijo—. Muchas mujeres lo llevan.

—Mi madre me lo dejó. La tía Cassandra me lo entregó cuando cumplí los dieciséis años.

Él apartó la mirada, cerró los ojos y se apoyó contra la pared, como si de repente lo hubiera fulminado un rayo. Murmuró algo en galés, miró a Greer y su expresión pasó de la cólera al rencor. La contempló fijamente, con una sucesión de emociones desfilando por sus ojos. Parecía horrorizado por ella.

—¿Quién eres? —preguntó al fin—. ¿A qué demonios estás jugando?

—Creo que la pregunta correcta sería, ¿quién eres tú? —replicó ella con voz temblorosa a causa de la rabia y la tristeza—. ¿Por qué prohíbes a todo el mundo que vaya a Kendrick? ¿Qué ocultas allí?

—Tú no lo entiendes —afirmó él con tono gélido.

—¡Te equivocas! ¡Sé lo que pasó y lo que estás intentando ocultar!

—¿De qué diablos hablas? —rugió él, con expresión tormentosa—. ¿Se trata de otra de las mentiras de Percy?

Se echó hacia adelante y la cogió del brazo. Ella gritó de miedo, pero él la acercó de un tirón hacia su cuerpo antes de que pudiera reaccionar.

—¿Serías capaz de reconocer la verdad si la oyes? Porque si es así, verás Kendrick del modo en que yo lo he visto. Pero te lo advierto, madame, si deseas saber la verdad, vas a oírla entera.

A Greer le dio la impresión de que se ahogaba, no podía respirar y mucho menos hablar. El miedo la asfixiaba; un miedo violento y devastador.

Pero Rhodrick no le dio cuartel. Agarrándola con fuerza del brazo, la sacó a rastras de la galería, obligándola a caminar a un ritmo y una velocidad sorprendentes en un hombre con una cojera tan pronunciada.

Una vez en el vestíbulo ordenó a gritos que ensillaran los caballos de inmediato, enviando a una criada a por la capa de Greer e ignorando a Ifan cuando éste le preguntó, alarmado, si podía ayudarlo en algo.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que llegaran los caballos y, durante ese tiempo, el príncipe no se ablandó ni por un instante. Tenía la mandíbula rígida por la fuerza con que apretaba los dientes, y respiraba con dificultad. En cuanto aparecieron los animales tiró de Greer. No se dignó mirar al mozo de cuadra que estaba colocando un escabel junto a *Molly*, y se ocupó él mismo de subir a la joven a la silla, a pesar de las protestas de ésta.

Montó su caballo con igual rapidez y luego ladró una orden en galés. El mozo de cuadra, con los ojos abiertos como platos, cogió las riendas de la yegua y se las entregó.

Sin una sola palabra y sin siquiera mirar a Greer, espoleó al caballo. *Molly* soltó un relincho de protesta, pero se lanzó al galope siguiendo a *Cadfael*.

Greer tuvo que esforzarse para no caerse de la silla, ya que Rhodrick galopaba a toda velocidad por el bosque sin preocuparse ni por su seguridad ni por la de ella. La guió por un sendero tan cubierto de maleza que se le había pasado por alto la vez anterior. Pero eso no lo hizo cambiar de idea en absoluto; en su deseo de llegar a Kendrick se estaba comportando sin piedad.

Una vez allí, desmontó con agilidad y se acercó a Greer de una zancada antes de que ella se soltara siquiera del pomo de la silla. La hizo bajar de tal modo que sus cuerpos se rozaron, luego la sujetó con mano de hierro por el codo y la empujó con tanta fuerza que casi chocó contra el muro de piedra.

Después de apremiarla para que pasara, la soltó y cruzó rápidamente hacia la cabaña de Jones.

—¡Rhodrick, no le hagas daño! —gritó Greer yendo tras él.

Pero él apenas la oyó; apenas oía nada aparte del rugido de su cabeza. Los viles acontecimientos de aquella lejana semana ocupaban todos sus pensamientos, trayendo a su memoria todas las visiones, sonidos y olores que llevaban largo tiempo muertos y enterrados. Alis Bronwyn. ¿Cómo podía habersele pasado por alto el parecido? Sólo había visto a Alis Bronwyn en dos ocasiones después de que ella se hiciera adulta, las dos veces cuando ella fue a Kendrick para visitar a su tío. Se había convertido en una belleza de pelo negro, igual que su hija y, aunque Rhodrick sabía que se había casado, no había recordado que lo hubiera hecho con un Vaughan hasta minutos antes, en la galería.

Se temía capaz de matar a Jones. Lo había librado de la cárcel y proporcionado refugio y un trabajo sencillo en vez de hacer que lo colgaran, como se merecía. Rhodrick había percibido algo bueno en él, casi enterrado bajo su aterradora afición a la bebida. ¿Y así era como se lo agradecía? ¿No era capaz de impedir que una mujer entrara en la maldita casa?

Por supuesto, Jones estaba dormido como un muerto, tumbado sobre un sucio colchón, al lado de una jarra vacía caída en el suelo. El lugar apestaba a whisky barato.

Rhodrick le propinó tres patadas en los pies antes de que despertara, y cuando lo hizo, lo agarró por el sucio cuello sacándolo de la cama.

—Te dije que no podía entrar nadie en la casa —dijo en galés.

Jones abrió unos ojos como platos.

—¡Yo no fui, milord! ¡Se lo juro por mi vida!

—Entonces ¿la señorita Fairchild es una mentirosa?

Por la expresión de temor que cruzó la mirada de Jones supo que estaba mintiendo, lo cual le proporcionó a Rhodrick la excusa para sacarlo a rastras de la cabaña y tirarlo al suelo del patio, en medio de los pollos, que huyeron entre graznidos. El chico se puso de rodillas para poder levantarse.

—Escúcheme hasta el final, milord —suplicó en galés.

—No hay nada que escuchar —rugió el príncipe—. ¡Lo único que te encargué fue que mantuvieras la casa cerrada! ¿Es demasiado pedir que se le permita descansar en paz?

Jones consiguió levantarse y miró a Greer.

—Por favor, señorita —gritó en tono suplicante, en inglés—. Dígale a su señoría que no me dejó otra opción!

—Así es —confirmó Greer desesperada. El terror que reflejaban sus ojos le partió a Rhodrick el corazón—. Me dijo que estaba prohibido entrar en Kendrick, pero yo insistí en hacerlo. Él no podía hacer nada para detenerme, excepto usar la fuerza.

—¿Por qué? —bramó Rhodrick, mirando hacia el cielo y dando rienda suelta a su frustración, en tanto que Jones, con los ojos empañados, se apresuraba a apartarse de ellos, mirándolos con cautela—. ¿Por qué estás tan obsesionada con esto? Ha llegado la hora de la verdad, Greer. ¿Es éste otro de los planes de Percy? ¿Está intentando volver a profanar esta casa?

La expresión de ella se llenó de furia.

—¡Por Dios! Esto no tiene nada que ver con Percy! —gritó colérica—. ¡Ya te lo dije! —y señaló la casa con agitación—. Ahí es donde nació mi madre, milord. ¡Lo único que me queda de ella son unas cuantas baratijas y esta casa!

Por las buenas o por las malas, si era Percy quien la había llevado a aquella situación, estaba a punto de descubrir hasta dónde llegaba su depravación. Acortó la distancia que los separaba y la agarró del brazo.

—Voy a enseñarte esa casa que tanto dices que significa para ti —espetó, tirando de ella—. Y te contaré cómo la echó a perder Percy para siempre. Deberías ponerte una armadura, querida, porque te aseguro que la historia no te va a gustar.

—Me parece que a quien no le gusta es a ti —respondió ella furiosa, intentando liberar su brazo—. ¡No soportas que se sepa la verdad! ¡No puedes soportar que yo sepa la verdad!

—Eres una ingenua —replicó él acaloradamente—. No tienes ni idea de lo que es verdad y lo que no lo es.

—Pues tú no sé cómo puedes enfrentarte a ella —lo acusó, jadeando cuando llegaron a la escalera de entrada.

—Silencio —ordenó él empujándola hacia los peldaños—. ¿De verdad crees que Owen Percy iba a contarte lo que realmente pasó? ¿Cómo es posible que, después de lo que te ha hecho, aún no te hayas dado cuenta de que es un mentiroso y un libertino?

Greer retrocedió ante la vehemencia de la pregunta, pero él la obligó a entrar, agradeciendo que ningún fantasma, ninguna Alis Bronwyn, saliera a recibirlo. Recuperó el valor y se acercó con ella a la escalera que conducía a la habitación que llevaba ocho años cerrada.

—Por favor, dime, ¿qué increíble cuento te explicó Percy exactamente? —preguntó mientras ella se esforzaba por seguirle el paso. Al ver que no respondía de inmediato, se dio media vuelta—. ¿Qué te dijo? —rugió.

Greer se soltó el brazo de un tirón.

—Que comprometiste a la hija de un abogado de Rhayader —respondió con frialdad, frotándose el brazo—. Y que cuando la hubiste deshonrado, te deshiciste de ella como si fuera basura.

—Es un maestro en inventar historias —resopló Rhodrick con repugnancia—. ¿Qué más?

—Que poco después de que la rechazaras, la pobre chica desapareció.

—Condenado bastardo —masculló Rhodrick mientras llegaban a la habitación.

No conocía a nadie que tuviese una alma más negra que Percy. Incluso de niño había algo malvado en él.

—Continúa —exigió con violencia.

—Dijo que... —le falló la voz—. Dijo que no volvió a vérsela con vida.

—¿Y cómo me hizo responsable de su desaparición, aparte de decir que fui yo quien la causó?

—Cuando no se la encontró en ninguna parte —prosiguió la joven con voz temblorosa—, dijo que sólo tú supiste dónde encontrarla. En toda la enorme extensión que ocupa Llanmair, sólo tú pudiste hallarla.

Él se detuvo ante la puerta cerrada y se volvió para mirar a la mujer de quien estaba desesperadamente enamorado, y se sintió hundido al ver la expresión de sus ojos. La despreció por eso. Odiaba que se le hubiera entregado si de verdad creía algo así de él.

—¿Eso es todo? —preguntó con calma, endureciendo su corazón y ahogando sus emociones. Ella tragó saliva.

—Dijo que todo el mudo en Powys cree que la mataste tú, y dio por hecho que la única explicación de que la hubieras encontrado era que fuiste tú quien la llevó allí.

Rhodrick se rió por lo bajo.

—¿Eso dijo? —preguntó con frialdad.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves, introdujo una en la cerradura y abrió la puerta.

No cedió con facilidad. La madera se había hinchado y Rhodrick se vio obligado a empujar, haciendo fuerza con el hombro. Cuando por fin se abrió, el olor a moho que emanó de la habitación le produjo náuseas.

Pero se obligó a entrar, tanteando a lo largo de la repisa en busca de las velas que sabía que estaban allí, aprovechando la luz que se filtraba a través de una sucia ventana. Dio con la yesca y, después de darle unos golpes, consiguió que prendiera.

Greer permanecía en el umbral, con expresión incómoda.

—Entra y echa una ojeada —dijo él—. Tú lo has querido.

Ella vaciló antes de dar un tímido paso hacia el interior.

Era obvio que el lugar permanecía intacto desde hacía años, tal como lo había dejado la señorita Yates la noche en que huyó. Las pruebas de su creciente locura estaban por todas partes. En un rincón había una mesa volcada y el aceite de la lámpara se había derramado, dejando una mancha oscura imposible de quitar. Un vestido que estaba sobre la cama había sido desgarrado en varios lugares, como si alguien le hubiera clavado una daga. En el suelo, pegados a la pared, se veían los restos de porcelana de un juego de té, en el mismo lugar donde lo habían lanzado, a juzgar por las salpicaduras en el papel y los restos aplastados por el peso de unas botas de hombre.

Al adentrarse más en la habitación, Greer se llevó una mano a la boca.

—Me has dado la versión de Percy —dijo Rhodrick—. Ahora yo voy a darte la mía. Fue Percy quien deshonoró a Morwena Yates, Greer, no yo. Sedujo a una chica inocente, muy parecida a ti, le robó la virginidad cuando no estaba, como era habitual en él, en la cama de alguna mujer casada de Powys, y le juró a la señorita Yates un amor que su negro corazón era incapaz de sentir.

Greer cogió un bordado que todavía permanecía en el bastidor circular, descolorido por el paso del tiempo.

—Cuando la señorita Yates descubrió que estaba embarazada, él, en vez de hacer lo que el honor exigía, el honor nunca fue algo que le quitara el sueño a Percy, rompió con ella y dejó que se las arreglara sola. Como puedes imaginarte, la vergüenza de la familia de ella fue tan grande que no pudieron soportarlo.

Greer desvió la mirada hacia la cama.

—Yo me hice cargo de la responsabilidad que Percy no quiso asumir, y envié a la joven a un lugar seguro para que tuviera a su hijo. Dio a luz a una hija de Percy, pero no aceptó el trabajo de institutriz que yo le había buscado en Cornualles, como pensé que haría. En su desgracia, se convenció de que estaba muy enamorada de Percy, y volvió a Rhayader sin que yo lo supiera, con la esperanza de conseguir su cariño y su apoyo.

Ella se volvió ligeramente para que él no pudiera verle la cara, pero Rhodrick observó el movimiento de sus hombros cuando cogió aire para calmarse.

—Entretanto, yo le había cedido Kendrick a Percy con la vana esperanza de que se instalara y refrenara su escandaloso proceder. La señorita Yates vino a esta casa, desesperada sin duda, para que él pusiera remedio al mal comportamiento de que la había hecho objeto. Por supuesto, Owen se negó a verla y ni siquiera a saludarla. De hecho, la despidió, ya que, a todos los efectos, para él, ella había dejado de existir. Pero la señorita Yates volvió aquí una vez más. Por desgracia, la noche en que apareció, el canalla de mi sobrino había reunido a algunos de los hombres más influyentes de Powys con la esperanza de obtener un préstamo para alguna de sus ridículas empresas. —Miró a Greer—. La señorita Yates avergonzó a Percy delante de esos hombres, y Owen, a quien siempre le preocupa más su persona que nadie, temió lo que sus

potenciales inversores pudieran pensar de la desesperación a la que había llevado a la señorita Yates. Entonces la trajo aquí, a esta habitación, y discutieron. Cuando se hizo evidente que ella no iba a marcharse, la encerró antes de que pudiera volver a avergonzarlo. Y aquí, en esta ala de la casa que apenas se usaba, la mantuvo incomunicada durante casi quince días.

—Si eso es cierto, ¿por qué no llevaron a Percy ante las autoridades cuando se descubrió todo? —preguntó Greer.

Rhodrick sonrió con frialdad.

—Porque nadie sabía dónde estaba la señorita Yates.

Mantuvo la vela en alto y cruzó la habitación hasta quedar frente a ella.

—Pasaron varios días desde su desaparición, cuando su padre afrontó lo que él creía que era la verdad: que había huido con su vergüenza. Percy lo confirmó. Dijo que se había presentado en Kendrick y que habían discutido. Incluso confesó haberla encerrado hasta que se fueron sus invitados. Me juró que después le había aconsejado que se marchase a casa de su madre y que buscara consuelo allí. Aseguró que, después de esa noche, no volvió a verla. La realidad era que la mantuvo prisionera aquí mientras se le ocurría qué hacer con ella —dijo señalando el dormitorio—. Sólo Dios sabe cuánto tiempo la tuvo olvidada, hasta que ella se volvió loca. Mira su ropa, cortada en tiras. Fíjate en los muebles tirados, en el juego de té lanzado contra la pared. ¿Ves estos arañazos? —preguntó señalando unos garabatos imposibles de descifrar que había bajo el marco de la ventana—. Los hizo con las uñas.

—¿Qué pasó después? —preguntó Greer conteniendo el aliento.

—Un día cogió por sorpresa a la vieja arpía que Percy había contratado para que se encargara de ella, la tiró al suelo y huyó hacia el bosque, enloquecida por la desesperación.

—¡Santo Dios! —susurró Greer.

Rhodrick miró a su alrededor.

—He dejado esta habitación exactamente como estaba ese día con la inútil esperanza de que algún día se hiciera justicia.

Se volvió hacia Greer, la expresión de aborrecimiento en los ojos de ella se había convertido en una de tristeza.

—¿Cómo sabes lo que sucedió? ¿Te lo contó Percy?

Él notó cómo la sangre abandonaba su rostro al recordar la mañana en que se enfrentó a Owen con sus sospechas.

—No exactamente. Supongo que le entró pánico al ver que no podía encontrarla. Se inventó una historia según la cual, una enloquecida señorita Yates había vuelto a Kendrick y luego huido al bosque. Todos los habitantes de Powys salimos en su busca. Empezábamos al amanecer y buscábamos hasta el crepúsculo, pero no dimos con ella hasta el quinto día. Para entonces, Percy se había negado a pagar a la vieja arpía con la excusa de que era ella la causante del problema, de modo que ésta me confesó su participación en el asunto y acusó a Percy de haber tenido encerrada a la señorita Yates.

—Pero... ¿por qué no la buscó su familia cuando desapareció?

Rhodrick suspiró, lamentando tener que contarle una historia tan triste.

—Por desgracia, nunca sabremos lo que sucedió en realidad. Cuando encontramos a la señorita Yates, casi todo su cuerpo había desaparecido, devorado por las alimañas. Por lo que quedaba de ella supimos que se rompió el cuello. Creo que al huir perdió el sentido de la

orientación y se adentró en las profundidades del bosque. Probablemente, no sabía que había un barranco y cayó en él, matándose.

Greer emitió un sonido de angustia y se acercó a trompicones hasta la puerta, en cuyo marco se agarró.

—¿No lo entiendo! Si eso es verdad, ¿por qué no se ha llevado a Percy ante los tribunales?

Rhodrick se encogió de hombros y echó un vistazo al bordado.

—Porque era la palabra de un caballero contra la de una anciana con tendencia a la bebida.

—¿Cómo la encontraste? —quiso saber Greer—. Él dijo que la encontraste tú. Dijo que en toda esta extensión de terreno, sólo tú lograste dar con ella. ¿Cómo fue?

Rhodrick dudó si decírselo o no. En ese instante, le importaba muy poco si ella lo tomaba por loco, pero nunca se lo había contado a nadie, jamás había expresado en voz alta algo tan fuera de lo común, y no pudo decidirse a hacerlo entonces.

—Casualidad —dijo.

—¿Casualidad? ¿Quieres que me crea que fue la casualidad la que te hizo atravesar miles de hectáreas hasta encontrarla?

Él apretó la vela.

—¿Qué otra explicación puede haber? A lo mejor sigues creyendo la versión de Percy.

—Me resulta algo extraordinario —dijo ella, mucho menos tranquila que él— que sigas desconfiando de mí. Sólo me preguntaba en voz alta cómo es posible que encontraras el cadáver medio devorado de una mujer en medio de la nada. ¿Te lo dijo un pajarito? ¿Te lo callas para proteger a alguien? ¿No te resulta raro que sólo tú supieras dónde buscar a esa pobre criatura?

—Ya te lo he contado todo, ¿qué más quieres oír?

Greer se volvió hacia la puerta.

—No soporto estar en esta habitación... y mucho menos contigo.

—El sentimiento es mutuo —replicó él.

Apagó la vela, sumiendo el cuarto y su corazón en la oscuridad.

Apenas cruzaron palabra mientras volvían a por los caballos. Cuando llegaron, Rhodrick se colocó detrás de Greer y le puso las manos en la cintura para ayudarla a montar, pero ella se apartó.

—Puedo sola —dijo, luchando para subir.

La antigua y familiar sensación de no ser digno de nada volvió a apoderarse de él. Se apartó, montó en *Cadfael* y espoleó al caballo. No volvió la cabeza para ver si ella lo seguía, apenas le importaba si lo hacía o no.

Mientras cabalgaban hacia Llanmair, la rodilla empezó a dolerle y percibió que el aire era más frío y húmedo. Supo que estaba a punto de estallar una tormenta y ansió estar ya en la privacidad de su estudio para poder darse un masaje en la rodilla.

A solas.

Cuando llegaron a la casa, empezaban a caer los primeros copos de nieve. Greer apenas pareció notarlos cuando pasó por delante de él, desapareciendo en el vestíbulo. Cuando Rhodrick entró detrás de ella, ya se había quitado de un tirón la capucha y estaba intentando soltarse el broche de la capa. Él pensó en seguir adelante y dejarla, pero se fijó en un hombre que estaba entre las sombras, con la capa todavía puesta.

Greer debió verlo al mismo tiempo, porque soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Lord Harrison! —exclamó.

—Señorita Fairchild —saludó él con una reverencia—. Le traigo una carta del marqués de Middleton.

—¡Ava! —gritó Greer con evidente alivio, cogiendo el sobre de manos del hombre.

Éste, a su vez, dirigió a Rhodrick una fría mirada.

—Geoffrey Godwin, vizconde de Harrison, a su servicio, milord. Vengo de parte del marqués de Middleton para llevar a su cuñada a salvo a su casa. Inmediatamente.

Queridísima Greer:

«Estamos muy preocupadas y esperamos que cuando recibas esta carta te encuentres ilesa y bien. La situación parece horrible y debes venir a casa inmediatamente, querida. Hemos enviado también un mensaje del marqués de Middleton respondiendo de tu verdadera identidad y comportamiento. Además, lord Harrison dispone de los fondos necesarios para asegurar tu regreso a casa.

—No te preocupes por eso, Phoebe —murmuró Greer, paseando arriba y abajo de su habitación—. ¡Me iré en cuanto amanezca!

Créeme si te digo que no me produce ningún placer saber que tenía yo razón en cuanto a ese viaje; desde el principio supe que era una mala idea. Has tenido suerte de no haberte matado, si es que no lo has hecho a estas alturas. Ava está a mi lado, pidiéndome que te recuerde que dijiste que no estarías lejos más de un mes, dos como máximo, y ya han pasado casi nueve. ¡Estábamos a punto de darte por perdida!

—¡Ojalá te hubiera hecho caso! —exclamó la joven, sacudiendo la carta hacia el techo pintado.

Lamento informarte de que tu señor Percy no ha venido a ver al marqués de tu parte. Ava dice que es porque el otoño está siendo muy lluvioso y seguramente eso lo ha retrasado. Yo soy más bien de la opinión de que podía haber viajado más rápido que el correo. Ava y yo tuvimos una discusión sobre el tema, pero ahora ya no importa, gracias a Dios, ya sabemos que estás viva.

Ahora tienes que volver a casa, Greer, para que de nuevo lo tengamos todo. La fortuna de nuestra madre no, claro, porque según Laramie, el abogado de lord Downey, éste tiene todo el derecho a conservarla, y no parece dispuesto a compartir ni la más mínima parte. Pero el marqués es un hombre muy generoso, en especial conmigo, porque ahora se da cuenta de lo que ha sido tener que aguantar a Ava durante todos estos años. Ha dispuesto fondos más que suficientes para que las dos podamos casarnos bien, de modo que, por favor, vuelve a casa. Lord Harrison se encargará de que lo hagas.

Ahora tengo que despedirme. Ava no se siente muy bien y me necesita, aunque es demasiado obstinada como para reconocerlo. No soporta bien su delicado estado y, a decir verdad, siempre ha sido una quejica, incluso por el más leve dolor de cabeza.

—¿Su delicada condición? ¿Ava? —gimió Greer, desplomándose sobre el sofá.

Te hemos dicho que está embarazada, ¿verdad?

—¡No, Phoebe, no me lo habéis dicho! ¿Para cuándo?

*Esperamos ansiosas tu regreso.
Con todo nuestro cariño,*

P. F.

—¡Phoebe! —gritó Greer, cerrando los ojos—. ¿No podías al menos haberme dicho de cuánto está?

Volvió a leer la carta y luego abrió la del marqués, quien saludaba al conde de Radnor como si se conocieran, y en la cual daba fe de la identidad de Greer y le notificaba que ésta se iría cuanto antes de su casa en compañía de lord Harrison.

Se iba.

Tenía su herencia e iba a abandonar aquel horrible lugar para siempre.

Porque era un lugar horrible, ¿verdad? No tenía ni una sola de las comodidades modernas, a diferencia de Londres. Y, la verdad, tanta paz y soledad podían volver loco a cualquiera. No había ninguna relación social y una tenía que recorrer kilómetros sólo para tomar el té con alguien que no fueran los criados.

De acuerdo, no soportaba la idea de despedirse de Kendrick, pero en vista de los terribles sucesos acontecidos allí, no alcanzaba a ver cómo iba a poder quedarse. Se estremeció al recordar el relato de Rhodrick, y las dudas volvieron a aparecer. ¿Cómo había encontrado a la señorita Yates? ¿Por un rastro oculto? ¿Gracias a alguien cuya identidad se veía obligado a proteger?

El hecho era que la había encontrado, y el asunto era demasiado espantoso. Kendrick estaba contaminado para siempre por ello. De haber estado en el lugar del príncipe, hubiera procurado eliminar cualquier recuerdo de la tragedia. Habría limpiado el cuarto, pintándolo de un color alegre y brillante. Hubiera devuelto a la vida aquella magnífica mansión.

Pero ella no era el príncipe. Ya casi ni siquiera era galesa. Volver a ver a Harrison, ataviado con una elegancia que sólo podía encontrarse en Londres y en París, con su cortés comportamiento, le recordaron todo lo que Londres tenía para ofrecer. Aquél era su verdadero lugar.

Tan sólo había pasado unas cuantas semanas allí, viviendo una fantasía, pero ahora se daba cuenta de que aquél no era su sitio. Ava y Phoebe la estaban esperando, y ella estaba desesperada por verlas.

Ya estaba decidido. Tenía que irse. Tenía que coger su herencia y abandonar aquel lugar junto con todos sus secretos. Y Kendrick. También tenía que dejarlo.

Greer se dejó caer contra el sofá, cubriéndose el vientre con un brazo y sujetando con apatía las cartas en la mano.

Sin embargo, ¡qué miedo le daba! Y por razones tan contradictorias que le provocaron dolor de cabeza.

Esa noche soñó con su madre, quien, como siempre, la llamaba desde la puerta de una gran mansión. Y Greer, como siempre hacía, acudía a la llamada, intentando alcanzarla antes de que desapareciera, intentando tocarla antes de que se desvaneciera y, como siempre, sin conseguirlo.

Pero en cambio sí alcanzó a Rhodrick. Sin saber cómo, pasó de ver a su madre a estar otra vez entre los brazos de él en el enorme salón de Kendrick. Con la diferencia de que ahora ya no era un caserón vacío, sino un palacio con lámparas de araña de cristal, velas de cera y el suelo cubierto con gruesas alfombras de lana. Ella vestía un precioso traje de baile azul claro de seda y, en un rincón, una orquesta estaba tocando un vals.

Bailó el vals con Rhodrick, atravesando un suelo pulido, girando bajo la brillante luz de los cristales de la lámpara.

Él la llevaba con gracia y facilidad, y ella parecía flotar entre sus brazos, disfrutando del calor de su ardiente mirada y sintiendo su musculoso cuerpo pegado al suyo. No le tenía miedo. Lo amaba.

Cuando a la mañana siguiente apareció Lulu, Greer ya estaba vestida con un sobrio traje de viaje marrón y negro, decidida a partir en cuanto llegase un carruaje desde Rhayader. Lulu pareció sorprendida, pero no hizo ninguna pregunta cuando Greer le pidió que preparara el baúl. Sí le anunció, sin embargo, que lord Harrison la esperaba en el salón rojo.

—Por favor, dile que me reuniré con él en seguida, pero que antes tengo que hablar con el príncipe.

Lo encontró en su despacho, donde un fuego ardía en la chimenea, con la cabeza inclinada sobre unos papeles. Apenas levantó la vista cuando ella entró. *Caín y Abel*, como de costumbre, la saludaron con entusiasmo.

—¿Sí? —preguntó él con desapego, como si se estuviera dirigiendo a una criada.

—Traigo una carta del marqués —anunció ella cruzando la habitación para entregársela—. Esto debería dar respuesta a todas tus preguntas.

—No tengo ninguna —afirmó él.

Greer entornó los ojos.

—Está dirigida a ti.

Él extendió la mano con un suspiro. Greer depositó la carta en su palma abierta, notando las ojeras que rodeaban sus ojos y el dolor que se reflejaba en ellos. Junto a su codo, a pesar de lo temprano de la hora, reposaba un vaso de whisky. Adivinó que le dolía la rodilla.

El príncipe abrió rápidamente la carta, leyendo su contenido con rostro inexpresivo. Cuando terminó, la dobló y se la devolvió.

—De acuerdo, ya está. Eres realmente la señorita Greer Fairchild, de Mayfair. —Bajó la mirada hacia el escritorio—. Enhorabuena. Me ocuparé de que salgas de Llanmair cuanto antes.

—Creo que es lo mejor —dijo ella con suavidad.

—Entonces estamos de acuerdo —convino él sin rencor—. Por desgracia para los dos, el tiempo no opina lo mismo.

—El tiempo —repitió Greer, intentando, con desesperación interpretar su reacción o descubrir cualquier indicio de tristeza o de pesar.

—No creo que puedas irte ni hoy ni mañana —explicó Rhodrick, volviendo a dirigir su atención al trabajo—. Vas a tener que intentar soportar Llanmair un poco más.

La joven miró hacia la ventana y se acercó a ella corriendo las pesadas cortinas y apoyando las manos en el alféizar mientras se inclinaba para ver el exterior. Llanmair se había convertido en una isla en medio de un océano de nieve.

Y seguía nevando.

—Pe... pero ¡no puedo esperar! ¡Estoy lista para marcharme ahora! —exclamó—. ¡Tiene que haber alguna forma de salir de aquí!

—Inténtalo si quieres y si te ves capaz de hacerlo, pero yo no voy a arriesgar la vida de ningún hombre o animal para que te lleve.

Ahora que ya había tomado la decisión, la idea de quedarse le resultaba insoportable. No podía verlo sin sentir la tristeza de él y la suya propia.

—No podré soportar el retraso —dijo con bastante desesperación—. ¡No podré soportarlo!

Él se movió sin que ella se diera cuenta, y se colocó detrás antes de que Greer pudiera apartarse de la ventana. La rodeó por la cintura con un brazo, estrechándola con fuerza contra su ancho torso y sus poderosas piernas.

—¿Crees que eres tú la única que piensa así? —le susurró al oído—. ¿Crees que es fácil para mí? En un momento quieres que te rodee con mis brazos y al siguiente no soportas ni mirarme.

—Eso no es cierto...

Él la obligó a darse la vuelta.

—¿Tan horrible te parezco? —quiso saber, recorriéndola con la mirada—. No te resulté desagradable cuando te estaba haciendo el amor. —Inclinó la cabeza, con los labios rozándole el pelo—. Disfrutaste con mis caricias.

Greer sintió el calor de la verdad de esa declaración fluyendo por su cuerpo e intentó separarse de él empujándolo con todas sus fuerzas.

—Rhodrick, detente.

Para su horror, él la besó en el cuello, provocándole una sacudida de deseo que le atravesó el cuerpo.

—¿Tan insensible eres, Greer? —le murmuró al oído, acariciando su piel con su cálido aliento—. ¿Eres capaz de yacer con un hombre sin preocuparte en absoluto por sus sentimientos?

Ella apartó la cabeza, cerrando los ojos con fuerza para evitar que se le derramaran las lágrimas que habían salido sin saber cómo.

—¡Por Dios, Rhodrick, me importa más de lo que imaginas! —gritó con furia—. Pero no puedo hacerte feliz, ni tú a mí. ¡No pertenezco a este lugar y no quiero quedarme aquí! Ésta es la única forma.

Él no dijo nada al principio; ella abrió los ojos y lo vio contener su emoción. Rhodrick bajó la mirada hacia su boca y la miró de tal forma que provocó que un deseo furioso estallara en su interior.

—A mí también me importa, Greer. A mí también —declaró bruscamente—. No, éste no es tu lugar, y tampoco yo te quiero aquí. Por eso voy a procurar que te marches cuanto antes.

Eso era lo que ella quería oír, pero en vez de alivio, escucharlo sólo le produjo un dolor tan fuerte que no pudo contener las lágrimas más tiempo. Fue incapaz de hablar. De su garganta sólo salían sollozos.

Él la rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza sobre la de ella durante un segundo.

—Confía en tu intuición —dijo, apoderándose de sus labios con un beso tan cargado de deseo que, de no haberla estado sujetando, se le hubiesen doblado las rodillas.

Notó cómo ese deseo debilitaba su resolución y, lo que era peor, un sentimiento casi sobrenatural de amor hacia él.

Rhodrick la soltó de repente, retrocediendo a trompicones y limpiándose los labios con el dorso de la mano. Tenía los ojos brillantes a causa de la pasión y el dolor.

—Por favor, vete; ya he terminado con nuestro breve encuentro.

Ella contuvo un sollozo, se recogió la falda y salió del estudio sin mirar atrás. En cuanto dio la vuelta a la esquina, echó a correr hacia la soledad de sus habitaciones, donde poder llorar.

Dejó de nevar por la tarde, pero el viento siguió soplando durante toda la noche, haciendo que el antiguo castillo gimiera como un coro de fantasmas. Greer permaneció en sus habitaciones y no volvió a salir de ellas hasta la hora de la cena, con aspecto consumido y pálido. Lord Harrison se unió a ellos y se pasó la mayor parte de la cena enfrascado en una cortés conversación, observando al príncipe con suspicacia.

Éste se sintió agradecido cuando acabó la interminable colación, porque no podía soportar ver la cara de Greer.

Se sentía absurdamente desorientado, como si estuviera en medio de una ventisca, sin saber si iba hacia adelante o hacia atrás. No alcanzaba a entender cómo habían cambiado tanto las cosas de repente, cómo había pasado de la euforia a desear que Greer no hubiera pisado Llanmair jamás. De buena gana apartaría las nubes con sus propias manos y haría que el sol luciera, para que la nieve se derritiera y ella pudiera marcharse, acabando así con su tormento.

Cuando se hubiera ido, él retomaría su vida, su sencilla vida, y no volvería a pensar en ella.

Por desgracia, su mente se negaba a cooperar. Se torturaba soñando con Greer, con su cuerpo sobre el de él, con su sonrisa y sus ojos azules como faros en un mar de colores desvaídos. Y cuando recordaba sus besos, sólo le venía a la memoria la imagen de ella entre sus brazos y la sublime sensación de su cuerpo contra el suyo.

¿Cómo era posible que él, un hombre sensato, estuviera tan locamente enamorado? Además, ¿por qué el fantasma había tenido que llevar a Greer hasta allí?

Sólo había una explicación posible: Alis Bronwyn, del mismo modo que le mostró el camino para encontrar a la señorita Yates, había sido responsable de la llegada de Greer. Sólo así se explicaba que una muerta que había estado atormentando sus sueños pudiera ser la madre de Greer. Cuando vio el retrato que ésta tenía en su poder, se quedó pasmado, y en aquel preciso instante supo que sólo había una forma de que ella hubiera podido ir a parar a Llanmair. Saber que Alis Bronwyn había vuelto a salir de la tumba era suficiente para llevarlo al borde de la locura.

Se quedó dormido en el sofá de su estudio, acosado por el dolor de la rodilla y las imágenes que no era capaz de eliminar de su mente. Cuando inevitablemente amaneció, estaba medio frenético por sus pensamientos. Los perros y él vagaron por los pasillos desiertos, la respiración se les congelaba en cuanto salía de sus cuerpos. Al menos, el sol brillaba y la nieve se estaba derritiendo.

Su inquieto vagabundeo terminó en la biblioteca, en la cual se encontró con Harrison, sentado ante la chimenea, leyendo en silencio. Se levantó al entrar Rhodrick y lo saludó con una reverencia.

—Radnor —dijo.

—Buenas tardes, milord —respondió él acercándose al aparador y sirviéndose un whisky—. Espero que el alojamiento haya sido de su gusto —añadió, señalando la botella de whisky en una muda pregunta.

Harrison asintió.

—Sí, gracias. Lamento que tengamos que abusar de su hospitalidad un poco más.

El príncipe se encogió de hombros mientras servía otro whisky.

—No es ningún abuso —dijo con sinceridad, entregándole la copa a Harrison—. Tome, le hará entrar en calor.

El otro la cogió y bebió.

—Suponía que la señorita Fairchild estaría con usted —comentó Rhodrick tomando asiento frente a él.

—Está en sus habitaciones —contestó Harrison, volviendo a sentarse. Bebió otro sorbo y luego levantó el vaso para apreciar el color del whisky—. La verdad es, milord, que parece tener algún problema.

Eso le hizo levantar la cabeza.

—¿Eso ha dicho? —preguntó, despreciándose por parecer tan aliviado.

Harrison lo miró.

—Lo cierto es que ha dicho lo suficiente. Le ha cogido bastante afecto a Llanmair y a sus habitantes. Me ha hablado con todo detalle de su vida aquí.

El príncipe no pudo evitar sonreír; nadie mejor que él sabía lo que aquella mujer era capaz de hablar cuando estaba de humor.

—Me contó lo de la herencia —añadió Harrison—. Fue muy amable por su parte.

—¿Amable? —Rhodrick esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza—. Era suya por derecho. Sinceramente, me pareció que cuanto antes la tuviera, antes se iría de mi casa.

Tal observación pareció dejar sin habla a Harrison

—Le ruego que me disculpe, pero estoy seguro de que ella no tenía intención de imponer su presencia.

—¡Oh! —exclamó el príncipe con un rápido ademán—. Creo que no me ha entendido. Lo único que quiero decir es que éste no es lugar para una joven como la señorita Fairchild. Ya es hora de que vuelva con su familia y a su vida.

—En efecto —respondió el otro, bebiéndose el whisky de un trago—. Me ocuparé con gusto de que lo consiga sana y salva. Si me disculpa, voy a verla.

—Desde luego —concedió Rhodrick, mirando pensativamente el fuego, mientras oía cómo se alejaban los pasos de Harrison.

Cuando anunciaron la cena, Lulu le preguntó a Greer si iba a cenar con lord Harrison, ya que su señoría se había retirado.

—¿Retirado? —se extrañó Greer—. ¿Tan pronto?

—Es por culpa de su pierna, señorita. Creo que hoy le está molestando mucho.

—¡Ah! —exclamó ella débilmente, sintiendo una aguda punzada de compasión por él.

Harrison y ella cenaron solos, sentados el uno junto al otro ante el hogar; el mejor sitio para mantenerse calientes.

—No tiene usted nada de apetito esta noche —comentó Harrison.

Greer sonrió con tristeza.

—Creo que hace demasiado frío.

Lord Harrison asintió con la cabeza y comió otro bocado del guiso de ternera.

—A mí el frío me da hambre —confesó—. Así es como la naturaleza hace que nos preparemos para pasar los largos meses de invierno.

—¡Ajá! —asintió Greer, pinchando un trozo de patata.

Pero tenía un nudo en el estómago provocado por los nervios, y era incapaz de tragar.

—Perdóneme, lord Harrison, pero ¿le molestaría si me retiro? Me parece que me empieza a doler la cabeza.

—¿Otra vez? —preguntó él con la vista fija en el plato.

—Es por el frío —se disculpó ella débilmente.

—Claro —respondió él levantándose y separándole la silla—. ¿Cree que esos dolores de cabeza desaparecerán una vez que esté usted en Londres o bien que van a empeorar?

Ella notó que se ruborizaba.

—N... no lo sé, milord —contestó con sinceridad.

—Quizá debería preguntarse qué es lo mejor para su salud —sugirió él, volviendo a su silla y a su comida con una sonrisa.

Greer salió del comedor sintiéndose más débil a cada paso que daba. Era una reflexión adecuada, pensó, porque apenas podía soportar la idea de no volver a ver nunca más al príncipe, y cuando abandonara el castillo sería para siempre.

Últimamente rondaban por su cabeza multitud de emociones contradictorias y preguntas sobre lo que era más importante en la vida.

Y, sobre todo, había una para la que no encontraba respuesta y que no la dejaba en paz: ¿cómo había sabido Rhodrick dónde encontrar el cuerpo de la señorita Yates?

A la mañana siguiente, lord Harrison envió a su cochero a Rhayader para que averiguara en qué condiciones estaban los caminos. El hombre volvió poco después de mediodía con la noticia de que estaban enfangados pero transitables.

—Deberíamos partir ya —dijo Harrison en el estudio de Rhodrick—. A menos, claro está, que usted me diga que el viaje no es seguro —añadió, mirando al príncipe de forma harto significativa.

—No —respondió éste apartando los ojos—. Si su cochero dice que los caminos están en condiciones, entonces debe partir.

Lord Harrison lo miró un momento y asintió con sequedad.

—Entonces nos iremos hoy —anunció, saliendo del estudio.

Rhodrick se tragó la decepción y cojeó hasta el cordón de la campanilla.

—Preparen las cosas de la señorita Fairchild. Se marcha hoy a Londres —le dijo a Ifan cuando éste respondió a la llamada.

Cuando el mayordomo abandonó el estudio, Rhodrick acarició la enorme cabeza de *Caín* y contempló el despejado cielo azul que se veía por la ventana. Ya era hora, se dijo, de abandonar aquel sueño y seguir adelante con los asuntos del día. Era el momento de olvidar.

Su único temor era que se iba a pasar todos los días, durante el resto de su vida, olvidando.

Lord Harrison encontró a Greer leyendo en la biblioteca.

—Señorita Fairchild, el carruaje está preparado. Podemos irnos hoy a Londres.

—¿Hoy? —exclamó ella con sobresalto.

—Hoy —reiteró Harrison—. ¿Ya está listo su equipaje?

Greer sacudió la cabeza, anonadada. Sabía que aquel momento tenía que llegar, pero creía que iba a ser más paulatino.

—¿Está seguro de que el coche puede salir hoy?

Él sonrió, casi con tristeza.

—Lo estoy.

—Quizá deberíamos esperar a que el tiempo mejore —sugirió ella con inquietud.

—Greer —dijo él en voz baja—, su familia la está esperando. No creo que sea necesario decirle que permanecer aquí un minuto más de lo necesario es una imprudencia, por un montón de desagradables motivos.

Estaba claro que se refería a su reputación.

—Y además —continuó con cautela—, su familia quiere tenerla en su casa, el lugar al que pertenece.

Maldición, las lágrimas estaban a punto de desbordársele.

—Sí, desde luego, tiene usted razón, milord —dijo—. He de volver junto a mis primas.

¡Qué terriblemente aburrido sonaba eso! Una vez casada Ava, Phoebe no iba a tardar en imitarla, y Greer... Bueno, aunque su reputación no estuviera por los suelos, no tenía esperanza alguna. Se iba a convertir en una carga para ellas.

Miró a Harrison.

—Bien —dijo levantándose—. Tengo muchas cosas que hacer.

Ahora que el tiempo apremiaba, estaba hecha un manojo de nervios. Se llevó, por costumbre, la mano al colgante que siempre llevaba puesto, el que según el príncipe era un amuleto galés.

No percibió ningún influjo mágico.

Dos horas más tarde, estaba vestida, el baúl había desaparecido de sus habitaciones y lo único que quedaba por hacer era tomar asiento en el carruaje y despedirse. La señora Bowen y Lulu la estaban esperando en el vestíbulo. Rhodrick hizo su aparición apoyando el hombro contra el marco de la puerta y con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Lulu la ayudaba a ponerse la capa bajo la atenta mirada de lord Harrison.

Greer se puso la capucha para no ver la cara del príncipe, y se despidió de Lulu y de la señora Bowen.

—Encima del tocador está la dirección de la casa de mi prima —le dijo a Lulu— ¿Me escribirás?

—Desde luego, señorita —respondió la doncella.

Greer sonrió y le estrechó la mano, luego se dirigió a la señora Bowen.

—Gracias por... por todo —dijo, luchando por contener las lágrimas—. Ha sido usted muy amable.

—La vamos a echar de menos, señorita Fairchild —declaró el ama de llaves cariñosamente.

Greer asintió y se obligó a darse la vuelta y a encararse con el príncipe.

No sabía qué decir ni qué hacer; le parecía absurdo hacerle una reverencia después de lo que habían sido el uno para el otro, pero la hizo sin pensar. Él la miró detenidamente, con expresión vacía de emoción. Parecía una crueldad que ella fuera la única en sentir tanto dolor por la despedida.

Rhodrick se apartó de la pared, se metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó de él una carta atada con una cinta.

—Me he tomado la libertad de escribirle a su cuñado para tranquilizarlo respecto a su comportamiento, y asegurarle que la señora Bowen ha estado vigilando durante toda su estancia en Llanmair.

Tal acto de gentileza la cogió por sorpresa. Aquella carta iba a resultarle muy útil a la hora de proteger su reputación.

—Se lo agradezco —dijo.

Él la obsequió con una escueta sacudida de cabeza, luego apretó los labios mirándole detenidamente la cara.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Le deseo buen viaje.

La miró de arriba abajo, demorándose en sus ojos.

—Señorita Fairchild —la llamó lord Harrison desde algún punto cercano a la puerta.

El príncipe se dio la vuelta y comenzó a alejarse, cojeando ligeramente y abriendo y cerrando los puños.

—¡Espera! —exclamó Greer apresurándose a seguirle.

Cuando lo alcanzó, levantó los brazos y se quitó el amuleto que llevaba al cuello.

—Quiero que te lo quedes —dijo, ofreciéndoselo—. Su... su lugar está aquí.

Él miró el colgante y luego a la joven.

—Por favor —susurró ella, cogiéndole la mano y dejando caer el amuleto en su palma.

Rhodrick cerró la mano y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias —dijo Greer.

Él asintió y se fue. Ella lo vio marchar y después se volvió, insegura, hacia la señora Bowen y Lulu.

—Cook le ha preparado una cesta, señorita —la informó el ama de llaves—. Ha metido unas vituallas, además de pan y queso.

—Muy amable por su parte —agradeció Greer, todavía con la imagen de Rhodrick alejándose de ella en la cabeza—. Dele las gracias de mi parte.

—He metido también el libro de Gales que estaba usted leyendo —intervino Lulu—. Su señoría me dio permiso.

—¡Oh! —exclamó Greer, sintiéndose abrumada de repente. Volvió a ver al príncipe alejándose, desapareciendo de su vida—. Gracias. Es... es un verdadero detalle.

Se obligó a esbozar una débil sonrisa, se colocó la capucha una vez más y miró hacia la puerta que Ifan había abierto. Una ráfaga del helado viento invernal penetró en el pequeño vestíbulo y, más allá de esa puerta, en el patio, distinguió el carruaje y las volutas de vapor que producía la respiración de los caballos.

—La espero en el coche —dijo lord Harrison, claramente impaciente por irse.

La señora Bowen se abrazó a sí misma para entrar en calor. Lulu se estremeció de manera evidente.

—Bueno —dijo Greer, vacilando—. Supongo que ahora tengo que irme. Las echaré mucho de menos —añadió.

—Y nosotras a usted, señorita Fairchild —afirmó la señora Bowen, quien, colocada junto a Lulu, estaba también temblando.

—Entonces me voy —repitió ella, echando un vistazo a la puerta.

El mayordomo la miró con expectación; la señora Bowen y Lulu volvieron a estremecerse de frío. Pero al parecer, Greer no conseguía ponerse en marcha.

—¿Señorita? —la llamó Ifan.

—Voy —respondió ella, acercándose con rigidez a la puerta y logrando adelantar un pie y luego otro para cruzar el umbral.

El mayordomo se apresuró a cerrar la puerta y le hizo una seña para que lo acompañara. Se encaminó rápidamente al coche, cuya portezuela había abierto lord Harrison, quien extendió hacia ella una mano enguantada.

Greer le permitió que la ayudara de mala gana. Harrison la siguió y se sentó en el asiento de enfrente.

—Buen viaje, señorita Fairchild —le deseó Ifan, cerrando la portezuela del carruaje.

Ella oyó cómo le gritaba algo en galés al cochero, y lo vio regresar a toda prisa a la puerta del castillo para resguardarse del frío.

—Anímese —dijo Harrison amablemente.

El carruaje empezó a rodar con una sacudida y las paredes grises del castillo, con sus nidos de pájaros, sus marcas y sus señales de antiguas batallas, empezaron a alejarse. Los portones de acceso se abrieron de golpe y el carruaje salió por ellos.

Mientras los atravesaban, Greer se dio media vuelta y vio un par de milanos reales que salían de una grieta y ascendían hacia el cielo.

No supo por qué, pero el vuelo de esos pájaros la hizo comprender que no podía irse sin saber cómo había encontrado Rhodrick a la señorita Yates, y sintió la repentina urgencia de saberlo. Necesitaba saber.

Empezó a dar golpes en el techo.

—¡Pare! —gritó—. ¡Pare!

—¿Qué está usted haciendo? —exclamó lord Harrison.

—Me he olvidado una cosa —jadeó ella cuando el carruaje se detuvo abruptamente.

Estaba fuera del coche antes de que nadie pudiera ayudarla a bajar. Corrió tan rápido como pudo sobre las huellas de barro y aguanieve que habían dejado las ruedas, ignorando los gritos de Harrison. Se le cayó la capucha cuando se recogió las faldas, y se apresuró por llegar al patio antes de que se cerraran los portones y Llanmair desapareciera para siempre.

Rhodrick estaba de pie al lado de la ventana. Cuando se alejó el carruaje, apretó la mandíbula y presionó la palma de la mano contra el frío cristal.

—Es para bien —murmuró—. Es lo mejor.

Estaba a punto de apartarse —no soportaba ver cómo el carruaje desaparecía del todo—, cuando vio que se detenía de repente.

Se quedó quieto; la portezuela se abrió de golpe y Greer casi se cayó en su prisa por salir, recuperando el equilibrio en el último momento. Se recogió la capa con una mano y echó a correr, mientras lord Harrison saltaba del coche tras ella. Greer iba tan rápido como se lo permitía el barro, como si estuviera huyendo de algo o de alguien; desapareció rápidamente de su vista al ir acercándose al castillo.

Rhodrick se dio media vuelta, desconcertado, y contempló la chimenea con la mente y el corazón moviéndosele a toda velocidad.

Minutos después, uno de los perros levantó la cabeza y se oyó una conmoción en el pasillo. Al momento siguiente, Greer estaba ante su puerta, con el pecho agitado por la respiración y las mejillas encendidas. Se apoyó con ambas manos en el marco de la puerta y lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Cómo diste con ella? —preguntó con voz áspera—. ¡Por favor, Rhodrick, necesito saberlo!

A él le dio un vuelco el corazón al oír la pregunta, y se alejó bruscamente.

—No tiene ningún sentido desenterrar...

—Sí lo tiene —insistió Greer, entrando en la habitación—. Me he equivocado en todo lo demás, y ésta es la única cuestión que queda pendiente.

Eso consiguió obtener su atención. La miró y vio que tenía los ojos brillantes.

—¿Te has equivocado?

—Totalmente —respondió ella, abriendo los brazos en un esfuerzo por demostrarle cuán equivocada había estado, mientras intentaba calmar su respiración.

Rhodrick se volvió del todo hacia la joven. Su corazón había empezado a brincar y dar vueltas dentro de su pecho, movido por una ridícula y descabellada esperanza.

—Creí que la casa... —suspiró, presionándose las sienes con las manos durante un segundo—. No consigo dejar de preguntarme cómo pudiste encontrarla.

Lo miró con las manos unidas a la altura del pecho. Le imploraba con los ojos mientras se adentraba más en la habitación, acercándose más a él.

—Te lo suplico; dime cómo lograste dar con ella. ¡Dime cómo encontraste a la señorita Yates, para que pueda volver a Londres tranquila, sabiendo que no me equivoqué al negarme a mí misma lo mejor y la mayor felicidad que he conocido en mi vida!

—No puedo, Greer —dijo él en voz baja, su corazón y su mente corriendo acelerados—. No puedo.

—Pero ¿por qué? —gritó ella—. ¿Qué más puede haber aparte de lo que ya sé?

Lo único que él quería era abrazarla y confesárselo todo.

—Porque no podría soportar leer en tus ojos que crees que estoy loco.

—¿Cómo voy a pensar tal cosa? —preguntó ella muy seria y con los ojos brillantes—. ¿Cómo voy a pensar en otra cosa que no sea que te amo?

Las palabras de ella lo dejaron sin habla. Comprendió de repente que si quería que fuera suya, como deseaba con desesperación, tenía que decirle toda la verdad. Y a esas alturas ya no tenía nada que perder. Hizo acopio de todo su valor y reconoció simplemente:

—Me lo dijo tu madre.

Greer palideció. Pareció haberse quedado muda y se desplomó en el sillón, junto a la chimenea. Era como si la hubieran golpeado, como si algo le doliera.

—M... mi madre murió hace casi catorce años.

—Así es —asintió él—, lo sé muy bien. —Se pasó las manos por el pelo, intentando encontrar la forma de explicar aquella locura—. Ni siquiera la conocía. Se fue de Kendrick siendo yo un niño.

La joven se llevó la mano a la garganta, donde antes colgaba el amuleto.

—¿Se trata de una broma? —preguntó débilmente.

—No —dijo él, sacudiendo la cabeza con firmeza—. Fue así. —Se estremeció al ver la expresión horrorizada de Greer—. Sólo... sólo escúchame, Greer. ¿Vas a prestar atención?

La expresión de asombro de ella fue suficiente respuesta.

—Muchos de los habitantes de Powys creen en las tradiciones de Gales y en la magia, pero yo nunca me he contado entre ellos. Siempre me ha parecido que creer en espíritus es cosa de gente sin cultura.

Greer parpadeó, inmóvil, con la mirada fija en él.

Él se contempló las manos con impotencia.

—Como ya te conté, Morwena Yates estaba muy enamorada de Percy. Se creyó todas sus mentiras y mantuvo la absurda esperanza de que él la convirtiera en una mujer honesta. Lo sé porque ella me lo dijo. Por descontento, intenté hacer que entrara en razón, pero nada de lo que dijimos sus padres o yo sirvió de nada y, de manera inevitable, Percy la deshonoró. Como te conté, la envié a Cornualles para que tuviera a su hijo y se colocara como institutriz. Pero volvió, desesperada por obtener su cariño, y una noche apareció en Kendrick sin haber sido invitada. —Miró a Greer y añadió con amargura—: Cometí una gran estupidez al dejarle Kendrick a Percy.

Greer no dijo nada, pero tragó saliva con esfuerzo.

—¿Cómo puedo contarte lo que sigue? —preguntó más para sí mismo que para ella—. ¿Cómo puedo contarte lo que pasó? Vas a pensar que es una locura, Greer, pero cuando la señorita Yates desapareció, supe que había muerto porque lo había soñado.

El sonido que produjo Greer al contener el aliento fue como un cuchillo clavándose en el corazón.

—Prepárate, porque hay más... Alis Bronwyn, a quien conocí cuando ella era joven y yo un niño, y a quien vi tan sólo un par de veces cuando alcancé la mayoría de edad, se me apareció en sueños. Estaba en la puerta de Kendrick, llamándome.

Greer se tapó la boca con una exclamación de enorme angustia.

Rhodrick pensó que al decirle la verdad la iba a perder y se apartó de ella, pues no soportaba ver su mirada fija sobre él.

—Cuando, en el sueño, seguí al... llamémosle fantasma, vi la habitación donde había sido encerrada la señorita Yates. Vi cómo se volvió loca en ese reducido espacio.

No se atrevía a mirar a Greer, no se atrevía a ver la acusación en sus ojos, por un sueño que él mismo admitía que era de lo más extraño. Pero ya había dicho demasiado para detenerse, de modo que prosiguió.

—Naturalmente, pensé que sólo había sido un sueño. —En su mente volvió a revivir todo el horror de aquellos sucesos—. Más o menos una semana después, mis temores se confirmaron cuando el señor y la señora Yates me hicieron una visita para comunicarme que su hija había desaparecido. Me enfrenté a Percy, pero él lo negó todo. A pesar de eso, fui a esa habitación y la encontré tal como la viste. En ese momento fue cuando la señora Evans, que había estado atendiendo a la señorita Yates, confesó que ésta se había escapado. Por supuesto, organicé de inmediato partidas de búsqueda. Cabalgué día y noche, día tras día, hasta estar casi exhausto, buscándola sin encontrar nada. Como tú misma dijiste, aquí hay miles de hectáreas desiertas.

Se interrumpió, pues le resultaba difícil encontrar la manera de expresar en voz alta lo que venía a continuación. Durante todos aquellos años se había negado a pensar en ello siquiera.

—Cuando... cuando ya había abandonado toda esperanza de encontrarla —dijo con voz entrecortada—, tuve otro sueño. Tu madre se me apareció otra vez, ante la puerta de Kendrick. En esta ocasión me susurró dónde tenía que buscar a la señorita Yates: «El viejo puente del canal», me dijo.

Observó a Greer de reojo. Ella lo contemplaba inexpresiva, pero en sus ojos asomaba una emoción que él ni podía ni se atrevía a interpretar.

—A la mañana siguiente, antes del amanecer, salí y busqué en los alrededores del puente durante casi todo el día. No encontré nada y di por hecho que me estaba volviendo loco. Pero ella volvió a aparecerse esa noche insistiendo en que revisara el viejo puente del canal. —Se rió por lo bajo de su propia historia—. Cualquiera pensaría que, con la ayuda sobrenatural que estaba recibiendo, debería haber encontrado a la señorita Yates a la primera. La busqué durante otro día, pero también fue en vano. La tercera noche, tu madre me mostró el lugar exacto. Me llevó hasta allí en uno de los sueños, y vi claramente a la señorita Yates en el fondo del barranco.

Se interrumpió y miró hacia el cielo. La había soñado tal como la encontró más tarde.

—A la mañana siguiente recordé de qué camino se trataba y que tenía una extraña bifurcación. Volví a coger el caballo y, avanzando lentamente en esa ocasión, bajé por el terraplén y di con ella. No sé si se cayó o se tiró, ¿quién sabe, teniendo en cuenta su estado de ánimo? En cualquier caso, tenía el cuello roto.

Desvió la mirada hacia Greer. Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero seguía callada.

—No debería haberla encontrado —dijo él en voz baja—. No debería haberla encontrado nadie dadas las condiciones en las que estaba. Les dije a las autoridades que habían sido los perros quienes la habían descubierto. Nadie lo puso en duda, creo más bien que pensaron que, mientras recorriamos toda esta extensión de terreno desierto, los perros y yo nos tropezamos con ella.

La joven siguió sin decir nada. Él esperó, suplicando en silencio que hablase, pero en lugar de ello, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Nada hubiera podido hacer que Rhodrick se sintiera peor. Sin duda estaba arrepentida de haber entregado su virginidad a un loco y, además, un loco desfigurado. Se volvió hacia la ventana y contempló el azul cristalino del cielo.

No tenía ni idea de por qué, después de tantos años, había expresado en voz alta los pensamientos que tanto se había esforzado por mantener ocultos. El precio era demasiado elevado para pagarlo, y el dolor demasiado insoportable.

—Por descontado, clausuré Kendrick —continuó, preguntándose vagamente por qué lo hacía—. Allí había tenido lugar un crimen atroz y, además, desde antes de que naciera tu madre, ya se rumoreaba que un fantasma vagaba por sus pasillos. Estaba convencido de que era lo más prudente. No volví a soñar con tu madre hasta que tú apareciste delante de mi puerta en compañía de Percy.

La miró de reojo, sintiendo un peligroso acceso de dolor y de deseo.

—Reconozco que esa noche había estado bebiendo mucho para amortiguar el dolor de la pierna; pero cuando vi el amuleto colgado de tu cuello y tus... preciosos ojos azules —confesó, atragantándose al decirlo—, el único color real en este mundo mío gris, pensé erróneamente que eras ella. No me di cuenta del parentesco hasta que me enseñaste el retrato pequeño. Recordaba que se había casado, pero me había olvidado por completo del apellido Vaughan. Es un nombre muy común en esta zona. Desde que tú viniste, he soñado con ella tres veces más... siempre en la puerta de Kendrick y siempre llamándome.

Greer continuaba llorando en silencio.

—Para, por favor —suplicó Rhodrick.

La joven no se movió. Él cogió aire y se le acercó. Se sacó del bolsillo el pañuelo que había llevado consigo todos los días desde que llegó, y se apoyó sobre una rodilla ante ella. Le tocó una pierna, Greer se destapó la cara y miró el pañuelo mientras él lo desdoblaba, dejando al descubierto el amuleto que había envuelto en él y el anillo que estúpidamente le había regalado. Después se lo ofreció.

Ella contempló el amuleto, el anillo y el pañuelo que creía haber perdido, y la comprensión iluminó su mirada. Más lágrimas cayeron de sus ojos cuando lo aceptó con cuidado.

—No llores más, por favor —suplicó él con suavidad—. No lo soporto. Greer, te amo. Te he amado desde el principio de los tiempos, mucho antes de conocerte. Y ahora, con mis incoherencias, he perdido toda esperanza de que tú me ames. Bien —añadió acariciándole cariñosamente la rodilla—, ya tienes la respuesta que buscabas, y lord Harrison te está esperando para llevarte a tu casa. Ya no hay motivo para que te retrases más.

Greer, al contrario de lo que él esperaba que hiciera, no se levantó y echó a correr, sino que dejó escapar un sollozo y se arrojó a sus brazos tan de repente que casi no le dio tiempo a sujetarla. Cayó de rodillas ante él y enterró la cara en su hombro. Rhodrick intentó sentarla, pero

ella se le aferró con desesperación, por lo que se mantuvo inmóvil, moviendo las manos en el aire, temeroso de tocarla.

—¿Podrás perdonarme algún día? —sollozó ella—. ¡Por favor, Rhodrick, perdóname! ¡Yo también te amo, siempre te he amado! ¡Pensar que todo este tiempo ella me estaba guiando, trayéndome al hogar al que pertenezco!

La sujetó por los hombros y la obligó a levantar la vista.

—¿Qué estás diciendo?

Greer se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—¡No estás loco! ¡Sé que estás diciendo la verdad porque yo también he soñado con ella! ¡Siempre está en la puerta de Kendrick, sonriendo y llamándome! Pero ¡las últimas veces, cuando la seguía al interior, tú estabas allí, esperando!

De pronto le sujetó los brazos.

—¿No te das cuenta? —preguntó, desesperada, sacudiéndolo—. Durante años sólo he tenido un sueño sobre mi madre. Desde muy joven, después de que murió, soñaba que estaba ante la puerta de una casa, una enorme casa blanca cuya existencia desconocía hasta que vi Kendrick. ¡Rhodrick, soñé con Kendrick antes de pensar siquiera en venir a Gales! Ella me trajo hasta ti —afirmó con frenesí, cogiéndole el rostro entre las manos—. Ella me trajo hasta ti —repitió rodeándole el cuello con los brazos.

Por espacio de un instante, el corazón de él empezó a latir tan de prisa que Rhodrick temió que fuera a salirse del pecho.

—Pero ¿cómo...?

—¡No lo sé! —gritó Greer—. ¡Y no me importa! Pero sé que es cierto, sé que ella te ha entregado a mí. Cuidó de mí cuando yo estaba desesperada, sin saber qué iba a ser de mí, y me condujo hasta ti.

Rhodrick le retiró los brazos de su cuello, le cogió una mano y la presionó contra su pecho.

—¿Lo notas? En mis treinta y ocho años de vida nunca había latido así. Empezó a hacerlo cuando viniste a Llanmair, Greer. No puedes abandonarme. —Le cogió la cara entre las manos, besándola en la frente, la nariz y los labios—. Prométeme que no me dejarás nunca.

—Te lo prometo —dijo ella—. Te amo, Rhodrick. Te amo por encima de todo.

Por primera vez en su vida, él sintió que su corazón realmente flotaba.

Cuarenta minutos más tarde, Ifan acompañó a lord Harrison a la galería de los retratos, donde estaban su señoría y la señorita Fairchild. El príncipe tenía el pelo revuelto y el pañuelo del cuello bastante arrugado, y sonreía como un tonto.

—Señorita Fairchild —dijo lord Harrison con severidad—, el coche está esperando, ¿va usted a venir?

—¿El coche? —repitió el príncipe medio ido, luego recordó y asintió—. Sí, claro. Seguro que está usted impaciente por ponerse en camino, milord, pero espero que pueda quedarse hasta que yo consiga una licencia especial para que el vicario nos case. —Miró al mayordomo—. Por favor, Ifan, vaya a buscarle y consiga esa licencia. No, déjelo, me ocuparé yo mismo.

La señorita Fairchild, a su lado, exhibía asimismo una tonta sonrisa. El príncipe se dirigió a Harrison.

—Se quedará, ¿verdad lord Harrison?

A su señoría se lo veía más feliz de lo que Ifan lo había visto nunca en sus treinta años de servicio en Llanmair. Parpadeó al ver a su sonriente señor, luego hizo una brusca reverencia y dio media vuelta, cruzando la galería enérgicamente. Sin embargo, mientras se iba, estaba seguro de haber oído reír al príncipe.

Llegó al vestíbulo, donde la señora Bowen y Lulu esperaban a la señorita Fairchild, muertas de frío.

—¿Y bien? —preguntó el ama de llaves

—Traigan su baúl —respondió el mayordomo, poniendo los ojos en blanco cuando ambas mujeres empezaron a gritar de alegría.

Phoebe se encontraba de rodillas, con la boca llena de alfileres, marcando los pliegues del vestido que estaba confeccionando para Ava, la cual, ahora que estaba embarazada, casi no podía ponerse ninguna ropa. A punto estuvo de tragarse la mitad de ellos cuando Lucille irrumpió de repente en la habitación enarbolando una carta.

—¡Lord Harrison ha vuelto! —gritó.

Phoebe escupió a toda velocidad los alfileres y se sentó sobre los talones.

—Lo juro, Lucy, si sigues dándome esos sustos, algún día me vas a encontrar muerta de una apoplejía. ¿Ha venido Greer con él?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? —preguntó Lucy—. Tu hermana Ava ha enviado un mensaje diciendo que tienes que ir pronto porque lord Harrison va a ir de visita a Middleton esta tarde.

—¡Ah! —gritó Greer—. ¡Eso sólo puede significar que ha vuelto a casa!

Sin embargo, cuando más tarde Phoebe llegó a Middleton House sin aliento, allí no encontró a nadie aparte de Ava, que paseaba intranquila por el salón, con una mano apoyada en su prominente vientre y la otra colocada a la altura de los riñones.

—¿Ha venido? —preguntó Phoebe, perdiendo la sonrisa.

—¡No lo sé! —contestó su hermana, irritada—. No entiendo por qué Harrison se muestra tan misterioso. He mandado a Middleton para que eche una ojeada. Como le he dicho...

En ese instante se abrió la puerta, dando paso a Middleton en persona.

—¿Qué es lo que me dijiste, querida? —preguntó con calma—. Aunque quizá la pregunta adecuada sea, ¿qué no me has dicho? —y terminó riéndose de su propia gracia.

—¡Jared! —exclamó Ava—. ¿Dónde está? ¿Ha venido?

Él extendió la mano, sosteniendo un sobre con dos dedos.

—¡Otra carta, no! —gritó Ava al tiempo que Phoebe se la arrebató de la mano a su cuñado y rompía el sello—. ¿Y bien? ¿Es de Greer?

—Lo es —contestó Phoebe, desdoblado la hoja.

Queridísimas Phoebe y Ava —leyó en voz alta—: Tengo noticias de lo más extraordinarias. ¡Estaba completamente equivocada con respecto al príncipe, y ahora vamos a casarnos!

—¡Ay, Dios mío! —gritó Phoebe, desplomándose en un sofá.

—¿Qué? —chilló Ava, tomando asiento a su lado—. ¿Qué más dice? Sigue —ordenó, intentando apoderarse de la carta.

Su hermana la puso fuera de su alcance, en tanto el marqués se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera mientras su cuñada seguía leyendo.

Cuando leáis esta carta, ya estaré casada. Por favor, no os enfadéis, el príncipe y yo llegamos a la conclusión de que no era conveniente para mí permanecer aquí ni un momento más sin las ventajas del matrimonio, y lord Harrison se mostró de acuerdo, de modo que no hubo tiempo de invitaros a todos a venir a Gales para la ceremonia. Sé que debéis de estar haciéndoos un montón de preguntas, y os las responderé a todas esta primavera, cuando vayamos a Londres. No soportaría estar lejos cuando Ava dé a luz.

¡Ay, queridas! Estoy deseando que lo conozcáis porque es el hombre más maravilloso...

—¿Se refiere al mismo hombre al que antes calificó de ogro y bestia? —quiso saber Ava.
—Eso parece —contestó Phoebe con el cejo fruncido, antes de seguir leyendo.

Es amable, culto, ha viajado bastante y es muy tolerante con mis opiniones sobre el Parlamento. Espero que acabéis queriendo a mi marido tanto como lo quiero yo. Por favor, dadle las gracias al marqués por su amable carta, y a lord Harrison por venir a buscarme. Al parecer, ya no son necesarios ninguno de los dos. Lord Harrison está un poco enfadado, porque ha caído otra nevada que le ha hecho imposible viajar, y protesta por estar aquí varado. Ahora tengo que despedirme, porque estamos celebrando una fiesta de Navidad.
Con cariño

G.

—¡Santo Dios! —exclamó Ava arrebatándole a Phoebe la carta de las manos—. Esperaba presentársela a los invitados esta tarde. Ahora va a ser un verdadero engorro.

—Yo creo que no —apuntó Middleton con despreocupación—, todavía te queda por pasar un acontecimiento más engorroso.

Ava miró a Phoebe poniendo los ojos en blanco, luego se dejó caer contra la silla posándose con apatía una mano sobre el vientre. Su hermana la imitó, contemplando la alfombra con expresión taciturna y preguntándose si alguna vez volverían a ver a Greer.

Esa misma tarde, en un elegante hotel de Londres, Greer estaba colocándole bien la corbata a Rhodrick.

—Una reunión —dijo él con evidente aversión en la voz—. Un buen rato sentados sin hacer nada y deseando estar en otra parte.

—Habla por ti, Radnor —dijo lord Harrison secamente—. Algunos de nosotros hemos estado demasiado tiempo prisioneros en tu propiedad de Gales sin la compañía de hermosas mujeres.

Rhodrick sonrió abiertamente al oírlo.

—No estoy seguro de que sea prudente darles semejante sorpresa a Ava y a Phoebe —indicó Greer, insegura—. A veces pueden llegar a ponerse muy furiosas.

—Estarán encantadas —opinó Harrison—. No se me ocurren dos personas que puedan alegrarse más con una sorpresa como ésta. Y ahora, si los príncipes me disculpan, creo que mi misión ha llegado a su fin. Os veré esta noche.

Se despidieron de él, y Rhodrick lo acompañó fuera, agradeciéndole su ayuda. Cuando volvió a la habitación, Greer estaba sentada ante el tocador. Mientras la veía ponerse unos brillantes pendientes, pensó por enésima vez que era el hombre más afortunado del mundo. La mujer que estaba allí sentada era su esposa. Aquello todavía le parecía un sueño.

Y hablando de sueños, ninguno de los dos había vuelto a soñar con Alis desde que se casaron. Una vez que los hubo reunido, pareció dejarlos libres con su felicidad. Pero Rhodrick había soñado algo más, y ahora se acercó a la espalda de Greer y le puso una mano en el hombro.

Ella le sonrió a través del espejo.

—Me gustaría dar una vuelta por la ciudad antes de que vayamos al encuentro de tus primas —dijo.

—¿Una vuelta? —Greer se volvió a medias sobre la banqueta, le cogió la mano y se la besó—. Espero que no tengas miedo de ellas.

—¿Miedo de dos jóvenes que, según dicen, son iguales a ti? —Se agachó y la besó en la cabeza—. Tiemblo sólo de pensarlo.

Greer se rió, se levantó, y, rodeándolo con los brazos, lo besó apasionadamente.

—Entonces vayamos a dar un paseo que te ayude a calmar los nervios —dijo—. Pero no tienes de qué preocuparte. No voy a permitir que te coman.

Una hora más tarde, Rhodrick le pidió al cochero que los llevara a Audley Street, cerca de Hyde Park.

—Audley Street —repitió Greer, enarcando las cejas sorprendida—. Cualquiera diría que eres un duque inglés.

Él sonrió y la cogió de la mano. Cuando llegaron a la dirección, Rhodrick le dijo al cochero que se detuviera.

—Vamos a caminar, ¿de acuerdo?

—¿A caminar? —preguntó ella echando un vistazo por la ventanilla—. Nos están esperando en casa de Ava.

—Llegaremos a tiempo —le aseguró él, abriendo la puerta—. Vamos a pasear.

Greer soltó un suspiro, pero sonreía cuando él la ayudó a bajar del carruaje. Pasaron por delante de una gran casa y, al llegar a la siguiente, su marido se detuvo a contemplar la escalinata que conducía hasta las puertas dobles de entrada. Greer también levantó la vista, llena de curiosidad.

—¿Quién vive ahí?

Él sonrió enigmáticamente, la cogió de la mano y empezó a subir.

—¡Rhodrick! —exclamó ella tirando de su mano—, ¡es demasiado tarde para presentarse sin avisar!

—Nunca es demasiado tarde —afirmó él, acercándola de un tirón.

Llamó a la puerta.

—¿Lo ves? No hay nadie —dijo Greer, dando media vuelta para marcharse.

—No tan rápido madame —soltó el príncipe, sacando una llave del bolsillo.

Mientras su esposa lo miraba con los ojos muy abiertos, abrió la puerta y la mantuvo abierta para que ella entrara.

Greer se inclinó hacia su derecha, se asomó y vio que estaba vacía.

—No lo entiendo.

—A veces me pregunto qué hay en esa cabeza tuya —comentó él con cariño, empujándola para que cruzara el umbral.

Greer dio una vuelta alrededor del vestíbulo.

—¿De quién es esta casa? Volvió a preguntar.

—Tuya.

La joven tardó un momento en registrar la respuesta en su cerebro, pero cuando lo hizo, giró despacio, sin moverse de donde estaba, contemplando detenidamente un salón desierto.

—¿Cómo has dicho?

—Dime qué te parece, lady Radnor. ¿Crees que deberíamos pasar el invierno y la primavera en Londres para que puedas bailar y deslumbrar a las masas durante la Temporada con tu don para conversar, y luego volver a Llanmair para el verano y el otoño?

Ella se quedó boquiabierta, con los ojos llenos de ilusión, llevándose las manos a la garganta.

—¿Lo dices en serio, Rhodrick?

Él le dedicó una sonrisa a su hermosa y joven esposa.

—Claro que lo digo en serio. A estas alturas, ya deberías saber que haría cualquier cosa para hacerte feliz, incluso tirar el dinero en las interminables Temporadas de Londres.

Ella atravesó rápidamente el vestíbulo de suelo de mármol al tiempo que lanzaba un grito de alegría y lo abrazaba, llenándolo de besos.

—Pero yo no voy a disfrutar lo más mínimo —afirmó él, mientras ella seguía besándolo—. Todo eso me parece un montón de encuentros sociales sin sentido y de tonterías. Harrison me ha asegurado que puedo reunirme con él en su club.

—Te amo —declaró ella sin aliento, besándole en la boca.

—Te amo —repitió él, sintiéndolo con todas las fibras de su ser—. Y da miedo pensar que es completamente cierto que haría cualquier cosa por ti.

—¿Cualquier cosa? —preguntó ella con suavidad, deslizándole una mano por la entrepierna y tocándolo.

Rhodrick enarcó una ceja.

—¿Qué está usted haciendo, señora Glendower? —preguntó.

—Quiero darte las gracias como Dios manda —respondió ella con una maliciosa sonrisa, agachándose para demostrarle exactamente hasta qué punto lo adoraba.

Media hora más tarde, Ava se sentaba con desgana en el sofá de su elegante salón, muy deprimida.

—Pareces enfadada, mi amor —comentó Middleton.

Ella intercambió una mirada con Phoebe.

—Mi buen humor desapareció al mismo tiempo que mis esperanzas de volver a ver a Greer algún día, si lo quieres saber.

—Creo que nos ha olvidado —añadió Phoebe, cuyo buen humor también se había evaporado.

—¡Por Dios! —masculló Middleton—. Disculpadme, señoras, pero me parece que llaman a la puerta.

—Despídelos, Jared. No soy capaz de ver a nadie —le pidió Ava con dramatismo. Cuando su marido salió se dirigió a Phoebe—: Yo quería enviar mensajeros cancelando la reunión, pero no ha querido oír hablar de ello. A veces puede llegar a ser muy bruto.

—Al menos podría haber venido a Londres para casarse —dijo Phoebe, ignorando los comentarios de Ava sobre su marido a quien, como bien sabía su hermana, adoraba sin medida.

Le seguía doliendo no haber tenido la oportunidad de confeccionar el vestido de novia de Greer.

—¿Por qué tuvieron que casarse en Gales precisamente?

—¿Acaso no leíste mi carta? —preguntó Greer—. En ella os explicaba muy claramente por qué me casé allí.

Emitiendo idénticas exclamaciones de sorpresa, Ava y Phoebe se lanzaron hacia la puerta donde estaba su prima, de pie, sonriéndoles. Las tres se dieron un fuerte abrazo, elevando la voz mientras hablaban todas al mismo tiempo, e inmediatamente se echaron a reír y a lanzar gritos de alegría.

El marqués de Middleton, al lado del príncipe de Powys, conde de Radnor, se quedó en el umbral, contemplándolas.

—No creo haberte dado la bienvenida a la familia —dijo Middleton.

—Gracias —respondió Radnor.

—Me parece que sería justo advertirte que este comportamiento es el habitual.

—¿En serio?

—Así es —contestó Middleton, cogiéndose las manos a la espalda y asintiendo con conocimiento de causa—. Algunas veces se enfadan entre ellas. Entonces es mucho peor.

—Parece imposible —masculló Radnor.

Ambos se sobresaltaron cuando Ava asomó la cabeza y fijó los ojos en Radnor.

—No se parece nada a un ogro —declaró, empezando a acercarse a él.

—Prepárate —murmuró Middleton, alejándose un paso cuando su mujer llegó hasta ellos.

Al igual que su prima, Ava era hermosa, pero rubia en vez de morena. Y detrás de ella estaba Phoebe, quien, bajo el punto de vista de Rhodrick, era extraordinariamente bella. Y más atrás su Greer, tan morena como las otras rubias, preciosa y resplandeciente de alegría. Le guiñó un ojo mientras Ava lo estudiaba.

—Es usted un hombre horrible —lo acusó Phoebe—. Díselo tú, Ava.

—En efecto —corroboró su hermana.

—¿Perdón?

—La verdad, milord, ¿no podía haberse casado en Londres? ¿Cómo se le ocurrió casarse sin nosotras? —exigió saber Ava.

—No le contestes, Rhodrick, sólo conseguirás que se enfade más —le advirtió Greer alegremente.

—¡Maldita sea! —exclamó Ava, lanzándole los brazos al cuello de repente y besándolo en la mejilla—. Estoy encantada de conocerle, milord. Cualquiera que sea capaz de soportar a Greer más de una hora sin volverse completamente loco, es bienvenido en esta casa y esta familia —dijo con una cálida sonrisa.

—Gracias.

—Yo soy Phoebe, milord —intervino Phoebe haciendo una cortés reverencia y besándolo luego también en la mejilla—. Gracias por traer a Greer sana y salva a casa. Me refiero a Londres, por supuesto, porque supongo que a partir de ahora va a vivir en Gales.

—Es un enorme placer para mí —dijo él sonriéndole a Greer.

—¡Entre, milord! Tiene usted que sentarse y contárnoslo todo sobre Gales —dijo Ava cogiéndose de su brazo.

Phoebe, sin embargo, se mantuvo apartada, como hacía a menudo, mirando a Ava mientras ésta se sentaba al lado del príncipe, y a Greer —la radiante y resplandeciente Greer—, que se sentó frente a su marido. Estaba claro que lo amaba tanto como Ava al marqués. ¡Y ahora era princesa!

Maldita fuera, aquello era exactamente lo que Phoebe se había temido: ser la última de las tres en casarse. Y en vista de que no tenía ningún pretendiente interesado en pedir su mano, seguro que iba a acabar convertida en una vieja solterona y chiflada a la que, algún día, los niños del vecindario tirarían piedras.

Pero al menos sería una solterona bien vestida, pensó en un intento de consolarse, contemplando con admiración el trabajo que había hecho con una asombrosa seda verde. Para ser honesta consigo misma, tenía verdadero talento.

—¡Phoebe, deja de ensimismarte y ven aquí! —la llamó Ava—. El príncipe nos está contando las cosas terribles que hizo Greer durante su estancia en Gales.

—¡No fui tan horrible! —protestó su prima con fingida indignación, oprimiendo con cariño la mano de Ava.

El príncipe atrapó la mirada de Phoebe, y le dirigió una sonrisa tan cálida que la conquistó al instante. Estaba claro por qué se había casado Greer con él, y eso la hizo experimentar una absurda oleada de felicidad por ella.

—¡Phoebe! —insistió Ava.

—Pero bueno, ¿es que siempre tienes que mangonearnos a todos? —protestó su hermana.

Pero ya estaba moviéndose para reunirse con su familia.

Echa una mirada furtiva a

*LOS PELIGROS DE MENTIR
A UN VIZCONDE*

Disfruta del avance de la próxima novela de Julia London perteneciente a la trilogía de
«Las debutantes desesperadas».

¡Por Dios, era Summerfield! Phoebe se levantó con torpeza, lanzando una exclamación, pero tenía las piernas entumecidas debido a la forma en que estaba sentada, y se tambaleó un poco. Se sacudió rápidamente el polvo de las rodillas, e intentó, sin éxito, colocarse los mechones de pelo que se habían soltado de la trenza.

—Le pido disculpas, milord, no le esperaba —dijo nerviosa, quitándose el largo delantal en el cual llevaba prendidos alfileres y agujas, y dejándolo encima de una silla.

—He venido a devolverle el sombrero —dijo él, entregándole la prenda que se había dejado olvidada tres días antes—. Se lo dejó en el estudio.

—¡Oh! —Pensó que era curioso que fuera él quien se lo llevara, en vez de mandarlo con un criado—. Gracias.

Iba a adelantarse para cogerlo cuando Summerfield se adentró más en la habitación, en dirección al vestido de Jane que, en ese momento, estaba extendido sobre la mesa.

—¿Cuál de mis hermanas va a llevarlo? —preguntó.

—Jane... espero —respondió Phoebe, alzando una rápida mirada hacia el cielo.

Ladeó la cabeza, pensativo. El día anterior, Jane se había quejado del color verde claro del vestido, a pesar de que Phoebe le aseguró que iba muy bien con el tono de su piel.

Summerfield lo contempló unos segundos más, antes de devolver su atención a Phoebe. Fijó los ojos en ella, demorándose un instante en sus labios y le ofreció el sombrero.

—Su sombrero.

—Gracias —repitió la joven, mientras se adelantaba para cogerlo, pero pisó un trozo de tela que había en el suelo, lo que la obligó a hacer un esfuerzo para mantener el equilibrio. Sonriendo con timidez al tiempo que extendía una mano para coger las cintas de satén—. Es usted muy amable —añadió, dando un ligero tirón a las cintas.

Sin embargo, Summerfield no lo soltó. Sus ojos se dirigieron al corpiño del vestido de ella.

—¿Tiene usted algún otro nombre, madame Dupree?

Ella notó casi de inmediato que le empezaba a arder la cara y el corazón le dio un vuelco. ¿Habría descubierto su estúpida farsa? ¿Cómo podía haberse enterado? ¡Claro, la señora Ramsey! ¡Esa despreciable mujer se lo había dicho!

Él estaba esperando una respuesta.

—¿A qué se refiere? —preguntó con cautela, buscando cualquier indicio de que él supiera quién era ella en realidad.

Summerfield sonrió sorprendido.

—Me refiero a que «madame Dupree» suena demasiado formal. Pensaba que quizá pudiera dirigirme a usted con otro nombre.

Phoebe volvió a tirar del sombrero, pero él lo sujetó rápidamente.

—¿Se refiere a... al nombre de pila? —preguntó con desconfianza.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Un nombre, madame Dupree. Un nombre de pila, un apodo... un apelativo con el que la llamaría su hermana.

—Phoebe —contestó mientras se preguntaba si había hecho bien en decírselo.

—Phoebe —repitió él, asintiendo—. Le sienta bien.

Lo que le sentaría bien sería poner alguna distancia entre ellos. Estaban tan cerca que podía contarle los pelos de las patillas y sentir el calor de su cuerpo. Volvió a tirar del sombrero, pero él siguió sujetándolo con firmeza, curvando los labios en una arrogante y maliciosa sonrisa.

—Phoebe, te confieso que es difícil apreciar tu trabajo sin verlo cubriendo un cuerpo femenino.

Ella se percató de que sus ojos habían adquirido un intenso tono verde. Sujetó las cintas del sombrero y dio un fuerte tirón, sin éxito.

—Justo detrás de usted está el vestido de lady Alice colocado en un maniquí con formas de mujer.

—Ése no es el vestido que quiero ver —objetó él, acercándose un poco más.

—Bueno —dijo Phoebe—. Si fuera tan amable de darme el sombrero, milord —añadió—, iré a llamar a lady Jane para que se lo vea puesto.

—Jane, no —aclaró él disfrutando del tira y afloja—. Tú.

Phoebe estuvo a punto de soltar las cintas.

—P... pero es que el vestido está hecho a la medida de lady Jane, no a la mía.

—Creo que ambas sois de tamaño similar —comentó, deslizándose con descaro la mirada por todo su cuerpo.

—Le aseguro que no es así, milord. Somos muy diferentes.

—Te aseguro, Phoebe, que sois muy parecidas, y voy a apreciar más ese vestido si te lo pones tú que si lo lleva mi hermana Jane. Haz el favor de ponértelo para que pueda juzgar si es adecuado o no.

La indignación empezó a apoderarse lentamente de Phoebe, paralizándola.

—¿Adecuado? —preguntó, casi ahogándose al decirlo—. Está confeccionado de acuerdo con la última moda de Londres.

—No me importa. —Se le acercó más, sonriendo de un modo que a ella le dio la sensación de que la incendiaba por dentro, y añadió con suavidad—: Quiero verte con ese vestido. Póntelo.

Lo dijo como un hombre acostumbrado a dar órdenes.

—Yo... —Phoebe echó un vistazo al vestido.

—Ahora.

Pero ella estaba tan poco acostumbrada a recibir órdenes como él a darlas, y se le ocurrieron un montón de réplicas; tantas, que por un instante se olvidó de que en aquella casa era tan sólo una criada, y que no tenía más remedio que obedecer. Se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua y miró otra vez el vestido.

Summerfield soltó el sombrero y se apartó para que ella pudiera cogerlo. Phoebe lo dejó encima de la mesa y, dirigiéndole una furiosa mirada, cogió rápidamente el vestido y fue a parapetarse tras la delgada cortina de seda que uno de los lacayos había traído el día anterior. Lanzándole una sombría mirada, se escondió tras esa protección y empezó a desnudarse.

Lo oyó moverse por la habitación mientras ella se desabotonaba su vestido con las manos agarrotadas, se lo quitaba y lo depositaba sobre una silla.

Él se detuvo en algún punto cercano y le preguntó:

—¿De dónde eres, Phoebe?

—De Lo... eh... Northumberland —respondió ella, distraída.

—¿De algún pueblo en especial?

Ella se quedó quieta, mirando fijamente hacia la cortina. ¿Un pueblo? ¡Maldita fuera Greer y su estúpida idea de los páramos! ¡En ese momento, lo que necesitaba Phoebe con urgencia era elegir un pueblo de entre todos los de Inglaterra! Cerró los ojos, intentando visualizar el atlas que había hojeado junto con Greer y Ava para preparar su falsa identidad.

—Berwick-upon-Tweed —dijo alegremente, cuando ese nombre acudió a su memoria.

—¿Berwick-upon-Tweed? —Parecía sorprendido—. Entonces supongo que tu padre era pescador.

¿Pescador? Phoebe cogió el vestido de Jane y se lo metió por la cabeza.

—Casi no me acuerdo de él. —Eso estaba muy cerca de la verdad, ya que su padre murió cuando ella tenía siete años.

Se abrochó el vestido como pudo, pero no consiguió llegar a los botones de la mitad de la espalda. Y, de haber llegado, tampoco hubiera podido abrocharlos ya que, al parecer, el busto de Jane era bastante más pequeño que el suyo y, sencillamente, no había más tela para acomodarlo.

—¿Todavía vive tu madre?

La pregunta la sobresaltó, ya que él estaba ahora justo detrás de la cortina

—Ella...murió. —Dejó caer los brazos y se miró. El escote le quedaba demasiado apretado, casi parecía que los pechos fueran a salirse del vestido.

—¿Va usted a salir, madame Dupree?

—No me cabe —dijo ella, estudiando el escote, que no parecía tener el corte adecuado—. Jane es más pequeña que yo.

—Déjame verlo...

—De verdad, no me entra...

—¿Estás indecente?

—¡No! Pero tengo... —Lanzó una exclamación de alarma cuando él apartó la cortina de repente, apoyando un puño en la parte superior de la misma y otro en su cintura, mientras contemplaba su figura dentro del vestido.

—¡Milord! —protestó ella—, ¡por favor!

Summerfield la ignoró. La estaba devorando con la mirada, observando cada centímetro de su cuerpo embutido en aquel vestido color verde claro. Al fin, se apartó con un asentimiento de aprobación, y le hizo un gesto para que avanzara.

Phoebe no se movió.

—Vamos, vamos —dijo él con impaciencia, indicándole que caminase.

Manteniendo el vestido cerrado en la espalda con una mano, ella avanzó y se detuvo en mitad del taller.

—Sí —murmuró él, describiendo un lento círculo a su alrededor para observar el vestido desde todos los ángulos posibles, mientras a Phoebe le ardía la cara. Cuando por fin quedó frente a ella, la miró a los ojos—. Hermosa —declaró.

Esa simple palabra hizo que Phoebe volviese a notar aquella extraña sensación de opresión llenando la habitación y contrayendo su pecho.

—Pero creo que necesita algunos retoques para que Jane pueda llevarlo.

—El vestido está perfecto —declaró ella, levantando la barbilla—. ¿Qué retoques necesita?

—El corpiño. —Tocó como por descuido la piel de su pecho justo por encima del escote y trazó una lenta y seductora línea—. Es demasiado bajo.

Sabía perfectamente que estaba jugando con ella, pero su contacto la enloquecía. Sin embargo, si había algo de lo que Phoebe estaba completamente segura, era de que el escote era impecable.

—Le aseguro que a lady Jane le quedará perfecto.

Él esbozó una sonrisa.

—Es demasiado bajo —repitió, pasándole los nudillos por la curva de los pechos—. Cuando un hombre ve a una mujer hermosa con un escote tan bajo como éste, no puede apartar los ojos de la carne y lo domina el impulso de tocarla. —Volvió a acariciarle los pechos, aunque sus ojos permanecieron fijos en los de ella—. Jane no va a pasar por esa situación.

A Phoebe le ardía la piel, y la tensión era insoportable. No era el primer hombre que la había tocado, pero el contacto de su mano era diferente a cualquier cosa que hubiera conocido; la marcaba como si dejara en ella una señal indeleble. Se imaginó la mano bronceada de él contra la cremosa piel de su pecho desnudo y su boca sobre sus pezones.

Tales pensamientos la desconcertaban, pero por alguna inexplicable razón, también la envalentonaban, o, mejor dicho, envalentonaban a madame Dupree, quien no tenía nada que perder. Phoebe sabía por instinto que si no ofrecía resistencia a su seducción, él la devoraría como si fuera un pastel.

—Si la visión de un trozo de piel es capaz de derrotar a un hombre, entonces apuesto a que dicho hombre no es un caballero.

Summerfield le dedicó una seductora sonrisa y le acarició la piel una vez más, como por accidente, antes de moldear con sus dedos uno de los mechones que habían escapado de su trenza.

—No, por supuesto que no —aceptó fácilmente—. Un caballero es diferente con una mujer, pero un hombre sabe cómo satisfacerlas. ¿Acaso ha pasado tanto tiempo para que olvides la diferencia que existe entre uno y otro en tu cama, Phoebe?

Notas

* Baile escocés, de ritmo muy vivo. (*N. de las t.*)

Los riesgos de perseguir a un príncipe
Las debutantes 2

Julia London

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Perils of Pursuing a Prince*
Pocket Star Books, Simon and Schuster, Inc., 2007 (Nueva York)

Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta, © Lee Avison / Trevillion images

© Dinah Dinwiddie, 2007
Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Star Books,
un sello de Simon and Schuster, Inc.
© por la traducción, Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2021

ISBN: 978-84-08-24461-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

